

Joaquim Machado de Assis

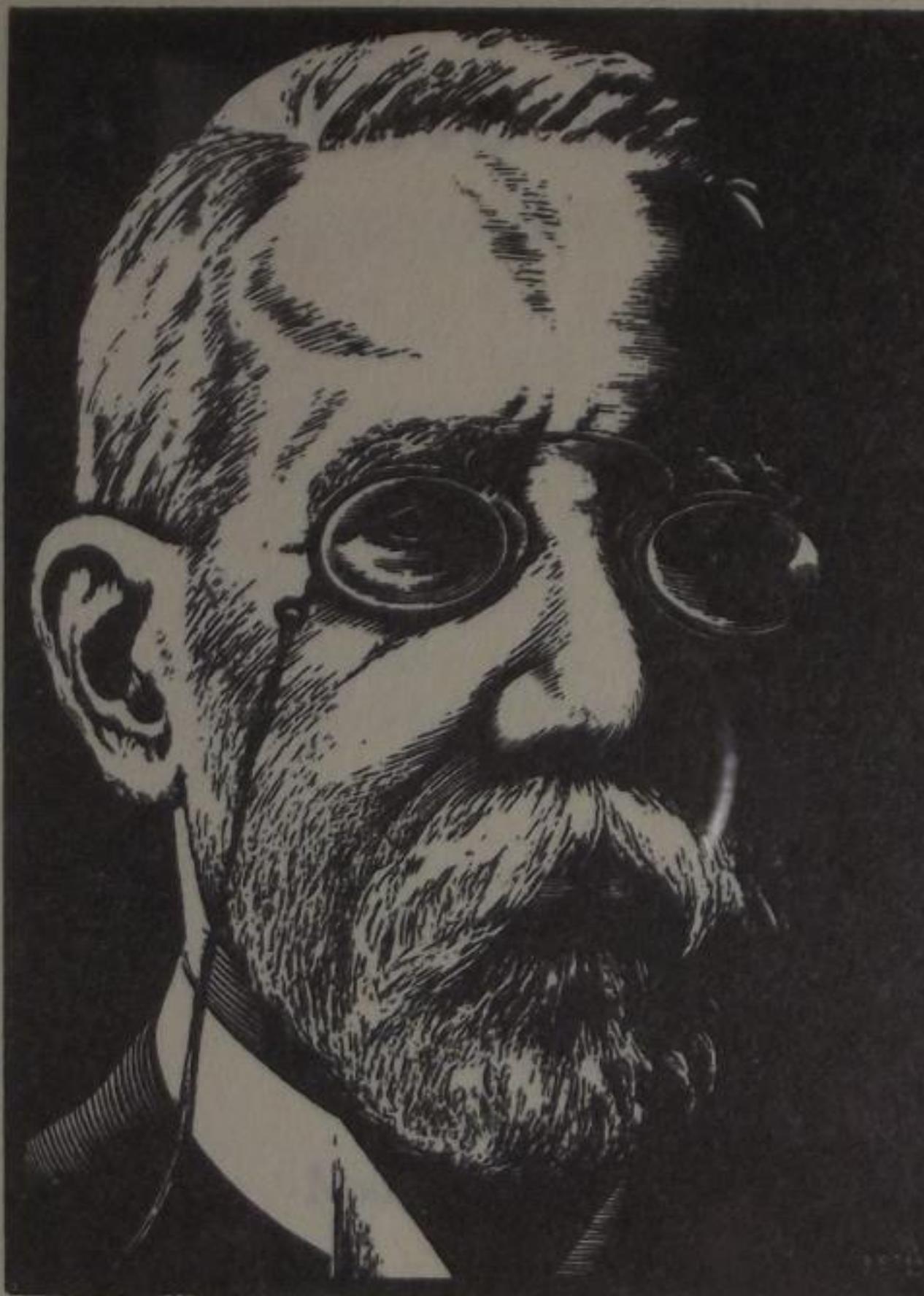
Quincas Borba

La historia de una herencia

Título original: *Quincas Borba*

Joaquim Machado de Assis, 1891

Traducción: Marcelo Cohen



Prólogo a la segunda edición^[1]

He aquí la segunda edición de este *Quincas Borba*, con algunas correcciones necesarias y posiblemente incompletas. Ya en la primera edición se dijo (capítulo IV) que el título del libro es el del nombre de un personaje que aparece en las *Memorias Póstumas de Brás Cubas*. Si han leído ustedes los dos libros, sabrán que este personaje es el único vínculo entre ellos, aparte de la forma, y aun la forma difiere en el sentido de que aquí la narración es más compacta.

MACHADO DE ASSIS

Prólogo a la tercera edición

La segunda edición de este libro se agotó más rápido que la primera. Sale ahora la tercera, sin otra alteración que la enmienda de algunos errores tipográficos, de tal carácter y tan escasos que, aún conservados, no llegarían a desvirtuar el sentido.

Un amigo y cófrade ilustre me ha insistido para que dé a este libro continuación en otro. «Con las *Memorias póstumas de Brás Cubas*, de donde ha surgido éste, quedará así formada una trilogía cuya tercera parte corresponderá exclusivamente a la Sofía de *Quincas Borba*.» Durante cierto tiempo pensé que era posible pero ahora, releendo estas páginas, concluyo que no. Sofía está toda aquí. Continuarla sería repetirla, y repetir sería tal vez pecado. Creo que de eso me acusaron a raíz de éste y otros de los libros que he venido componiendo en el silencio de mi vida. Voces hubo, generosas y fuertes, que entonces me defendieron; ya les he agradecido en privado; ahora lo hago cordial y públicamente.

1899

M. DE A.

I

Rubião contemplaba la ensenada —eran las ocho de la mañana. Si alguien lo hubiese visto, con los pulgares enganchados en la solapa de la bata, junto a la ventana de una gran casa de Botafogo, habría supuesto que estaba admirando esa porción de agua tranquila; pero, en verdad, os digo que pensaba en otra cosa. Comparaba el pasado con el presente. ¿Qué era un año atrás? Maestro. ¡Y ahora! Ahora es capitalista. Se mira el cuerpo, las chinelas (unas chinelas de Túnez que le dio un amigo reciente, Cristiano Palha), mira la casa, el jardín, la ensenada, los morros y el cielo; y todo, desde las chinelas hasta el cielo, todo cabe en la misma sensación de propiedad.

Gracias al ramo que la intención de Dios era clara, piensa Rubião. Si mi hermana Piedade se hubiera casado con Quincas Borba, a mí sólo me habría quedado una esperanza secundaria. No se casó; murieron ambos y aquí está todo conmigo; de modo que lo que parecía una desgracia...

II

¡Qué abismo hay entre el espíritu y el corazón! El espíritu del exprofesor, avergonzado de sus pensamientos, cambió de rumbo buscando otro asunto, una canoa que iba pasando; el corazón, sin embargo, se permitió seguir palpitando de alegría. ¿Qué pueden importarle la canoa y el canoísta, que sus ojos acompañan atónitos? Él, el corazón, dice que, ya que su hermana Piedade tenía que morir, fue una suerte que no se casara; habría podido nacer un hijo o una hija... —¡Linda canoa!

—¡No hay nada igual! —¡Qué bien obedece a los remos del hombre!

—¡Lo cierto es que están los dos en el cielo!

III

Un criado le llevó el café. Rubião tomó la cuchara y, mientras se servía azúcar, miró de reojo la bandeja, que era de plata labrada. Plata y oro eran los metales que amaba de todo corazón. El bronce no le gustaba, pero su amigo Palha le había dicho que era material valioso, lo cual explicaba las dos figuras que había allí, en la sala, un Mefistófeles y un Fausto. Si lo hubiesen obligado, sin embargo, habría escogido la bandeja —un primor de platería, de ejecución fina y acabada. El criado esperaba tenso y serio. Era español; y no había sido sin resistencia que Rubião lo había aceptado de manos de Cristiano; por más que él le había dicho que estaba acostumbrado a sus criollos de Minas, que no quería idiomas extranjeros en casa, el amigo Palha había insistido, demostrándole la necesidad de tener criados blancos. Rubião había cedido con pena. A su buen valet, que hubiera querido tener en la sala como un pedazo de provincia, ni siquiera había podido ponerlo en la cocina, donde reinaba un francés, Jean; lo habían degradado a otros servicios.

—¿Está muy impaciente Quincas Borba? —preguntó Rubião tras beber el último trago de café y echar otra mirada a la bandeja.

—*Me parece que sí.*^[2]

—Ya voy a calmarlo.

No fue; durante un rato más dejó vagar la mirada por los muebles. Viendo los pequeños grabados ingleses, que colgaban de la pared arriba de los dos bronce, Rubião pensó en la bella Sofía, esposa de Palha, dio unos pasos y, con la mirada perdida, fue a sentarse en el *pouf* que había en el centro de la sala... «Fue ella quien me recomendó estos dos cuadritos, cuando todavía íbamos los

tres juntos a ver cosas, ¡Estaba tan guapa! Pero lo que más me gusta de ella son los hombros. Se los vi en el baile del Coronel. ¡Qué hombros! Parecen de cera; ¡tan lisos, tan blancos! Los brazos también. ¡Ah, los brazos! ¡Qué bien hechos!»

Rubião suspiró, cruzó las piernas y se golpeó las rodillas con las borlas de la bata. Tenía la sensación de no ser completamente feliz; pero también de no estar lejos de la felicidad completa. Volvía a componer mentalmente ciertos ademanes, ciertas miradas, ciertos requiebros que no tenían ninguna explicación como no fuera ésta: que ella lo amaba, y mucho. Él no era viejo; estaba por cumplir cuarenta años; y, rigurosamente mirado, aparentaba menos. Un gesto acompañó esta última observación: se pasó la mano por la barbilla que ahora afeitaba todos los días, cosa que antes no había hecho por ahorro o falta de necesidad. ¡Un simple profesor! Entonces solía llevar patillas (más tarde se había dejado crecer toda la barba), tan suaves que daba gusto tocarlas... Y de ese modo recordaba el primer encuentro, en la estación de Vassouras, donde Sofía y su marido habían subido al mismo vagón de tren en que él volvía de Minas; allí había encontrado aquel par de ojos viciosos que parecían repetir la exhortación del profeta: Vosotros que estáis sedientos, bebed de estas aguas. Él, la verdad sea dicha, no estaba muy preparado para el convite. Iba con la herencia en la cabeza, el testamento, el inventario, cosas que primero hay que aclarar si se quiere entender el presente y el futuro. Dejemos a Rubião en la sala de Botafogo, golpeándose las rodillas con las borlas de la bata, y pensando en la bella Sofía. Ven conmigo, lector; vamos a verlo unos meses antes en la cabecera de Quincas Borba.

IV

Este Quincas Borba, si por casualidad me hiciste el favor de leer las *Memorias póstumas de Brás Cubas*, es el mismo náufrago de la existencia que aparece allí, mendigo, heredero inopinado e inventor de una filosofía. Helo aquí ahora en Barbacena. Nada más llegar se enamoró de una viuda, señora de condición mediana y parcos medios de vida; pero tan inflexible que los suspiros del enamorado no encontraron eco. Se llamaba María da Piedade. Su hermano, que era el Rubião de quien hablábamos antes, hizo todo lo posible para casarlos. Piedade se resistía, una pleuritis se la llevó.

Fue ese fragmentito de novela lo que vinculó a los dos hombres. ¿Sabría Rubião que nuestro Quincas Borba llevaba dentro esa pizca de locura que un médico había supuesto encontrarle? Seguramente no; lo tenía por un hombre exquisito. Y, aparte, es cierto que la pizca no llegó a despegarse del cerebro de Quincas Borba ni antes ni después de la enfermedad que lentamente se lo comería. Quincas Borba había tenido allí unos parientes, muertos ya en 1867; el último había sido un tío que lo había nombrado heredero de sus bienes. Rubião acabó siendo el único amigo del filósofo. Dirigía entonces una escuela de niños, que cerró para ocuparse del enfermo. Antes de ser profesor había participado en algunas empresas que se habían ido a pique.

La tarea de enfermero duró más de cinco meses, casi seis. El desvelo de Rubião era real: paciente, risueño, múltiple, oía las órdenes del médico, daba las medicinas a las horas señaladas, salía a pasear con el enfermo y no se olvidaba de nada, ni del servicio de la casa, ni de leer los periódicos no bien llegaba la maleta de la Corte o la de Ouro Preto.

—Qué bueno eres, Rubião —suspiraba Quincas Borba.

—¡Vaya hazaña! ¡Como si tú fueras malo!

La ostensible opinión del médico era que la enfermedad de Quincas Borba se iría extinguiendo poco a poco. Un día nuestro Rubião lo acompañó hasta la puerta de la calle y le preguntó cuál era el verdadero estado de su amigo. Oyó entonces que estaba perdido, completamente perdido; pero que no obstante él lo animara. ¿Para qué hacerle la muerte más penosa con una certeza...?

—No, de ninguna manera —interrumpió Rubião—. Morir, para él, es asunto fácil. No he leído un libro que escribió hace años, pero sé que los asuntos de la filosofía...

—Sí, pero una cosa es la filosofía y otra morir de veras. Adiós.

V

En el corazón de Quincas Borba, Rubião tenía un rival: un perro, un hermoso perro ni grande ni pequeño, con pelo plumizo manchado de negro. Quincas Borba lo llevaba a todas partes, dormían en el mismo cuarto. Por la mañana era el perro el que despertaba al señor subiendo a la cama, donde cambiaban los primeros saludos. Una de las extravagancias del amo había sido darle su propio nombre; cosa que explicaba por dos motivos, uno doctrinario, otro particular.

—Puesto que la Humanitas, según mi doctrina, es el principio de la vida y reside en todo, también existe en el perro, de modo que éste puede recibir nombre de persona, sea cristiano o musulmán.

—Bien, ¿pero por qué no le pusiste más bien Bernardo? —dijo Rubião pensando en un rival político local.

—Eso es parte del motivo particular. Si yo muriese antes, como presumo, sobreviviré en el nombre de mi buen cachorro. Te ríes, ¿no?

Rubião hizo un gesto negativo.

—Pues deberías reírte, mi estimado. Porque la inmortalidad es mi lote y mi dote, o como quieras llamarlo. Yo viviré eternamente en mi gran libro. Pero aquellos que no sepan leer, llamarán Quincas Borba al cachorro y...

Al oír su nombre el perro saltó a la cama. Conmovido, Quincas Borba miró a Quincas Borba.

—¡Mi pobre amigo! ¡Mi buen amigo! ¡Mi único amigo!

—¡Unico!

—Discúlpame, tu también lo eres y te lo agradezco mucho. Pero a un enfermo se le ha de perdonar todo. Quizás esté empezando a delirar. Pásame el espejo.

Rubião se lo dio. El enfermo se contempló unos segundos la cara enjuta, la mirada febril, como divisando los suburbios de la muerte, adonde se encaminaba a paso lento pero seguro. Luego, con una sonrisa pálida e irónica:

—Todo lo que se ve aquí fuera corresponde a lo que siento dentro. Me voy a morir, mi querido Rubião... No hagas gestos, me voy a morir. ¿Y qué hay de malo en la muerte, para que te espantes así?

—Ya sé, ya sé que tienes unas filosofías... Pero hablemos de la comida. ¿Qué preparamos hoy?

Quincas Borba se sentó en la cama dejando colgar las piernas, cuya delgadez extraordinaria se adivinaba debajo del camisón.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —se afanó Rubião.

—Nada —respondió el enfermo sonriendo—. ¡Unas filosofías! ¡Con qué desprecio lo dices! Repítelo, anda, quiero oírlo otra vez. ¡Unas filosofías!

—Pero si no es por desprecio. ¿Acaso tengo yo capacidad como para despreciar filosofías? Digo únicamente que si no temes morir es porque tendrás razones, principios...

Quincas Borba movió los pies buscando las chinelas; Rubião se las acercó; él se las calzó y se puso a caminar para estirar las piernas. Acaricio al perro y encendió un cigarro. Rubião quiso que se arreglase y le dio a elegir entre un frac, un chaleco, una bata, un capote. Quincas Borba rechazó las prendas con un gesto. Ahora

tenía otro aire: vueltos hacia dentro, los ojos veían pensar al cerebro. Después de pasearse un buen rato se detuvo unos segundos frente a Rubiã.

VI

— Para que entiendas bien qué es la muerte y qué es la vida, bastará con que te cuente cómo murió mi abuela.

—¿Cómo fue?

—Siéntate.

Rubião obedeció, dando a su rostro el mayor interés posible mientras Quincas Borba seguía caminando.

—Fue en Río de Janeiro —comenzó Quincas Borba—, frente a la Capilla Imperial, que entonces era Real, un día de fiesta grande. Mi abuela salió y cruzó el atrio para ir hasta la litera, que la esperaba en el Largo do Paço. Había un hormiguero de gente. El pueblo quería ver a las grandes señoras en sus ricos carruajes. En el momento en que mi abuela abandonaba el atrio, ocurrió que a cierta distancia se asustó una de las bestias de un coche. La bestia echó a correr, la otra la imitó, hubo tumulto y confusión, mi abuela cayó al suelo y tanto las mulas como el coche le pasaron por encima. La llevaron en brazos a una farmacia de Rua Direita; acudió un sangrador, pero ya era tarde. Tenía la cabeza abierta, rotos una pierna y un hombro, toda ella era sangre. Minutos después expiró.

—Una verdadera desgracia —dijo Rubião.

—No.

—¿No?

—Escucha lo que falta. He aquí la otra cara de la historia. El dueño del coche estaba en el atrio y tenía hambre, mucha hambre,

porque era tarde y él había almorzado poco y temprano. Desde su sitio le hizo una señal al cochero, que fustigó a las mulas para ir a buscar al patrón. A mitad de camino el coche encontró un obstáculo y lo derribó: ese obstáculo era mi abuela. El primer acto de la serie fue un movimiento de conservación: la Humanitas tenía hambre. Es cierto que si en vez de mi abuela se hubiese tratado de un ratón o un perro, mi abuela no habría muerto; pero el hecho seguiría siendo el mismo: la Humanitas necesita comer. Si en vez de un ratón o un perro hubiese sido un poeta, Byron o Gonçalves Dias, el caso habría sido diferente en el sentido de dar motivo a abundantes necrológicas; pero el fondo no cambiaría. El universo nunca se ha parado porque le faltaran unos cuantos poemas muertos en flor en la cabeza de un varón, ilustre u oscuro; pero la Humanitas (y es esto, sobre todo, lo que importa), la Humanitas necesita comer.

Rubião escuchaba con el alma en los ojos, sinceramente deseoso de entender; pero no le parecía que fuese necesidad aquello a lo cual su amigo atribuía la muerte de la abuela. Sin duda el dueño del coche, por muy tarde que hubiese llegado a su casa, no se habría muerto de hambre, mientras que la buena señora se había muerto de verdad y para siempre. Tras explicar estas dudas lo mejor que pudo, preguntó:

—¿Y qué es eso de la Humanitas?

—La Humanitas es el principio. Pero no, no diré nada, tu no eres capaz de entenderlo, mi querido Rubião. Hablemos de otra cosa.

—Vamos, sigue.

Quincas Borba, que no había dejado de andar, se detuvo unos instantes.

—¿Quieres ser mi discípulo?

—Sí.

—Bien, poco a poco irás entendiendo mi filosofía. El día en que la hayas penetrado por completo, ¡ah!, ese día tendrás el mayor placer de tu vida, porque no hay vino que embriague como la verdad. Créeme, el Humanitismo es la culminación de las cosas: y yo, que lo he formulado, soy el hombre más grande del mundo. Fíjate, ¿ves como me mira mi buen Quincas Borba? No es él quien me mira, es la Humanitas...

—¿Pero qué es la Humanitas?

—La Humanitas es el principio. En todas las cosas hay cierta sustancia recóndita e idéntica, un principio único, universal, eterno, común, indivisible e indestructible. O para usar las palabras del gran Camoes:

Una verdad que en las cosas anda,
que mora en lo visible y lo invisible.

»Pues bien, esa sustancia o verdad, ese principio indestructible es la Humanitas. La llamo así porque resume el universo, y el universo es el hombre. ¿Vas comprendiendo?

—Un poco. Pero aun así, ¿cómo es que la muerte de tu abuela...?

—La muerte no existe. El encuentro de dos expansiones, o la expansión de dos formas, puede determinar la supresión de una de ellas; pero, en rigor, no hay muerte, sólo hay vida, porque la supresión de una es condición de supervivencia de la otra, y la destrucción no atañe al principio universal y común. De ahí el carácter conservador y benéfico de la guerra. Imagina un campo de boniatos y dos tribus famélicas. Los boniatos apenas alcanzan para

alimentar a una de las tribus, que de este modo obtiene fuerzas para sortear la montaña e ir hasta la otra ladera, donde hay boniatos en abundancia; pero si las dos tribus se dividieran en paz los boniatos del campo, no llegarían a alimentarse lo suficiente y morirían de inanición. En este caso la paz es la destrucción; la guerra, la conservación. Una de las tribus extermina a la otra y recoge los despojos. De donde la alegría de la victoria, los himnos, las aclamaciones, las recompensas públicas y todos los demás efectos de las acciones bélicas. Si la guerra no fuera eso, no llegarían a producirse tales demostraciones, por el motivo muy real de que el hombre sólo conmemora lo que ama y que le es apreciable o ventajoso, y por el motivo racional de que ninguna persona canoniza una acción que virtualmente la destruya. Para el vencido, odio o compasión; para el vencedor, los boniatos.

—¿Y la opinión del exterminado?

—No hay tal exterminado. Desaparece el fenómeno; la sustancia es la misma. ¿Nunca has visto agua hirviendo? Recuerda que las burbujas se forman y se deshacen continuamente y todo permanece en la misma agua. Los individuos son esas burbujas transitorias.

—De acuerdo, pero la opinión de la burbuja...

—La burbuja no tiene opinión. ¿Hay, aparentemente, algo más triste que una de las terribles pestes que suelen devastar algún lugar del planeta? Y sin embargo ese supuesto mal resulta un beneficio, no sólo porque elimina los organismos débiles, incapaces de resistir, sino también porque permite la observación, el descubrimiento de la droga curativa. La higiene es hija de putrefacciones seculares; algo que nos han legado millones de corrompidos e infectados. Nada se pierde, todo es ganancia. Repito, las burbujas permanecen en el agua. ¿Ves este libro? Es el *Quijote*. No por destruir el ejemplar yo eliminaría la obra, que se mantendrá eterna en los ejemplares subsistentes y las futuras ediciones. Eterna y bella, bellamente

eterna, como este mundo divino y supradivino.

VII

Quicas Borba calló, exhausto, y se sentó jadeando. Rubião se apresuró a atenderlo, llevándole agua y pidiéndole que se echase a descansar; pero al cabo de unos minutos el enfermo replicó que no era nada. Había perdido la costumbre de dar discursos, eso era todo. Y, apartando con un gesto la persona de Rubião para poder encararla sin esfuerzo, inició una brillante descripción del mundo y sus excelencias. Mezcló ideas propias y ajenas, imágenes de toda suerte, idílicas, épicas, a tal punto que Rubião se preguntó cómo era posible que un hombre próximo a morir pudiera tratar aquellas cuestiones con tanta elegancia.

—Ve a reposar un poco.

Quincas Borba reflexionó.

—No, voy a dar un paseo.

—Ahora no; estás muy cansado.

—¡Qué va! Ya ha pasado.

Enderezóse y apoyó paternalmente las manos en los hombros de Rubião.

—¿Eres mi amigo?

—¡Qué pregunta!

—Di.

—Tanto o más que este animal —respondió Rubião en un arrebato de ternura.

Quincas Borba le apretó las manos.

—Bien.

VIII

Al día siguiente Quincas Borba se despertó decidido a ir a Río de Janeiro. Regresaría a fin de mes, tenía ciertos negocios... Rubião se quedó pasmado. ¿Y la molestia, y el médico? El enfermo contestó que el médico era un charlatán, y que a la molestia había que distraerla, lo mismo que a la salud. Enfermedad y salud eran dos huesos del mismo fruto, dos estados de la Humanitas.

—Tengo asuntos personales —concluyó el enfermo—. Y además llevo un plan tan sublime que ni tú mismo podrás entenderlo. Perdóname la franqueza; pero prefiero ser franco contigo antes que con cualquier otra persona.

Rubião confió en que el proyecto, como tantos otros, se derrumbara con el tiempo; pero se engañaba. En realidad, parecía como si el enfermo estuviese mejorando; no se quedaba en la cama, salía a la calle, escribía. El fin de semana mandó llamar al notario.

—¿El notario? —repitió el amigo.

—Sí, quiero registrar mi testamento. O mejor vamos los dos a verlo. Fueron los tres, porque el perro nunca permitía que su amo y señor saliera sin él. Quincas Borba registró el testamento, con las formalidades del caso, y volvió tranquilo a su casa. Rubião le sentía latir violentamente el corazón.

—Está claro que no te permitiré ir solo a la Corte —dijo.

—No, no es preciso. Además Quincas Borba no irá y, no siendo tú, no confío en nadie más para que lo cuide. La casa la dejaré como está. Dentro de un mes habré regresado. Parto mañana: no quiero que él sospeche nada. Cuídalo, Rubião.

—Sí, lo cuidaré.

—¿Me lo juras?

—Por la luz que me alumbra. ¿O me consideras un niño?

—Has de darle leche a las horas apropiadas, las comidas de costumbre y los baños. Y cuando salgas a pasear con él, fíjate que no se vaya a escapar. No, lo mejor es que no salga... que no salga...

—Sosiégate.

Quincas Borba lloraba por el otro Quincas Borba. Al partir no quiso verlo. Lloraba de veras; fuesen aquellas lágrimas de locura o de aflicción, las iba dejando en la buena tierra mineira, como el sudor postrero de un alma oscura próxima a caer en el abismo.

IX

Horas más tarde a Rubião se le ocurrió algo horrible. Podían creer que él mismo había incitado al amigo a hacer el viaje, para matarlo así más deprisa y entrar en posesión de la herencia, si era que realmente estaba incluido en el testamento. Le remordía la conciencia. ¿Por qué no había empleado todas sus fuerzas para contenerlo? Vio el cadáver de Quincas Borba, pálido y hediendo, clavando en él una mirada vengativa. Resolvió que, si el fatal desenlace se producía durante el viaje, repartiría la herencia.

El perro, por su parte, vivía olisqueando, gimiendo, queriendo huir; no podía dormir tranquilo, de noche se levantaba varias veces, recorría la casa y volvía a su rincón. Por las mañanas Rubião lo llamaba a la cama y el perro acudía alegre; imaginaba que era su amo; y aunque enseguida veía que no, aceptaba las caricias y hacía otras, como si Rubião fuese a llevárselas a su amigo o hacer que regresase. Además le había cobrado afecto, y para él era el puente que lo ligaba a la existencia anterior. Los primeros días no quiso comer. Como la sed la soportaba menos, Rubião consiguió que bebiera leche; por algún tiempo fue el único alimento que tomó. Más tarde empezó a pasarse las horas callado, triste, encogido, o bien con el cuerpo extendido y la cabeza entre las patas delanteras.

Cuando el médico fue de visita, se asombró de la temeridad del enfermo; debían haberle impedido que viajara; moriría, sin duda.

—¿Sin duda?

—Tarde o temprano. ¿Se ha llevado el perro?

—No, lo ha dejado conmigo. Me pidió que lo cuidase, y lloró, créame que lloró a mares. Cierto es —añadió Rubião en defensa del

enfermo— que el animal merece el amor de su dueño: parece un ser humano.

El médico se echó hacia atrás el sombrero de paja para ajustar la mirada; luego sonrió. ¿Un ser humano? Rubião insistió primero, y en seguida se explicó: no un ser humano como los seres humanos, pero tenía sentimientos, hasta sentido común. Mire usted, le contaré lo que ocurrió el otro día...

—No, hombre, tengo que irme en seguida a ver a un enfermo de erisipela... Si llegan cartas de él que no sean reservadas, quiero que me las enseñe, ¿me ha entendido? Y recuerdos al chucho —dijo al salir.

Ciertas personas empezaron a burlarse de Rubião y de la singular ocurrencia de cuidar a un perro en vez de que el perro lo cuidase a él. En seguida estallaba la risa, llovían los apodos. ¡En qué había ido a dar el profesor! ¡Guardián de cachorros! Rubião era temeroso de la opinión pública. Empezó a sentirse ridículo; rehuía los ojos extraños, miraba al animal con fastidio, mentaba al diablo, renegaba de la vida. Sólo lo consolaba la esperanza de una herencia, por pequeña que fuese. Era imposible que no le dejase un recuerdo.

X

Siete semanas después llegó a Barbacena la siguiente carta, fechada en Río de Janeiro, de puño y letra de Quincas Borba:

Estimado amigo:

Mi silencio ha debido de extrañarte. No te he escrito por razones particulares, etc. Regresaré en breve; pero quiero comunicarte ahora mismo un asunto reservado, reservadísimo.

¿Quién soy yo, Rubião? Soy San Agustín. Sé que sonreirás, Rubião, porque eres un ignorante; nuestra intimidad me permitiría usar una palabra más cruda, pero te hago esta concesión, que es la última. ¡Ignorante!

Oye, ignorante. Soy San Agustín; lo descubrí anteayer: óyeme y calla. Todo coincide en nuestras vidas. Tanto el santo como yo pasamos una parte del tiempo en placeres y herejías, pues por mi parte considero herejía todo lo que no sea mi doctrina de la Humanitas; ambos robamos: él, cuando niño, unas peras de Cartago; yo, ya muchacho, un reloj de mi amigo Bras Cubas. Nuestras madres eran religiosas y castas. Como yo, en fin, él pensaba que todo aquello que existe es bueno, y así lo demuestra en el capítulo XVI del libro VII de las *Confesiones*, con la diferencia de que, para él, el mal es un desvío de la voluntad, ilusión propia de un siglo atrasado, concesión al error, pues el mal ni siquiera existe y sólo la primera afirmación es verdadera; todas las cosas son buenas, *omnia bona*, y adiós.

Adiós, ignorante. Si no quieres perder las orejas, no cuentes a nadie lo que te acabo de confiar. Cállate, guarda, y agradece la suerte de tener por amigo a un grande como yo, por mucho que no

me comprendas. Pero has de comprenderme. En cuanto llegue a Barbacena te daré en términos elementales, simples, adecuados al seso de un asno, la verdadera noción del gran hombre. Adiós, recuerdos al pobre Quincas Borba. No te olvides de darle leche; leche y baños; adiós, adiós... De todo corazón,

QUINCAS BORBA.

Rubião apenas podía sostener el papel entre los dedos. Pasados unos segundos se dijo que acaso aquello fuera una gracia de su amigo, y releyó la carta; pero la segunda lectura confirmó la primera impresión. No cabía duda: estaba loco. ¡Pobre Quincas Borba! Las extravagancias, la frecuente alteración del humor, los arrebatos sin motivo, las ternuras sin proporción no eran más que preanuncios de la ruina total del cerebro. Se estaba muriendo antes de morir. ¡Un hombre tan bondadoso! ¡Tan alegre! Verdad que tenía sus impertinencias; pero se explicaban por la locura. Rubião se enjugó los ojos húmedos de emoción. Luego lo asaltó el recuerdo de la posible herencia, que lo afligió más aún al mostrarle qué buen amigo iba a perder.

Quiso leer la carta una vez más, ahora lentamente, analizando las palabras, descoyuntándolas para captar bien su sentido y descubrir si acaso no se trataba de una chanza de filósofo. Conocía bien aquella manera de amonestar en broma; pero el resto confirmaba la sospecha del desastre. Ya casi al final, se interrumpió alarmado. ¿No podría suceder que, demostrada la alienación mental del testador, quedara nulo el testamento y perdida la herencia? Rubião sintió un mareo. Permanecía aún con la carta desplegada en las manos cuando se presentó el médico, que iba por noticias del enfermo. Sabía por el agente de correos que había llegado una carta; ¿era ésa?

—Sí, es ésta, pero...

—¿Contiene algún mensaje privado?

—Precisamente. Contiene un mensaje privado, reservadísimo. Asuntos personales. Si me perdona usted...

Diciendo lo cual Rubião se guardó la carta en el bolsillo; y marchado que se hubo el médico, pudo respirar. Había eludido el peligro de hacer público un documento tan grave, del que podía deducirse el estado mental de Quincas Borba. Minutos después ya se arrepentía; habría debido entregar la carta, sintió remordimientos, pensó en enviarla a la casa del médico. Mandó a llamar un esclavo; cuando éste acudió, ya había vuelto a cambiar de idea; ahora pensaba que era una imprudencia; el enfermo no tardaría en regresar —apenas faltaban unos días—, preguntaría por la carta, lo acusaría de indiscreto, de delator... Remordimientos fáciles, perecederos.

—No quiero nada —le dijo al esclavo. Y de nuevo se puso a pensar en la herencia. Calculó los guarismos. No menos de diez contos^[3]. Compraría un pedazo de tierra, una casa, cultivaría esto o aquello, o se dedicaría a la orfebrería. En el peor de los casos cinco contos... ¿Cinco? Era poco; pero, en fin, tal vez no pasara de eso. Cinco contos era un pobre arreglo, pero aun así mejor que nada. Cinco mil escudos... Peor sería que declararan nulo el testamento. ¡Sea, cinco mil!

XI

A comienzos de la semana siguiente, habiendo recibido los periódicos de la Corte (suscripciones aún de Quincas Borba), Rubião leyó en uno de ellos esta noticia:

Falleció ayer el Sr. Joaquim Borba dos Santos, tras haber soportado su enfermedad con singular filosofía. Era hombre de amplio saber y luchó incansablemente contra ese pesimismo amarillo y enojoso que quizá no tarde en llegarnos, pues parece ser la enfermedad del siglo. Sus últimas palabras fueron que el dolor es una ilusión y que Pangloss no era tan ridículo como nos inculcó Voltaire... Por entonces ya deliraba. Deja numerosos bienes. Su testamento se halla en Barbacena.

XII

—¡Por fin dejó de sufrir! —suspiró Rubião.

En seguida, releendo la noticia, observó que hablaba del difunto con aprecio y consideración, atribuyéndole una querella filosófica. Ninguna alusión a la demencia. Todo lo contrario, al final mencionaba el delirio de la última hora, efecto de la enfermedad. ¡Menos mal! Rubião leyó la carta una vez más y la hipótesis de la broma volvió a parecerle verosímil. Aceptó que tenía gracia; seguramente había querido mofarse; había recurrido a San Agustín como habría podido hacerlo a San Ambrosio o San Hilario, y había escrito una carta enigmática para confundirlo y, al regresar, reírse de haberlo logrado. ¡Pobre amigo! Estaba cuerdo —cuerdo y muerto. Sí, ya no sufriría más. Mirando al perro, Rubião dejó escapar un suspiro:

—¡Pobre Quincas Borba! Si supiese que su amo ha muerto...
—Y luego, para sí, añadió—: Ahora que ya no tengo obligaciones, se lo daré a la comadre Angélica.

XIII

La noticia recorrió la ciudad y el vicario, el farmacéutico de la casa, el médico, todos quisieron saber si era verdad. El agente de correos, que la había leído en los diarios, fue a entregarle a Rubião en mano una carta que había para él en la maleta. Tal vez fuera del finado, si bien la letra del sobre no era la suya.

—¿Así que al fin el hombre ha estirado la pata? —dijo mientras Rubião abría la carta, buscaba la firma y leía: *Brás Cubas*. Era un simple billete:

Mi pobre amigo Quincas Borba falleció ayer en mi casa, donde hace un tiempo se presentara macilento y sórdido: frutos de la enfermedad. Antes de morir me pidió que le escribiese a usted, para comunicarle particularmente esta noticia y muchos agradecimientos; advirtiéndome que lo demás se cumpliría según los usos legales.

Los agradecimientos hicieron palidecer al profesor; pero los usos legales le devolvieron la sangre al rostro. Rubião cerró la carta sin decir palabra; el agente habló de una cosa y otra y luego se marchó. Rubião ordenó a un esclavo que llevase el perro de regalo a la comadre Angélica, diciéndole que, puesto que le gustaban los animales, allí tenía uno más; que lo tratara bien, pues a eso lo habían acostumbrado; y, finalmente, que el nombre del chucho era el mismo que el del amo, ahora muerto. Quincas Borba.

XIV

Cuando abrieron el testamento Rubião casi se cae de espaldas. Supongo, lector, que habrás adivinado por qué. El testador lo nombraba heredero universal. No cinco, ni diez, ni veinte mil escudos sino todo, el capital entero, incluidos bienes, casas en la Corte, una en Barbacena esclavos, pólizas, acciones del Banco de Brasil y de otras instituciones, joyas, dinero en moneda, libros: todo pasaba finalmente a manos de Rubião, sin retaceos, sin legados a terceros ni limosnas ni particiones. Una sola condición figuraba en el testamento: que el heredero guardara consigo al pobre cachorro Quincas Borba, nombre que le fuera dado por el gran afecto que el amo le tenía. Se exigía al mencionado Rubião que lo tratase como si fuese el propio testador, sin escatimar nada para su beneficio y resguardándolo de enfermedades, fugas, robo o muerte que alguien quisiese darle por maldad; que lo cuidase, en suma, como si fuese, no perro, sino ser humano. Item, se imponía a Rubião la condición, cuando el animal muriese, de darle sepultura en terreno propio, que cubriría de flores y plantas fragantes; y de que, pasado el tiempo idóneo, desenterrara sus huesos y los recogiera en una urna de madera preciosa para colocarlos en el lugar más honorable de la casa.

XV

Tal era la cláusula. Rubião la encontró natural, absorto como estaba en la idea de la herencia. Había esperado unas migajas y ahora le caía la masa entera de los bienes. No acababa de creérselo; fue preciso que le estrecharan mucho las manos, con fuerza —la fuerza de las congratulaciones— para que lo diera por cierto.

—Sí, señor, calcule usted —le decía el dueño de la farmacia que había provisto a Quincas Borba de medicamentos.

Ya era mucho ser heredero; pero universal... La mera palabra le hinchaba las mejillas. Heredero de todo, hasta de la última cucharilla. ¿Y cuánto sería todo?, iba pensando. Casas, pólizas, acciones, esclavos, ropa, vajilla, algunos cuadros que tendría en la Corte, porque era hombre de buen gusto, trataba de cuestiones de arte como el más conocedor. ¿Y libros? Debía de tener muchísimos, solía citarlos. ¿Pero cuánto sumaría todo aquello? ¿Cien contos? Doscientos, quizá. Era posible; y no sería de admirar que hasta trescientos. ¡Trescientos mil escudos! ¡Trescientos mil! Y a Rubião le entraban ganas de bailar en la calle. Luego se tranquilizaba; aunque fueran doscientos mil, o cien, era un sueño que le estaba regalando Dios Nuestro Señor, pero un sueño realizado, de nunca acabar.

El recuerdo del perro logró hacer pie en el torbellino que era la mente de nuestro hombre. A Rubião la cláusula le parecía natural, bien que innecesaria: el perro y él eran amigos, y ninguna duda cabía de que permanecerían juntos para recordar al tercer amigo, el fallecido, el autor de la felicidad de ambos. Había en la cláusula, cierto, algunas peculiaridades, algo sobre una urna y no sabía qué más; pero todo se cumpliría aunque el cielo se derrumbase... No, se

corregía Rubião, se cumpliría con la ayuda de Dios. ¡Buen perro!
¡Excelente!

Rubião no olvidaba que más de una vez había intentado enriquecerse con empresas que habían muerto en flor. Pensando en aquellos tiempos, se vio como un desgraciado, un bobo, cuando la verdad era que «no vale tanto que madrugues como que Dios te ayude». Tan poco imposible era enriquecerse, que se había vuelto rico.

—¡Imposible! —exclamó en voz alta—. Lo único imposible es que Dios cometa pecado. Dios no olvida a quien le promete.

Y así iba, bajando y subiendo las calles de la ciudad, sin volver a su casa, con la sangre agitada. De repente le surgió un grave dilema: si se iría a vivir a Río de Janeiro o se quedaría en Barbacena. Sentía deseos de quedarse, de brillar allí donde todo era opaco, de cerrar la puerta en las narices de los que antes no le habían hecho caso, y sobre todo de los que se habían reído de su amistad con Quincas Borba. Pero en seguida le venía a la mente la imagen de Río de Janeiro, ciudad que conocía, llena de hechizos, de movimiento, de teatros, de mujeres gúa pas «vestidas a la francesa». Decidió que era mejor: a la ciudad natal podría viajar tantas veces como quisiera.

XVI

—¡Quincas Borba! ¡Quincas Borba! ¡Eh, Quincas Borba!
—llamó al entrar a la casa.

Ni rastro del cachorro. Sólo entonces recordó que había mandado regalárselo a la comadre Angélica. Corrió hasta la casa de la comadre, que estaba lejos. Por el camino lo asaltaron toda clase de ideas horribles, algunas extraordinarias. Una idea, horrible, era que el perro hubiese escapado. Otra, extraordinaria, era que algún enemigo, conociendo la cláusula, hubiese ido a casa de la comadre para robar el cachorro y esconderlo o matarlo. En ese caso la herencia... Por un instante se le nubló la vista. Luego empezó a ver más claro.

—No conozco bien las cuestiones legales, pero pienso que no tengo que preocuparme. La cláusula supone que el perro ha de estar vivo o en casa; pero si escapara o muriera, no dice que deba inventarse otro perro; luego, la intención principal... Pero mis enemigos son capaces de cualquier tramoya. Y si no se cumple la cláusula...

XVII

—¿Y dónde está el perro, doña comadre? —preguntó Rubião, indiferente pero pálido.

—Entre usted y póngase cómodo —respondió ella—. ¿Qué perro?

—¿Que qué perro? —espetó Rubião cada vez más pálido—. Pues el que le he mandado. ¿No recuerda que le mandé un perro para que lo tuviera unos días descansando, a ver sí... En suma, un animal muy apreciado. No es mío. Vengo para... ¿Es que no lo recuerda?

—¡Bah! ¡No me hable de ese animal! —respondió ella apretando las palabras.

Era menuda, temblaba por cualquier cosa y, cuando se apasionaba, se le hinchaban las venas del cuello. Repitió que no le hablara de ese animal.

—¿Pero qué le ha hecho, doña comadre?

—¿Qué me ha hecho? ¿Qué puede hacerme el pobre chucho? No prueba bocado, no bebe, llora como una persona y no hace más que mirar hacia fuera a ver si puede escaparse.

Rubião respiró. Ella continuó quejándose del cachorro; él, ansioso, quería verlo.

—Allá está, en el fondo, en el corral grande. Lo puse solo para que los otros no lo molesten. ¿Pero ha venido usted a buscarlo, compadre? No es eso lo que arreglamos. Me pareció oír que era para

mí, que me lo había dado.

—Si pudiese, le daría cinco o seis —respondió Rubião—. Pero éste no puedo dárselo. Yo soy apenas el depositario. Pero espere usted un tiempo y le regalaré una cría. Ya imaginaba yo que le habían dado mal el recado.

Rubião echó a andar; la comadre, en vez de guiarlo, lo acompañaba. Allí estaba el perro, dentro del corral, tumbado a unos metros de un barreño de comida. Fuera, perros y aves saltaban por todas partes. A un lado había un gallinero, más lejos una pocilga; más lejos aún una vaca echada, soñolienta, con dos gallinas que, a picotazos, le arrancaban las garrapatas de la barriga.

—¡Mire cómo esta mi pavo! —dijo la comadre.

Pero Rubião sólo tenía ojos para Quincas Borba, que olisqueaba impaciente y se abalanzó sobre él no bien un muleque abrió la puerta del corral. Fue una escena de delirio; el cachorro devolvía las caricias de Rubião ladrando, brincando, besándole las manos.

—¡Dios mío! ¡Cuánta amistad!

—Ni se imagina usted, comadre. Adiós, le prometo una cría.

XVIII

Al entrar en su casa, Rubiño y el perro sintieron la presencia y oyeron la voz del amigo muerto. Mientras el animal husmeaba por todas partes, Rubiño se sentó en la silla donde se había sentado la tarde en que Quincas Borba le contara la muerte de la abuela con argumentos científicos. Aunque un poco confusa y desgajadamente, su memoria reconstruyó los argumentos del filósofo. Por primera vez puso atención a la alegoría de las tribus hambrientas y comprendió la conclusión: «¡Al vencedor, los boniatos!».

¡Tan sencillo! ¡Tan claro! Se miró los pantalones de brin gastado y el chaleco zurcido, y se dio cuenta de que hasta hacía poco había sido, por decirlo así, un exterminado, una burbuja; y de que ahora no: ahora era un vencedor. No había duda: los boniatos se habían hecho para la tribu capaz de eliminar a la otra, sortear la montaña e ir a buscarlos al otro lado. Ese, justamente, era su caso. Iba a abandonar Barbacena para recoger y comerse los boniatos de la capital. Era poderoso y fuerte: tendría que ser duro e implacable. Y levantándose de golpe, alborozado, alzó los brazos y exclamó:

—¡Al vencedor, los boniatos!

La fórmula le gustaba, le parecía ingeniosa, breve y elocuente, además de verdadera y profunda. Imaginó las diversas formas de los boniatos, los clasificó por el sabor, el aspecto, el poder nutritivo, se hartó por anticipado del banquete de la vida. Ya era hora de acabar con las raíces pobres y secas que apenas servían para engañar al estómago, triste comida de largos años; había llegado el momento de lo grueso, lo sólido, lo perpetuo, de comer hasta morir y de morir entre colchas de seda, que es la mejor de las telas. Y a cada momento volvía la resolución de ser duro e implacable, y con ella la

fórmula de la alegoría. Hasta llegó a confeccionar mentalmente una divisa privada con el lema: AL VENCEDOR LOS BONIATOS.

No tardó en olvidar el proyecto de la divisa; pero el emblema siguió viviendo unos días en el espíritu de Rubião: ¡Al vencedor los boniatos! Antes de lo del testamento no la había comprendido; al contrario, ya hemos visto que le resultaba oscura e inexplicable. Tan cierto es que el paisaje depende del punto de vista y que la mejor manera de apreciar el látigo es teniéndolo por el mango.

XIX

No olvidemos decir que Rubião se encargó de pagar una misa por el difunto, aunque supiese o presintiese que no era católico. Quincas Borba no había vituperado a los curas ni desacreditado la doctrina católica; pero tampoco hablado nunca de la Iglesia o sus siervos. De su veneración de la Humanitas, por otro lado, el heredero concluía que la religión del testador era ésa. Pese a todo pagó la misa, considerando que no era un acto de voluntad del muerto sino una plegaria de los vivos; y que la ciudad habría escandalizado si él, nombrado heredero por el difunto, no hubiese brindado a su protector los sufragios que no se niegan ni a los más miserables y avaros de este mundo.

Si bien algunas personas se privaron de comparecer, para no asistir a la gloria de Rubião, muchas otras —y no mera ralea— acudieron y fueron testigos de la sincera compunción del antiguo maestro.

XX

Satisfechos los preliminares para la liquidación de la herencia, Rubião decidió ir a Río de Janeiro, en donde se establecería una vez estuviese todo arreglado. En ambas ciudades había mucho que hacer; pero las cosas prometían marchar deprisa.

XXI

En la estación de Vassouras subieron al tren Sofía y su marido, Cristiano de Almeida e Palha. Era éste un mocetón de treinta y dos años; ella estaba por cumplir los veintiocho. Se sentaron enfrente de Rubião, acomodaron las cestas y el montón de recuerdos que se llevaban de Vassouras, adonde habían pasado una semana; abotonaron el guardapolvo y, en voz baja, intercambiaron algunas palabras.

Fue Palha, cuando el tren hubo continuado viaje, quien reparó en la persona de Rubião, cuyo rostro, entre tanta gente cejijunta o aburrída, era el único plácido y satisfecho. Cristiano inició la conversación, diciéndole que los viajes por ferrocarril eran agotadores, a lo que Rubião respondió que sí; para el que estaba acostumbrado al lomo del burro, añadió, el ferrocarril era cansado y no tenía gracia; no se podía negar, sin embargo, que era un progreso.

—Sin duda —concedió Palha. Un progreso enorme.

—¿Es usted agricultor?

—No.

—¿Vive en la ciudad?

—¿En Vassouras? No. Hemos venido a pasar una semana. Vivimos en la Corte. No me sentiría capaz de ser agricultor, aunque lo considero un oficio bueno y honrado.

De la agricultura pasaron a la ganadería, a la esclavitud y a la política. Cristiano Palha maldijo al gobierno, que había introducido en un discurso de la corona una frase relativa a la propiedad servil;

pero, para gran sorpresa suya, Rubião no compartía su indignación. El proyecto de éste era vender los esclavos que el testador le había dejado, excepto un criado; en el caso de que perdiese algo, el resto de la herencia cubriría la pérdida con creces. Además el discurso de la corona, que él también había leído, sólo ordenaba respetar la propiedad actual. ¿Qué le importaban a él los esclavos futuros, si no pensaba comprar ninguno? No bien él entrase en posesión de los bienes, el criado recibiría un sueldo. Cambiando de tema, Palha pasó a la política, a las cámaras, a la guerra del Paraguay, asuntos generales todos ellos a los que Rubião prestó no excesiva atención. Sofía apenas escuchaba: tan sólo movía los ojos, que sabía bonitos, posándolos ora en su marido, ora en el interlocutor.

—¿Se quedará usted en la Corte o regresará a Barbacena?
—preguntó Palha tras veinte minutos de conversación.

—Mi deseo es quedarme, y lo haré —respondió Rubião—. La provincia me tiene cansado. Quiero gozar de la vida. Puede incluso que haga un viaje a Europa, pero aún no se cuándo.

Los ojos de Palha se encendieron de inmediato.

—Pues hace muy bien. Yo haría lo mismo si pudiera, pero de momento no puedo. Seguramente ya ha estado usted allí otras veces...

—No, nunca he ido. Quizá por eso se me ocurrió la idea al partir de Barbacena. ¡Bien, adiós! Es hora de sacudirse la morriña. Todavía no sé cuándo será; pero he de... —Tiene usted mucha razón. Dicen que hay allá cosas magníficas; y no me asombra, son mucho más viejos que nosotros. Pero ya los alcanzaremos; y a buen seguro que en algunas cuestiones estamos a la par de ellos, si no por encima. Nuestra Corte, por ejemplo, no digo que pueda competir con París o Londres, pero verá usted qué hermosa es.

—Ya lo vi.

—¿Ah, sí?

—Hace muchos años.

—Ahora la encontrará mejor. Ha progresado muy rápido. Luego, cuando vaya a Europa...

—¿La señora ha estado en Europa? —interrumpió Rubião dirigiéndose a Sofía.

—No, señor.

—Se me ha olvidado presentarle a mi mujer —intervino Cristiano. Rubião hizo una inclinación respetuosa; y, volviéndose hacia el marido, le dijo sonriendo—: ¿Y usted no se presenta?

Palha también sonrió; comprendiendo que ninguno de los dos sabía el nombre del otro, apresuróse a decir el suyo.

—Cristiano de Almeida e Palha.

—Pedro Rubião de Alvarenga; pero todos me llaman Rubião.

El intercambio de nombres los hizo sentirse más cómodos. De todos modos Sofía siguió sin intervenir en la conversación; dio rienda suelta a los ojos, que se dejaron ir a su gusto. Rubião hablaba, risueño, y atendía a las palabras de Palha, agradeciendo la amistad que le brindaba un joven a quien nunca había visto. Llegó a decirle que acaso pudieran ir a Europa juntos.

—¡Oh! No creo que yo pueda ir en los próximos años —respondió Palha.

—No estoy hablando de ahora; tampoco yo iría tan pronto. El deseo que sentí al partir de Barbacena fue nada más que un deseo, sin término fijo. Claro que iré, no hay duda, pero más adelante, cuando Dios lo quiera.

Palha replicó al instante:

—¡Desde luego! También yo, cuando digo dentro de unos años, reconozco que la voluntad de Dios puede ordenar lo contrario. ¿Quién sabe si no será de aquí a unos meses? La Divina Providencia es la que ha de decidirlo.

El gesto que acompañó estas palabras fue pío y convencido; pero ni Sofía lo vio (se estaba mirando los pies), ni el propio Rubião escuchó a Cristiano. Nuestro amigo se moría por hablar del motivo que lo llevaba a la capital. Tenía la boca llena de confesiones y estaba dispuesto a volcarlas en el oído de su compañero de viaje, y sólo lo frenaba un resto de escrúpulos, por lo demás ya débil. ¿Pero por qué se estaba reteniendo si no era un crimen decirlo, y el caso pronto se haría público?

—Primero tengo que encargarme de un inventario —murmuró por fin.

—¿Su padre de usted, quizá?

—No, un amigo. Un gran amigo que tuvo la generosidad de nombrarme heredero universal.

—¡Ah!

—Universal. Yo creía que en este mundo había amigos; pero como aquél, pocos. El hombre era oro puro. ¡Y qué mente! ¡Qué inteligencia! ¡Qué instrucción! En los últimos tiempos padeció una enfermedad, de lo cual le vino alguna impertinencia, ciertos caprichos. Me comprende usted, ¿no? Rico y enfermo, sin familia, es natural que tuviera sus exigencias... Pero era oro puro, oro de ley. Un hombre que, cuando quería, quería para siempre. Éramos muy amigos, y no me dijo nada. Pero el caso es que un día, cuando ya había muerto, abren el testamento y me encuentro con todo. Puede creerme. ¡Herederio universal! Ni una moneda para otra persona.

Claro que no tenía familiares. Su único familiar habría sido yo, si hubiese llegado a casarse con mi hermana, ¡pero la pobre murió! Yo era el único amigo que tenía; pero él supo corresponderme, ¿no le parece?

—Sin duda —afirmó Palha.

Ya los ojos de éste, más que brillar, refulgían profundamente. Rubião se había internado en un bosque cerrado donde todos los pájaros de la fortuna cantaban para él; se regocijaba en hablar de la herencia; confesó que aún no conocía la suma total, pero podía hacer un cálculo somero...

—Lo mejor es no calcular nada —lo interrumpió Cristiano—. Aunque supongo que no serán menos de cien contos...

—¡Qué va!

—Pues de allí para arriba, a esperar callado. Y algo más...

—Creo que no menos de trescientos...

—Algo más. No cuente esto a ningún extraño. Le agradezco la confianza que me ha deparado, pero no vuelva a entregarse a la primera impresión. La discreción y las caras serviciales no siempre van juntas...

XXII

Llegados a la estación de la Corte, se despidieron casi con familiaridad. Palha le ofreció su casa de Santa Teresa; el ex profesor tenía pensado ir al Hostal Unión, y prometieron visitarse.

XXIII

Al día siguiente Rubião, ansioso por reencontrar a su reciente amigo del tren, decidió ir a Santa Teresa por la tarde; pero fue el propio Palha quien pasó a verlo por la mañana temprano. Iba a visitarlo, a ver si allí se encontraba a gusto o prefería trasladarse a la casa de él, que estaba en la parte alta. Si bien no aceptó la casa, Rubião aceptó el abogado, un pariente político de Palha que, según éste, era uno de los mejores de su profesión pese a ser muy joven.

—Hay que aprovecharlo mientras no exija que le paguen la fama.

Rubião lo convidó a almorzar y luego, pese a las protestas del perro, que habría querido acompañarlos, ambos fueron al despacho del abogado. Todo quedó arreglado.

—Venga a cenar a Santa Teresa —dijo Palha cuando iban a despedirse—. No hace falta que dude, lo espero allí —agregó, y dio la media vuelta.

XXIV

La presencia de Sofía daba vergüenza a Rubiãõ; él no sabía tratar con señoras. Por fortuna recordó que se había prometido ser fuerte e implacable. Fue a cenar. ¡Bendita decisión! ¿Dónde habría podido pasar horas semejantes? En casa, Sofía era mucho mejor que en el tren. Allí vestía una capa, por mucho que llevara los ojos descubiertos; aquí dejaba a la vista ojos y cuerpo, éste elegantemente ceñido por un vestido de cambray del cual surgían las manos, que eran hermosas, y parte de los brazos. Por si fuera poco, aquí era la dueña de casa, hablaba más, se deshacía en obsequios. Rubiãõ volvió al hostel medio tonto.

XXV

Cenó allí muchas veces. Era tímido y envarado. La frecuencia atenuó la impresión de los primeros días. Pero siempre conservaba, mal guardado, un fuego íntimo que no podía extinguir. Mientras duró el inventario, y sobre todo la denuncia que alguien había elevado contra el testamento alegando que Quincas Borba, por demencia manifiesta, no estaba en condiciones de testar, nuestro Rubião se distrajo; pero la denuncia fue desechada y el inventario se encaminó velozmente hacia su conclusión. Palha festejó el acontecimiento con una cena en la que participaron, además de los tres habituales, el abogado, el procurador y el notario. Aquella noche Sofía tenía los ojos más bellos del mundo.

XXVI

«Parece que los comprara en una fábrica misteriosa», pensó Rubião mientras bajaba del morro. «Nunca los había visto como hoy.»

Luego vino el traslado a la casa de Botafogo, una de las que había heredado. Hacía falta amueblarla, e incluso en esto el amigo Palha prestó a Rubião gran ayuda, guiándolo con buen gusto, con conocimiento, acompañándolo a tiendas y subastas. A veces, como sabemos, iban los tres; porque, aseguraba Sofía, hay cosas que sólo una mujer sabe elegir. Rubião aceptaba agradecido y prolongaba las compras todo lo posible, consultando sin objeto, inventando necesidades, todo para estar más tiempo cerca de la joven. Ella se movía con soltura: hablaba, explicaba, demostraba.

XXVII

Todo eso pasaba ahora por la cabeza de Rubião, después del café, en el mismo lugar donde lo dejamos sentado, mirando hacia lo lejos, muy hacia lejos. Continuaba jugueteando con las borlas del batín. Al final decidióse a ir a ver a Quincas Borba y soltarlo. Era su obligación de todos los días. Levantándose fue caminando hacia el fondo del jardín.

XXVIII

«¿Pero qué pecado es éste que me persigue?», pensaba Rubião paseándose por la casa. «Ella es casada, se lleva bien con el marido, él es mi amigo, confía en mi como nadie... ¿Qué clase de tentación es ésta?»

Entonces se paraba, y los sentimientos paraban también. El, un San Antonio laico, se diferenciaba del anacoreta en que amaba las sugerencias del diablo si eran lo bastante insistentes. Por eso se alteraban los monólogos:

«¡Es tan hermosa! ¡Y parece quererme tanto! Si eso no es gustar, no sé qué podrá serlo. Me estrecha la mano con tanto placer, con tanto calor... No puedo alejarme; y por más que ellos me dejen, soy yo el que no resistirá».

Oyendo los pasos, Quincas Borba se puso a ladrar. Rubião se apresuró a soltarlo; y, por un instante, fue como si se librara a sí mismo de aquella persecución.

—¡Quincas Borba! —exclamó abriéndole la puerta.

El perro se lanzó hacia fuera. ¡Qué alegría! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué saltos alrededor del amo! Llega a lamerle la mano de contento, pero Rubião le da un soplamocos, que le duele; un poco triste, recula con el rabo entre las patas; entonces lo llama chasqueando los dedos, y él vuelve con la misma alegría.

—¡Calma! ¡Calma!

Quincas Borba sale al jardín tras Rubião, da la vuelta a la casa, ora andando, ora a los saltos. Saborea la libertad pero no pierde al

amo de vista. Husmea aquí, allí se para alzando una oreja, más allá se mata una pulga en la barriga, pero de un salto cruza el espacio y el tiempo perdidos y se pega otra vez a los talones de Rubião. Le parece que éste no piensa en otra cosa, que si ahora se pasea de un lado a otro es únicamente para hacerlo andar a él y recuperar el tiempo que ha pasado encerrado. Cuando Rubião se detiene, él mira hacia arriba, expectante; naturalmente, está pensando en él; ha de ser algún plan, salir juntos u otra cosa igual de agradable. Ni se le ocurre la posibilidad de un puntapié o un mamporro. Es confiado, y para los golpes tiene la memoria corta. Los halagos, por el contrario, se le quedan impresos por distraídos que sean. Le gusta que lo quieran. Se contenta creyendo que es así.

La vida allí no es totalmente buena ni totalmente mala. Hay un mulatito que todos los días los lava con agua fría, como a los diablillos, y él no acaba de acostumbrarse. Al cocinero Jean el perro le gusta, al criado español no le gusta nada. Rubião se pasa muchas horas fuera de casa, pero no lo trata mal, consiente que le salte a las rodillas, que asista al almuerzo y la cena, que lo acompañe a la sala o el gabinete. A veces juega con él; lo hace saltar. Si alguna vez hay visitas lo manda llevar afuera o abajo y, como él siempre se resiste, el español lo agarra primero con gran delicadeza pero en seguida se venga, lo arrastra por una oreja o una pata, se lo lleva lejos y le corta todas las comunicaciones con la casa:

—¡Perro del demonio!

Magullado, separado de su amigo, Quincas Borba va a echarse en un rincón y allí, en silencio, se queda mucho tiempo; se agita un poco hasta encontrar la posición definitiva y cierra los ojos. No duerme: repasa las ideas, mezcla, recuerda; la vaga imagen del amigo muerto pasa a veces a lo lejos, desmembrada, hasta que se mezcla con la del amigo actual y ambos parecen una sola persona; luego vienen otras ideas...

Pero ya son muchas, demasiadas ideas; en todo caso son ideas

de perro, polvo de ideas —menos que polvo, argüirá el lector. Pero lo cierto es que este ojo que de cuando en cuando se abre para otear el espacio, este ojo tan expresivo, parece traducir algo que brilla allá dentro, muy al fondo de otra cosa que no sé cómo llamar, para explicar una parte canina que no es la cola ni las orejas. ¡Pobre lengua humana!

Al fin se duerme. Entonces, en el sueño, juegan dentro de él imágenes de vida, vagas, recientes, un jirón aquí, una hilacha allá. Al despertarse ha olvidado ya el dolor; pero tiene una expresión que no llamaré melancolía para no irritar al lector. De un paisaje se dice que es melancólico, pero no se dice lo mismo de un perro. La razón no puede ser sino que la melancolía del paisaje está en nosotros mismos, mientras que atribuyéndosela al perro la dejamos fuera. Sea lo que fuere, ya no es la alegría de hace un rato; pero basta un silbido del cocinero o un gesto del amo para que se levante en seguida, brillen los ojos de nuevo, el placer le arrugue el hocico y las patas vuelen como alas.

XXIX

Rubião pasó alegremente el resto de la mañana. Era domingo; habían ido a comer con él dos amigos, un joven de veinticuatro años que roía los primeros restos de los bienes de su madre, y un hombre de cuarenta y cuatro o cuarenta y seis años que ya nada tenía que roer.

Carlos María llamábase el primero; Freitas el segundo. Rubião los apreciaba, aunque de modo distinto a cada uno; no sólo la edad lo ligaba más a Freitas, sino la índole de este hombre. Freitas lo elogiaba todo, saludaba cada plato y cada vino con una frase particular y delicada, y se iba de la casa con las faltriqueras llenas de puros, demostrando así que los prefería a todos los otros. Se lo habían presentado en un restaurant de la Rua Municipal donde una vez habían comido juntos. Allí le habían contado la historia del individuo, de su buena y mala fortuna, pero sin entrar en detalles. Rubião no le había prestado mayor atención; era obviamente un náufrago como tantos, cuya amistad no le aportaría ni placer personal ni consideración pública. Pero con el tiempo Freitas había atenuado la primera impresión; era listo, interesante, conversador y alegre como un hombre con cincuenta contos de renta. Como Rubião hablara de los hermosos rosales que tenía, le pidió permiso para ir a verlas: le volvían loco las flores. Pocos días después se presentó diciendo que sólo quería ver las rosas, que serían unos minutos apenas, que Rubião no se molestase si tenía cosas que hacer. A Rubião, al contrario, le gustó que el hombre no hubiera olvidado la conversación y bajó al jardín, donde el otro estaba esperando, para mostrarle las rosas. Freitas las encontró admirables; las examinaba con tal ahínco que era necesario arrancarlo de un rosal para llevarlo hasta otro. De todas sabía los nombres, y hablaba además de especies que Rubião no tenía ni conocía —hablando y

describiéndolas: es así y así, de este tamaño (y aquí abría la mano para formar un círculo con el pulgar y el índice); para después mencionar a los poseedores de buenos ejemplares. Pero las variedades de Rubiãõ eran de las mejores —ésta, por ejemplo, era muy rara; aquélla también, etc. El jardinero escuchaba asombrado. Una vez hecho el recorrido, Rubiãõ dijo:

—Venga a tomar algo conmigo. ¿Qué prefiere?

Freitas se conformó con cualquier cosa. Arriba, la casa le pareció muy bien puesta. Examinó los bronceos, los cuadros, miró el mar.

—¡Sí señor! —dijo—. Vive usted como un hidalgo.

Rubiãõ sonrió; hidalgo, aun como comparación, era una palabra que sonaba muy bien. Apareció el criado español con la bandeja de plata, varios licores y copas, y aquél fue para Rubiãõ un buen momento. Él mismo se encargó de ofrecerle a Rubiãõ los distintos licores; y finalmente le recomendó uno que le habían mentado como superior y que en tal calidad se vendía en el mercado. Freitas sonrió incrédulo.

—Quizá lo digan para encarecerlo.

Bebió el primero trago, lo saboreó lentamente, luego el segundo, luego el tercero. Al fin, pasmado, confesó que era un primor. ¿Dónde lo había comprado? Rubiãõ respondió que un amigo, dueño de un gran almacén de vinos, le había regalado una botella; y a él le había gustado tanto que había encargado tres docenas.

En poco tiempo las relaciones se estrecharon. Y Freitas iba muy a menudo a comer o cenar con Rubiãõ —más a menudo aun de lo que quería o podía, porque era difícil resistirse a un hombre tan obsequioso, tan amigo de ver caras amigas.

XXX

Una vez Rubião le había preguntado:

—Dígame, Freitas: si se me ocurriese ir a Europa, ¿sería usted capaz de acompañarme?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque yo soy una persona libre, y bien podría suceder que disintiéramos en el itinerario.

—Pues es una pena, porque es usted muy alegre.

—Se engaña, amigo; tengo esta máscara risueña, pero en el fondo soy triste. Soy un arquitecto de ruinas. Antes que nada iría a las ruinas de Atenas; luego al teatro, a ver *El pobre de las ruinas*, un drama lacrimógeno; luego a los tribunales de quiebras, donde abundan los hombres arruinados...

Y Rubião se reía. Le gustaba esa manera franca y expansiva.

XXXI

¿Quieres conocer el caso opuesto, lector curioso? Fíjate en el otro invitado a comer, Carlos María. Si Freitas es de «manera franca y expansiva» —en el sentido laudatorio— éste es todo lo contrario. Así pues, no te será difícil verlo entrar en la sala, lento, frío y suficiente, y mirar hacia otra parte mientras le presentan a Freitas. Freitas, que ya lo ha enviado cordialmente al diablo por llegar tarde (ya es cerca de mediodía), ahora lo halaga generosamente, con grandes alabanzas íntimas.

También puedes ver por ti mismo que, si bien quiere más a Freitas, nuestro Rubião tiene por el otro mayor consideración; lo ha esperado hasta ahora y lo esperaría hasta mañana. Y sin embargo Carlos María no tiene la menor consideración por ninguno de los dos. Examinémoslo bien: es un joven airoso, de ojos grandes y plácidos, arrogante consigo mismo y mucho más arrogante con los demás. Mira desde arriba; su risa, antes que jovial, es socarrona. En este momento, al sentarse a la mesa, al desplegar la servilleta, al tomar los cubiertos, se ve que le está haciendo al dueño de casa un insigne favor —o tal vez dos: comer su comida y no llamarlo imbécil.

Pero a pesar de tanta disparidad de caracteres el almuerzo fue alegre. Freitas lo devoraba todo, cierto que con alguna pausa, confesándose a sí mismo que, si lo hubieran servido a la hora acordada (las once), tal vez el almuerzo no habría tenido el mismo sabor. Los primeros bocados, ahora, valían por los que calman el hambre de un náufrago. Al cabo de unos diez minutos Freitas pudo empezar a hablar, todo risas, multiplicándose en gestos y miradas, derramando una recua de frases agudas y anécdotas picarescas. A fin de humillarlo, Carlos María las escuchaba con seriedad, a tal punto

que Rubião, a quien realmente Freitas le parecía gracioso, casi no se atrevía a reírse. Hacia el fin del almuerzo Carlos María se aflojó un poco la corbata espiritual, se expandió y contó algunas aventuras amorosas ajenas. Freitas, para lisonjearlo, le pidió que contara una o dos propias. Carlos María se echó a reír.

—¿Qué papel pretende usted que haga? —dijo.

Freitas se explicó; no era una apología lo que le estaba pidiendo, sino hechos, meros hechos. Ni había inconveniente alguno, ni nadie podría suponer que...

—¿Qué le parece la vida en Botafogo? —lo interrumpió Carlos María dirigiéndose al dueño de casa.

Freitas, frustrado, se mordió los labios y por segunda vez mandó al mozo al diablo. Tenso, grave, se reclinó en la silla con la mirada en un cuadro. Rubião respondió que le gustaba mucho, que la playa era magnífica.

—La vista es bonita, pero yo nunca he podido tolerar el mal olor que hay a veces —dijo Carlos María; y volviéndose a Freitas preguntó—: ¿Usted qué opina?

Freitas se enderezó y dijo todo lo que pensaba, que tanto podía tener razón uno como el otro; pero insistió en que la playa, no obstante, era espléndida; habló sin rabia ni vergüenza; hasta se permitió señalar a Carlos María que se le había quedado un trocito de fruta en el bigote.

Al cabo de poco más de una hora habían acabado. Rubião, silencioso, recomponía mentalmente el almuerzo plato a plato, miraba complacido las copas con restos de vino, las migas dispersas, el aspecto final de la mesa a la espera del café. De cuando en cuando echaba un vistazo a la chaqueta del criado. Llegó a sorprender el rostro de Carlos María en un instante de placer flagrante, mientras

expulsaba la primera bocanada de humo de uno de los cigarros que él había mandado repartir. En eso entró el criado con una cestita tapada con cambray y una carta que acababan de traer.

XXXII

—¿Quién lo manda? —preguntó Rubião.

—Doña Sofía.

Rubião no conocía la letra; era la primera carta de ella que recibía. No imaginaba qué podía ser. Los dedos y la cara delataban la conmoción. Mientras él abría la carta Freitas, con familiaridad, destapó la cesta: eran fresas. Trémulo, Rubião leyó las líneas siguientes:

Le envió esta fruta, si llegara a tiempo, para que acompañe su almuerzo; y, por orden de Cristiano, queda invitado a cenar hoy con nosotros, sin falta. Su amiga verdadera

SOFÍA

—¿Qué fruta es? —preguntó Rubião cerrando la carta.

—Fresas.

—Han llegado tarde. ¿Fresas? —repitió él sin saber lo que decía.

—No hay por qué avergonzarse, mi querido amigo —dijo Freitas riendo, una vez el criado se hubo ido—. A los enamorados les pasan estas cosas.

—¿A los enamorados? —repitió Rubião ruborizándose—. Puedes leer la carta, mira.

Iba a mostrarla pero, arrepintiéndose, se la guardó en el bolsillo. Estaba fuera de sí, medio confundido, medio alegre. Divertido, Carlos María le dijo que no podía ocultar que la carta era de alguna amante. Por lo demás, no veía en ello nada censurable; el amor era una ley universal. Y si acaso la dama era casada, parecía admirablemente discreta...

—¡Pero por amor de Dios! —lo interrumpió el anfitrión.

—¿Viuda, entonces? Es lo mismo —continuó Carlos María—. En ese caso la discreción sigue siendo una virtud. Después del pecado, el pecado mayor es difundir el pecado. Yo, si fuese legislador, propondría quemar a todos los hombres indiscretos en estas cuestiones; e irían a la hoguera como los reos de la Inquisición, pero en vez de sambenito llevarían una capa de plumas de papagayo.

Desternillándose de risa, Freitas golpeaba la mesa a manera de aplauso; Rubião, un poco turbado, aseguraba que no era ni casada ni viuda.

—Así pues, será soltera —replicó el joven—. ¿Casamiento en puerta? Ya sería hora. Fresas de novio —continuó, tomando algunas entre los dedos—. Huelen a alcoba de doncella y a latín de cura.

Rubião ya no sabía lo que estaba diciendo; finalmente dio marcha atrás y se explicó; las enviaba la mujer de un amigo suyo. Carlos María guiñó un ojo. Freitas intervino diciendo que ahora sí quedaba todo explicado, pero que al principio, entre el misterio, el arreglo de la cesta y el perfume de las propias fresas —fresas adúlteras, dijo riendo—, el asunto todo había cobrado un aspecto inmoral y pecaminoso. Ahora estaba aclarado.

Tomaron el café en silencio; luego pasaron a la sala. Rubião se deshacía en obsequios, pero preocupado. Unos minutos después empezó a sentirse satisfecho con la suposición de los invitados: la de un amor adúltero; le pareció aun que se había defendido con

excesivo ardor. Siempre que no diese nombres, podría confesar que, en verdad, era un asunto íntimo. Pero también podía ocurrir que el propio ardor de la negativa hubiese dejado en los dos una duda, alguna sospecha... Aquí sonrió consolado.

Carlos María consultó su reloj; eran las dos, tenía que marcharse. Rubião le agradeció calurosamente la visita y pidió que se repitiese; podían pasar algunos domingos así, en compañía agradable.

—¡Apoyo la propuesta! —exclamó Freitas acercándose.

Se había metido media docena de puros en el bolsillo y, al salir, dijo al oído de Rubião:

—Me llevo el recuerdo de costumbre; seis días de delicias, una delicia por día.

—Llévese usted más.

—No. Ya vendré a buscarlos.

Rubião los acompañó hasta el portón de hierro. En cuanto oyó las voces, Quincas Borba acudió corriendo a saludarlos, sobre todo a su amo; hizo fiestas a Carlos María, le quiso lamer la mano; el joven se apartó repugnado. Rubião dio al perro un puntapié que lo hizo retroceder gimiendo. Por fin se despidieron todos.

—¿Para dónde va usted? —le preguntó Carlos María a Freitas.

Freitas calculó que el mozo iría a visitar a alguien por la zona de São Clemente y quiso acompañarlo.

—Voy hasta el final de la playa —dijo.

—Yo voy hacia el otro lado —respondió Carlos María.

XXXIII

Rubião los miró alejarse, volvió a la sala y leyó una vez más el billete de Sofía. Cada palabra de esa página inesperada era un misterio; la firma, una capitulación. Simplemente *Sofía*; ni el apellido de familia ni el de casada. *Verdadera amiga* era, obviamente, una metáfora. En cuanto a las primeras palabras, *le mando esta fruta, si llegara a tiempo, para que acompañe su almuerzo*, resumaban la candidez de un alma buena y generosa. Rubião vio, sintió y palpó todo por la sola fuerza del instinto y lo hizo suyo besando el papel; digo mal: besando el nombre, el nombre dado a la mujer en la pila bautismal, repetido por su madre, entregado al marido como parte del contrato moral del casamiento y robado ahora a tantos orígenes y derechos para enviárselo a él al final de una cuartilla... ¡Sofía! ¡Sofía! ¡Sofía!

XXXIV

—¿Por qué llega usted tan tarde? —le preguntó Sofía al abrirle la puerta del jardín.

—Luego del almuerzo, que acabó a las dos, estuve ordenando unos papeles. De todos modos no es tan tarde —añadió Rubião mirando el reloj—. Son las cuatro y media.

—Siempre es tarde para los amigos —le reprochó Sofía.

Rubião comprendió; pero ya no había tiempo de enmendar el error. Frente a él, al pie de la casa, cuatro señoras sentadas en bancos de hierro lo miraban curiosas; eran invitadas de Sofía que esperaban la llegada del capitalista Rubião. Sofía se las presentó. Tres de ellas eran casadas y una soltera, o más que soltera. Tenía treinta y nueve años y unos ojos negros cansados de esperar. Era hija de cierto mayor Siqueira, quien unos minutos después apareció en el jardín.

—Nuestro amigo Palha ya me había hablado de usted —dijo el mayor luego de ser presentado a Rubião—. Puede creerme que tiene en él un amigo para todo. Me ha contado que se conocieron por casualidad. Esas son por lo general las mejores amistades. Yo, allá por el treinta y tantos, poco antes de que me hicieran mayor, tuve un amigo, el mejor amigo de aquellos tiempos, que también conocí por azar. Fue en la botica de Bernardes, a él lo apodaban *João de las pantorrillas*... Creo que las había usado de muchacho, entre 1801 y 1812. Lo cierto era que le había quedado el mote. La botica estaba en la Rua de Saõ José, en la esquina con la de la Misericordia... *João de las pantorrillas*... Era una forma de engrosar la pierna, sabe usted... En realidad se llamaba Bernardes, João Alves Bernardes... Tenía la botica en la Rua de Saõ José. Allí se

conversaba mucho, por la tarde, por la noche... La gente iba con su capote y su bastón; alguno llevaba una linterna. Yo no; yo sólo llevaba mi capote... En aquella época se usaba capote. Bernardes —João Alves Bernardes era el nombre completo— había nacido en Maricá; pero se había criado aquí, en Río de Janeiro... Lo apodaban *João de las pantorrilleras*; decían que de muchacho las había llevado, parece que había sido uno de los petimetres de la ciudad. Nunca lo he olvidado: *João de las pantorrilleras*... En aquel entonces se iba con capote...

El alma de Rubião intentaba bracear bajo el torrente de palabras; pero estaba en un callejón sin salida. Había muros por todas partes. Ni una puerta abierta, ningún corredor, y una lluvia despiadada. De haber podido mirar a las mujeres, al menos, habría visto que era objeto de la curiosidad de todas, sobre todo de la hija del mayor, doña Tónica; pero no podía; estaba escuchando, y de la boca del mayor llovían palabras a cántaros. Fue Palha quien por fin le alcanzó un paraguas. Sofía había anunciado a su marido que Rubião acababa de llegar; a poco Palha estaba en el jardín y saludaba a su amigo reprochándole la tardanza. El mayor, que por enésima vez iba a repetir el apodo del boticario, abandonó a la presa y se volvió hacia las damas; un rato después se marchó.

XXXV

Las señoras casadas eran guapas; y la misma soltera no debía de haber sido fea a los veinticinco años; pero Sofía las superaba a todas.

Puede que no fuese tan bella como sentía nuestro amigo, pero no lo era poco. Pertenecía a esa casta de mujeres que el tiempo, como un escultor cuidadoso, no acaba en seguida y sigue puliendo en el curso de largos días. Esas esculturas lentas suelen ser prodigiosas; Sofía, que frisaba los veintiocho años, era ahora más bella que a los veintisiete; y cabía suponer que sólo a los treinta el escultor daría los últimos retoques, si es que no quería prolongar el trabajo dos o tres años aún.

Los ojos, por ejemplo, no son los mismos que en el tren, mientras Rubião hablaba con Palha, iban subrayando la conversación... Ahora parecen más negros y ya no subrayan nada; escriben las frases por sí mismos, con letra firme y vistosa, y no ya una línea o dos sino capítulos enteros. La boca parece más fresca. Hombros, manos y brazos son mejores, y ella los vuelve óptimos por medio de actitudes y gestos escogidos. Incluso un rasgo que la mujer nunca soporta bien —y que el propio Rubião lamentara al principio—, la sobreabundancia de cejas, parece, sin haber disminuido, darle al conjunto del rostro un carácter muy particular.

Viste bien; se ciñe la cintura y el tronco en un corpiño de fina lana castaña, prenda sencilla, y lleva en las orejas dos perlas auténticas, detalle que Rubião tuvo para con ella en Pascua.

La buena moza es hija de un funcionario público. A los veinte años se casó con Cristiano de Almeida y Palha, holgazán de plaza

que contaba entonces veinticinco. El marido gana dinero, es bien parecido, altivo y hábil para los negocios y las oportunidades. En 1864, pese a que era un recién iniciado en el oficio, adivinó —imposible emplear otro término— las quiebras bancarias.

—Nosotros tenemos algo, tanto da un día más o menos; esto se está poniendo oscuro. A la menor voz de alarma lo retiramos todo.

El problema era que gastaba más de lo que ganaba. Tenía inclinación a ostentar; reuniones frecuentes, vestidos caros y joyas para su mujer, adornos para la casa, sobre todo si eran de invención o adopción frecuente, se habían llevado los beneficios presentes y futuros. Consigo mismo, salvo en la comida, era sobrio. Iba mucho al teatro sin que le gustara, y a bailes en que no se divertía mucho —iba, más que por él mismo, por ostentar los ojos de su mujer, los ojos y los senos. Esa era su vanidad singular; exhibía a la mujer siempre que fuese posible, e incluso cuando no lo fuese, para mostrar a los demás sus venturas particulares. Hombre de dos caras, era hosco por un lado, y por el otro público.

Y en este punto hemos de hacer justicia a nuestra dama. Al principio había cedido sin ganas a los deseos del marido; pero tanta fue la admiración recogida, y a tal punto la costumbre acomoda al humano a las circunstancias, que a Sofía acabó gustándole mostrarse, y mostrarse mucho, para recreo y estímulo de los demás. No la hagamos más santa de lo que es, pero tampoco menos. Para los gastos de vanidad le bastaba con los ojos, que eran risueños, inquietos, atrayentes, y sólo atrayentes: podríamos compararlos con el rótulo de un hotel en que no quedasen habitaciones libres. Ante ese rótulo todos se paraban, tal es la belleza de su color y la originalidad de su emblema; pero se paraban, miraban y se iban. ¿Para qué entreabrir las ventanas? Finalmente ella había decidido entreabrir las; pero la puerta, si así podemos llamar al corazón, estaba cerrada y atrancada.

XXXVI

—¡Dios mío, qué hermosa es! ¡Me siento capaz de hacer una locura! pensaba Rubião por la noche. Estaba de pie junto a una ventana, dando la espalda al jardín, miraba a Sofía, que le devolvía la mirada.

Estaba cantando una señora. En atención a ella, los tres maridos invitados interrumpieron la partida de voltereta y entraron un momento en la sala; la cantante era la esposa de uno de ellos. Palha, que la acompañaba al piano, no advertía la contemplación mutua de su mujer y el capitalista. No sé si lo mismo pasaba con los demás. Pero había alguien que sí la había advertido: doña Toónica, la hija del mayor.

—¡Dios mío, qué hermosa es! ¡Me siento capaz de hacer una locura! seguía pensando Rubião, apoyado en la ventana, los ojos olvidados en la mujer, que a su vez lo miraba.

XXXVII

Bien se comprende que doña Tonica estuviese atenta a la mutua contemplación de aquellos dos. Desde que Rubião llegara, no había hecho otra cosa que intentar atraerlo. Sus pobres ojos de treinta y nueve años, ojos sin compañeros en el mundo, de puro cansancio al borde ya de la desesperanza, habían logrado encontrar algunas chispas. Y entonces los volvió muchas veces, requebrándolos: era una tarea que había practicado largamente. No le costó nada armarlos contra el capitalista.

El corazón, medio desganado, se agitó una vez más. Algo le decía que aquel mineiro rico estaba destinado por el cielo a resolverle el problema del matrimonio. Era incluso más rico de lo que ella pedía; pues ella no buscaba riquezas, sino un marido. Todas sus campañas las había llevado a cabo sin consideración pecuniaria alguna; en los últimos tiempos había ido bajando, bajando, bajando; la última había sido contra un pobre estudiantillo... ¿Pero quién sabía si el cielo no le tenía destinado justamente un hombre rico? Doña Tonca tenía fe en su madrina, Nuestra Señora de la Concepción, y con arte y valor se fue insuflando fortaleza.

—Todas las demás son casadas —se dijo.

No tardó en advertir que los ojos de Rubião y los de Sofía se buscaban unos a otros; notó, sin embargo, que los de Sofía eran menos asiduos y menos reposados, fenómeno que le pareció explicable dada la natural cautela que exigía la situación. Tal vez se amaban... Esta sospecha la afligió; pero el deseo y la esperanza le dijeron que un hombre bien podía casarse después de haber tenido uno o más amores. La cuestión era ganarlo; la perspectiva de una familia bien podía acallar cualquier otra inclinación, en caso de que

hubiese alguna.

Así pues, la vemos redoblar sus esfuerzos. Todas sus gracias han sido convocadas a filas y, aunque algo mustias, obedecieron. Movimientos de abanico, mohines de los labios, marchas y contramarchas para mostrar cabalmente el cuerpo elegante y la cintura fina, se utilizó todo. Era el mismo formulario de siempre en acción; nada le había reportado hasta entonces, pero así suele ser la lotería: de pronto cae un billete que paga todos los desvelos.

Sin embargo fue ya de noche, a causa de la cantante y el piano, cuando doña Tonica los sorprendió embebidos el uno en el otro. Desaparecieron sus dudas; aquéllas no eran miradas fortuitas, breves como las que había visto hasta entonces: era una contemplación que eliminaba al resto de la sala. Doña Tonica oyó el graznido del viejo cuervo de la desesperanza: *Quoth the Raven: NEVER MORE.*

Aun así continuó luchando; llegó a conseguir que Rubião fuese a sentarse unos minutos al lado de ella, e intentó decir cosas agradables, frases que había leído en novelas, otras que la propia melancolía de la situación le iba inspirando. Rubião oía y respondía, pero inquieto cada vez que Sofía abandonaba la sala y no menos cuando volvía. Una de esas veces la distracción fue excesiva. Doña Tonica le estaba confesando que tenía muchas ganas de conocer Minas, principalmente Barbacena. ¿Cómo era allí el clima?

El clima, repitió Rubião maquinalmente.

Miraba a Sofía, que en ese momento estaba de pie, de espaldas a él, hablando con dos señoras sentadas. Rubião admiró una vez la figura, el busto bien tallado, estrecho en la cintura, ancho en los hombros, emergiendo de las caderas amplias como un gran ramo de hojas emerge de un vaso. Se hubiera dicho que la cabeza era como una única magnolia erguida en el centro del ramo. Era eso lo que Rubião estaba mirando cuando doña Tonica le preguntó por el clima de Barbacena, y él repitió la palabra de ella sin darle siquiera la

misma forma interrogativa.

XXXVIII

Rubião estaba decidido. Nunca el alma de Sofía había parecido invitar a la suya, con tanta insistencia, a volar juntas a tierras clandestinas, de donde las almas suelen volver, en general, viejas y cansadas. Algunas no vuelven nunca. Otras se detienen a mitad de camino. Una gran cantidad no logra ir más allá de los tejados...

XXXIX

La luna era magnífica. En el morro, entre el cielo y la llanura, el alma menos temeraria era capaz de lanzarse contra un ejército enemigo y destrozarlo. A qué no se atrevería pues frente a ese ejército amigo. Estaban en el jardín. Sofía lo había tomado del brazo para ir a ver la luna. También había invitado a doña Tónica, pero la pobre dama había dicho que tenía un pie acalambrado, que ya iría, y no lo había hecho.

Permanecieron los dos un rato en silencio. Por las ventanas abiertas se veía conversar a otras personas, e incluso a los hombres, que habían concluido la partida de voltereta. El jardín era pequeño; pero la voz humana tiene un registro amplio, y ambos podían recitar poemas sin que nadie los oyera.

Rubião recordó una comparación vieja, muy vieja, incluida en no sé qué décima de 1850 o en alguna página en prosa de cualquier época. Dijo que los ojos de Sofía eran los ojos de la tierra, y las estrellas los ojos del cielo. Todo esto trémulo y en voz muy baja.

Sofía se quedó pasmada. De repente envaró el cuerpo, que hasta entonces había apoyado en el brazo de Rubião. Estaba tan acostumbrada a la timidez de ese hombre... ¿Estrellas? ¿Ojos? Quiso decirle que no se burlara, pero no supo cómo dar forma a la respuesta sin rechazar una convicción que también ella sentía, pero sin animarlo además a continuar. Sobrevino pues un largo silencio.

—Con una diferencia —prosiguió Rubião—. Las estrellas no son tan lindas como sus ojos, y en el fondo ni siquiera sé qué pueden ser en verdad. Si Dios las ha puesto tan alto ha de ser porque no pueden ser vistas de cerca sin que su belleza pierda mucho... Pero

sus ojos no; están aquí, junto a mí, grandes, luminosos, más luminosos que el cielo...

Locuaz, desinhibido, Rubião parecía otro. No se detuvo allí; dijo muchas cosas más, aunque siempre dentro del mismo círculo de ideas. No le sobraban, por cierto; y, pese su repentina mudanza de ánimo, la situación antes tendía a cercenárselas que a inspirarle otras nuevas. Sofía no sabía qué hacer. Se había llevado al pecho un gorrión, manso y tranquilo, y se le había transformado en gavián —un gavián ganchudo y voraz.

Era preciso responder, detenerlo, decirle que ella no quería seguir ese camino, y todo sin que se ofendiese, sin que se fuera... Sofía buscaba una salida; y no la hallaba porque tropezaba con el dilema, insoluble para ella, de si era mejor demostrar o no que comprendía. Le vuelven aquí a la mente sus propios gestos, las palabritas dulces, las atenciones particulares; y concluye que, en tal situación, no puede ignorar el sentido de las delicadezas del hombre. Pero confesar que comprende, y sin embargo no despedirlo de la casa, he ahí el punto peliagudo.

XL

En lo alto, las estrellas parecían reírse de esa situación inextricable.

¡Ah, si los viera la luna! La luna no sabe escarnecer; y si los poetas la consideran nostálgica, será porque han percibido que en otro tiempo amó a un astro vagabundo que la dejó al cabo de muchos siglos. Hasta podría ser que aún se amen. Acaso sus eclipses (perdón por la astronomía) no sean sino citas amorosas. El mito de Diana bajando a encontrarse con Endimión bien puede ser verdadero. Lo único que está de más es el descenso. ¿Qué hay de malo en que se encuentren en el cielo, como los grillos en los follajes de aquí abajo? La noche, madre caritativa, se encargará de protegerlos a todos.

Y luego, la luna es solitaria. La soledad vuelve seria a la gente. Las estrellas, en turba, son como muchachas de quince a veinte años, alegres, charlatanas, que ríen y hablan de todo y de todos al mismo tiempo.

No niego que sean castas; pero tanto peor —se reirán pues de cosas que no entienden... ¡Castas estrellas! Es así como las llaman Otelo el terrible y Tristram Shandy el jovial. Estos extremos de sentimiento y espíritu concuerdan sin embargo en un punto: las estrellas son castas. Y eran ellas (¡castas estrellas!) las que oían todo lo que la temeraria boca de Rubião iba volcando en el alma azorada de Sofía. Aquél por tantos meses recatado era ahora (¡castas estrellas!) nada menos que un libertino. Se hubiera dicho que el Diablo había engañado a la joven merced a las dos grandes alas de arcángel que Dios le puso en la espalda; hasta que de repente se las guardaba en el bolsillo y, quitándose el sombrero, descubría los dos

malignos cuernos que le crecían en la cabeza. Y riendo con la risa oblicua de los malos le proponía comprarle, no sólo el alma, sino el alma y el cuerpo... ¡Castas estrellas!

XLI

—Volvamos adentro —murmuró Sofía.

Quiso retirar el brazo; pero él lo retuvo con fuerza. No; ¿para qué volver? Si allí estaban tan bien... ¿Qué mejor? ¿O acaso la estaba aburriendo? Sofía respondió que no, al contrario; pero debía atender a las visitas... ¡Hacía tanto que estaban allí!

—No hace ni diez minutos —dijo Rubiãõ—. ¿Qué son diez minutos?

—Pero les inquietará nuestra ausencia...

Al oír el posesivo Rubiãõ se estremeció: *nuestra* ausencia. Veía en él un atisbo de complicidad. Aceptó que *nuestra* ausencia podía inquietarlos. Ella tenía razón: debían separarse; sólo le pedía una cosa, dos cosas: la primera, que no olvidara aquellos diez minutos sublimes; la segunda, que todas las noches a las diez en punto mirara la Cruz del Sur; él también la miraría y los pensamientos de ambos se encontrarían allí, íntimos, entre Dios y los hombres.

La invitación era poética, pero sólo la invitación. Rubiãõ devoraba a la joven con ojos de fuego, le aferraba una mano para que no huyese. Ni en los ojos ni en el gesto había la menor poesía. A punto de decir una palabra áspera, Sofía se la tragó porque Rubiãõ era un buen amigo de la casa. Quiso reír pero no pudo; se mostró entonces disgustada, después resignada, por último suplicante; le rogó por el alma de la madre de él, que debía de estar en el cielo... Rubiãõ no quería saber de cielos, ni de madres, ni de nada. ¿Qué era una madre? ¿Qué era el cielo?, parecía decir su rostro.

—¡Ay, me romperá usted los dedos! —suspiró la moza en voz

baja.

Fue entonces cuando él empezó a volver en sí. Aunque no soltó los dedos, aflojó la presión.

—Vaya —dijo—. Pero antes...

Se inclinaba ya para besarle la mano, cuando una voz, a unos pasos, vino a despertarlo por completo.

XLII

—¡Vaya! ¿Admirando la luna? Realmente está deliciosa. Es una noche para los enamorados... Sí, deliciosa... Hacía mucho que no veía una noche así... Y aquí abajo los jazmines... ¡Deliciosa? Para los enamorados... A los enamorados les gusta la luna... En mis tiempos, en Icaraí...

Era Siqueira, el terrible mayor. Rubião no sabía qué decir. Sofía, pasados los primeros instantes, recobró la presencia de ánimo; respondió que la noche era realmente hermosa; contó después que, según acababa de decirle Rubião, las noches de Río no podían compararse con las de Barbacena; y que a propósito de eso le había referido una anécdota de cierto padre Mendes... ¿No era Mendes?

—Sí, Mendes —murmuró Rubião—. El padre Mendes.

El mayor apenas podía contener su asombro. Al salir al jardín había visto las dos manos unidas, la cabeza de Rubião medio inclinada, el rápido movimiento de ambos; y de todo eso resultaba ahora un tal padre Mendes... Escrutó a Sofía; la vio risueña, tranquila, impenetrable. Ningún miedo, ningún embarazo; con tal simplicidad hablaba que el mayor pensó que la vista lo había traicionado. Pero Rubião lo echó todo a perder. Avergonzado, silencioso, no hizo más que sacar el reloj para mirar la hora, llevárselo al oído como si le pareciese que no andaba y limpiarlo por fin con el pañuelo, lenta, muy lentamente, sin mirar ni a un lado ni a otro...

—Bien, sigan ustedes conversando. Yo no debo dejar a mis amigas solas. ¿Ya han acabado los hombres con su maldita voltereta?

—Sí —respondió el mayor mirando a Sofía con curiosidad—. Y hasta han preguntado por nuestro amigo; por eso he venido a ver si estaba en el jardín. ¿Pero hacía mucho que estaban aquí?

—Ni un minuto —dijo Sofía.

Luego, palmeando cariñosamente el hombro del mayor, entró en la casa. Pero no por la puerta del salón, sino por la que daba al comedor; de modo que, cuando llegó a aquél por el pasillo interior, fue como si acabase de dar las órdenes para el té.

Aunque ya hubiera vuelto totalmente en sí, Rubião no encontraba nada que decir; y sin embargo urgía decir algo. Lo de la anécdota del padre Mendes era una buena idea; lástima que no hubiese ni anécdota ni padre, y él fuera incapaz de inventar nada. Bastante le pareció decir esto:

—¡El padre Mendes! ¡Formidable hombre!

—Sí, lo conocí —dijo el mayor sonriendo—. ¿El padre Mendes? ¡Vaya si lo conocí! Cuando murió era canónigo. ¿Vivió un tiempo en Minas?

—Creo que sí —murmuró el otro espantado.

—Había nacido aquí, en Saquarema. Le faltaba este ojo —dijo el mayor tocándose el ojo izquierdo—. Lo conocí muy bien, si es que hablamos del mismo. Tal vez se trate de otro.

—Tal vez.

—Este que yo digo murió siendo canónigo. Era hombre de buenas costumbres, pero amigo de mirar mujeres bonitas como se miran las pinturas de un maestro. ¿Y es que hay maestro más grande que Dios?, solía decir. La misma doña Sofía, por ejemplo. No había vez que se la cruzan en la calle y no me dijera: Hoy he visto a la linda señora de Palha... Murió canónigo; había nacido en

Saquarema... Y realmente la mujer de nuestro amigo Palha es un primor, guapa de cara y de figura; yo la encuentro incluso más bien hecha que bonita... ¿A usted qué le parece?

—Pienso que sí...

—Es buena persona, excelente ama de casa —continuó el mayor encendiendo un cigarro.

La luz de la cerilla dio al rostro del mayor una expresión de escarnio, o de algo menos duro pero no menos adverso. Rubião sintió que le corría un frío por la espina. ¿Habría oído? ¿Visto? ¿Adivinado? ¿Estaba frente a un indiscreto, un chafardero? La cara del hombre no explicaba nada; en todo caso convenía creer lo peor. Tenemos aquí a nuestro héroe como alguien que, después de navegar largos años cerca de la costa, se encuentra un día entre las olas de alta mar; felizmente el miedo también es oficial de ideas, y en buen momento le proporcionó una: lisonjear al interlocutor. No titubeó en encontrarlo gracioso e interesante, ni en decirle que tenía una casa a sus órdenes, en la playa de Botafogo número tantos. Se sentía sumamente honrado de trabar relación con un hombre como él. No tenía allí muchos amigos: Palha, a quien debía tantos agasajos, doña So Ja, que era mujer de rara gravedad, y tres o cuatro personas más. Vivía solo; hasta podía ser que regresase a Minas.

—¿Tan pronto?

—No digo que en seguida, pero acaso no demore mucho. Usted sabrá que a quien ha vivido siempre en un lugar le cuesta mucho acostumbrarse a otro.

—Eso depende.

—Depende, sí... Pero suele ser la regla.

—Puede que sea la regla, pero usted será la excepción. La Corte es como el diablo; contagia una pasión como se contagia un

constipado; basta un sorbo de aire para estar perdido. Óigame bien, apostaría a que antes de seis meses está usted casado...

«No ha visto nada», pensó Rubião. Y luego, alegre:

—Es posible, pero también en Minas se casa la gente. Y tampoco faltan allí los curas.

—Falta el padre Mendes —replicó el mayor riendo.

Rubião se obligó a sonreír, no entendiendo si las palabras del mayor eran inocentes o maliciosas. Este tomó no obstante las riendas de la charla y la dirigió hacia otros temas: el tiempo, la ciudad, el ministerio, la guerra y el mariscal López. Y mira lector, qué distintas pueden ser las cosas: este aguacero, más torrencial que el que recibiera al llegar, le pareció a nuestro Rubião un rayo de sol. Helo aquí solazándose el alma al calor del infinito discurso del soldado, intercalando alguna palabrita si puede, y asintiendo halagador. Una y otra vez pensaba entretanto que no, que el hombre no había oído nada.

—¡Papá! ¡Papá! ¿Estás ahí? —dijo una voz desde la puerta que daba al jardín.

Era doña Tónica; lo buscaba porque era hora de marcharse. Cierto que el té ya estaba en la mesa; pero ella no podía esperar más: tenía jaqueca, le dijo al padre en voz baja. Luego tendió la mano a Rubião; éste le pidió que se quedase unos minutos más; el estimado mayor...

—Pierde usted el tiempo —lo interrumpió éste—. Es ella quien me gobierna.

Rubião le ofreció su casa con insistencia; exigió aun que eligiese un día de esa misma semana, pero el mayor alegó que no podía disponer de una fecha cierta; iría en cuanto le fuera posible. Llevaba una vida muy atareada; tenía los negocios del arsenal, que

ya eran muchos, y además...

—¡Vamos, papá!

—¡Vamos, sí! ¿Ve lo que le digo? No puedo conversar ni un instante. ¿Te has despedido ya? ¿Dónde está mi sombrero?

XLIII

Ladera abajo, doña Tonica fue oyendo el resto del discurso de su padre, que había cambiado de tema sin cambiar de estilo —siempre difuso y torrencial. Ella oía sin prestar atención. Iba metida en sí misma, absorta, repasando la noche, recomponiendo las miradas de Sofía y Rubiño.

Llegaron a la casa, en la Rua do Senado; el padre se fue a dormir, pero la hija, en vez de acostarse, se demoró en una butaquita, junto a la cómoda donde estaba la imagen de la Virgen. Las ideas que la agitaban no eran cándidas ni apacibles. Aunque no conocía el amor, tenía noticia de lo que era el adulterio, y la persona de Sofía se le antojaba hedionda. La veía ahora como un monstruo, medio ser humano, medio cobra, y sintió que la aborrecía, que era capaz de vengarse de ella ejemplarmente y contarle todo al marido.

—Le contaré todo —pensaba—. En persona o por carta... No, por carta no. Se lo diré cara a cara, en privado.

E, imaginando el encuentro, preveía el horror del hombre, luego la furia, los improperios, las duras palabras que lanzaría contra su mujer: miserable, indigna, vil... Esos epítetos sonaban bien a los oídos del deseo de doña Tonica; por ellos hacía discurrir su propia cólera; ya que no podía hacerlo de otro modo, se satisfacía así, rebajándola, poniéndola a los pies del marido... Vil, indigna, miserable...

Esa explosión de rabia interior duró mucho tiempo, cerca de veinte minutos; pero al cabo el alma se cansó y volvió a su cauce. La imaginación de doña Tonica estaba exhausta y la realidad próxima atrajo su mirada. Miro a su alrededor, miró el cuarto de soltera,

arreglado con tanto arte —ese arte engañoso que del percal hace seda y de un retazo viejo una cinta, que recama, enlaza, alegra cuanto puede la desnudez de las cosas, maquilla las paredes tristes, engalana los pocos y modestos trastos. Y todo allí parecía dispuesto para recibir a un novio amado.

¿Dónde leí yo que, según una tradición muy antigua, determinada noche del año cierta virgen de Israel esperaba la divina concepción? Como sea, comparemos aquella virgen con la nuestra, que sólo se diferencia en que su espera, sin tener noche fija, se alarga a todas, todas, todas... El viento, que silba fuera, nunca le ha traído el varón esperado, ni la madrugada blanca y pequeña le dice en qué lugar de la tierra encontrarlo. Y entonces sigue esperando, esperando...

Ahora, en calma ya la imaginación y el resentimiento, contempla y vuelve a contemplar la alcoba solitaria; recuerda a sus amigas de colegio y de familia, a las más íntimas, todas casadas. La última, a los treinta años, desposó a un oficial de marina; fue entonces cuando reverdecieron las esperanzas de la soltera, que no se habría atrevido a pedir tanto, pues un uniforme de aspirante era lo primero que había seducido sus ojos cuando tenía quince años... ¿Adónde estaría ahora? Más tarde pasaron cinco años, cumplió los treinta y nueve, y ahora no tardarían en llegar los cuarenta. Cuarentona, solterona; doña Tónica tuvo un escalofrío. Miro una vez más, recordó todo, de golpe se puso en pie, dio dos vueltas y se derrumbó en la cama llorando...

XLIV

No vayáis a creer que el dolor era más genuino que la cólera: en sí mismos eran iguales; únicamente eran diversos los efectos. La cólera se había resuelto en nada; la humillación se expresó en legítimas lágrimas. Y sin embargo no le faltaban a la mujer ganas de estrangular a Sofía, pisarle los pies, arrancarle el corazón a pedazos, gritándole a la cara las crudas palabras que atribuía al marido... ¡Mera imaginación! Creedme: hay tiranos por intención. ¿No es posible? Por el alma de esta mujer acaba de pasar la tenue sombra de Calígula.

XLV

Y mientras una llora, la otra ríe; así es la ley del mundo, estimado lector; tal la perfección universal. Si no hubiera más que llanto todo sería monótono; si sólo hubiera risa, sería cansador; pero una buena distribución de lágrimas y carcajadas, de sollozos y zarabandas, aporta al mundo la variedad necesaria y asegura el equilibrio vital.

La que ríe es el alma de Rubião. Escuchad la canción alegre, brillante, con que baja por el morro diciendo a las estrellas las cosas más íntimas, suerte de rapsodia hecha de un lenguaje que nadie codificó jamás, porque es imposible encontrar signo alguno que exprese sus vocablos. Abajo, las calles desiertas le parecen pobladas, el silencio se le hace tumulto, y en todas las ventanas se dibujan rostros de mujer, caras graciosas y cejas gruesas, multitud de Sofías en una Sofía única. Una y otra vez le parece a Rubião que ha sido temerario, indiscreto, recuerda la escena del jardín, la resistencia, el enfado de la joven, y llega incluso a reprenderse; entonces siente escalofríos, lo aterra la idea de que puedan cerrarle la puerta y cortar las relaciones por completo; todo porque ha precipitado los acontecimientos. Sí, habría debido esperar; la ocasión no era adecuada; visitas, muchas luces, ¿cómo se le ocurrió hablar de amor sin cautela, desenfrenadamente? Se daba cuenta de que ella tenía razón; bien empleado le estaría que lo despidiese sin más.

—¡He sido un tonto! —decía Rubião en voz alta.

No pensaba en la cena, que había sido opulenta, ni en los vinos generosos, ni en la electricidad propia de una sala donde hay mujeres elegantes; se sentía tonto, rematadamente tonto.

Pero en seguida el alma misma se perdonaba, se defendía. Sofía, pensaba, lo había animado a que lo hiciese; los ojos frecuentes, después fijos, los ademanes, los coqueteos, el honor de hacerlo sentar al lado de ella durante la cena, de ocuparse solamente de él, de decirle melodiosamente cosas afables, ¿qué era todo eso sino aliento y sollicitación? Y la buena alma explicaba la contradicción de la joven más tarde, en el jardín; era la primera vez que oía semejantes palabras fuera del marco conyugal, y allí, cerca de todos, naturalmente había debido sentir miedo; por otra parte él se había expandido demasiado, lo había precipitado todo. Sin la menor delicadeza. Habría debido avanzar paso a paso, y nunca apretarle las manos con tanta fuerza como para hacerle daño. En definitiva, se encontraba grosero. Volvía el miedo a que le cerraran la puerta; luego tomaba a los consuelos de la esperanza y al análisis del comportamiento de la moza, a la propia invención del padre Mendes, mentira cómplice; y pensaba también en el aprecio del marido... Al llegar a ese punto se estremeció. El aprecio del marido le daba remordimientos. A la confianza que el hombre le había merecido se sumaba cierta deuda pecuniaria, y unas tres letras que Rubião había asumido por él.

—No puedo, no debo —iba murmurando—. No me parece bonito seguir adelante. También es cierto que, en rigor, no soy yo el promotor de nada; es ella quien desde hace tiempo me viene desafiando. ¡Que me desafíe ahora, pues! Sí, es menester resistir... Le presté el dinero casi sin que lo pidiera, porque él lo necesitaba mucho y yo le debía favores; las letras sí, fue él quien me pidió que las firmase, pero luego nunca volvió a pedirme nada. Sé que es un hombre honrado, que trabaja mucho; el mal lo hace ese diablo de mujer, entrometiendo esos ojos, esa figura... ¡Qué figura admirable, Dios del cielo! Hoy estaba divina. Cuando en la mesa su brazo rozaba el mío, a pesar de la manga...

Confuso, inseguro, deseaba mantenerse leal al amigo pero la conciencia se le partía en dos; una parte increaba a la otra, ésta se

explicaba y ambas se desorientaban cada vez más...

Fue a parar a la Praça da Constituição. Había estado andando sin rumbo. Se le ocurrió ir al teatro, pero ya era tarde. Entonces se dirigió al Largo de São Francisco para subirse a un tálburi y volver a Botafogo. Encontró no uno sino tres; acudieron hacia él, cada cochero ofreciendo sus servicios y elogiando su caballo —un buen caballo, un animal excelente.

XLVI

El rumor de las voces y los coches despertó a un mendigo que dormía en la escalera de la iglesia. El pobre diablo se sentó, vio de qué se trataba y luego volvió a echarse, pero despierto, panza arriba, con los ojos fijos en el cielo. El cielo, por su parte, lo miraba a él, impassible, pero sin arrugas ni zapatos rotos ni andrajos, un cielo claro, estrellado, sereno, olímpico, tal como el que presidió las bodas da Jacob y el suicidio de Lucrecia. Se miraban ambos en una suerte de juego de prudencia, con un aire de monarcas rivales y tranquilos, sin arrogancia ni bajeza, como si el mendigo le dijese al cielo:

—Al final no has de caerme encima. Y el cielo respondiera:

—Ni tú me has de escalar.

XLVII

Rubião no era filósofo; la comparación que hizo entre sus cuitas y las del harapiento apenas le llevó al alma una sombra de envidia. Ese holgazán no pensaba en nada, se dijo entre dientes; dentro de un rato estaría durmiendo, mientras que él...

—Suba, patrón, que el animal es bueno. En quince minutos estamos allí.

Y los otros dos cocheros le decían lo mismo, con palabras casi iguales:

—Patrón, venga y verá...

—Mire qué caballito...

—Haga el favor, son trece minutos de viaje. En trece minutos lo dejo en su casa.

Tras alguna vacilación, Rubião subió al tílburí que tenía más mano y mandó enfilarse hacia Botafogo. Entonces se acordó de un viejo episodio olvidado, o fue el episodio el que inconscientemente le dio la solución. Como fuese, Rubião logró alejar el pensamiento de las sensaciones de esa noche.

Había sido largos años atrás. Él era entonces muy joven y muy pobre. Un día a las ocho de la mañana, al salir de su casa —que estaba en la Rua do Cano— había entrado en el Largo de Sao Francisco de Paula para bajar luego por la Rua do Ouvidor. Estaba algo preocupado; vivía en casa de un amigo que empezaba a tratarlo como huésped de tres días, cuando él ya lo era de cuatro semanas. Dicen que los de tres días huelen mal; mucho antes huelen mal los

difuntos, al menos en estos climas calientes... Cierto es que nuestro buen Rubião, sencillo como buen minero, pero desconfiado como un paulista, se andaba con mil cuidados y pensaba marcharse cuanto antes. Podéis creerme que, desde que saliera de la casa, entrara en el Largo de Sao Francisco y bajara por la Rua do Ouvidor hasta la dos Ourives, no había visto ni oído nada humano.

En la esquina de la Rua dos Ourives lo detuvo una multitud, reunida en torno a una escena singular. Un hombre con vestimenta judicial leía en voz alta un papel, la sentencia. Había además un juez, un cura, soldados, curiosos. Pero las figuras principales eran dos negros. Uno de ellos, mediano, flaco, tenía las manos atadas, los ojos bajos, el semblante grave, y llevaba una cuerda atada al cuello; las puntas de la soga estaban en las manos del otro preso, que miraba al frente y tenía el rostro inmutable y retinto. Aguantaba altivamente la curiosidad pública. Leído el papel, la comitiva echó a andar Rua dos Ourives arriba; venía de la prisión y se dirigía al Largo do Moura.

Naturalmente, Rubião quedó impresionado. Por unos segundos permaneció, como ahora, intentando escoger un tálburi. Fuerzas íntimas le ofrecían cada una su caballo: unas le decían que volviese atrás para ir a sus negocios, otras que siguiese adelante y viese cómo ahorcaban al negro. ¡Era tan raro ver a un ahorcado! ¡En veinte minutos se acaba todo, patrón! ¡Ande, patrón, a sus asuntos! De modo que nuestro hombre cerró los ojos y se abandonó al azar. El azar, en vez de llevarlo Rua do Ouvidor abajo hasta la da Quitanda, lo hizo torcer por la dos Ouvires, a la zaga de la comitiva. No presenciaría la ejecución, pensó; sólo quería ver la marcha del reo, la cara del verdugo, la ceremonia... No la ejecución. De cuando en cuando se paraban todos, se asomaba gente a las puertas y las ventanas y el oficial de justicia releía la sentencia. Luego la comitiva reemprendía la marcha con la misma solemnidad. Los curiosos iban contando el crimen, un asesinato en Mata-Porcos. Se tenía al asesino por hombre frío y feroz. Esa información hizo bien a Rubião; le dio

fuerzas para encarar al reo sin resabios de piedad. Aquella ya no era la cara del crimen; el terror disimulaba la perversidad. Sin darse cuenta fue a dar a la plaza de la ejecución. Había bastante gente esperando. Con la que acompañaba la comitiva se formó una multitud compacta.

—Ahora vete —se dijo Rubião.

Cierto que el reo aún no había subido al patíbulo; no iban a matarlo de golpe; había tiempo para huir. Y, en caso de quedarse, ¿por qué no cerrar los ojos como había hecho cierto Alipio ante el espectáculo de las fieras? Cabe decir que Rubião nada sabía de ese hombre antiguo; ignoraba no sólo que los había cerrado, sino también que poco después los había abierto, despacio y con curiosidad...

Por fin el reo subió al patíbulo. Un temblor agitó a la turba. El verdugo puso manos a la obra. Fue en aquel momento cuando el pie de Rubião describió una curva hacia el exterior, obedeciendo a un impulso de regreso; pero el izquierdo, presa del impulso contrario, se quedó en su sitio; lucharon ambos unos instantes... ¡Vea qué caballo, patrón! —¡Diga si no es un animal estupendo! —¡No sea malo, patrón! —¡No tenga miedo! Así estuvo Rubião unos segundos, suficientes para que llegara el minuto fatal. Todos los ojos se fijaron en el mismo punto, entre ellos los de él. Rubião no podía entender qué bicho lo había picado, ni que manos de hierro le habían agarrado el alma para retenerlo allí. El instante fatal fue realmente un instante; el reo pataleó, se contrajo, el verdugo cabalgó diestro y airoso; un gran rumor recorrió la muchedumbre. Rubião dio un grito y no vio nada más.

XLVIII

—El señor habrá visto que el caballo es bueno...

Rubião abrió los ojos, medio cerrados, y vio cómo el cochero animaba al animal tocándolo levemente con la punta de la fusta. Por dentro sintió rabia contra el hombre, que lo había arrancado de viejos recuerdos. No eran bellos, pero si viejos —viejos y saludables, pues le daban a beber un elixir que parecía curarlo del presente. Y entonces va el cochero ése y lo despierta. Iban subiendo por la Rua da Lapa; el caballo, en verdad, comía el espacio como si fuese cuesta abajo.

—Este animal me tiene un cariño —continuó el cochero— que es para no creerlo. Le podrían contar cosas extraordinarias. Algunos dicen que son mentiras mías; pero no señor, no son mentiras. ¿Quién no sabe que el caballo y el perro son los animales que más quieren a la gente? Parece que el perro la quiere todavía más...

Oyendo hablar del perro Rubião se acordó de Quincas Borba, que debía estar en casa, esperándolo, ansioso... Rubião no había olvidado la clausula del testamento; se había jurado cumplirla a rajatabla. No está de más decir que, con el miedo de que escapara, se mezclaba el de perder los bienes. De nada valían los argumentos del abogado; en el testamento, decía éste, no hay ninguna cláusula que revierta los bienes hacia otro en caso de huida del perro; esos bienes nunca se le irían de las manos. ¿Qué le importaba pues que escapara? Hasta era mejor, una preocupación menos. Aparentemente Rubião aceptaba la explicación; pero en el fondo la duda persistía, los ejemplos de largos pleitos, la variedad de opiniones jurídicas sobre una sola materia, la acción de un envidioso o un enemigo, y, resumiéndolo todo, el terror a quedarse sin nada. Por ello los rigores

de la reclusión; por ello también el remordimiento de haber pasado la tarde y la noche sin un solo pensamiento para Quincas Borba.

—¡Soy un ingrato! —se dijo.

En seguida se corrigió. Más ingrato era no haber pensado en el otro Quincas Borba, el que le había dejado todo. Y fue entonces cuando de golpe se le ocurrió que los dos Quincas Borba podían ser la misma criatura, por efecto de la entrada del alma del difunto en el cuerpo del perro, menos para purgar sus pecados que para vigilar al nuevo dueño. Había sido una negra de Saõ João d'el Rei quien, cuando pequeño, le había inculcado la idea de la transmigración. Decía que las almas llenas de pecados iban a dar en cuerpos de bestias; y juraba conocer un notario que había acabado convertido en gamba...

—No se olvide el señor de decirme dónde es la casa —dijo súbitamente el cochero.

—Pare aquí.

XLIX

El perro ladró dentro; pero en cuanto Rubião hubo entrado, lo recibió con gran alegría; y, por molesto que le resultase, Rubião se deshizo en caricias. Le daba escalofríos pensar que allí pudiera encontrarse el testador. Subieron juntos la escalera de piedra; se detuvieron unos instantes a la luz de la lámpara que Rubião había ordenado dejar encendida. Rubião era más crédulo que creyente; no tenía razones para atacar ni defender nada —tierra eternamente virgen para plantar cualquier cosa. La vida de la corte le había conferido una nueva particularidad: rodeado de incrédulos podía incluso ser incrédulo...

Mientras esperaba que le abriesen la puerta miró al perro. El perro lo miraba a él de tal manera que parecía llevar dentro al mismo difunto Quincas Borba; era la misma mirada meditativa, de filósofo, que cuando examinaba asuntos humanos... Nuevo escalofrío; pero, por grande que fuera el miedo, no lo era tanto como para atarle las manos. Rubião las extendió sobre la cabeza del animal, rascándole las orejas y la nuca.

—¡Pobre Quincas Borba! Quieres a tu amo, ¿no? Rubião es muy amigo de Quincas Borba.

El perro movía la cabeza lentamente, a izquierda y derecha, ayudando a que las caricias se distribuyeran mejor entre ambas orejas colgantes; luego levantaba el morro para que lo acariciase en el cuello, y el amo obedecía; pero entonces los ojos del perro, entrecerrados de placer, cobraban el mismo aire que los del filósofo, cuando desde la cama contaba historias que Rubião poco o nada entendía... Rubião cerraba los suyos. Le abrieron la puerta; se despidió del perro, pero con tales caricias que era como pedirle que

entrarse. El criado español se encargó de llevarlo abajo.

—No le pegues —recomendó Rubião.

El criado no le pegó; pero la misma bajada era penosa, y el perro amigo estuvo mucho tiempo gimiendo en el jardín. Rubião entró, se desvistió y echóse en la cama. ¡Ah! Había vivido un día pleno de sensaciones, desde las remembranzas de la mañana y el almuerzo con los dos amigos hasta aquella idea de la metempsicosis, pasando por el recuerdo del ahorcado y por una declaración de no aprobada, mal repelida, tal vez adivinada por otros... Todo se le mezclaba; el espíritu se le iba de un lado a otro como una pelota de goma en manos de niños. No obstante, el sentimiento principal era el del amor. Rubião estaba admirado de sí mismo, y se reprendía; pero la reprensión era obra de la conciencia, mientras que la imaginación no soltaba por nada del mundo la bella figura de Sofía... La una, las dos, las tres... Sofía a lo lejos, abajo los ladridos del perro... El sueño esquivo... ¿Adónde se habían ido las tres horas? Las tres y media... Por fin, tras mucho velar, se le presentó el sueño, exprimió sus clásicas amapolas, y entonces fue instantáneo; antes de las cuatro Rubião se durmió.

L

No, señora mía, este día tan largo no ha acabado aún; no sabemos que sucedió entre Sofía y Palha después de que se fueran todos. Quizá le halle usted incluso más sabor que a la historia del ahorcado.

Tenga paciencia; y volvamos ya a Santa Teresa. La sala continúa iluminada, pero por una sola lámpara de gas; han apagado las otras, e iban a apagar la última cuando Palha dijo al criado que esperase un poco. La mujer estaba por salir, el marido la detuvo, ella se estremeció.

—Nuestra fiesta ha sido preciosa —dijo él.

—Sí.

—Siqueira es un latoso, pero qué vamos a hacer; al menos es alegre. La hija no estaba mal arreglada. ¿Has visto cómo devoraba Ramos todo lo que ponían en el plato? No me extrañaría que un día se tragase a su mujer.

—¿A su mujer? —sonrió Sofía.

—Es gorda, de acuerdo; pero más gorda era la primera, y estoy seguro de que no murió: se la tragó él.

Reclinada en el canapé, Sofía festejaba las gracias de su marido. Siguieron criticando algunos episodios de la tarde y la noche; después ella, acariciando el pelo de Palha, dijo de repente:

—Y todavía no sabes la mejor historia de la noche.

—¿Cuál?

—¿Adivina?

Palha permaneció un rato en silencio, mirándola, intentando adivinar. Inventó algunos episodios, pero no acertó. Sofía negaba con la cabeza.

—¿Pero entonces qué fue?

—Adivina...

—No puedo. Dímelo.

—Con una condición —replicó ella—. No quiero enfados ni gritos.

Palha empezó a ponerse serio. ¿Enfados? ¿Gritos? ¿Qué demonios sería? Había dejado de reírse; sólo le quedaba un resto de sonrisa, forzada y resignada. Miró a Sofía fijamente y le preguntó qué había pasado.

—¿Me prometes lo que te he pedido?

—Anda, dímelo.

—Pues fíjate que he oído nada menos que una declaración de amor.

Palha palideció. Eso no había prometido no hacerlo. Quería a su mujer, como sabemos, al singular extremo de exhibirla; no habría podido oír la noticia impávido. Sofía advirtió la palidez, y la mala impresión que había causado le gustó; para saborearla más, reclinó el torso, se soltó por detrás el cabello, que le estaba molestando, guardó las horquillas en un pañuelo, sacudió la cabeza, respiró profundamente y cogió las manos de su marido, que se había puesto en pie.

—Es verdad, querido mío, estuvieron cortejando a tu mujer.

—¿Pero quién fue el canalla? —dijo él, impaciente.

—Si te pones tan malo no diré nada. ¿Que quién fue? ¿Quieres saber quién fue? Tranquilízate. Fue Rubião.

—¿Rubião?

—Nunca lo habría imaginado. Parecía tan apocado, tan respetuoso; pero hay que aceptar que el hábito no hace al monje. Tantos hombres como vienen aquí y nunca había oído el menor piropo. Me miran, naturalmente, porque no soy fea... ¿Por qué caminas de un lado a otro? Para de una vez, que no quiero levantar la voz... Bien, eso está mejor. Volvamos a lo que pasó. No es que me haya hecho una declaración clara...

—¿Ah, no? —replicó vivamente el marido.

—No, pero viene a ser lo mismo.

Y después de contar lo que había ocurrido en el jardín, desde que salieran los dos hasta que apareciera el mayor:

—Y eso fue todo —concluyó—. Pero basta para darse cuenta de que, si no habló de amor, fue porque no le llegó a la lengua. En cambio sí que le llegó a las manos: hay que ver cómo me apretó los dedos... Nada más que eso, que no es poco. Menos mal que no te enfadas; pero habrá que cerrarle la puerta, de una vez o poco a poco; yo preferiría hacerlo en seguida, pero aceptaré lo que tú digas. ¿Qué consideras mejor?

Mordiéndose el labio inferior, Palha le dirigió una mirada estúpida. Sentóse en el canapé sin decir palabra. Estaba meditando. Encontraba natural que las gentilezas de su esposa llegaran a cautivar a un hombre; y ese hombre bien podía ser Rubião. Pero tanto confiaba en éste, que el billete que Sofía le había enviado

acompañando las fresas lo había redactado él mismo; la mujer se había limitado a copiarlo y firmarlo, Entretanto, nunca le había pasado por la mente que su amigo pudiese declararle amor a alguien, menos aún a Sofía, si realmente se trataba de amor; a lo mejor era un simple galanteo. Ciertamente que Rubião la miraba mucho; y al parecer Sofía, en ocasiones, pagaba las miradas con otras... ¡Concesiones de joven bonita! Pero, en fin, siempre que la miraran, podían obtener algunos rayos de sus ojos. No había por qué tener celos del nervio óptico, razonaba el marido. Sofía se levantó, puso el pañuelo con las horquillas encima del piano y echó un vistazo al espejo, donde se vio con la trenza caída. Cuando volvió al canapé, el marido le tomó la mano riendo:

—Creo que te has amohinado más de la cuenta. Comparar los ojos de una mujer con las estrellas, y las estrellas con ojos, es algo que al fin y al cabo puede hacerse a la vista de todos, en prosa o en verso, en familia y para que los demás lo oigan. La culpa es de quien tiene unos ojos tan bonitos. Además, pese a lo que me cuentas, sabes bien que Rubião todavía es un rustico...

—Entonces también será rústico el diablo, pues nada menos me parece a mí tu amigo. ¿Y qué dices de pedirme que a cierta hora mire la Cruz del Sur, para que se encuentren nuestras almas?

—Eso sí que huele a enamoramiento —concedió Palha—. Pero no deja de ser el pedido de un alma cándida. Esas cosas las dicen las muchachas de quince años, los locos de cualquier edad y también los poetas; pero él no es ni una muchacha ni un poeta.

—Supongo que no. Pero ¿y aferrar me las manos para retenerme en el jardín?

Palha sintió un escalofrío; la idea del contacto de las manos y de la fuerza empleada para retener a la mujer era hartamente mortificante. Si hubiese podido, francamente, habría ido a su casa para agarrarlo del gaznate. Otras ideas, sin embargo, acudieron a disipar el efecto

de la primera; de modo que, cuando Sofía ya lo creía irritado, lo vio encogerse de hombros con desdén y responderle que, en efecto, era una grosería.

—Y además, ¿qué ocurrencia es ésa de invitarlo a ver la luna?
—añadió.

—También invité a doña Tónica.

—Pero viendo que ella se negaba, tendrías que haber encontrado la forma de no salir. Así pasan estas cosas. Fuiste tú quien le dio la ocasión...

Sofía lo miró arrugando las gruesas cejas; iba a hablar, pero calló. Palha continuó desplegando los mismos argumentos; la culpa era de ella, no habría debido darle la oportunidad...

—¿Acaso no me has dicho tú mismo que debemos atenderlo especialmente? De haber imaginado lo que iba a ocurrir, yo nunca habría salido al jardín. Pero no esperaba que un hombre tan pacato, tan no sé cómo, olvidase sus remilgos para decirme cosas exquisitas...

—Pues de ahora en adelante evita la lima y el jardín —dijo el marido procurando sonreír...

—Pero Cristiano, ¿cómo quieres que le hable la próxima vez que venga a casa? No tengo cara para enfrentarlo. Mira, lo mejor es cortar toda relación.

Palha cruzó una pierna sobre otra y se puso a fruncir el zapato. Por unos segundos permanecieron callados. Palha meditaba la propuesta de cortar las relaciones; no era que quisiese aceptarla, pero no sabía cómo contestar a la mujer, que mostraba tanto resentimiento y con tal dignidad se portaba. No podía desaprobare la propuesta pero tampoco aceptarla, y no se le ocurría nada. Levantóse, hundió las manos en los bolsillos del pantalón y,

habiendo dado unos pasos, se paró ante Sofía.

—Tal vez nos estemos preocupando por un simple efecto del vino. Habrás notado que no dejaba una gota en la copa; tiene la cabeza floja, se habrá mareado un poco y soltó todo lo que tenía dentro... Sí, no niego que puedas haberle causado cierta impresión, como tantas otras señoras. Días pasados fue a un baile en Catete y volvió encantado con las mujeres que había visto, sobre todo una, la viuda Mendes...

Sofía lo interrumpió:

—¿Y por qué no invitó a mirar la Cruz del Sur a esa belleza?

—Porque no cenó allí, naturalmente; y además no había jardín ni luna. Lo que quiero decir es que *nuestro amigo* puede haber estado fuera de sí. Tal vez ahora se sienta arrepentido de lo que hizo, avergonzado, sin saber cómo explicarse, o si tiene que hacerlo... Hasta es posible que se ausente...

—Ojalá.

—... si no lo llamamos nosotros —concluyó Palha.

—¿Y para qué llamarlo?

—Sofía —dijo el marido sentándose junto a ella—. No quiero entrar en minucias. Digo, tan sólo, que no permitiría que te faltaran el respeto.

Hubo una breve pausa. Sofía miraba a Palha aguardando.

—No lo permitiría, y ay del que lo hiciese, así como ay de que tú lo consintieras. Sabes que a ese respecto soy de hierro, y que lo que me tranquiliza es la certeza de la amistad, o —digámoslo claro— del amor que sientes por mí. Pues bien, en cuanto a Rubião nada me inquieta. Creo que es nuestro amigo y le debo varios

favores.

—Algunos regalos, unas joyas, palcos en el teatro... No son motivos para que yo tenga que mirar la Cruz del Sur con él.

—¡Quiera Dios que sólo sea eso! —suspiró el melindroso.

—¿Te parece poco?

—No entremos en minucias... Hay otras cosas... Más tarde hablaremos. Pero puedes estar segura de que nada me haría retroceder si me contaras algo grave. Este no es el caso. Ese hombre es un simplón.

—No.

—¿No?

Sofía se levantó. Tampoco quería entrar en minucias. El marido le tomó la mano y ella permaneció en pie, callada. Con la cabeza apoyada en el borde del sofá, Palha la miraba sonriendo, sin saber qué decir. Al cabo de unos segundos la mujer anunció que ya era tarde y que iba a mandar que apagaran las luces.

—Bien —replicó Palha tras un corto silencio—. Mañana mismo le escribo para decirle que no vuelva a poner los pies aquí.

Miró a la mujer esperando alguna respuesta. Sofía había fruncido las cejas, y no contestó nada. Palha repitió la solución; y es posible que esta vez sinceramente. Entonces, con una expresión de tedio, la mujer dijo:

—Por favor, Cristiano... ¿Quién te ha pedido que escribas cartas? Empiezo a arrepentirme de habértelo mencionado. Te conté un acto irrespetuoso y dije que me parecía mejor cortar las relaciones, poco a poco o de golpe.

—¿Pero cómo cortarlas de golpe?

—Cerrándole la puerta. Pero no pido tanto; basta, si quieres, con hacerlo poco a poco...

Era una concesión; Palha la aceptó; pero en seguida, sombrío, soltó la mano de la mujer con gesto desesperado. Por fin la agarró por la cintura y, alzando la voz, dijo:

—Pero, amor mío, es que le debo mucho dinero.

Sofía le tapó la boca y miró asustada hacia el pasillo.

—Esta bien —dijo—. Acabemos con esto. Observaré cómo se comporta y procuraré ser más fría... Pero en ese caso tú no debes cambiar de actitud, para que no sepa que estás al corriente. Veré lo que puedo hacer.

—Ya sabes, Sofía, aprietos económicos, algún pago... Ahora hay que tapar un agujero aquí, luego otro allá... ¡Demonios! Y por eso... Pero riámonos, mi bien; en el fondo no es nada. Sabes que confío en ti.

—Vamos, que es tarde.

—Vamos —repitió Palha besándole la cara.

—Tengo mucho dolor de cabeza —murmuró ella—. Creo que ha sido el aire libre, o esta historia... Tengo mucho dolor de cabeza.

LI

Bañado, afeitado, a medio vestir, Palha leía los periódicos, a la espera del almuerzo, cuando su mujer entró en el gabinete un tanto pálida.

—¿Te encuentras peor?

Sofía le respondió con un gesto de los labios, que tanto podía negar como afirmar. Palha confió en que a medida que el día avanzara se le iría pasando el malestar; la agitación del día anterior, la cena tardía... Luego le pidió que lo dejara acabar de leer un artículo sobre cierto asunto local. Era un pleito entre dos comerciantes a propósito de unas letras; la víspera había escrito uno de ellos; hoy venía la respuesta del otro. Respuesta completa, dijo Palha terminada la lectura; y, largamente, explicó a la mujer el asunto de las letras, el mecanismo de la operación, la situación de los adversarios, los rumores de la plaza, todo empleando el vocabulario técnico. Sofía oía y suspiraba; pero para el despotismo de la profesión no existen suspiros de mujer ni cortesías de hombre. Felizmente, el almuerzo ya estaba en la mesa.

Hacia las dos de la tarde, habiendo quedado sola, nuestra amiga, que apenas había tomado un caldo, fue a sentarse en el jardín, frente a la puerta de la casa. Naturalmente volvió a pensar en el lance de la víspera. No estaba totalmente en paz ni fuera de sí, ni con Dios ni con el Diablo. Se arrepentía de haberle contado el episodio a su marido, y al mismo tiempo la irritaban los intentos de él por explicarlo. En medio de sus reflexiones oyó claramente las palabras del mayor: «¡Vaya! ¿Admirando la luna?», como si las hojas la hubiesen guardado y las repitiesen ahora que la brisa empezaba a moverlas. Sofía sintió un escalofrío. Siqueira era

indiscreto —husmeaba e indagaba en los asuntos ajenos. ¿Lo sería al punto de propagarlos? Sofía ya se consideraba objeto de sospecha o de calumnia. Ideaba planes. No visitaría más a nadie; o se marcharía fuera, a Nueva Friburgo o más lejos. La exigencia del marido de seguir recibiendo a Rubião como siempre era excesiva; sobre todo por el motivo esgrimido. No queriendo obedecer ni rebelarse, pensaba en dejar la ciudad con cualquier pretexto.

—¡La culpa ha sido mía! —suspiró.

La culpa la tenían las atenciones especiales que había prodigado al hombre, las muestras de afecto, los recuerdos, los detalles familiares, y, en la víspera, las largas miradas que le había dedicado. De no haber sido por eso... Y así se iba perdiendo en múltiples reflexiones. Todo la fastidiaba, plantas, muebles, el canto de una cigarra, un rumor de voces en la calle, otro de platos en casa, los pasos de las esclavas, y hasta un pobre negro viejo que, frente a la casa, subía penosamente un trecho de morro. Las precauciones del negro le encendían los nervios.

LII

En eso pasó un mozo alto que, sonriendo y lentamente, le dedicó unos galanteos. Ella se los devolvió, un poco asustada de la persona y de su actitud.

—¿Quién es ese sujeto? —pensó.

Y entró a pensar de dónde lo conocía, pues en verdad la cara no le era extraña, ni las maneras, ni los ojos plácidos y grandes. ¿Dónde lo habría visto antes? Recorrió mentalmente varias casas, sin dar con la verdadera; por fin pensó en cierto baile —el mes anterior—, en la casa de un abogado que cumplía años. Eso era; lo había visto allí; habían bailado una cuadrilla por simple condescendencia de él, que no bailaba nunca; se acordaba de haberle oído muchas frases agradables relativas a la belleza de la mujer que, decía él, radicaba principalmente en los ojos y los hombros. Los de ella, como sabemos, eran magníficos. Y casi no había hablado de otro tema —los ojos y los hombros. A propósito de unos y otros había contado varias anécdotas personales y, aunque algunas carecían de interés, ¡hablaba tan bien! ¡Y a ella el tema le gustaba tanto! Era verdad: ahora se acordaba que, no bien él la había dejado, Palha se había sentado junto a ella y le había dicho el nombre del joven, porque ella no lo había oído bien en el momento de la presentación. Era Carlos María —el mismo que conocimos en el almuerzo de nuestro Rubião.

—Es la primera figura del salón —había dicho Palha, orgulloso de que se ocupara tanto de ella.

—Entre los hombres —señaló Sofía.

—Entre las mujeres, la primera eres tú —replicó él mirándole el cuello, para pasear después los ojos por la sala con una expresión

de certeza y dominio que ella conocía, y que le hacía bien.

Cuando Sofía acabó de recordar, el joven ya se había alejado; al menos había sido una interrupción en la recua de tedios que le apresaban el alma. Por unos instantes se había acallado el dolor que sentía en la espalda. En seguida volvió, odioso, obstinado; Sofía se reclinó en la silla y cerró los ojos. Intentó entrar en el sueño, pero no pudo. Los pensamientos eran tan porfiados como el dolor, y aún más ruines. De cuando en cuando un rápido batir de alas quebraba el silencio; eran las palomas de una casa vecina, que volvían al palomar. Al principio, una o dos veces, Sofía abrió los ojos; luego, acostumbrándose al rumor, los mantuvo cerrados procurando dormirse. Al cabo de cierto tiempo oyó pasos en la calle y levantó la cabeza suponiendo que era Carlos María; sin embargo era el cartero, que le llevaba una carta del campo. Se la entregó en mano. Al salir del jardín, el hombre tropezó con la pata de un banco y cayó de bruces entre cartas esparcidas. Sofía no pudo contener la risa.

LIII

Perdonadle esa risa. Sé muy bien que el desasosiego, la mala noche, el miedo a la opinión ajena, todo contrasta con ella. Pero, amada lectora, puede que la dama nunca hubiese visto caer a un cartero. Cierta vez los dioses de Homero —y bien que eran dioses— discutían grave y hasta furiosamente en el Olimpo. La orgullosa Juno, celosa de los coloquios de Tetis y Júpiter en favor de Aquiles, interrumpió al hijo de Saturno. Júpiter truena y amenaza; la esposa se estremece de cólera. Los demás gimen y suspiran. Pero cuando Vulcano toma la urna del néctar y, cojeando, empieza a servir a todos, el Olimpo entero rompe en una carcajada inextinguible. ¿Por qué? Señora mía, seguro que usted nunca vio un cartero cayéndose.

A veces ni siquiera hace falta que se caiga; otras ni siquiera hace falta que exista. Basta imaginarlo o recordarlo. La sombra de la sombra de un recuerdo grotesco puede proyectarse en medio de la pasión más detestable, y a veces una sonrisa, aunque leve, casi imperceptible, aflora en la cara. Dejemos pues que Sofía siga riendo, y lea su carta del campo.

LIV

Quince días más tarde, estando Rubião en su casa, se le presentó el marido de Sofía. Iba a preguntarle que se había hecho de él, ¿Dónde se había metido, que desde hacía tiempo no lo veían? ¿Había estado enfermo? ¿O ya no se acordaba de los pobres? Rubião masticaba las palabras sin lograr componer una frase entera. En eso Palha vio que en la sala había un hombre mirando los cuadros, y bajó la voz.

—Perdóneme. No había visto que tenía visitas —dijo.

—¿Perdonarlo por qué? Es un amigo como usted. Doctor, aquí está mi amigo Cristiano de Almeida e Palha. Creo que ya le he hablado de él. Este es mi amigo el Dr. Camacho, João de Sousa Camacho.

Camacho hizo un gesto con la cabeza, dijo una o dos frases y anunció que se marchaba. Rubião respondió que de ningún modo, que se quedase. Ambos eran amigos de la casa; y además la luna no tardaría en iluminar la bella ensenada de Botafogo.

La luna —otra vez la luna— y la frase *Creo que ya le he hablado de él* perturbaron tanto al recién llegado, que por un rato no pudo articular palabra. No está de más observar que el dueño de casa tampoco sabía qué decir. Estaban los tres sentados: Rubião en el canapé, Palha y Camacho en sendas sillas, uno frente a otro. Camacho, que había conservado el bastón en la mano, se lo puso sobre las rodillas mientras se daba golpecitos en la nariz y miraba el techo. Fuera, rumor de carros, cascos de caballos y algunas voces. Eran las siete y media de la noche, o más, cerca de las ocho. El silencio se hizo más largo de lo que la ocasión permitía; ni Rubião lo

advirtió. Fue Camacho quien, aburrido, se acercó a la ventana y desde allí exclamó:

—¡Está saliendo la luna!

Rubião hizo un ademán, Palha otro; ¡pero qué diferentes! Rubião pensaba ir hasta la ventana; Palha estuvo por agarrarlo del cuello; lo impulsaba menos el miedo a la divulgación de la aventura que el recuerdo de la violencia con que el otro aferrara las manos de su mujer para atraerla hacia sí. Contuviéronse ambos. Acto seguido Rubião, cruzando la pierna izquierda sobre la derecha, se volvió hacia Palha y le preguntó:

—¿Sabes que os voy a dejar?

Palha esperaba cualquier cosa menos aquello. De ahí el asombro en que se disolvió la cólera; de ahí también una leve sombra de pesar, que es lo que menos esperaba el lector. ¿Dejarlos? Naturalmente se iba de Río de Janeiro; era el castigo que se imponía a sí mismo por la acción ruin que había perpetrado en Santa Teresa; no había tardado en avergonzarse, en arrepentirse. No tenía cara para presentarse ante la esposa de su amigo. Tal fue la primera conclusión de Palha; pero otras hipótesis se sumaron a ésa. Por ejemplo: era posible que la pasión persistiese, y la partida era una forma de alejarse de la amada. También podía ser que hubiese algún proyecto de casamiento.

La última hipótesis aportó a la fisonomía de Palha un elemento nuevo que no sé cómo llamar. ¿Decepción? Ya el elegante Garrett no hallaba para tales sensaciones otro término, y no por ser inglés lo despreciaba. Añadamos el pesar de la separación, no olvidemos la cólera que primero había tronado sordamente, y no faltará quien piense que el alma de ese hombre era una colcha hecha con retazos. Es posible: ¡las colchas enterizas son tan raras moralmente! Lo principal es que los colores no se desacrediten entre sí —cuando no pueden obedecer a la simetría y la regularidad. Este era el caso de Palha. A primera vista tenía un aspecto confuso; pero si se miraba bien, por opuestos que fuesen los matices se encontraba su unidad moral.

LVI

Pero ¿por qué iba a dejarlos Rubiãõ? ¿Cual era la razón? ¿Qué asunto lo requería?

Al día siguiente de la cena en Santa Teresa se levantó angustiado. Desayunó mal. No se ocupó de nada; sin interés se calzó las chinelas africanas, ni siquiera miró los bellos adornos, o simplemente ricos, que llenaban su casa. No pudo soportar más de dos minutos las caricias del perro; no bien lo hubo recibido en la sala, decidió despacharlo hacia fuera. El animal, burlando a los criados, volvió a meterse en la sala; pero tal fue el soplamocos que recibió en la oreja, que no repitió los halagos; se tendió en el suelo con los ojos puestos en el amo.

Rubiãõ estaba arrepentido, irritado, lleno de vergüenza. En el capítulo X de este libro se ha dicho que los remordimientos lo asaltaban con facilidad, pero le duraban poco; quedó sin aclarar la naturaleza de las acciones que podían hacerlos cortos o largos. Allí se trataba de la carta escrita por el difunto Quincas Borba, tan expresiva del estado mental del autor, que Rubiãõ había ocultado al médico pese a su posible utilidad para la ciencia o la justicia. Entregando esa carta no habría tenido remordimientos, pero quizá tampoco herencia —la pequeña herencia que entonces esperaba del enfermo. En el caso presente era una tentativa de adulterio. Cierto que él venía suspirando desde hacía mucho tiempo, y lo agitaban ímpetus interiores; pero sólo el indiscreto aliento de la joven y el propio entusiasmo del momento lo habían llevado a hacer la declaración repelida. Despejados los vapores de la noche, no sólo sentía vergüenza sino también remordimientos. La moral era la misma, los pecados diferentes.

Saltemos por encima de lo que sintió y pensó durante los primeros días. El domingo llegó a esperar algo, un billete como el anterior —con o sin fresas. El lunes ya había decidido ir a pasar unos dos meses a Minas; necesitaba curarse el alma en el aire de Barbacena. Pero no contaba con el doctor Camacho.

—¿Dejarnos? —preguntó finalmente Palha.

—Creo que sí. Me voy a Minas.

Volviendo de la ventana, Camacho se sentó en la misma silla que antes.

—¿Cómo que Minas? —dijo sonriendo—. Déjese de Minas por ahora. Ya irá allí cuando haga falta, y no creo que se quede mucho.

Estas palabras no sorprendieron a Palha menos que las de Rubião. ¿De dónde salía ese hombre, que parecía dominar a su amigo? Lo miró bien: era una persona de estatura mediana, rostro estrecho, poca barba, barbilla puntiaguda, orejas de pabellón ancho y abierto. Eso fue todo lo que pudo reunir de un vistazo. También advirtió que llevaba ropa fina, sobria sin embargo, y que tenía los pies mal calzados. No le examinó los ojos, ni la sonrisa, ni los modos; no alcanzó a reparar en el inicio de la calva, ni en las manos largas y peludas.

LVII

Camacho era un hombre político. Graduado en derecho en 1844, por la Facultad de Recife, había vuelto a su provincia natal para empezar a ejercer como abogado; pero la abogacía era un pretexto. Ya en la academia había publicado un periódico político, sin posición definida pero con numerosas ideas, recogidas aquí y allá y expuestas en un estilo medio flaco y medio hinchado. Quien hubiera recogido aquellos primeros frutos de Camacho habría podido hacer una lista de sus principios y aspiraciones: —*orden para la libertad, libertad para el orden; —la autoridad no puede abusar de la ley sin abofetearse a sí misma; —la vida de los principios es una necesidad moral de las naciones nuevas tanto como de las antiguas; —dadme una buena política y os daré buenas finanzas* (barón Louis); *sumerjámonos en el Jordán constitucional; —hombres de poder, dad paso a los valientes; ellos serán vuestro sustento, etc., etc.*

En la provincia natal de Camacho, este orden de ideas tuvo que ceder a otro; y lo mismo puede decirse del estilo. Fundó allí un periódico; pero, siendo la política local menos abstracta, Camacho recogió las alas y descendió a los nombramientos de delegados, a las obras provinciales, a las gratificaciones, a la lucha con la hoja rival, a los nombres propios e impropios. La adjetivación le exigió grandes cuidados. Mientras atacó al gobierno, los términos obligados fueron nefasto, derrochador, vergonzoso, perverso; pero luego de que, debido a un cambio de presidente, pasara a defenderlo, también cambiaron los calificativos: enérgico, ilustrado, justiciero, fiel a los principios, verdadera gloria de la administración, etc., etc. Este tiroteo duró tres años. Una vez transcurridos, la pasión política dominaba el alma del joven letrado.

Miembro de la asamblea provincial, poco después de la cámara de diputados, presidente de una provincia de segundo orden en donde, por natural capricho del destino, le tocó leer en los periódicos opositores todos los adjetivos que prodigase en otros tiempos, nefasto, derrochador, vergonzoso, perverso, Camacho tuvo sus días grandes y amargos, entró y salió de la cámara, oró, escribió, luchó sin cesar. Acabó por irse a vivir en la capital del Imperio. Defensor de la conciliación de los partidos, vio gobernar al marqués de Paraná y abogó por algunos nombramientos, en lo que fue atendido; pero nadie podría afirmar si es cierto que el marqués le pedía consejos y le confiaba sus planes, porque, tratándose de la consideración propia, Camacho solía mentir sin pruritos.

Lo que sí se puede creer es que quería ser ministro, y que trabajó por conseguirlo. Se afilió a diversos grupos, según le parecía acertado; en la cámara discurría largamente sobre materias administrativas, acumulaba cifras, artículos de legislación, fragmentos de la prensa, citas de autores franceses, no siempre bien traducidas. Pero entre la espiga y la mano está el muro del cual habla el poeta; y, por mucho que nuestro hombre extendiese la mano del deseo para cogerla, la espiga seguía estando del otro lado, donde la arrancaban otras manos, más o menos voraces y hasta descuidadas.

Hay solterones de la política. Camacho iba entrando en esa categoría melancólica en que, bajo el peso del tiempo, los sueños nupciales empiezan a evaporarse; y carecía de grandeza para abandonarla. Nadie que organizara un gabinete se atrevía, por más que lo deseara, a darle un cargo. Camacho se sentía caer; para simular influencia, trataba familiarmente a los poderosos del momento, contaba en voz alta sus visitas a ministros y otros dignatarios del Estado.

Para comer no le faltaba. Su familia era pequeña; mujer, una hija que andaba por los dieciocho, un ahijado de nueve; para eso bastaba la abogacía. Pero llevaba la política en la sangre; ni leía ni le

interesaba otra cosa. No le preocupaban en absoluto la literatura, las ciencias naturales, la historia, la filosofía o las artes. Tampoco sabía gran cosa de derecho; conservaba algo de lo que le había dado la universidad, más la legislación posterior y la práctica forense. Con eso iba tirando.

LVIII

Días antes, durante una velada en casa de un consejero, había conocido a Rubião. Se habló de la convocatoria de los conservadores al poder y de la disolución de la cámara. Rubião había asistido a la sesión en que el ministro Itaboraí había presentado los presupuestos. Seguía temblando al relatar sus impresiones, describía la cámara, las tribunas, las galerías donde no cabía un alfiler, el discurso de José Bonifacio, la moción, la votación... Estaba claro que ese relato nacía de un alma simple. El desorden de los gestos, el calor de la palabra poseían la elocuencia de la sinceridad. Camacho escuchaba con atención. Encontró la oportunidad de llevárselo junto a una ventana y hacerle graves consideraciones sobre la situación. Rubião contestaba con movimientos de cabeza, o con palabras sueltas y aprobatorias.

—Los conservadores no durarán mucho en el poder —dijo al fin Camacho.

—¿No?

—No. No quieren la guerra, y tienen que caer por fuerza. Ya ve usted cómo no me equivoqué en el programa del periódico.

—¿Qué periódico?

—Ya conversaremos.

Al día siguiente comieron en el *Hotel de la Bourse* a invitación de Camacho. Éste le refirió a Rubião que meses antes había fundado un periódico con el único programa de continuar la guerra a todo trance... Las diferencias entre los liberales eran muy agudas; le pareció que la mejor manera de servir a su propio partido era darle

un carácter neutro y nacional.

—Lo cual ahora nos viene muy bien, porque el gobierno se inclina por la paz. Precisamente mañana sale un furibundo artículo mío.

Rubião escuchaba todo sin quitar casi los ojos del otro, comiendo rápidamente en los intervalos en que el propio Camacho inclinaba la cabeza sobre el plato. Le regocijaba verse en posición de confidente político; y, para decirlo todo, la idea de entrar en lucha para recoger algo más tarde, un puesto en la cámara por ejemplo, desplegó las alas en su cerebro. Camacho no le dijo nada más; fue a buscarlo al día siguiente y no lo encontró. Ahora, a poco de haber entrado en su casa, venía Palha a interrumpirlos.

LIX

—Sí, pero yo necesito ir a Minas —porfió Rubião.

—¿Para qué? —preguntó Camacho.

Palha le hizo la misma pregunta. ¿Para qué ir a Minas, salvo por un asunto breve? ¿O ya se había aburrido de la Corte?

—No, aburrido no estoy. Al contrario...

Al contrario, le gustaba mucho; pero la tierra natal, por fea que fuese, un lugarejo cualquiera, despertaba nostalgia; más aún cuando el hombre la había dejado ya maduro. Quería ver Barbacena. Barbacena era la mejor tierra del mundo. Por unos minutos Rubião pudo sustraerse a la acción de los otros. Llevaba la tierra natal dentro de sí: ambiciones, vanidades mundanas, placeres efímeros, todo se desvanecía para el mineiro nostálgico de su provincia. Si alguna vez su alma había disimulado, si había escuchado la voz del interés, ahora era el alma sencilla de un hombre arrepentido del gozo e incómodo en la propia riqueza.

Palha y Camacho se miraron... ¡Ah, esa mirada fue como un billete de visita cambiado entre dos conciencias! Ninguna de las dos reveló su secreto, pero ambas vieron los nombre en la tarjeta y se cumplieron. Sí, era preciso impedir que Rubião partiese; Minas podía retenerlo. Concordaron en que debía ir, pero más adelante, unos meses después —y entonces quizá fuera también Palha. Nunca había visto Minas; sería una ocasión excelente.

—¿Usted? —preguntó Rubião.

—Sí, yo. Hace mucho que quiero ir a Minas, y también a San

Pablo. Fíjese usted que ya hace más de un año que estamos por decidirnos. Sofía es buena compañera para esta clase de viajes. ¿Se acuerda de cuando nos encontramos en el tren? Veníamos de Vassouras. Pero el proyecto de Minas nunca se nos ha ido de la mente. Iremos los tres.

Rubião se aferró a las próximas elecciones; pero en este punto intervino Camacho, afirmando que no era preciso, que a la serpiente había que aplastarla allí mismo, en la capital; más adelante no faltaría tiempo para matar la nostalgia y cobrar la recompensa.

Rubião se agitó en el canapé. La recompensa era, sin duda, el nombramiento de diputado. Visión magnífica, y ambición que nunca había tenido en sus tiempos de pobre diablo... Y he aquí que lo posee, aguzándole todos los apetitos de grandeza y de gloria. No obstante, reclamó aún unos pocos días de viaje, aunque, para ser exacto, debo jurar que lo hizo sin ganas de que lo escucharan.

La luna estaba esplendorosa; la ensenada, vista a través de las ventanas, presentaba ese aspecto seductor que ningún carioca puede creer que exista en otra parte del mundo. A lo lejos, por la falda del morro, pasó la figura de Sofía y diluyóse en reverberos. En los oídos de Rubião, tumultuosa, resonó la última sesión de la cámara... Camacho fue hasta la ventana y volvió en seguida.

—Pero ¿cuántos días? —preguntó.

—No lo sé bien, pero pocos.

—En todo caso, mañana conversaremos.

Camacho se despidió. Palha se quedó unos momentos más para decirle a Rubião que era muy delicado de su parte volver a Minas sin que los dos hubiesen liquidado sus cuentas... Rubião lo interrumpió. ¿Cuentas? ¿Quién le pedía cuentas?

—Bien sé que no tiene usted alma de comerciante —replicó

Cristiano.

—Es verdad que no la tengo. Las cuentas se pagan cuando se puede. Y así quedó claro entre nosotros. Aunque quizás... Séame franco: ¿necesita dinero?

—No, no necesito. Muchas gracias. Tengo un negocio que proponerle, pero ha de ser con tranquilidad. Si he venido a verlo fue por no poner un anuncio en el periódico: «Ha desaparecido un amigo, de nombre Rubião, que tiene un perro...».

A Rubião le hizo gracia la broma. Acompañó a Palha hasta la esquina de la Rua Marqués de Abrantes. Al despedirse prometió visitar Santa Teresa antes de ir a Minas.

LX

¡Pobre Minas! Solo, a paso lento, Rubião se dirigió a su casa pensando en la manera de no volver en seguida. Como pececillos dorados en un globo de vidrio, las palabras de los otros dos le nadaban en el cerebro, arriba, abajo, rutilantes: «*Es aquí donde hay que aplastar la cabeza de la cobra*» — «*Sofía es buena compañera para estos viajes*». ¡Pobre Minas!

Al día siguiente recibió un periódico que no había visto nunca, el *Atalaya*. El artículo editorial criticaba a la administración; las conclusiones, sin embargo, se extendían a todos los partidos y a la nación entera: *Sumerjámonos en el Jordán constitucional*. A Rubião le pareció excelente: se fijó dónde se imprimía la hoja para suscribirse. Era en la Rua da Ajuda; no bien salió de su casa fue hasta allí; descubrió que el redactor era el doctor Camacho. Decidió pasar por su despacho.

Pero mientras andaba por la misma calle:

—¡Deolindo! ¡Deolindo! —gritó una angustiada voz de mujer desde la puerta de una colchonería.

Oyendo el grito, Rubião se volvió y vio lo que pasaba. Un coche bajaba por la calle y un niño de tres o cuatro años se le había cruzado en el camino. Los caballos iban a atropellarlo por más que el cochero los hubiese frenado. Rubião se lanzó a la calle y arrancó a la criatura del peligro. La madre, al verla de nuevo en sus brazos, no pudo decir palabra: estaba pálida y temblorosa. Unas cuantas personas se pusieron a increpar al cochero, pero el cliente, un hombre calvo, le ordenó que reanudase la marcha. El cochero obedeció. De modo que cuando el padre del niño, que estaba en la

colchonería, salió a la calle, el coche ya doblaba la esquina de São José.

El barrio era un revuelo. Los vecinos se acercaban a ver cómo estaba el pequeño; en la calle, muchachos y muleques miraban atónitos. El niño tenía apenas un rasguño en el hombro izquierdo, producto de la caída.

—No ha sido nada —dijo Rubião—. Pero no vuelvan a dejar que salga a la calle. Es muy pequeño.

—Se lo agradezco —contestó el padre—. ¿Pero dónde está su sombrero?

Sólo entonces Rubião advirtió que había perdido el sombrero. Un muchachito desharrapado, que lo había recogido, aguardaba a la puerta de la colchonería la oportunidad de devolverlo. Rubião lo recompensó con unos cobres, premio en que el chico no había pensado al levantar el sombrero. En realidad sólo lo había recogido para participar de la gloria del acto de servicio. De todos modos aceptó gustosamente las monedas; y acaso fuera aquello lo primero que supo en su vida sobre la venalidad de las acciones.

—Pero aguarde un momento —dijo el cochero—. ¿Usted no se ha herido?

En la mano de nuestro amigo, en efecto, había sangre: una lastimadura en la palma, cosa sin importancia; sólo ahora empezaba a sentirla. Aunque Rubião repetía que no era nada, que no valía la pena, la madre del niño corrió a buscar una bacía y una toalla. Llevó luego el agua; mientras él se lavaba la mano, el colchonero corrió a la farmacia a comprar un poco de árnica. Curada la herida, Rubião se vendó la mano con un pañuelo; la mujer del colchonero le puso el sombrero; y, cuando partía, una y otro le agradecieron mucho que les hubiese salvado al hijo. Los que estaban en la acera lo aclamaron.

LXI

—¿Qué le ha pasado en la maro? —inquirió Camacho en cuando Rubião entró en su oficina.

Rubião le contó el incidente de la Rua da Ajuda. El abogado empezó a hacerle preguntas sobre el niño, los padres, el número de la casa; pero el propio Rubião puso fin a las respuestas.

—¿No sabe al menos el nombre del pequeño?

—Oí que lo llamaban Deolindo. Pero vamos a lo que importa. Vengo a suscribirme a su periódico; he recibido un número y quiero contribuir a que...

Camacho replicó que no necesitaba suscripciones. En ese aspecto la hoja marchaba bien. Lo que necesitaba era material tipográfico y más variedad en el texto; ampliar los temas, incluir más noticias, variedades, la traducción de alguna novela por entregas, el movimiento del puerto, de la bolsa, etc. ¡Ya había visto que tenía anuncios!

—Así es.

—Tengo casi todo el capital. Basta con diez personas, y ya somos ocho; yo y otros siete. Faltan dos. Con dos más estaríamos completos.

Mirando al otro a hurtadillas, Camacho golpeteaba el borde del escritorio con un cortapapel. Rubião paseó la mirada por el despacho: pocos muebles, algunos autos sobre un taburete junto al abogado, un estante con libros, Lobão, Pereira e Sousa, Dalloz, *Ordenações do Reino*, detrás del escritorio un retrato en la pared.

—¿Lo conoce? —preguntó Camacho señalando el retrato.

—No.

—Piénselo.

—No lo sé. ¿Nunes Machado?

—No —respondió el ex diputado con expresión dolida—. No he podido obtener nada mejor. Por ahí venden unas litografías que no me parecen muy buenas. No, no: es el marqués.

—¿De Barbacena?

—No, de Paraná: el gran marqués, mi amigo particular. Un hombre que intentó reconciliar los partidos; fue por eso que me acerqué a él. Pero murió pronto y no pudo continuar con su obra. Si hoy estuviese vivo me tendría en su contra. ¡No, señor! ¡Nada de conciliaciones! Guerra a muerte. Tenemos que destruirlos. Lea usted el *Atalaya*, mi buen compañero de lucha; la recibirá en su casa...

—No.

—¿Por qué no?

Rubião bajó los ojos ante la inquisitiva nariz de Camacho.

—No, señor. En esto soy inflexible: quiero ayudar a mis amigos. Recibir el periódico gratis...

—Pero si ya le he dicho que estamos muy bien de suscripciones —replicó Camacho.

—Sí, ¿pero no ha dicho también que faltan dos capitalistas?

—En efecto, dos. Ya tenemos ocho.

—¿Y a cuánto asciende el capital?

—El total es de cincuenta contos; cinco por persona.

—Bien, entro con cinco.

Camacho se lo agradeció en nombre de las ideas. En realidad pensaba invitarlo a que se les uniera; era un derecho adquirido a fuerza de convicción, de lealtad, de amor a los negocios públicos. Ahora que Rubiã se había alistado espontáneamente, no le quedaba sino pedirle excusas. Le enseñó la lista de los aportistas; él mismo, Camacho, era el primero; entraba con el periódico, el material existente, las suscripciones y el trabajo hercúleo... A punto de corregirse, repitió valerosamente: trabajo hercúleo. Así podía calificarse su actividad sin empañarla ni mentir; ya de niño había aplastado serpientes. Ahora se le había convertido en vicio; le gustaba la lucha y en ella moriría, envuelto en la bandera...

LXII

Rubião se despidió. En el corredor se cruzó con una dama alta, vestida de negro, rumorosa de seda y cristalillos. Iba a bajar la escalera cuando oyó la voz de Camacho, más fuerte que hasta entonces.

—¡Ah, señora baronesa!

Se detuvo en el primer escalón. La argentina voz de la dama acometió las primeras palabras; tratábase de una demanda. ¡Baronesa! Y nuestro Rubião bajaba lentamente, con sigilo, para que nadie pensara que se había demorado oyendo. El aire le metía en la nariz un perfume fino y extraño, entontecedor, el perfume que había dejado ella. ¡Baronesa! Llegó a la puerta de la calle; enfrente había un *coupé* esperando; el lacayo, de pie en la acera; el cochero en el pescante, mirando; ambos de uniforme... ¿Qué novedad podía encerrar todo eso? Ninguna. Una señora con título, rica y fragante, que acaso iniciaba una demanda para matar el tedio. Pero el caso es que sin saber por qué, y pese a su propio lujo, él, Rubião, se sentía el mismo antiguo profesor de Barbacena...

LXIII

En la calle encontró a Sofía con una señora entrada en años y otra joven. Apenas tuvo ojos para fijarse en las facciones de éstas; todo él se dejó absorber por Sofía. Se hablaron tímidamente, no más de dos minutos, y siguieron sus respectivos caminos. Más adelante Rubião se detuvo y volvió la cabeza; pero las tres mujeres seguían caminando sin girarse. Después de cenar se dijo:

—¿Y si fuera hoy?

Reflexionó mucho sin concluir nada. Tan pronto decidía que sí como que no. Le había visto un aire raro; pero también le recordaba una sonrisa —breve, pero sonrisa al fin. Lo dejó en manos del azar. Si el primer coche en aparecer venía por la derecha, iría; si venía por la izquierda, no. Y así se dejó estar en la sala, sentado en el *pouf* central, mirando por la ventana. Al poco rato apareció un tálburi por la izquierda. Decidido: no iría a Santa Teresa. Pero aquí la conciencia se rebeló; debían respetarse los términos exactos del acuerdo: un coche. Un tálburi no era un coche. Tenía que ser lo que vulgarmente se llamaba coche, una calesa entera o media, incluso una victoria. Momentos después fueron llegando por la derecha varias calesas que volvían de un entierro. Fue.

LXIV

Sofía le dio la mano gentilmente, sin sombra de rencor. Con ella, en trajes caseros, estaban las dos señoras que Rubião había visto en el paseo. La joven era una prima, la vieja una tía —aquella tía del campo, autora de la carta que Sofía recibiera en el jardín de manos del cartero que poco después se había caído. La tía llamábase doña María Augusta; tenía una pequeña hacienda, algunos esclavos y deudas que junto con la nostalgia le había dejado el marido. Su hija se llamaba María Benedita, nombre que, decía ella, la avergonzaba por ser de vieja; pero la madre le contestaba que también las viejas habían sido alguna vez mozas, y hasta niñas, y que los nombres adecuados a las personas eran ocurrencias de poetas y contadores de historias. María Benedita era el nombre de su abuela, ahijada del virrey Luís de Vasconcelos. ¿Qué más quería?

De todo esto informaron a Rubião sin que la joven se avergonzase. Bien por aligerar el trance, bien por otro motivo, Sofía observó que la belleza de un nombre dependía de la persona. María Benedita era lindísimo.

—¿No le parece a usted? —concluyó volviéndose hacia Rubião.

—¡Déjate de guasas, prima! —dijo María Benedita riendo.

Podemos pensar que ni la anciana ni Rubião habían prestado atención; la anciana, porque empezaba a chochar; Rubião, porque acababa de alzar un cachorrillo que le habían regalado a Sofía, pequeño, delgado, leve, bullicioso, de ojos negros, con un lazo en el cuello. Ante la insistencia de la dueña de casa, sin embargo, respondió que sí sin saber de qué se trataba. María Benedita dejó

escapar una risita. En verdad, no era una belleza; no se le habrían podido pedir esos ojos que fascinan, ni una de esas bocas que, aun calladas, reservan siempre un secreto; era natural, sin timideces de campesina; y poseía un especial donaire que corregía las incoherencias del atuendo.

Había nacido en el campo y le gustaba vivir allí. No era lejos: Iguazú. De cuando en cuando iba a la ciudad a pasar unos días; pero al cabo de los dos primeros ya estaba ansiosa por volver a casa. Su educación había sido sumaria: leer, escribir, doctrina y labores de aguja. En los últimos tiempos (tenía diecinueve años), Sofía la había persuadido de aprender piano; María Benedita había ido a la casa de la primera y allí había estado dieciocho días. No había podido soportar más; echaba de menos a su madre y había regresado al campo, dejando consternado al profesor que, desde los primeros días, había vislumbrado en ella un gran talento musical.

—¡Ah, sin duda un enorme talento!

Cuando la prima le contó aquello, María Benedita se echó a reír y nunca más pudo tomarse al hombre en serio. A veces, en medio de una lección, no lograba contener la risa; Sofía arrugaba el ceño a modo de reproche, y el pobre hombre se preguntaba qué pasaría, y se explicaba a sí mismo que debían de ser recuerdos de muchacha, y continuaba la lección. Ni piano, pues, ni francés —otra laguna que Sofía mal podía disculpar. Doña María Augusta no comprendía la consternación de su sobrina. ¿Para qué francés? La sobrina le contestaba que era indispensable para conversar, para ir a las tiendas, para leer novelas...

—Nunca me ha hecho falta el francés para ser feliz; y lo mismo ocurre con los mulatos del campo: no viven peor que los criollos.

Un día declaró:

—Y no por eso le han de faltar novios. Puede casarse, ya le he

dicho que puede casarse cuando quiera, que también yo me casé en mi día; y hasta dejarme sola en el campo, a que muera como un animal viejo...

—¡Mamá!

—No me preocupa; es cosa de que aparezca un novio. En cuanto aparezca, que se vaya con él y a mí me deje en casa. ¿No ves lo que hizo conmigo María José? Allá vive ahora, por Ceará.

—Pero si el marido es juez de derecho —ponderaba Sofía.

—¡Como si fuera zapatero! Para mí es lo mismo. Esta gallina vieja se queda donde está. Cásate, María Benedita, cástate pronto; yo moriré con Dios. No tendré hijos pero tendré a Nuestra Señora, que es la madre de todos. ¡Anda, cástate!

Toda esa amargura era el disfraz del cálculo; excitando en la hija el terror y la piedad, tenía pensado alejar a la hija del matrimonio, o al menos retrasar el momento. No creo que revelara ese pecado a su confesor, ni siquiera que tuviese conciencia de él: era producto de un egoísmo mustio y melindroso. Doña María Augusta había sido muy querida; su madre había tenido locura por ella, y el marido la había amado con pareja intensidad hasta la última hora. Muertos ambos, había depositado todas las nostalgias filiales y matrimoniales en las dos hijas. Una, casándose, se le había escapado. Amenazada de soledad si la otra también se casaba, doña Augusta hacía lo posible por evitar el desastre.

LXV

La visita de Rubião fue corta. A las nueve se levantó discretamente, esperando una palabra de Sofía, el pedido de quedarse un poco más, de esperar a Cristiano que no tardaría, aunque sólo fuera una expresión de asombro: *¿Ya?* Pero ni eso. Sofía le tendió la mano, que él vacilaba en tocar. Y sin embargo se había mostrado tan natural, tan afable... Claro que tampoco le había dedicado esas miradas largas y locuaces de antes. Era como si no hubiera habido nada, ni bueno ni malo, ni morangos, ni luna. Rubião titubeaba, no encontraba palabras; ella tenía a su disposición cuantas deseaba, y si era menester mirarlo, lo hacía directa, tranquilamente...

—Recuerdos a nuestro Palha —murmuró él, sombrero y bastón en mano.

—¡Gracias! Ha ido a hacer una visita. Pero creo que oigo pasos. Debe de ser él.

No era él. Era Carlos María. Rubião se asombró de verlo allí, pero en seguida pensó que la presencia de la hacendada y su hija lo explicaba todo; hasta podía ser que fuesen parientes.

—Cuando usted llegó estaba por marcharme —le dijo Rubião viéndolo sentado junto a doña María Augusta.

—¡Ah! —respondió el otro mirando el retrato de Sofía.

Sofía acompañó a Rubião hasta la puerta; le dijo que su marido lamentaría no haber estado en casa, pero que la visita era imperiosa. Negocios... Seguro que iría a disculparse.

—¿Disculpase por qué? —respondió Rubião.

Pareció que quería decir aún algo más; pero el apretón de manos de Sofía y la reverencia que le hizo fueron señales de despedida. Rubião se inclinó y, mientras atravesaba el jardín, oyó la voz de Carlos María en la sala:

—Pienso denunciar a su marido, señora mía; es un hombre de muy mal gusto.

Rubião se detuvo.

—¿Por qué? —dijo Sofía.

—¿Cómo puede tener ese retrato suyo en la sala? —continuó Carlos María—. Usted es mucho más bella, infinitamente más bella que en esa pintura. Comparen ustedes, señoras mías.

LXVI

«¡Con qué desfachatez dice las cosas!», pensó Rubiãõ en su casa, al recordar las palabras de Carlos María. «¡Criticar el retrato nada más que para elogiar a la persona! Y eso que es un retrato muy parecido.»

LXVII

A la mañana siguiente, en la cama, tuvo un sobresalto. El primer periódico que abrió fue el *Atalaya*. Leyó el artículo editorial, una carta y algunas noticias. De repente dio con su nombre.

—¿Y esto qué es?

Era su propio nombre impreso, rutilante, multiplicado: nada menos que una noticia sobre lo ocurrido en la Rua da Ajuda. Luego del sobresalto, la irritación. ¿Qué demonio de idea era ésa de difundir un hecho particular, contado en confianza? Se negó a leer; no bien comprendió lo que era, tiró el periódico al suelo y tomó otro. Lamentablemente había perdido la serenidad; se saltaba algunas líneas, no entendía otras o se topaba con el final de una columna sin saber cómo había llegado hasta allí.

Después de levantarse fue hasta la poltrona, se sentó y recogió el *Atalaya*. Buscó la noticia: era más de una columna. ¡Columna y pico para algo tan minúsculo!, se dijo. Y, sólo para ver cómo había llenado Camacho el papel, lo leyó todo, un poco deprisa, avergonzado de los adjetivos y de la dramática descripción del hecho.

—¡Bien merecido me lo tengo! —dijo en voz alta—. ¿Quién me manda ser bocón?

Fue al baño, vistióse y peinóse, sin olvidar el chisme del periódico, irritado por la publicación de un asunto que le parecía insignificante, y más todavía por los elogios que le dedicaba el autor, como si hablase de buenas o malas políticas. Durante el desayuno volvió a abrir el periódico para leer otras cosas, nombramientos gubernamentales, un asesinato en Garanhuns,

meteorología, hasta que la mirada distraída fue a caer en la noticia y entonces sí, la leyó con calma. Y aquí Rubião hubo de confesar que podía creerse en la sinceridad del autor. El lenguaje entusiasta podía explicarse por la impresión que el hecho le había causado, una impresión que le impedía ser más sobrio. Y sin duda no era para menos. Rubião recordó su entrada en el despacho del doctor, la manera en que había hablado; y de allí fue más atrás, hasta la misma acción. Recostado en el gabinete, evocó la escena: el niño, el coche, los caballos, el grito, el salto que había dado él llevado por un impulso irresistible. Ahora le resultaba imposible explicárselo; era como si le hubiese pasado una sombra por los ojos... Ciego y sordo, se había lanzado hacia la criatura y los caballos sin pensar en el propio riesgo... Y hubiera podido quedarse allí, bajo las patas de los animales, aplastado por las ruedas, muerto o herido; aunque sólo fuera herido... ¿Hubiera podido o no? Imposible negar que la situación había sido grave... La prueba era que los padres y los vecinos...

Rubião interrumpió estas reflexiones para leer la noticia una vez más. Que estaba bien escrita, no se podía negar. Había párrafos que releyó con mucha satisfacción. Ese diablo de hombre parecía haber estado allí. ¡Qué narración! ¡Qué viveza de estilo! Algunos aspectos estaban exagerados —confusiones de la memoria—, pero la exageración no quedaba mal. ¿Y ese orgullo que se le notaba al repetir el nombre de él? «Nuestro amigo, nuestro distinguidísimo amigo, nuestro valiente amigo...».

Durante la comida se rió de sí mismo; le pareció que se había mortificado en demasía. Al fin y al cabo ¿qué tenía de malo que Camacho diese a sus lectores una noticia verdadera, interesante, dramática y seguramente nada vulgar? Al salir recibió algunas felicitaciones; Freitas lo llamó San Vicente de Paula. Y nuestro amigo sonreía, agradecía, disminuía, si no era nada...

—¿Cómo que nada? —replicó alguien—. Que me den a mí

muchas de estas nadas. Salvar una criatura arriesgando la vida...

Rubião iba concordando, oyendo, sonriendo; les contaba la escena a los curiosos que querían conocerla por boca del autor. Ciertos oyentes respondían con proezas suyas —uno que había salvado un hombre, otro una niña, prestos a ahogarse en la cueva del Paseo, adonde habían ido a bañarse. Se mentó también algún suicidio malogrado por la intervención del oyente, que había arrebatado la pistola al infeliz y exigido que jurara... Cada pequeña gloria oculta picaba el huevo y asomaba la cabeza, con los ojos abiertos, sin esfuerzo, en torno a la gloria máxima de Rubião. Hubo también envidiosos, incluso algunos que no lo conocían, sólo a causa de que otros lo elogiaban en voz alta. Rubião fue a agradecerle la noticia a Camacho, no sin alguna censura por el exceso de confianza, pero una censura blanda, murmurada. De allí fue a comprar unos cuantos ejemplares de la hoja para sus amigos de Barbacena. Ningún otro periódico publicaba la noticia; a consejo de Freitas, Rubião la hizo reimprimir, resumida, en las *solicitadas* del *Jornal do Comércio*.

LXVIII

Finalmente María Benedita consintió en aprender francés y piano. Durante cuatro días su prima porfió con ella, a todas horas, de tal arte y manera que doña María Augusta resolvió apresurar el regreso al campo para evitar que su hija acabase aceptando. La joven se resistió duramente; respondía que eran cosas superfluas, que una muchacha del campo no necesitaba prendas de ciudad. Una noche, sin embargo, Carlos María, que estaba de visita, le pidió que tocara algo; María Benedita enrojó. Sofía intervino con una mentira:

—No le pida usted eso. Desde que llegó no ha tocado nada. Dice que ahora sólo lo hace para los campesinos.

—Pues haga de cuenta que somos campesinos —insistió el joven.

Pero en seguida pasó a otro tema, el baile de la baronesa de Piauí (la misma que nuestro amigo Rubião había encontrado en el estudio de Camacho), un baile espléndido, ¡ah!, ¡espléndido! Dijo que la baronesa lo apreciaba muchísimo. Al día siguiente María Benedita le declaró a su prima que estaba dispuesta a aprender piano y francés, y hasta ruso si era preciso. Lo difícil sería convencer a la madre. Ésta, cuando supo la resolución de la hija, se llevó las manos a la cabeza. ¿Francés? ¿Piano? Chilló que no, o que dejaba de ser su hija; sí, podía quedarse, tocar, cantar, hablar cabinda o la lengua del diablo, y que éste se los llevase a todos. Quien finalmente logró persuadirla fue Palha: por más superfluas que le parecieran esas cosas, le dijo, eran los adornos imprescindibles de una educación de salón.

—Pero yo crié a mi hija en el campo y para el campo —lo

interrumpió la tía.

—¿Para el campo? ¿Y quién sabe para qué cría a sus hijos? Mi padre quiso destinarme a cura; por eso arañó algún latín. Usted no ha de vivir siempre; sus negocios están estancados. Podría ocurrir que María Benedita quedara desamparada... Bien, desamparada no; mientras estemos vivos, todos nosotros seremos uno solo. ¿Pero no es mejor prevenir? Podría ser incluso que, si faltásemos todos, ella sobreviviese dando clases de francés y de piano. Sólo por saberlos estará en mejores condiciones. Es guapa, como lo fue usted en su tiempo; y posee raras cualidades morales. Puede encontrar un marido rico. ¿Qué sabe usted si no tengo ya uno en vista, una persona seria?

—¿De veras? ¿Así pues va a aprender francés, piano y coqueteo?

—¿Cómo que coqueteo? Estoy hablando de un pensamiento íntimo, en un plano que considero adecuado a la felicidad de ella y de su madre... Además yo había... ¡Caray, tía Augusta!

Tan mortificado se mostró Palha, que la tía abandonó el tono áspero por el tono seco. Aún resistió un poco más; pero la noche le dio buenos consejos. El estado de sus negocios y la posibilidad de un yerno acomodado hicieron más que otras razones. Los mejores candidatos del campo se acercaban a otras haciendas, a familias de representación y riqueza seguras. Dos días después llegaron a un *modus vivendi*. María Benedita permanecería con su prima; de cuando en cuando irían al campo o la tía las visitaría en la capital. Palha llegó a decir que, no bien el estado de la plaza lo permitiese, dispondría los medios de liquidarle los negocios y establecerla en Río. Pero a esto la buena señora respondió meneando la cabeza.

No se piense que fue todo tan fácil como escribirlo. En la práctica hubieron impedimentos, enfados, nostalgias, rebeliones de María Benedita. Dieciocho días después del regreso de su madre a la

hacienda, quiso ir a visitarla y la prima la acompañó; estuvieron una semana. La madre, dos meses después, vino a pasar unos días aquí. Sofía acostumbraba hábilmente a la joven a las distracciones de la ciudad; teatros, visitas, paseos, reuniones en casa, vestidos nuevos, sombreros elegantes, joyas. María Benedita era mujer, aunque mujer no corriente; esas cosas le gustaban, pero tenía para sí que, no bien lo quisiese, podría cortar todos los vínculos y volverse al campo. A veces el campo se apoderaba de ella, en sueños o en simples devaneos. Tras los primeros saraos, cuando volvía a casa, no eran las sensaciones de la noche las que le henchían el alma, era la nostalgia de Iguazú. Esa nostalgia era más fuerte a ciertas horas del día en que la quietud de la casa y la calle era total. Entonces volaba hasta la galería de la casa vieja, donde bebía café al lado de su madre; pensaba en los esclavos, en los muebles antiguos, en las bonitas chinelas que le había mandado su padrino, un hacendado rico de São João del Rei. Esas chinelas se habían quedado en su casa; Sofía no le había permitido llevárselas.

Los profesores de francés y de piano eran hombres conoedores de sus oficios. Sofía encontró la forma de advertirles en privado que su prima se avergonzaba de aprender tan tarde, y les pidió que no hablasen nunca de esa alumna. Ellos lo prometieron; el de piano se limitó a referir el pedido a algunos colegas, que lo encontraron gracioso y contaron otras anécdotas de la clientela. Lo cierto es que María Benedita aprendía con singular facilidad y estudiaba con ahínco, casi a todas horas, a tal punto que la propia prima juzgaba adecuado interrumpirla.

—¡Descansa, hija de Dios!

—Déjame recobrar el tiempo que perdí —contestaba ella riéndose.

Entonces Sofía inventaba paseos sin rumbo para hacerla descansar. Ora iban a un barrio, ora a otro. En ciertas calles María Benedita no perdía el tiempo: leía los carteles en francés y

preguntaba por los sustantivos nuevos, que a veces la prima desconocía, tan estrictamente se limitaba su vocabulario a cuestiones de vestido, salón y galanteo.

Pero no era sólo en esas disciplinas que María Benedita progresaba llamativamente. Se adaptaba al medio con más rapidez que la que hubieran permitido creer sus gustos naturales y la vida en el campo. Empezaba ya a competir con la otra, aunque en ésta había una audacia, un no sé qué de particular que daba color a todas sus líneas y su figura. No obstante esa diferencia, es cierto que la prima era vista y considerada a la altura de ella, de modo que Sofía, que había empezado elogiándola en todas partes, no la desmerecía ahora, pero oía en silencio los elogios de otros. Hablaba bien; pero, cuando callaba, era por mucho tiempo; decía que eran sus «retiros». Contradanzaba sin vida, que es la perfección de ese género de recreo; le gustaba mucho ver polcas y valeses. Sofía, imaginando que la muchacha no bailaba valeses ni polcas por miedo, se ofreció a darle algunas lecciones en casa, solas las dos, con su marido al piano; pero María Benedita siempre se negaba.

—Pues es un capricho de aldeana —le dijo una vez Sofía.

María Benedita sonrió de un modo tan particular que la otra no insistió. No fue una risa de vergüenza, ni de despecho, ni de desdén. ¿Por qué iba a sentir desdén? Con todo, es cierto que esa risa parecía venir desde arriba. No menos cierto es que Sofía polcaba y valseaba con ardor, y que nadie se colgaba mejor del hombro del compañero; Carlos María, que no era dado a los bailes, sólo valseaba con ella —dos o tres giros nada más, solía decir; pero una noche María Benedita contó quince minutos.

LXIX

Los quince minutos fueron contados en el reloj de Rubião, que estaba junto a María Benedita, y a quien ella le preguntó dos veces qué hora era, al comienzo y al final de la pieza. La propia muchacha se inclinó para ver bien las agujas.

—¿Tiene usted sueño? —preguntó Rubião.

María Benedita lo miró de soslayo. Encontró un rostro plácido, sin intención ni sonrisa.

—No —respondió ella—. Al contrario, temo que a Sofía se le ocurra volver a casa temprano.

—No querrá volver temprano. Ya no tiene la excusa de Santa Teresa y la subida. La casa está muy cerca.

Pues ahora vivían las dos en la playa de Flamengo, y el baile era en la Rua dos Arcos.

Hay que decir que habían transcurrido ocho meses desde el comienzo del capítulo anterior, y habían cambiado muchas cosas. Ahora Rubião era socio del marido de Sofía, en una casa de importación de la Rua da Alfândega, bajo la firma Palha & Cía. Era el negocio que Cristiano había ido a proponerle la noche en que hallara al doctor Camacho en la casa de Botafogo. Aunque parecía cosa fácil, durante un tiempo Rubião había dudado. Le pedían unos buenos contos, no entendía de comercio y no sentía la inclinación. Además, sus gastos particulares ya eran grandes; el capital necesitaba un régimen de buenas ganancias y algunos ahorros para recuperar los colores y la salud primitiva. El régimen que le proponían no era claro; Rubião no acertaba a comprender las cifras

de Palha, los cálculos de beneficios, las tablas de precios, los derechos de aduana, nada; pero el lenguaje hablado suplía con creces al escrito. Palha decía cosas extraordinarias, aconsejaba a su amigo que aprovecharse la ocasión para poner el dinero en marcha y multiplicarlo. Distinto era todo si tenía miedo; él, Palha, haría el negocio con John Roberts, socio que fuera de la casa Wilkinson, fundada en 1844, cuyo jefe había vuelto a Inglaterra y ahora era miembro del parlamento.

Rubião, no queriendo ceder en seguida, pidió un plazo de cinco días. Sólo consigo mismo era más libre; pero esta vez la libertad sólo sirvió para aturdirlo. Computó el dinero gastado, y revisó las mellas en el caudal que le dejara el filósofo. Un día Quincas Borba, que estaba con él en el gabinete, levantó la cabeza por casualidad y lo miró. Rubião se estremeció; la sospecha de que en aquel Quincas Borba podía estar el alma del otro nunca se le había ido por completo de la mente. Esa vez creyó verle incluso un aire de censura en la mirada; se rió: era una tontería; un perro no podía ser un hombre. Insensiblemente, sin embargo, bajó la mano y acarició las orejas del animal para ganárselo.

Tras los motivos de rechazo aparecieron los opuestos. ¿Y si el negocio rendía? ¿Si realmente le multiplicaba el capital? Reconocía que la posición era respetable y podía reportarle ventajas en el momento de la elección, cuando tuviese que proponerse para el parlamento, como el viejo jefe de la casa Wilkinson. Una razón aún más fuerte era el miedo de ofender a Palha, de aparentar que no quería confiarle dinero, cuando lo cierto era que, pocos días antes, el otro le había satisfecho parte de la antigua deuda y anunciado que en dos meses la saldaría toda.

Ninguna de estas razones era pretexto de otra; aparecían por sí mismas. Sofía sólo apareció al final, aunque no por ello había dejado de estar en él desde el principio, idea latente, inconsciente, una de las causas últimas del acto, la única disimulada. Sofía (¡mujer

astuta!) se había recogido en la inconciencia del hombre, respetuosa de su libertad moral, dejándolo resolver por sí mismo que se asociaría con el marido, bien que mediante ciertas cláusulas de reaseguro.

Así se había sellado la sociedad comercial; y así había legalizado Rubião la asiduidad de sus visitas.

—Señor Rubião —dijo María Benedita tras algunos segundos de silencio—, ¿no cree que mi prima es muy guapa?

—Sin desmerecerla a usted, sí, lo creo.

—Guapa y bien hecha.

Rubião aceptó el cumplido. Uno y otra acompañaron con los ojos a la pareja de valseadores, que se paseaba a lo largo del salón. Sofía estaba magnífica. Llevaba un vestido azul oscuro, muy escotado —por las razones dichas en el capítulo XXXV; los brazos desnudos, plenos, con tonos de oro claro, se ajustaban a los hombros y a los senos, tan habituados a las galas del salón. La diadema de perlas falsas, tan bien realizadas, hacía juego con las dos perlas naturales que adornaban las orejas, y que Rubião le regalara un día.

Carlos María no desentonaba a su lado. Era un joven gallardo, como sabemos, y tenía ahora la misma mirada plácida que en la comida con Rubião. No tenía las maneras sumisas ni las venias reverentes de otros rapaces; se expresaba con la gracia de un monarca benévolo. No obstante, si a primera vista parecía apenas hacerle un obsequio a su compañera, no era menos cierto que lo deslumbraba tener a su lado a la mujer más bella de la noche. Estos dos sentimientos no se contradecían; más bien se fundían en la adoración que el mozo tenía por sí mismo. El contacto de Sofía era para él como la posternación de una devota. Nada lo admiraba. De haberse despertado una mañana convertido en emperador, sólo lo habría sorprendido la tardanza de los criados en acudir a atenderlo.

—Voy a descansar un poco —dijo Sofía.

—¿Está usted cansada o... aburrida? —le preguntó el compañero.

—¡Oh, sólo cansada!

Arrepentido de haber brindado otra hipótesis, Carlos María se apresuró a eliminarla.

—Sí, le creo. ¿Por qué iba a estar aburrida? Pero estoy seguro de que puede sacrificarse y bailar todavía un rato más. ¿Cinco minutos?

—Cinco minutos.

—¿Ni siquiera uno más? Por mi parte, bailaré eternamente.

Sofía bajó la cabeza.

—Con usted, que quede claro.

Sofía se dejó llevar con los ojos en el suelo, sin contestar, sin aceptar, sin agradecer siquiera. Acaso no fuera más que una galantería, y a las galanterías es de uso agradecerlas. Ya otras veces le había oído palabras análogas, dándole la primacía entre las mujeres de este mundo. Durante seis meses —cuatro que Carlos María pasara en Petrópolis, dos en que no apareciera— había dejado de oírlas. Sólo últimamente él había vuelto a frecuentar la casa, a decirle esa clase de finezas, tanto en privado como a la vista de todos. Se dejó llevar; y caminaron ambos callados, callados, callados, hasta que él rompió el silencio, diciéndole que la noche anterior el mar había estado batiendo con mucha fuerza frente a la casa de ella.

—¿Pasó usted por allí?

—Sí, pasé. Iba por el Catete y, ya tarde, se me ocurrió bajar a la playa de Flamengo. Era una noche clara. Me estuve cerca de una hora entre el mar y su casa. ¿Tendré que apostar a que usted no soñaba conmigo? Y sin embargo yo casi podía oír su respiración.

Sofía intentó sonreír; él continuó.

—El mar batía con fuerza, es verdad, pero mi corazón no batía con menos violencia. Con la diferencia de que el mar es estúpido y bate sin saber por que, mientras que mi corazón sabe que batía por usted.

—¡Oh! —murmuró Sofía.

¿Con asombro? ¿Con indignación? ¿Con miedo? Demasiadas preguntas al mismo tiempo. Sospecho que ni la propia dama podía responder con exactitud, tanto la había perturbado la declaración del joven. En todo caso, no fue con incredulidad. Lo único que puedo decir es que la exclamación le salió tan floja, tan ahogada, que él apenas pudo oírla. Por su parte, Carlos María la disfrazó muy bien a los ojos de la sala; ni antes, ni durante ni después de las palabras su rostro mostró la menor alteración; hasta le asomaba la sombra de una risa cáustica, una risa muy suya, la de cuando se burlaba de alguien; parecía que hubiera dicho un epigrama. Con todo, más de un ojo de mujer acechaba el alma de Sofía, estudiaba sus gestos, tal o cual encogimiento, los párpados tercamente caídos.

—Está usted perturbada —dijo él—. Disimúlelo con el abanico.

Maquinalmente Sofía se puso a abanicarse y levantó los ojos. Vio que muchos otros la miraban y palideció. Los minutos iban corriendo con la misma rapidez que los años; ya habían pasado los primeros cinco, y también los segundos; desde el décimo tercero, donde estaban, divisábanse las alas de otro, y de otro más. Sofía dijo que quería sentarse.

—La acompaño y me retiro.

—No —dijo ella precipitadamente.

Y en seguida se corrigió:

—El baile está espléndido.

—Sí, pero yo quiero llevarme el mejor recuerdo de la noche. Cualquier otra palabra que oyese ahora sería como un croar de ranas después del gorjeo de un pájaro, de uno de los pájaros que hay en su casa. ¿Dónde quiere que la deje?

—Al lado de mi prima.

LXX

Rubião le cedió su silla a Sofía y acompañó a Carlos María, que atravesó la sala y fue hasta el gabinete de la entrada, donde estaban los abrigos y había unos diez hombres conversando. Antes de que el joven entrase en la habitación, Rubião lo tomó familiarmente del brazo, al parecer para preguntarle algo —cualquier cosa— pero en verdad para retenerlo consigo e intentar sondearlo. Una idea que lo atormentaba desde hacía muchos días empezaba a parecerle posible y real. Y ahora la dilatada conversación, los ojos de ella...

Carlos María no sabía nada de la larga pasión del mineiro, que éste mantenía guardada, mortificada, privándose de confesiones, esperando los beneficios del azar, contentándose con poco, con la simple vista de la amada, durmiendo mal por las noches, dando dinero para operaciones mercantiles... Pues no tenía celos del marido. La intimidad de la pareja nunca le había despertado odio contra el legítimo señor. Y habían transcurrido ya meses y meses sin que cambiara el sentimiento ni muriera la esperanza. Pero la posibilidad de un rival de fuera lo abrumó; y repentinamente celoso, nuestro amigo sintió que le hervía la sangre.

—¿Qué ocurre? —dijo Carlos María volviéndose.

Al mismo tiempo entró en el gabinete, donde los diez hombres hablaban de política, ya que este baile —me olvidaba de decirlo— se ofrecía en casa de Camacho para festejar el aniversario de su mujer. En el momento en que entraron los dos, la conversación era general, el tema seguía siendo el mismo y todos hablaban con todos: un torbellino de máximas, opiniones, afirmaciones diversas... Un doctrinario consiguió dominar a los demás, que por un instante

guardaron silencio, fumando.

—Pueden hacer lo que quieran —dijo el doctrinario—, pero el castigo moral es inflexible. Las deudas de los partidos se pagan con interés hasta el último real y hasta la última generación. Los principios no mueren nunca; y los partidos que olvidan esto expiran en el fango y la ignominia.

Otro, medio calvo, no creía en el castigo moral y explicaba por qué; pero un tercero aludió al despido de unos recaudadores, y los espíritus, algo atontados por tanta doctrina, aprovecharon la oportunidad. Los recaudadores no tenían más culpa que la de haber opinado; y la medida ni siquiera podía defenderse con los merecimientos de los sustitutos. Uno de estos cargaba con un desfalco; otro era cuñado de un tal Marqués, que en São José dos Campos le había disparado un pistoletazo al delegado... ¿Y los nuevos tenientes-coroneles? Verdaderos reos de justicia.

—¿Ya se va? —le preguntó Rubião al joven al verlo tomar su abrigo de entre los otros.

—Sí, tengo sueño. Ayúdeme a ponerme esta manga. Tengo mucho sueño.

—Pero si todavía es temprano; quédese. Nuestro amigo Camacho no quiere que las jóvenes se vayan. ¿Quién bailará con las mozas?

Sonriendo, Carlos María replicó que él era poco dado a las danzas.

Había bailado el vals con Sofía porque era una maestra en ese arte; de no haber sido por eso, ni lo habría intentado. Tenía mucho sueño; prefería la cama a la orquesta. Le tendió la mano con benevolencia; Rubião se la estrechó, un tanto dudoso.

No sabía qué pensar. El hecho de que se fuera, de que

abandonara la fiesta en vez de esperar como otras veces para acompañarla hasta el coche... Tal vez se estuviera engañando... Y cavilaba, recordaba la noche de Santa Teresa, cuando él había osado declararle a la joven lo que sentía, cuando le había aferrado la mano bella y delicada... El mayor los había interrumpido... ¿Por qué él no había insistido más tarde? Ni ella lo había maltratado, ni su marido había advertido nada... Y volvía a surgir entonces la idea del posible rival; cierto que se lo veía soñoliento, pero los gestos de ella... Rubião se acercó a la puerta del salón para ver a Sofía, luego a la mesa donde se jugaba al voltarete, inquieto, aburrido.

LXXI

En su casa, mientras se deshacía el peinado, Sofía habló de la fiesta como de algo fastidioso. Bostezaba, le dolían las piernas. Palha discrepaba: era mala disposición. Si le dolían las piernas era porque había bailado mucho. A lo que ella replicó que, de no haber bailado, se había muerto de tedio. Y se iba quitando las horquillas, poniéndolas en un vaso de cristal; poco a poco los cabellos empezaban a caerle sobre los hombros, mal cubiertos por la camisola de cambray. Palha, por detrás de ella, le dijo que Carlos María bailaba muy bien el vals. Sofía se estremeció; lo miró por el espejo y le vio el rostro sereno. Concedió que el joven no bailaba mal.

—No, señora: baila muy bien.

—Elogias a los demás porque sabes que nadie puede desbancarte. Anda, vanidoso, te conozco muy bien.

Extendiendo la mano, Palha le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo. ¿Por qué vanidoso? ¿Por qué era él vanidoso?

—Ay —gimió Sofía—. No me hagas daño.

Palha le besó el hombro; ella sonrió, sin hastío, sin jaqueca, al contrario que aquella noche de Santa Teresa en que le había contado las audacias de Rubião. Sería que los morros eran perniciosos, y las playas saludables.

Al día siguiente Sofía se despertó temprano, al canto de los pájaros de la casa, que parecían traerle un mensaje de alguien. Se dejó estar en la cama, y cerró los ojos para ver mejor.

¿Qué era lo que quería ver mejor? Sin duda no los morros perniciosos. La playa era otra cosa. Media hora después, asomada a la ventana, Sofía contemplaba las olas que iban a morir frente a la casa y, a lo lejos, las que se alzaban y deshacían al comienzo de la barra. La imaginativa dama se preguntaba si aquél era el vals de las aguas y, sin velas ni remos, se abandonaba mar adentro. Al fin se encontró mirando la calle, a orillas del mar, como si buscara las señales del hombre que la antevíspera, a medianoche, se había demorado allí... No puedo jurarlo, pero creo que encontró esas señales. Al menos es cierto que cotejó lo encontrado con el texto de la conversación:

«Era una noche clara; me estuve cerca de una hora entre el mar y su casa. ¿Tendré que apostar a que usted no soñaba? Yo, por mi parte, casi podía oír su respiración. El mar batía con fuerza, pero mi corazón no batía con menos violencia; con la diferencia de que el mar es estúpido, bate sin saber por qué; mientras que mi corazón sabe que bate por usted».

Sofía tuvo un escalofrío. Trató de olvidar el texto, pero el texto seguía repitiéndose: «Era una noche clara...».

LXXII

Entre dos frases sintió que alguien le ponía una mano en el hombro; era su marido, que acababa de desayunar y se disponía a ir a la ciudad. Se despidieron con afecto; Cristiano le encomendó a María Benedita, que se había despertado muy inquieta.

—¡Levantada ya!

—Cuando bajé ya estaba en el comedor. Se ha levantado con la manía de ir al campo; ha soñado algo... No sé qué...

—¡Retiros! —concluyó Sofía.

Y con dedos hábiles y leves arregló la corbata del marido, le tiró hacia delante el cuello de la chaqueta y una vez más se despidieron. Palha bajó y salió. Sofía se quedó en la ventana. Antes de doblar la esquina, él volvió la cabeza y, como de costumbre, se dijeron adiós con la mano.

LXXIII

«La noche era clara; me estuve cerca de una hora entre el mar y su casa. ¿Tendré que apostar a que usted...?»

Cuando al fin Sofía pudo apartarse de la ventana, el reloj de abajo marcaba las nueve. Enojada, arrepentida, juró por el alma de su madre que no volvería a pensar en semejante episodio. Se dijo que no valía la pena; el error había sido permitir que el joven llevase su osadía hasta el fin. Verdad era que, procediendo así, había evitado un terrible escándalo, porque él habría sido muy capaz de acompañarla hasta la silla y decirle el resto delante de otras personas. Y el resto volvía a sonar en su memoria, como un terco fragmento musical; las mismas palabras, la misma voz: «Era una noche clara; me estuve cerca de una hora...».

LXXIV

Mientras ella se estaba repitiendo la declaración de la víspera, Carlos María abría los ojos, estiraba los miembros y, antes de ir al cuarto de baño, vestirse e ir a dar un paseo a caballo, reconstruía la velada. Tenía esa costumbre. Siempre encontraba en los sucesos del día anterior algún hecho, alguna frase, algún detalle que le hacía bien. En eso se demoraba su espíritu; eran los descansos del camino, donde desmontaba para beber lentamente un trago de agua fresca. Si no había ninguno de esos detalles —o si sólo los había desagradables— no por ello sus sensaciones eran molestas; le bastaba el sabor de una palabra que él mismo hubiese dicho, de algún gesto suyo, la contemplación subjetiva, el gusto de haberse sentido vivir, para que el anterior no fuera un día perdido.

Entre los detalles de la víspera figuraba Sofía. Al parecer era incluso lo principal de la reconstrucción, la fachada del edificio, amplia y magnífica. Carlos María saboreó de memoria toda la conversación de la noche, pero, al recordar la confesión amorosa, se sintió bien y mal al mismo tiempo. Era un compromiso, un estorbo, una obligación; y, como el beneficio reparase el tedio, el joven permaneció en medio de ambas sensaciones, sin decidirse por ninguna. Cuando se acordó de haberle contado que la otra noche había estado en la playa de Flamenco, no pudo contener la risa, porque no era verdad. La idea le había nacido de la misma conversación; pero ni había ido ni se le había ocurrido hacerlo. Por fin paró de reír, y hasta empezó a arrepentirse; el hecho de haber mentido le produjo un sentimiento de inferioridad que lo abatió. Llegó a considerar la posibilidad de rectificarse no bien viera a Sofía, pero reconoció que la enmienda era peor que el soneto, y que había bellos sonetos mentirosos.

Se apresuró a enderezar el alma. Vio de memoria la sala, los hombres, las mujeres, los abanicos impacientes, los bigotes despechados, y todo se impregnó de envidia y admiración. De envidia ajena, quede bien claro; él carecía de ese sentimiento ruin. Eran la envidia y la admiración ajenas las que ahora le proporcionaban un goce íntimo. La princesa del baile se le entregaba. Así definía la superioridad de Sofía, pues conocía su defecto capital: la educación. Opinaba que las pulidas maneras de la joven eran consecuencia de una imitación adulta, iniciada después del casamiento, o poco antes, y que por tal razón no se alzaban demasiado por encima de su medio.

LXXV

Otras mujeres le acudieron a la mente —aquéllas que lo preferían a los demás hombres en el trato y en la contemplación de la persona—. ¿Podría cortejarlas a todas? No sabía. Bien, sólo a algunas; lo cierto, empero, era que con todas se deleitaba. Las había de probada honradez que se complacían en tenerlo cerca para disfrutar del contacto de un hombre apuesto, sin la realidad ni el peligro de la culpa —como el espectador que se solaza en las pasiones de Otelo, y sale del teatro sin haberse manchado las manos con la muerte de Desdémona.

Fueron todas a rodear el lecho de Carlos María, tejiéndole la misma guirnalda. No todas eran muchachas en flor; pero la distinción suplía la juventud. Carlos María las recibía, como un dios antiguo debía de haber recibido, inmóvil en el mármol, a las bellas devotas y sus ofrendas. En el bullicio general distinguía las voces, no todas a un tiempo pero sí tres o cuatro.

La última de esas voces fue la de la reciente Sofía; la escuchó, enamorado aún, pero sin el alborozo del comienzo, porque el recuerdo de las otras mujeres, personas de calidad, disminuía ahora la importancia de ésta. De todos modos no podía negar que era muy atractiva y que bailaba el vals a la perfección. ¿Sería capaz de amar con fuerza? En eso se le apareció de nuevo la mentira de la playa. Irritado, se levantó de la cama.

—¿Quién me mandó decir semejante cosa?

Sintió una vez más el deseo de restablecer la verdad; y ahora más álgido que antes. Mentir, pensó, era cosa de los lacayos y sus congéneres.

Media hora más tarde montaba su caballo y salía de la casa, que estaba en la Rua dos Inválidos. Internándose en Catete, se acordó de que la casa de Sofía estaba en la playa de Flamengo; nada más natural que torcer las riendas, doblar por una de las calles perpendiculares al mar y pasar frente a la puerta de la valsista. Puede que estuviese en la ventana; ya la veía ruborizarse, cumplimentarlo. Todo esto cruzó por la cabeza del joven en unos segundos; incluso le dio un tirón a la rienda, pero el alma —no el caballo—, el alma se negó; era ir muy deprisa detrás de la mujer. Tiró de nuevo de la rienda y siguió paseando.

LXXVI

Montaba bien. La gente que pasaba o estaba en los portales no se hartaba de mirar la postura del mozo, la elegancia, la regia tranquilidad con que se dejaba llevar. Carlos María —y era éste el punto en que cedía a la multitud— iba recogiendo todas las admiraciones, por ínfimas que fueran. Para adorarlo, todos los hombres se hacían parte de la humanidad.

LXXVII

—¡Levantada ya! —repitió Sofía al ver a su prima leyendo los periódicos.

María Benedita dio un respingo, pero en seguida se tranquilizó; había dormido mal, y se había despertado temprano. Dijo que ella no era de estar de juerga hasta tan tarde; pero la otra le contestó que debía acostumbrarse, que la vida en Río de Janeiro no era igual que en el campo, acostarse con las gallinas y levantarse con los gallos. Luego le preguntó qué impresión le había causado el baile. María Benedita se encogió de hombros con indiferencia, pero verbalmente respondió que buena. Las palabras le surgían escasas y flojas. Sofía, sin embargo, elogió que hubiera bailado tanto, salvo polcas y valeses. ¿Por qué no podía también valsear? La prima la miró de mala manera.

—No me gusta.

—¡Cómo no te va a gustar! Es miedo.

—¿Miedo?

—Falta de costumbre —explicó Sofía.

—No me gusta que un hombre apriete mi cuerpo contra el suyo delante de los demás. Me da vergüenza.

Sofía se puso seria; sin defenderse ni continuar, habló del campo, le preguntó si era cierto lo que había dicho Cristiano, que quería irse a su casa. Entonces María Benedita, que había seguido hojeando los periódicos, respondió vivamente que sí; no podía vivir sin su madre.

—¿Pero por qué? ¿No estabas tan contenta con nosotros?

María Benedita no dijo nada; paseó la mirada por una hoja, como quien busca una noticia, mordiéndose los labios, inquieta y temblorosa. Sofía insistió en saber la causa del cambio repentino; la tomó de las manos y las encontró frías.

—Lo que tú necesitas es casarte —dijo al fin—. Y yo ya sé de un novio.

Era Rubião; ése era el proyecto de Palha, casar a su socio con la prima; así quedará todo en familia, le decía a su mujer. Esta había tomado para sí la conducción del asunto. Ahora repetía la nueva a su prima: le tenía pronto un novio.

—¿Quién es? —preguntó María Benedita.

—Una persona.

¿Querrás creerlo, lector futuro? Sofía no podía soltar el nombre de Rubião. A su marido le había dicho que ya lo había propuesto, y era mentira. Ahora, cuando iba a proponerlo de veras, no lograba que el nombre le saliera de la boca. ¿Celos? Parecerá singular que Sofía, que no sentía amor por aquel hombre, se resistiese a darlo como novio a su prima; pero la naturaleza, amigo y señor mío, es capaz de cualquier cosa. Si inventó los celos de Otelo y del caballero Desgrieux, bien podía inventar los de una persona que, sin querer poseer, tampoco quería ceder.

—¿Pero quién? —insistió María Benedita.

—Luego te lo diré. Déjame primero arreglar unos detalles —respondió Sofía, y cambio de tema.

María Benedita cambió de expresión; la boca se le ensanchó de risa, una risa de alegría y esperanza. Los ojos agradecían la promesa y decían palabras imposibles de oír o entender, palabras oscuras:

—Le gusta bailar el vals; seguro que es eso.

¿A quién le gustaba bailar el vals? A su prima, por lo pronto. La noche anterior había bailado tanto, siempre con Carlos María, que no era improbable que la danza hubiese sido un pretexto. Ahora María Benedita concluía que el único e innegable motivo había sido ella. En los intervalos habían conversado mucho, cierto, pero, naturalmente, sobre ella, siendo que la prima se había tomado a pecho casarla y sólo le pedía que la dejase arreglar las cosas. Quizá él la encontrara fea, o sin gracia. Pero si su prima se había propuesto arreglar las cosas... Todo eso decían los ojos alegres de la muchacha.

LXXVIII

Rubião no perdió tan fácilmente la sospecha. Pensó en hablar con Carlos María, interrogarlo, y al día siguiente llegó a ir tres veces a la Rua dos Inválidos; pero al no encontrarlo cambió de parecer. Se encerró por unos días; quien lo arrancó de la soledad fue el mayor Siqueira. Iba a comunicarle que se había mudado a la Rua Dos de Dezembro. Le gustó mucho la casa de nuestro amigo, los muebles, el lujo, todos los detalles, las cortinas, oros y cenefas. Discurrió largamente sobre el tema, recordando ciertos muebles antiguos. De pronto se interrumpió para decir que lo veía aburrido; era natural, le faltaba un complemento.

—Es usted feliz, pero le falta algo; le falta una mujer. Necesita casarse. Cátese y verá que tengo razón.

Rubião se acordó de Santa Teresa —de esa famosa conversación nocturna con Sofía— y sintió un escalofrío en la espalda; pero la voz del mayor no contenía sarcasmo alguno. Tampoco la animaba el interés. Su hija seguía estando como la dejamos en el capítulo XLIII, con la diferencia de que los cuarenta años habían llegado. Cuarentona, solterona. El día del cumpleaños los había lamentado sola, por la mañana temprano; no se había puesto rosa ni cinta en el pelo. Nada de fiestas; sólo un discurso del padre, a la hora de la comida, recordándole la vida de niña, anécdotas de la madre y la abuela, un baile de máscaras, un bautismo de 1848, la solitaria del coronel Clodomiro, cosas mezcladas para entretener las horas. Doña Tónica apenas podía oírlo; metida en sí misma, roía el pan de la soledad moral mientras se arrepentía de sus últimos esfuerzos por conseguir marido. Cuarenta años: era hora de parar.

De nada de eso se acordaba ahora el mayor. Era sincero; le pareció que la casa de Rubião no tenía alma. Y al despedirse repitió:

—Cásese y verá que tengo razón.

LXXIX

—¿Y por qué no? —preguntó una voz después de que el mayor saliera.

Despavorido, Rubião miró alrededor; no vio a nadie más que el perro, que lo estaba mirando. Tan absurdo era pensar que el propio Quincas Borba —o bien el otro Quincas Borba, cuyo espíritu podía estar en el cuerpo de éste— había hecho la pregunta, que, con el mismo gesto que en el capítulo XLIX, Rubião estiró la mano y acarició amorosamente las orejas y la nuca del perro —forma de satisfacer al posible espíritu del difunto.

Así, sin público, se desdoblaba nuestro amigo frente a sí mismo.

LXXX

Pero la voz repitió:

—¿Y por qué no?

Sí, por qué no podía casarse, razonó entonces Rubião. Mataría la pasión que lo iba comiendo lentamente, sin esperanza ni consuelo. Además, era la puerta a un misterio. Casarse, sí, casarse rápido y bien.

Estaba junto al portón cuando la idea empezó a retoñar. Sin conciencia de nada volvió a la casa, subiendo los escalones de piedra, abriendo la puerta. Fue al cerrarla cuando un ladrido de Quincas Borba, que iba acompañándolo, lo hizo volver en sí. ¿Dónde se había metido el mayor? Estaba por bajar a buscarlo, pero a tiempo se dio cuenta de que acababa de acompañarlo hasta la calle. Las piernas habían hecho todo; ellas lo habían llevado, directas, lúcidas, sin tropiezo, dejando a la cabeza la sola tarea de pensar. ¡Buenas piernas! ¡Piernas amigas! ¡Muletas naturales del espíritu!

¡Santas piernas! Todavía lo llevaron hasta el canapé, se recostaron con él, despacito, mientras el espíritu trabajaba la idea del casamiento. Era un modo de huir de Sofía; podía ser más aún.

Sí, podía ser también un modo de restituirle a la vida la unidad perdida con el cambio de medio y de fortuna; pero esta consideración no era propiamente hija del espíritu ni de las piernas, sino de una causa que él no distinguía en absoluto, como la araña. ¿Qué sabe de Mozart la araña? Sin embargo oye con placer una sonata del maestro. Acaso el gato, que nunca leyó a Kant, sea un animal metafísico. En verdad el casamiento podía ser el lazo de la unidad perdida. Rubião se sentía disperso; los mismos amigos de

tránsito, a quienes quería tanto, que tanto lo cortejaban, conferían a su vida el aspecto de un viaje en que el idioma cambiaba con las ciudades, ora español, ora turco. A ese estado contribuía no poco la presencia de Sofía; tan diferente era en cada momento que los días iban pasando sin dictamen fijo ni desengaño perpetuo.

Rubião no tenía nada que hacer; para matar los días largos y varios iba a sesiones del tribunal, a la cámara de diputados, a ver pasar los batallones, daba grandes paseos, de noche hacía visitas innecesarias o iba sin placer al teatro. La casa, con su lujo rutilante y sus sueños flotantes, seguía siendo un buen lugar de reposo para el espíritu.

Últimamente pasaba muchas horas leyendo; leía novelas, pero sólo las históricas de Dumas padre o las contemporáneas de Feuillet, éstas con dificultad, pues no conocía bien el idioma original. De las primeras sobraban traducciones. Se arriesgaba a leer alguna más sólo cuando el encontraba lo que las otras tenían de esencial: una sociedad hidalga y regia. Las cenas de la corte de Francia inventadas por el maravilloso Dumas, sus nobles espadachines y aventureros, las condesas y los duques de Feuillet en sus ricos aposentos, le hacían pasar las horas volando. Casi siempre terminaba con el libro caído y los ojos en el vacío, pensando. Tal vez un viejo marqués difunto le contase anécdotas de otros tiempos.

LXXXI

Antes de ocuparse de la novia se ocupó de la boda. Ese día y los siguientes dispuso en la imaginación las pompas matrimoniales, los coches —si es que aún había coches magníficos y antiguos como los que había visto en los grabados de los libros. ¡Ah, coches grandes y soberbios! ¡Cómo le gustaba ir a las puertas de la ciudad, en los días de gala grande, para ver llegar el cortejo imperial, especialmente el coche de Su Majestad, vastas proporciones, elásticos fuertes, pinturas finas y antiguas, cuatro o cinco parejas guiadas por un cochero grave y digno! También aparecían otros, de tamaño menor, pero aun así tan grandes que llenaban los ojos.

Alguno de éstos habría podido servirle para la boda, de no haber estado la sociedad toda nivelada ya por el vulgar *coupé*. Pero, en fin, usaría un *coupé*; se lo imaginaba magníficamente forrado, ¿de qué? De un paño fuera de lo común, que por ahora ni él mismo distinguía, pero que daría al vehículo un aire distinto. Pareja rara. Cochero con uniforme dorado. ¡Ah, pero de un dorado nunca visto! Invitados de primer orden, generales, diplomáticos, senadores, uno o dos ministros, muchas celebridades del comercio; ¿y las damas, las grandes damas? Rubião las enumeraba mentalmente; veíalas entrar, él en lo alto de la escalinata de un palacio, la mirada perdida en la alfombra, ellas atravesando el umbral, subiendo con zapatitos de satén, con pasos breves y leves —pocas al principio, luego más y más. Carruaje tras carruaje... Allá venían los condes de Tal, un varón apuesto y una dama singular... «Querido amigo, henos aquí», le diría el conde en voz alta; y más tarde la condesa: «Señor Rubião, la fiesta es espléndida...».

De repente el nuncio... Sí, se había olvidado de que era el nuncio quien debía casarlos. Allí estaría, con sus medias rojas de

monseñor, con sus grandes ojos napolitanos, conversando con el embajador de Rusia. Las lámparas de oro y cristal iluminando los mejores cuellos de la ciudad, los fracs erguidos, otros inclinados, oyendo el susurro de los abanicos, tiaras y diademas, la orquesta dando la señal para un vals. Entonces los brazos negros, en ángulo, iban en busca de los brazos desnudos, enguantados hasta los codos, y allí iban las parejas girando por la sala, cinco, siete, diez, doce, veinte parejas. Magnífica cena. Cristales de Bohemia, loza de Hungría, jarras de Sèvres, criados prontos y uniformados con las iniciales de Rubião en el cuello.

LXXXII

Tales sueños iban y venían. ¿Qué misterioso Próspero transformaba esa isla banal en mascarada sublime? «Anda, Ariel, trae a tus compañeros para que yo muestre a esta joven pareja algunos prodigios de mi hechicería». Las palabras no diferían de las de la comedia; la isla era otra, la isla y la mascarada. Aquélla era la cabeza de nuestro amigo; ésta no constaba de diosas ni de versos, sino de seres humanos y prosa de salón. Concedamos empero que era rica. No olvidemos que el Próspero de Shakespeare era un duque milanés; quizá por eso se hubiera metido en la cabeza de Rubião.

En verdad, las novias que en ese sueño de bodas aparecían junto a Rubião eran siempre nobles. Los nombres eran los más sonoros y fáciles de nuestra aristocracia. Y la explicación es la siguiente: pocas semanas antes Rubião había visto un almanaque de Laemmert y, al hojearlo, había dado con la sección dedicada a los títulos. Ciertamente que tenía noticia de algunos, pero estaba lejos de conocerlos todos. Se había comprado pues un ejemplar y lo había leído varias veces, dejando resbalar los ojos desde los marqueses hasta los barones, volviendo atrás, repitiendo los nombres bonitos, aprendiendo muchos de memoria. A veces tomaba papel y pluma, escogía un título moderno o antiguo y, como si fuese el dueño o firmase algún documento, escribía repetidamente:

Marqués de Barbacena

Marqués de Barbacena Marqués de Barbacena

Marqués de Barbacena

Y así, con letra ora grande, ora pequeña, inclinada hacia atrás, recta, de todo tipo, llegaba al final. Una vez llena la página

comparaba las firmas; luego soltaba el papel y se perdía en el aire. De ahí la jerarquía de las novias. Lo peor era que todas tenían la cara de Sofía; en los primeros momentos podían parecerse a alguna vecina, o a la joven que por la tarde había piropeado en la calle; podían empezar siendo flacas o gordas; pero no tardaban en mudar de figura, en llenar o vaciar el cuerpo, y sobre esos cambios iba a rutilar el rostro de la hermosa Sofía, sus ojos turbios o serenos. ¿Ni siquiera casándose podría escapar? Rubião llegó a pensar en la muerte de Palha; fue cierto día, al salir de la casa de éste, luego de haberle oído a ella muchas cosas vagas y bonitas. La sensación de ventura fue inmensa, por mucho que enseguida rechazase la idea como un augurio ruin. Días más tarde, cambiadas las formas, volvía definitivamente a sus planes. A menudo era el propio Palha quien lo despertaba de los sueños conyugales.

—¿Tiene algo que hacer esta noche?

—No.

—Pues compre una entrada para el Teatro Lírico. Palco número ocho, primera fila a la izquierda.

Rubião llegaba temprano, los esperaba y ofrecía el brazo a Sofía. Si ella estaba de buen humor, la noche era la mejor del mundo. Si no, era un martirio, para emplear las palabras que un día usara él hablando con el perro:

—Mi pobre amigo, ayer viví un martirio.

—Cásate, y verás si no tengo razón —replicó Quincas Borba.

—Sí, mi pobre amigo —dijo él tomándolo de las patas delanteras para ponérselo sobre las rodillas—. Tienes razón; necesitas una buena amiga que te cuide como no lo hago yo. Quincas Borba, ¿te acuerdas todavía de nuestro Quincas Borba? Buen amigo mío, gran amigo, también yo fui amigo de él, éramos

grandes amigos. Si estuviese vivo sería mi padrino de boda, haría los brindis —al menos el de honor, para los novios— y yo mandarías hacer una copa de oro para él... ¡El gran Quincas Borba!

El espíritu de Rubião estaba al borde del abismo.

LXXXIII

Un día salió de su casa más temprano que de costumbre y, sin saber adónde ir, se encaminó al almacén. Hacía una semana, desde que Sofía había entrado en uno de sus períodos de hosquedad, que no pisaba Flamengo. Encontró a Palha de luto; acababa de morir la tía de su mujer, Doña Augusta, la que vivía en el campo; la noticia les había llegado la antevíspera por la tarde.

—¿La madre de esa muchacha?

—Exacto.

Palha habló elogiosamente de la difunta; luego, del dolor de María Benedita; estaba que daba pena. Le preguntó por qué no iba esa noche a Flamengo, para ayudarlos a distraerla. Rubião prometió ir.

—Venga, nos hará un favor; la pobre lo merece todo. No imagina usted qué primor de muchacha. Buena educación, muy severa; y en cuanto a las prendas de sociedad, si no las recibió de niña, ha recuperado el tiempo con una rapidez extraordinaria. Sofía le da clases. Y como ama de casa, amigo mío, dudo de que se encuentre mujer tan completa a su edad. De ahora en adelante se quedará con nosotros. Tiene una hermana, María José, casada con un juez de Ceará; también tiene un padrino en São João del Rei. La difunta hablaba muy bien de este hombre; no creo que la mande buscar; pero aunque lo haga, yo no se la entrego. Ahora es nuestra. No ha de ser por lo que el padrino quiera dejarle en herencia que nos privemos de ella. Se quedará aquí —concluyó, quitando con el dedo un poco de polvo que Rubião tenía en el cuello.

Rubião agradeció. Luego, como estaban en el despacho, al

fondo, miró por entre las rejas y vio que estaban entrando unos fardos al almacén. Preguntó qué eran.

—Son unos paños ingleses.

—Paños ingleses —repitió Rubião con indiferencia.

—A propósito, ¿sabe que la firma Morais e Cunha pagará todo lo que debe a sus acreedores?

Rubião no sabía nada, ni si existía la tal firma ni si ellos estaban entre los acreedores; oyó la noticia, respondió que se alegraba mucho y se dispuso a marcharse. Pero el socio lo retuvo aún unos instantes. De repente se había puesto alegre; no parecía que se le hubiera muerto alguien. Volvió a hablar de María Benedita. Tenía intención de casarla bien; ni era dada a charlatanerías ni se dejaba llevar por fantasías bobas; era sensata, se merecía un buen esposo, una persona seria.

—Sí, claro —respondía Rubião.

—Escúcheme —murmuró súbitamente el socio—. No se asombre de lo que voy a decirle. Creo que el que se casará con ella es usted.

—¿Yo? —respondió Rubiio pasmado—. De ningún modo—. Y en seguida, para atenuar el efecto de la negativa—: No es que no sea una joven digna y perfecta; pero yo... por el momento... no pienso casarme.

—Nadie le dice que tenga que ser mañana o pasado. El matrimonio no es cosa que pueda improvisarse. Lo que digo es que tengo una corazonada. Son ocurrencias mías. ¿Sofía nunca se lo ha dicho?

—Nunca.

—Qué extraño. A mí me dijo que se lo había dicho una o dos veces, no recuerdo bien.

—Es posible, yo soy muy distraído. ¿Se refiere a que querían casarme con la joven?

—No, a que yo tuve la corazonada. Pero dejémoslo ya. Tiempo al tiempo.

—Adiós.

—Adiós. Llegue temprano.

LXXXIV

¿Así que Sofía quería casarlo?, salió pensando Rubião. Naturalmente, era el proceso más expeditivo para librarse de él. Casarlo y convertirlo en primo suyo. Rubião caminó un buen rato antes de llegar a esta otra hipótesis: quizá Sofía no se hubiese olvidado, pero le hubiese mentido a Palha adrede, para no dar cauce al proyecto. En ese caso el sentimiento era distinto. La explicación le pareció lógica: el alma reencontró la serenidad anterior.

LXXXV

Pero no hay serenidad espiritual que quite una sola pulgada a la túnica del tiempo cuando la persona misma no encuentra manera de acortarla. Al contrario, las ansias de ir a Flamengo esa noche entorpecieron el paso de las horas. Era temprano, temprano para todo, para ir a la Rua do Ouvidor, para volver a Botafogo. El doctor Camacho estaba en Vassouras defendiendo a un reo. No había entretenimiento público alguno, ni fiesta ni sermón. Nada. Profundamente aburrido, Rubião cruzaba y descruzaba las piernas mientras leía los periódicos al azar, o deteniéndose en un simple choque de coches. En Minas nunca se había aburrido tanto. ¿Por qué? No pudo solucionar el enigma, puesto que en Río de Janeiro tenía más motivos de distracción, y éstos lo distraían de verdad. Y sin embargo había horas de un tedio mortal.

Felizmente hay un dios para los hastiados. Rubião se acordó de que Freitas —ese hombre tan alegre— estaba gravemente enfermo; llamó un tálburi y fue a visitarlo a Praia Formosa, donde vivía. Allí pasó cerca de dos horas conversando con el postrado; cuando éste se quedó dormido, Rubião se despidió de la madre —un desecho de vieja— y antes de salir, ya en la puerta, le dijo:

—La señora ha de tener apuros económicos—. Y viéndola morderse el labio y bajar los ojos, agregó—: No se avergüence: la necesidad aflige, pero no se debe avergonzar. Lo que yo querría ahora es que aceptara usted algo que voy a dejarle para atender a los gastos; ya me pagará algún día, si puede...

Abrió la billetera, sacó seis billetes de veinte mil reis, hizo un bollo con todos y se lo puso en la mano. Abrió la puerta y salió. La anciana, asombrada, no tuvo ánimo para agradecer; sólo cuando oyó

rodar el tálburi pudo correr hasta la ventana, pero el benefactor ya se había perdido de vista.

LXXXVI

A Rubião todo aquello le había salido tan espontáneamente que no empezó a reflexionar hasta que el tálburi se puso en movimiento. Al parecer levantó la cortina del postigo; la anciana estaba entrando a la casa; llegó a verle parte del brazo. Rubião sintió toda la ventaja de no estar postrado. Reclinóse, desahogó el pecho con un enorme suspiro y miró la playa; en seguida se inclinó. A la ida apenas la había visto.

—A su señoría le gusta el lugar —dijo el cochero, contento de llevar tan buen cliente.

—Me parece muy bonito.

—¿Nunca había estado?

—Creo que sí, hace muchos años, la primera vez que vine a Río de Janeiro. Es que yo soy de Minas... Pare, jefe.

El cochero tiró de las riendas. Rubião se apeó y le pidió que fuese avanzando despacio.

Realmente era curioso. Las grandes matas que brotaban del lodo, casi junto a la cara de Rubião, le daban ganas de internarse en ellas. ¡Tan cerca de la calle! Rubião ni siquiera sentía el sol. Se había olvidado del enfermo y de la madre del enfermo. Así sí —se decía—: si todo el mar fuese como era allí, olas bordeadas de tierra y vegetación, bien valía la pena navegar. Más adelante estaban la playa dos Lázaros y la de São Cristovão. Apenas un tiro de piedra.

—Praia Formosa —murmuró—. Bien puesto el nombre.^[4]

Entretanto la playa iba cambiando de aspecto. Doblaba hacia Saco do Alferes, aparecían las casas edificadas junto al mar. De cuando en cuando no eran casas lo que se veía, sino canoas encalladas en el barro o la tierra, quietas bajo el aire. Junto a una de esas canoas divisó unos niños jugando, descalzos y en camisa, alrededor de un hombre tendido panza abajo. Todos reían; pero uno reía más que los otros porque no lograba mantener el pie del hombre contra el suelo. Era un mocoso de tres años; le agarraba la pierna y la iba extendiendo hasta nivelarla con la tierra, pero el hombre hacía un gesto y levantaba pierna y pequeño al mismo tiempo.

Rubião se demoró un rato mirándolos. El hombre, sintiéndose objeto de atención, se entregó doblemente al juego; perdió la naturalidad. Los otros niños, mayores, se quedaron mirando asombrados. Pero Rubião no distinguía nada; veía todo confusamente. Siguió avanzando un buen rato a pie; dejó atrás Saco do Alferes, dejó atrás Gamboa, se detuvo ante el cementerio de los ingleses, con sus viejos sepulcros que trepaban al morro, y por fin llegó a Saúde. Vio calles oblicuas, otras en declive, casas apiñadas a lo largo y en lo alto de los morros, callejones, muchas casas antiguas, algunas del tiempo del rey, comidas, agrietadas, mustias, la pintura descascarada y la vida puertas adentro. Y todo le daba una sensación de nostalgia... Nostalgia del harapo, de la vida escasa, manchada y sin vergüenza. Pero duró poco; el hechicero que le habitaba el cuerpo no tardó en transformarlo todo. ¡Era tan bueno no ser pobre!

LXXXVII

Rubião llegó al final de la Rua da Saúde. Andaba sin rumbo, con los ojos vagos y desatentos. Cerca de él pasó una mujer, nada hermosa, sencilla no sin elegancia, antes pobre que provista pero fresca de facciones; tendría unos veinticinco años y llevaba un niño de la mano. Éste tropezó con las piernas de Rubião.

—¿Qué pasa, ñoñó? —dijo la moza levantando al niño por el brazo.

Rubião se agachó a ayudarlo.

—Muchas gracias. Disculpe —dijo ella sonriendo, y lo saludó.

Sonriendo a su vez, Rubião se levantó el sombrero. Una vez más se apoderó de él la visión de la familia. «¡Cásese y verá que tengo razón!». Se detuvo, miró hacia atrás y vio alejarse a la joven, el pequeño junto a ella apurando las piernas para ajustarse a su paso. Luego siguió andando lentamente, pensando en varias mujeres que bien podía elegir para ejecutar a cuatro manos la sonata conyugal, música seria, regular y clásica. Pensó incluso en la hija del mayor, que apenas conocía viejas mazurcas. De pronto oía la guitarra del pecado, tañida por los dedos de Sofía, que a un tiempo lo deleitaban y aturdían; y allá se perdía la castidad del otro plano. Terco, sin embargo, se esforzaba por cambiar otra vez de partitura; pensaba en la joven de Saúde, tan lindas maneras, la criatura de la mano...

LXXXVIII

Al ver el tálburi se acordó del enfermo de Praia Formosa.

—¡Pobre Freitas! —suspiró.

De inmediato se acordó también del dinero que le había dado a la madre y pensó que había hecho bien. Acaso le asomara a la mente la idea de que habría debido darle uno o dos billetes más; pero se apresuró a rechazarla, no sin enfadarse consigo mismo, y para olvidarla del todo exclamó en voz alta:

—¡Buena anciana! ¡Pobre anciana!

LXXXIX

Como la idea insistía en volver, Rubião fue rápidamente hasta el tálburi, entró, sentóse y para huir de sí mismo se puso a hablar con el cochero.

—Hemos caminado un buen trecho. Pero sí, señor, esto es bonito y curioso. Esas playas, esas calles; es diferente de los otros barrios. Me gusta mucho. He de venir más a menudo.

El cochero sonrió de una forma tan particular que nuestro Rubião desconfió. No descubría el motivo de la sonrisa; tal vez se le hubiese escapado una palabra que en Río de Janeiro significaba algo malo, pero repitió lo que había dicho y no encontró nada: eran palabras usuales y comunes. Mientras, el cochero sonreía aún, con el mismo aire de antes, medio obsecuente, medio bellaco. Rubião estuvo a punto de interrogarlo pero se contuvo a tiempo. Fue el otro quien retomó el diálogo.

—¿Su señoría está admirado del barrio? —dijo—. Pues me permitirá que no le crea. Y me hará el favor de no enfadarse, pues no lo digo para ofender, ni soy persona que guste molestar a un cliente serio; pero no creo que esté admirado del barrio.

—¿Por qué? —aventuró Rubião.

Meneando la cabeza, el cochero insistió en no creer: no porque el barrio fuese indigno de aprecio, sino porque, naturalmente, ya lo conocía bien. Rubião ratificó la primera afirmación: había estado muchos años antes, durante otra estancia en Río, pero no se acordaba de nada.

El cochero se reía; y, mientras el pasajero seguía demostrando,

él iba tomando más confianza, hacía negativas con la nariz, con los labios, con la mano.

—Yo sé lo que digo —concluyó—. No soy hombre que no vea las cosas. ¿Su señoría piensa que no vi cómo miró a esa muchacha que pasó hace un rato? Con eso basta para demostrar que su señoría tiene olfato y sabe usarlo...

Halagado, Rubião sonrió ligeramente; pero de inmediato se enmendó:

—¿Qué muchacha?

—¿No le decía yo? —retrucó el hombre—. Su señoría es fino, y bien que hace; pero yo soy persona de confianza, y más de una vez este coche ha servido para esas idas y venidas. No hace muchos días llevé a un joven muy buen mozo, muy buen vestido, persona fina... Usted ya sabe, asuntos de faldas...

—Pero yo... —interrumpió Rubião.

Apenas podía contenerse; la suposición le agradaba; el cochero se dio cuenta de que estaba disimulando la culpa.

—Ya ve que no me equivoco —continuó—. Igual que el joven de la Rua dos Inválidos. Su señoría puede estar tranquilo; yo no digo esta boca es mía; tengo otras cosas que hacer. Así pues, ¿quiere que crea que es por gusto que una persona que está pagando un coche viene andando desde Praia Formosa hasta aquí? Su señoría vino al lugar señalado, pero la otra persona no vino.

—¿Qué persona? Si fui a ver a un enfermo, un amigo que está por morir.

—Lo mismo que el joven de la Rua dos Inválidos —repitió el hombre—. Aquél dijo que iba a ver a una costurera de mujeres, como si estuviese casado...

—¿De la Rua dos Inválidos? —preguntó Rubião, que sólo ahora había prestado atención al nombre de la calle.

—No digo nada más —contestó el cochero—. Era de la Rua dos Inválidos, guapo, un joven de bigotes y ojos grandes, muy grandes. ¡Ah, yo también me hubiese enamorado de él si fuese mujer! Ella, no sé de dónde era, ni lo diría aunque lo supiese; sólo sé que era un pedazo de mujer.

Y viendo que el pasajero escuchaba con ojos azorados:

—¡Ah, su señoría no se imagina! Era bastante alta, bonita de cuerpo, llevaba la cara medio tapada por un velo, cosa delicadísima. No porque uno sea pobre deja de apreciar lo bueno.

—Pero... ¿cómo fue? —preguntó Rubião.

—¡Vaya! ¡Cómo fue! Él llegó como su señoría, en mi tálburi, se apeó y entró en una casa con celosías; dijo que iba a ver a la costurera de su esposa. Como yo no le había preguntado nada, y él había estado todo el viaje callado, metido en sí mismo, en seguida comprendí la finura. Ahora, que podía ser verdad, porque es cierto que en esa casa de la Rua da Harmonia vive una costurera...

—¿La Rua da Harmonia? —repitió Rubião.

—¡Caray! Su señoría me está arrancando el secreto. Cambiemos de tema; no digo nada más.

Atónito, Rubião miraba al hombre, que de hecho estuvo dos o tres minutos callado. Luego, sin embargo, prosiguió:

—Tampoco es que haya mucho más. El mozo entró; yo me quedé esperando; media hora después vi una figura de mujer, a lo lejos, y columbré que iría para allí. Dicho y hecho; ella se fue acercando, paso a paso, mirando disimuladamente para todos lados; cuando iba a pasar frente a la casa, no necesito decirle nada; fue

como en los cuentos mágicos, la celosía se abrió sola y allí se metió ella. No, si yo conozco bien estas cosas. ¿Cómo quiere si no su señoría que me gane unos cobres de más? El precio del viaje casi no da para comer; de alguna forma hay que apañárselas.

XC

—No, no puede haber sido ella —se dijo Rubião en su casa, mientras se vestía de negro.

Desde que había llegado no pensaba en otra cosa que lo que le había contado el cochero. Había intentado olvidarlo arreglando papeles, leyendo o haciendo chasquear los dedos para que Quincas Borba saltase. Pero la visión lo perseguía. La razón le aseguraba que había muchas mujeres de buena figura, y que nada probaba que la de la Rua da Harmonia fuese ella; pero el efecto calmante era corto. Al rato, a lo lejos, cabizbaja y lenta empezaba a recortarse una persona, ni más ni menos que la propia Sofía, que avanzaba por la calle y de pronto entraba en una casa, cuya puerta se cerraba en seguida... Tal había sido la visión cierta vez, que nuestro amigo había clavado la mirada en la pared como si allí estuviese la celosía de la Rua da Harmonia. Imaginariamente había dado una serie de pasos: golpeaba a la puerta, entraba, echaba las manos al cuello de la costurera, le exigía la verdad o la vida; la pobre mujer, amenazada de muerte, le confesaba todo; y lo llevaba a ver a la dama, que no era Sofía sino otra. Al volver en sí, Rubião se sentía avergonzado.

—No, no puede haber sido ella.

Se puso el chaleco y fue a abotonárselo ante una de las ventanas, que daba a los fondos, en el momento en que una caravana de hormigas atravesaba el pretil. ¡Cuántas había visto pasar en otros tiempos! Pero esta vez, nunca supo la razón, agarró una toalla y con dos golpes atropelló a las tristes hormigas, matando un buen número de ellas. Acaso alguna le pareciera «de buena figura y bonita de cuerpo». No tardó en arrepentirse; realmente, ¿qué tenían que ver las hormigas con sus sospechas? Felizmente en ese momento empezó a

cantar una cigarra, con tal propiedad y sentido que nuestro amigo se paró en el cuarto botón del chaleco. *Soooo... fia, fia, fia, fia, fia, fia... Soooo... fia, fia, fia, fia, fia...*

¡Ah, sublime y piadosa precaución de la naturaleza, que pone una cigarra viva junto a veinte hormigas muertas para compensarlas! Esta reflexión es del lector. No puede ser de Rubiã. Ni es capaz de relacionar las cosas y sacar conclusiones, ni, aunque pudiese, lo haría ahora que está por llegar al último botón del chaleco, todo oídos, todo cigarra... ¡Pobres hormigas muertas! Id ahora con vuestro Homero galo, a que os pague su fama; ríe la cigarra, enmendando el texto:

Vous marchiez? J'en suis fort aise.

Eh bien! mourez maintenant.^[5]

XCI

Sonó la campanilla de la cena; Rubião compuso el rostro para que sus convidados (siempre tenía cuatro o cinco) no advirtiesen nada. Los encontró en la sala de visitas, conversando, a la espera; se levantaron todos y alborozadamente fueron a estrecharle la mano. En ese momento Rubião sintió un impulso inexplicable: darles la mano a besar. A tiempo se retuvo, pasmado de sí mismo.

XCII

Por la noche corrió a la playa de Flamengo. No pudo hablar con María Benedita, que estaba arriba, en su cuarto, con dos amigas del vecindario. Sofía salió a la puerta a recibirlo y lo llevó al estudio, donde dos costureras hacían los vestidos de luto. Su marido había llegado poco antes; aún no había bajado.

—Siéntese aquí —le dijo.

Se ocupó de él; estaba preciosa. Las palabras le brotaban cariñosas y graves, entrecortadas por sonrisas amigas y honestas. Le habló de la tía, de la prima, del tiempo, de los criados, de los espectáculos, de la falta de agua, de un sinnúmero de cosas diversas, vulgares o no, que al pasar por su boca cambiaban de naturaleza y de aspecto. Rubião la oía fascinado. Ella, para no estar ociosa, cosía unos volantes; y cuando en la conversación había algún silencio, Rubião apenas podía contener las ganas de comerle las manos ágiles, que parecían jugar con la aguja.

—¿Sabe que estoy formando un comité de mujeres?
—preguntó ella.

—No. ¿Para qué?

—¿No se ha enterado de esa epidemia en una ciudad de las lagunas?

Tan impresionada la había dejado la noticia, le contó, que en seguida había resuelto formar un comité femenino para recaudar fondos. La muerte de la tía había interrumpido los primeros pasos; pero no bien pasara la misa del séptimo día pensaba continuar. Y le preguntó qué opinaba.

—Me parece muy bien. ¿No hay hombres en ese comité?

—No, sólo mujeres. Los hombres ponen el dinero —concluyó ella sonriendo.

Rubião, resuelto, decidió aportar una suma cuantiosa para obligar a los que lo siguieran. Y era verdad. También era verdad que el comité daría notoriedad a la figura de Sofía, impulsándola hacia arriba. Las mujeres escogidas no eran del círculo de nuestra dama, y solamente una la saludaba; pero por intermedio de cierta viuda, que había brillado entre 1840 y 1850 y guardaba de aquel tiempo nostalgias e influencia, había conseguido que entraran todas en la obra de caridad. Desde hacía unos días no pensaba en otra cosa. A veces, por la noche, antes del té, parecía dormirse en el balancín; pero no dormía: cerraba los ojos para considerarse en medio de las compañeras, personas de calidad. Se comprende pues que fuera éste el tema principal de la conversación. De cuando en cuando, no obstante, Sofía regresaba a su amigo. ¿Por qué solía desaparecer por tanto tiempo, ocho, diez, quince días y aun más? Rubião respondió que por nada, pero tan conmovido que una de las costureras golpeó a la otra en el pie. Desde ese momento, incluso cuando el silencio se prolongaba, cortado apenas por el sonido de las agujas en el tejido, de los tijeretazos, de los desgarros, ni una ni otra quitaban los ojos de nuestro amigo, que miraba absorto a la dueña de casa.

Llegó en eso una visita de pésame —un hombre, director de un banco—. Fueron a llamar a Palha, que bajó a recibirlo. Sofía pidió a Rubião que la excusara; iba a ver a María Benedita.

XCIH

Viéndose solo con las dos mujeres, Rubião empezó a pasearse, amortiguando los pasos para no incomodar. De vez en cuando llegaban desde la sala algunas palabras de Palha: «En todo caso, puede estar seguro...». — «Administrar un banco no es un juego de niños...» — «Positivamente...». El director hablaba poco, seco y bajo.

Una de las costureras dobló la costura y recogió apresuradamente retazos, tijeras, carretes de hilo y de cinta. Era tarde. Se iba.

—Espera un poquito, Dondon, que yo también me voy.

—No, no puedo. ¿Podría decirme el señor qué hora es?

—Las ocho y media —respondió Rubião.

—¡Jesús, qué tarde!

Por decir algo, Rubião preguntó por qué no esperaba un momento, como pedía la otra.

—Sólo esperaré que baje doña Sofía —contestó Dondon con respeto—. ¿Pero sabe usted dónde vive ésta? Vive en la Rua do Passeio. Yo, en cambio, tengo que llevar mis huesos hasta la Rua da Harmonía. Y menudo estirón tengo hasta allí.

XCIV

Sofía, que no tardó en bajar, encontró a Rubião trastornado, los ojos despavoridos. Le preguntó qué le pasaba; él dijo que nada, dolor de cabeza. Dondon se marchó; el director de banco ya se despedía; Palha le agradecía la delicadeza, le elogiaba la salud. ¿Dónde estaba el sombrero? Lo encontró; dióle también el abrigo; y, pareciéndole que el hombre buscaba algo más, le preguntó si era el bastón.

—No, el paraguas. Creo que es éste. Sí, es éste. Adiós.

—Gracias otra vez, muchas gracias —dijo Palha—. Déjese de cortesías y póngase el sombrero, que está muy húmedo. Gracias, muchas gracias repitió, doblado en ángulo y estrechando la mano del hombre entre las suyas.

Al volver al estudio se encontró con su socio, que se empecinaba en marcharse. Le insistió que se quedara; le dijo que tomara una taza de té, que se la traerían en seguida; Rubião rechazó todo.

—Tiene la mano fría —dijo la joven al apretársela—. ¿Por qué no espera un poco? El agua de melisa es muy buena para estas cosas. Voy a buscar.

Rubião la detuvo; no era necesario; conocía esos achaques; se curaban durmiendo. Palha quiso mandar por un tálburi; pero el otro contestó que el aire de la noche le haría bien y que en Catete encontraría un coche.

XCV

—La voy a alcanzar antes de que llegue a Catete —dijo Rubião subiendo por la Rua do Príncipe.

Calculó que la costurera se habría ido allí. A lo lejos, de uno y otro lado, divisó varias siluetas; una le pareció de mujer. Tiene que ser ella, pensó apretando el paso. Compréndase que, como es natural, llevaba la cabeza ofuscada: Rua de Harmonia, una costurera, una dama y todas las celosías abiertas. No sorprende que, rápido como iba andando, chocase con cierto hombre que caminaba lentamente, cabizbajo. No le pidió disculpas; viendo que la mujer también andaba de prisa, alargó el paso.

XCVI

Y el hombre empujado apenas sintió el empujón. Caminaba absorto pero satisfecho, explayando el alma, libre de cuidados y fastidios. Era el director de banco, el que acababa de presentar su pésame a Palha. Sintió el empujón y no se irritó; componiéndose el abrigo y el alma, siguió caminando tranquilamente.

Conviene decir, para explicar la indiferencia de este hombre, que en el lapso de una hora había sufrido conmociones opuestas. Primero había ido a la casa de un ministro de Estado a tratar la petición de un hermano suyo. El ministro, que acababa de cenar, fumaba callado y apacible. El director le había expuesto atropelladamente el asunto, volviendo atrás, saltando adelante, ligando y desligando las frases. Mal sentado, para no perder la actitud de respeto, había mantenido en la boca una sonrisa constante y devota; y continuamente se inclinaba y pedía disculpas. El ministro le había hecho algunas preguntas; él, animado, había dado respuestas largas, extremadamente largas, y acabado presentando un memorial. Después, levantándose y dando gracias, había estrechado la mano del ministro, que lo había acompañado hasta el umbral. Allí el director había hecho dos reverencias —una plena, antes de bajar la escalera, otra en vano, ya abajo, en el jardín; en vez del ministro, sólo había visto la puerta de vidrio oscuro y en el umbral, colgando del dintel, la farola de gas. Se había calado el sombrero y echado a andar, alejándose humillado, avergonzado de sí mismo. No era el asunto lo que lo afligía, sino los cumplidos que había hecho, las disculpas que había pedido, la actitud sumisa, el rosario de actos sin provecho. Así había llegado a la casa de Palha.

A los diez minutos tenía el alma restañada y restituida a sí misma, tales habían sido las cortesías del dueño de casa, las

inclinaciones de cabeza y el perenne atisbo de sonrisa, sin contar los ofrecimientos de té y cigarros. Entonces el director se había vuelto severo, superior, frío, sujeto de pocas palabras; hasta había hinchado con desdén la aleta izquierda de la nariz, a propósito de una idea de Palha, que de inmediato la había descartado concediendo que era absurda. Había copiado al ministro los ademanes lentos. Y al salir, las reverencias no habían sido suyas sino del dueño de casa.

Al llegar a la calle ya era otro; por eso el paso lento y sosegado, el alivio del alma devuelta a sí misma y la indiferencia con que había recibido el empujón de Rubião. Había perdido el recuerdo de sus adulaciones; ahora saboreaba golosamente las adulaciones de Cristiano Palha.

XCVII

Cuando Rubião llegó a la esquina de Catete, la costurera hablaba con un hombre que la había estado esperando y que la tomó del brazo. Los vio echar a andar conyugalmente hacia la Gloria. ¿Casados? ¿Amigos? En el primer recodo de la calle se perdieron, mientras Rubião se quedaba parado, recordando las palabras del cochero, la celosía, el joven de bigotes, la señora de cuerpo bonito, la Rua da Harmonia... Rua da Harmonia; la mujer había dicho Rua da Harmonia.

Se acostó tarde. Estuvo un buen rato en la ventana, rumiando, con un cigarro encendido, sin lograr explicarse el asunto. Dondon era por fuerza la encubridora; debía serlo, tenía ojos astutos, pensaba Rubião.

—Mañana me levanto temprano y voy allá; la espero en la esquina, le doy cien mil reis, doscientos, quinientos. Tiene que confesarme todo.

Cansado, miró el cielo; allí estaba la Cruz del Sur... ¡Ah, si ella hubiese consentido en mirarla! Otra habría sido la vida de los dos. La constelación, fulgurando extraordinariamente, pareció confirmar ese sentimiento; y Rubião se quedó mirándola, componiendo mil escenas bellas y amorosas, viviendo lo que habría podido ser. Cuando el alma se le hubo hartado de amores inquebrantables, a nuestro amigo se le ocurrió que la Cruz del Sur no sólo era una constelación sino también una orden honorífica. De allí pasó a otra serie de pensamientos. Le pareció genial la idea de hacer de la Cruz del Sur una distinción nacional y privilegiada. Ya había visto la insignia en el pecho de algún servidor público. Era bella, pero sobre todo rara.

—¡Tanto mejor! —dijo en voz alta. Cuando se apartó de la ventana eran cerca de las dos; la cerró y fue a meterse en la cama, donde en seguida se quedó dormido. Despertóse al sonido de la voz del criado español, que le traía un billete.

XCVIII

Soñoliento, Rubião se sentó en la cama sin reparar en la letra del sobre; abrió el billete y leyó:

Ayer nos quedamos muy preocupados cuando usted se fue. Cristiano no irá a verlo ahora porque se ha despertado tarde y tiene una entrevista con el inspector de la aduana. Háganos saber si se encuentra mejor. Recuerdos de María Benedita y de su amiga y servidora

SOFÍA.

—Dígale al mensajero que espere.

Veinte minutos después la respuesta llegaba a manos del moleque que había llevado el billete; fue el propio Rubião quien se la entregó, preguntándole luego cómo estaban las señoras. El moleque dijo que estaban bien. Rubião le dio diez tostones y recomendó que, cuando necesitase algún dinero, fuese allí a buscarlo. Azorado, el muchacho dilató los ojos y prometió que lo haría.

—¡Hasta pronto! —le dijo benévolamente Rubião.

Y permaneció inmóvil mientras el mensajero bajaba los pocos escalones. Iba éste por la mitad del jardín cuando oyó gritar:

—¡Espera!

Se volvió para acudir al llamado; Rubião ya había bajado unos

escalones; fueron uno hacia otro y se pararon en silencio. Pasaron dos minutos sin que Rubião abriese la boca. Por fin preguntó cualquier cosa: si las señoras estaban bien. Era la misma pregunta de hacía unos minutos; el moleque repitió la respuesta. Luego Rubião dejó vagar la mirada por el jardín. Rosas y margaritas estaban frescas y hermosas, se abrían algunos capullos, y flores y arbustos, begonias y enredaderas, todo ese pequeño mundo parecía dirigir a Rubião sus ojos invisibles y exhortarlo:

«¡Alma sin energía, acaba de una vez con tu deseo! ¡Recógenos y envíanos!».

—Bien —dijo al fin Rubião—. Recuerdos a las señoras. No olvides lo que te he dicho; si necesitas algo, ven a verme. ¿Has guardado la carta?

—Sí, señor, aquí está.

—Mejor métetela en el bolsillo. Pero cuida que no se arrugue.

—No, señor, no la arrugaré —contestó el criado acomodando la carta.

XCIX

Se fue el moleque; Rubiã se quedó paseando por el jardín, las manos en los bolsillos de la bata, los ojos en las flores. ¿Qué habría tenido de malo mandar unas cuantas? Era un presente natural, y hasta obligado para pagar una cortesía con otra. Había hecho mal. Corrió hasta el portón, pero el moleque ya estaba muy lejos. Entonces Rubiã advirtió que el luto excluía los recuerdos alegres, y se quedó tranquilo.

Lástima que, al reanudar el paseo, descubrió una carta junto a un parterre. Inclínose, la levantó y leyó el sobre... La letra era la de ella, sin duda la de ella; la comparó con la del billete: era igual. El destinatario era el diablo: Carlos María.

—Sí, es eso lo que pasó —se dijo al cabo de unos minutos—. El mensajero también llevaba esta carta y se le cayó.

Y examinándola por todos lados se preguntó por el contenido. ¡Ah, el contenido! ¿Qué habría escrito en ese papel homicida? Perversidad, lujuria, todo el idioma del mal y la demencia resumido en dos o tres líneas. Se la puso ante los ojos para ver si podía leer algo; el papel era grueso; no se veía nada. Dándose cuenta de que el mensajero volvería a buscar la carta cuando descubriese que la había perdido, se la metió en el bolsillo atropelladamente y corrió a la casa.

Dentro la sacó y volvió a examinarla; las manos le vacilaban, reproduciendo el estado de su conciencia. Si la abría se enteraría de todo. Una vez leída y quemada, nadie más conocería el contenido, y él aniquilaría de una vez con esa terrible fascinación que lo tenía penando junto a un abismo de oprobios... No soy yo quien habla; es

él; él es quien murmura éstas y otras palabras ruines, él quien se para en medio de la sala con la mirada en la alfombra, en cuya trama se dibuja un turco indolente que, con la pipa en la boca, contempla el Bósforo... Debía ser el Bósforo.

—¡Carta del demonio! —rugió sordamente, repitiendo una frase que semanas antes había oído en el teatro; frase olvidada que ahora venía a expresar la analogía moral entre espectador y espectáculo.

Le dieron ganas de abrirla; era apenas un gesto, un acto. Nadie lo veía, los cuadros de la pared estaban quietos e indiferentes, el turco de la alfombra seguía fumando y mirando el Bosforo. Con todo, sentía escrúpulos; había encontrado la carta en el jardín y no le pertenecía a él sino a otro. De haber sido dinero, ¿no se lo habría devuelto al dueño? Crispado, volvió a metérsela en el bolsillo. Entre mandar la carta al destinatario y entregársela a Sofía, optó por la segunda alternativa; tenía la ventaja de permitirle leer la verdad en las facciones de la autora.

—Le digo que encontré una carta así y asá —pensó Rubiãõ—, y antes de dársela me fijo bien qué cara pone, si se asusta o no. Quizá empalidezca; entonces la amenazo, le hablo de la Rua da Harmonia; le juro que estoy dispuesto a gastar trescientos, ochocientos, mil contos, dos mil si fuera preciso para estrangular al infame...

C

Ninguno de los habituales de la casa compareció para el almuerzo. Rubião espero diez minutos más e incluso mandó un criado al portón a ver si venía alguien. Nadie; tuvo que almorzar solo.

En general no podía soportar las comidas solitarias; estaba tan acostumbrado al lenguaje de los amigos, a las observaciones, a las gracias, no menos que a los respetos y consideraciones, que comer solo era lo mismo que no comer nada. Ahora, sin embargo, era como un Saúl necesitado de un David para expulsar el espíritu maligno que se le había metido dentro. Odiaba incluso al portador de la carta, porque la había dejado caer; la ignorancia era un beneficio. Y luego la conciencia titubeaba —iba de la idea de entregar la carta al rechazo de ella y a la de guardarla indefinidamente. Rubião tenía miedo de saber; ya quería, ya no quería leer nada en el rostro de Sofía. El deseo de saberlo todo era, en suma, la esperanza de descubrir que no había nada que saber.

Por fin apareció David, entre el queso y el café, en la persona del Dr. Camacho, que la noche anterior había regresado de Vassouras. Como el David de las Escrituras, traía un jumento cargado de panes, un cántaro de vino y un cabrito. Había dejado gravemente enfermo a un diputado mineiro que estaba en Vassouras, y preparado la candidatura de Rubião escribiendo algunas cartas a sus influencias de Minas. Eso fue lo que le dijo con los primeros sorbos de café.

—¿Candidato yo?

—¿Y si no quién?

Camacho le demostró que no había nadie mejor. Había prestado servicios en Minas, ¿no?

—Algunos.

—Pues los que ha prestado aquí son de gran relevancia. Habiendo mantenido conmigo el órgano de los principios, ha soportado solidariamente los golpes dirigidos a mí, además de los sacrificios que hacemos todos en el aspecto pecuniario. Sobre esto no me diga nada. Le aseguro que haré todo lo posible. Además, usted es la mejor solución para la divergencia.

—¿La divergencia?

—Sí, entre el Dr. Hermenegildo, de Catas-Altas, y el coronel Romualdo; dicen que los dos quieren presentarse en caso de vacante, y eso es dividir los votos...

—Sin duda; ¿pero se atreverán?

—Creo que no, sobre todo cuando les envíe desde aquí la confirmación de los jefes; porque ésa fue una de las cosas que me echaron en cara, que no tenía poderes. Yo les confesé que para esa emergencia no, pero que poseía la confianza de los jefes, los cuales me darían su aprobación. Créame que está hecho. Y claro, ¿qué piensa usted? ¿Piensa que trabajo aquí, sacrificando tiempo, dinero y algún talento, para no poder valer a un amigo que tantas pruebas ha dado de fidelidad a los principios? ¡Ah, eso sí que no! Han de oírme y aceptar lo que les propongo.

Conmovido, Rubião hizo algunas preguntas más sobre la lucha y la victoria, si era necesario algún gasto o carta de recomendación y pedido, cómo tendrían noticias frecuentes de la marcha del asunto, etc. Camacho respondía a todo; pero le recomendaba cautela. En política, dijo, una cosa de nada podía desviar el curso de la campaña y dar la victoria al adversario. Con todo, aun no resultando

vencedor, Rubião obtendría la ventaja de que su nombre quedara sufragado; y eso contaba como antecedente.

—Firmeza y paciencia —concluyó. Para agregar luego—: ¿Qué soy yo mismo sino un ejemplo de paciencia y firmeza? Mi provincia está en manos de un grupo de bandidos; no se puede llamar de otra forma a la gente de Pinheiros; y aparte de esto (y me duele especialmente), hay amigos que intrigan contra mí, unos arribistas que buscan que el partido me rechace para ocupar mi puesto... ¡Bandada de buitres! ¡Ah, mi querido Rubião, esto de la política es como la pasión de Nuestro Señor Jesucristo! No falta ningún elemento, ni el discípulo que niega ni el que vende. Corona de espinas, bofetadas, madero y al final la muerte en la cruz de las ideas, clavado con los clavos de la envidia, la calumnia y la ingratitud...

Esta frase, lanzada en el calor de la conversación, le pareció digna de un artículo; retúvola en la memoria; antes de dormirse la escribiría en un papel. Entretanto, mientras la repetía para fijarla, Rubião lo alentaba diciéndole que él estaba hecho para grandes batallas. Que no se dejase asustar por las máscaras.

—¿Por las máscaras? Tenga por seguro que no. Ni por fantasmas de verdad, si es que los hay. ¡Aquí estoy esperándolos! ¡Que se preparen para el día en que triunfemos! Tendrán que pagarlo todo. Oígame un consejo: en política nada se perdona ni se olvida. El que la hace, la paga; créame que la venganza es un placer —continuó sonriendo—. Una verdadera delicia... En fin, comparando los males y los beneficios de la política, creo que los beneficios son superiores. Existen los ingratos, es cierto, pero a los ingratos se los descubre, se los prende y se los persigue...

Rubião escuchaba subyugado. Camacho era imponente; le chispeaban los ojos. Los anatemas brotaban de él como de la boca de Isaías; en las manos le verdecían las palmas del triunfo. Cada gesto parecía un principio. Cuando abría los brazos, rasgando el aire,

parecía estar desplegando un programa entero. Así se embriagaba de esperanzas, y era hombre de vino alegre. De golpe se plantó ante Rubiño:

—Ande, diputado; ensaye un discurso para pedir la clausura del debate: *Señor presidente...* Vamos, diga conmigo: *Señor presidente, pido a Su Excelencia...*

Levantándose, Rubiño lo interrumpió. Tuvo una especie de mareo. Se veía en la cámara, entrando para prestar juramento, con todos los diputados en pie; y le entró un escalofrío. Era un trance difícil. Atravesó la sala, con todo, subió al estrado de la presidencia, prestó el juramento de estilo... Tal vez en ese momento la voz le flaqueara un poco...

CI

En ese estado se hallaba cuando le llegó la noticia de que había muerto Freitas. Derramó una lágrima a escondidas; se hizo cargo de los gastos del entierro y a la tarde siguiente acompañó al difunto al cementerio. Al verlo entrar en la sala, la anciana madre del amigo quiso arrodillarse a sus pies; Rubião la abrazó a tiempo de impedirselo. Este gesto causó gran impresión a los presentes. Uno de ellos le estrechó la mano; luego, llevándolo a un rincón, le contó en voz baja que unos días antes lo habían cesado injustamente; una medida maliciosa, producto de intrigas...

—Le aseguro, Excelencia, que aquello (con perdón de las palabras) es una cueva de canallas.

Se hizo la hora de partir hacia el cementerio; la despedida de la madre fue dolorosa: besos, sollozos, exclamaciones, todo mezclado y lancinante. Las mujeres no consiguieron arrancarla del ataúd; fue necesaria la fuerza de dos hombres; ella gritaba, empecinada en volver junto al cadáver: ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

—¡Un verdadero escándalo! —insistía el cesado—. Dicen que al propio ministro no le gustó nada la medida; pero Su Excelencia ya sabe: para no desmoralizar al director...

—Pam... Pam... Pam... —sonaban sordamente los martillos, clavando la tapa del ataúd.

Rubião accedió al pedido de que llevara una de las manijas, y se apartó del cesado. Fuera, gente parada; en las ventanas, los vecinos se apretaban unos contra otros, los ojos llenos de esa curiosidad que la muerte inspira a los vivos. Estaba además el *coupé* de Rubião, que se destacaba entre viejas calesas. Ya se había

hablado mucho de ese amigo del finado, y su presencia confirmaba los rumores. Ahora se apreciaba al difunto con cierta consideración.

En el cementerio Rubião no se contentó con echar un puñado de tierra, acto en que a pedido de todos fue el primero; esperó a que los enterradores llenaran la fosa con las grandes palas de su oficio. Tenía los ojos húmedos; al fin acabó por irse, flanqueado por los demás, y en la puerta, con apenas un saludo de sombrero a derecha y otro a izquierda, se despidió de todas las cabezas cubiertas o desnudas. Cuando subía al *coupé* oyó estas palabras dichas a media voz:

—Parece que es senador o magistrado, algo así...

C II

Era noche entrada. Rubião venía por allá abajo, recordando al pobre diablo que acababa de enterrar, cuando en la Rua de São Cristovão se cruzó con otro *coupé* que escoltaban dos ordenanzas. Era un ministro que iba hacia el despacho imperial. Rubião sacó la cabeza, volvió a entrarla y quedóse oyendo los caballos de los ordenanzas, tan iguales, tan distintos pese al estrépito de los otros animales. Tan tenso estaba el espíritu de nuestro amigo que siguió oyéndolos aun cuando la distancia ya no lo permitía. Catrapac... Catrapac... Catrapac...

CIII

Al séptimo día de la muerte de Freitas rezóse en São Francisco de Paula la misa de costumbre; Rubião concurreó, y se encontró a Carlos. Eso fue suficiente para precipitar la devolución de la carta; tres días después se la metió en el bolsillo y fue corriendo a Flamengo. Eran las dos de la tarde. María Benedita había ido a visitar a unas amigas del vecindario que la habían acompañado en los primeros días de aflicción. Sofía estaba sola, vestida para salir.

—Pero no tiene importancia —le dijo invitándolo a sentarse—. Me quedo, o salgo más tarde.

Rubião respondió que no la demoraría mucho; venía a darle un papel.

—De todos modos siéntese. Un papel también se puede dar sentado.

Estaba tan bonita que él vaciló en decirle las duras palabras que llevaba preparadas. El luto le sentaba muy bien, y el vestido parecía un guante. Sentada como estaba, veíasele la mitad del pie, zapato de raso, media de seda, cosas todas que rogaban misericordia y perdón. En cuanto a la espada de aquella vaina —así llama un viejo autor al alma—, parecía no tener filo ni campanas; era un ingenuo cuchillo de marfil. Rubião estuvo a punto de flaquear; la primera palabra arrastró a las

—¿Y qué es ese papel?

—Un papel que imagino grave —dijo él conteniéndose—. ¿Pero no recuerda haber perdido una carta?

—No.

—¿Acostumbra escribir cartas?

—He escrito algunas; pero no recuerdo si graves. Déjeme ver. Rubião tenía los ojos desorbitados. No dijo ni hizo nada. Tras unos instantes de silencio e inquietud, prosiguió sin rabia:

—Para usted no es un secreto que yo la quiero bien. Lo sabe, y no me rechaza ni me acepta, pero me anima con sus graciosos modos. Yo nunca me he olvidado de Santa Teresa ni de nuestro viaje en tren, cuando veníamos los dos con su marido en el medio. ¿Se acuerda? Aquel viaje fue mi desgracia; desde entonces me tiene usted prisionero. Usted es mala, tiene genio de cobra; ¿qué mal le hice yo? Acepto que no me quiera, pero podría desengañarme de una vez por todas...

—Cállese; viene gente —lo interrumpió Sofía, levantándose también y mirando hacia la puerta.

No se acercaba nadie; sin embargo podían oír algo, porque la voz de Rubião iba avivándose y creciendo. Creció todavía más. Ya no defendía esperanzas; abría y desplegaba el alma.

—No me importa que oigan —gritó—. Pueden oírme, si quieren. Lo diré todo, usted me echará y abremos acabado. No, no se puede hacer sufrir tanto a un hombre...

—¡Por amor de Dios, cállese!

—¡Pero qué Dios! Escuche lo que falta, porque no pienso guardarme nada... Enloquecida, temiendo realmente que algún criado oyese, Sofía levantó una mano y le tapó la boca. Al contacto de aquella epidermis querida, Rubião se quedó sin voz. Sofía retiró la mano y dispúose a dejar la sala. Pero al llegar a la puerta se detuvo. Rubião se había acercado a la ventana para convalecer de la explosión.

CIV

Tras haber estado unos segundos a la escucha, Sofía volvió a la sala y, con gran rumor de faldas, fue a sentarse en la otomana de satén, adquisición reciente. Volviéndose, Rubião la vio menear reprobatoriamente la cabeza. Sin dejarlo hablar, ella se llevó un dedo a la boca pidiéndole silencio; luego lo llamó con la mano; Rubião obedeció.

—Siéntese en esa silla —dijo ella; y cuando él lo hubo hecho prosiguió—: Tendría que enojarme con usted; si no lo hago es porque sé que es bueno, y comprendo que además es sincero. Arrepíentase de lo que me ha dicho y le perdonaré todo.

Sofía se tocó con el abanico el lado derecho del vestido para bajarlo y componerlo; después alzó los brazos sacudiendo las pulseras de vidrio negro; finalmente los apoyó en las rodillas y, abriendo y cerrando las varillas del abanico, aguardó la respuesta. Al contrario de lo que esperaba, Rubião movió la cabeza negativamente.

—No tengo de qué arrepentirme —dijo—. Prefiero que no me perdone. Lo quiera o no, seguiré llevándola aquí dentro. Podría mentir, pero ¿para qué? Es usted quien no ha sido sincera conmigo. Me ha engañado...

Sofía irguió el busto.

—No se enfade; no quiero ofenderla; pero déjeme decirle que usted me ha engañado, y mucho, y sin piedad. Que ame a su marido, vaya y pase, se lo perdonaría; pero que...

—¿Pero qué? —repitió ella, asustada.

Rubião metió la mano en el bolsillo, sacó la carta y se la entregó. Al leer el nombre de Carlos María, Sofía se quedó sin color; él advirtió la palidez. Dominándose en seguida, ella preguntó qué ocurría, qué significaba esa carta.

—La letra es la suya.

—Sí, es la mía. ¿Pero qué habré escrito dentro? —continuó, serena—. ¿Quién le ha dado esto?

Rubião habría querido contarle cómo lo había encontrado; pero entendió que ya había logrado bastante; se preparó a salir.

—Perdón —dijo ella—. Pero quiero que usted mismo abra la carta.

—Aquí ya no tengo nada que hacer.

—Espere, abra la carta. Aquí la tiene; lea todo —decía la joven tirándole de la manga. Pero Rubião retiró violentamente el brazo, fue a buscar su sombrero y salió. Sofía, temerosa de los criados, decidió permanecer en la sala.

CV

Tan nerviosa estuvo durante los primeros instantes que no se ocupó de la carta. Por fin empezó a volverla de un lado y otro sin adivinar el contenido; pero poco a poco, ya dueña de sí, recordó que debía ser la circular del comité de las Alagoas. Abrió el sobre: era la circular. ¿Cómo había llegado semejante carta a manos de él? ¿Y de dónde le venía la sospecha? ¿De sí mismo o de fuera? ¿Estaría en peligro? Buscó al criado que había llevado la carta a Carlos María y le preguntó si la había entregado. Supo que no. Al llegar a la Rua dos Inválidos, el criado no había hallado el papel en el bolsillo y, temeroso, no le había dicho nada al ama.

Dispuesta a no salir, Sofía volvió a la sala. Recogió la carta y el sobre para enseñárselos a Rubião y demostrarle que no tenían importancia; pero, probablemente, él iba a sospechar que había reemplazado el papel. ¡Maldito hombre!, murmuró. Y empezó a caminar de un lado a otro.

Una bandada de recuerdos le irrumpió en el alma. La imagen de Carlos María fue a posarse ante ella, con sus grandes ojos de espectro querido y odiado. Sofía quiso arredrarlo pero no pudo; la acompañaba de un lado a otro sin perder la pose esbelta y masculina ni el aire de ironía sublime. A veces lo veía inclinarse, articulando las mismas palabras de cierta noche de baile, palabras que le habían costado horas de insomnio y días de esperanza antes de perderse en la irrealidad. Sofía nunca había comprendido por qué se había malogrado aquella aventura. El hombre parecía quererla de verdad, y nadie lo había obligado a declararlo con tanta audacia ni a pasearse frente a la ventana de ella, a medianoche, como aseguraba. Recordó aún otros encuentros, palabras furtivas, miradas largas y cálidas, y no atinaba a comprender cómo tanta pasión había terminado en

nada. Probablemente no había habido pasión alguna; puro galanteo; cuando mucho, una forma de probar su fuerza de atracción... Naturaleza de mequetrefe, de cínico, de fútil.

¿Qué le importaba el misterio? Era un individuo fútil. Se le avivaron la furia y el desdén. Llegó a reírse de él; podría enfrentarlo sin remordimientos. Y así siguió paseándose, vengándose del tonto —lo llamaba tonto— y alzando al aire los ojos de inmaculada. En verdad, se estaba preocupando demasiado; comenzó a maldecir a Rubião porque, por culpa de una triste circular, había despertado a semejante hombre del olvido... Después tornó a los primeros recuerdos, a las palabras de Carlos María. Si a todos les parecía hermosa, ¿por qué no iba a parecerse también a él, que se lo había dicho? Tal vez, si no se hubiese mostrado tan agradecida, tan rastrera, aún lo habría tenido a sus pies...

De pronto la criada, que estaba en la otra sala, oyó que algo se rompía en la de visitas. Entró corriendo y vio al ama sola, de pie.

—No es nada —dijo ésta.

—Me pareció oír...

—Es ese muñeco, que se cayó; recoja los trozos.

—¡El chino! —exclamó la criada.

Era, de hecho, un mandarín de porcelana, pobre diablo que siempre había estado muy quieto en un estante. Sin saber cómo ni desde cuando, Sofía se había encontrado sosteniéndolo entre los dedos; al pensar en su humillación voluntaria había sentido un impulso —acaso rabia de sí misma—, y había tirado el muñeco al suelo. ¡Pobre mandarín! De nada le había valido ser de porcelana; ni siquiera le había servido de algo ser un regalo de Palha.

—Pero señora, como es el chino...

—¡Váyase!

Sofía recordó todo su proceder con Carlos María, las fáciles aquiescencias, los perdones anticipados, las miradas con que lo buscaba, los apretones de mano, tan fuertes... Era eso: le había arrojado a los pies. Después el sentimiento empezó a cambiar. A pesar de todo, era natural que ella lo atrajera, y la conformidad moral de ambos falseaba el abandono de uno. Tal vez el motivo fuese otro. Escavó razones posibles, algún gesto duro y frío, alguna falta de atención para con él; recordó que cierta vez, por miedo a recibirlo sola, había mandado decirle que no estaba en casa, Sí, tal vez fuera eso. Carlos María era orgulloso; la menor afrenta lo irritaba. Comprendió que era mentira... Allí estaba la razón.

CVI

... o, más exactamente, capítulo en que el lector, desorientado, no atina a combinar las tristezas de Sofía con la anécdota del cochero. Y, confundido, pregunta: ¿Entonces la cita de la Rua de Harmonia, Sofía, Carlos María, ese cotilleo de rimas sonoras y delincuentes, es pura calumnia? Calumnia del lector y de Rubião, no del pobre cochero, que no profirió nombres ni llegó siquiera a contar una anécdota real. Es lo que habrías visto si hubieses leído atentamente Sí, desdichado, advierte bien cuán inverosímil era que un hombre comprometido en semejante aventura hiciese parar el tálburi ante la casa señalada. Eso habría significado ponerle un testigo al crimen. Entre el cielo y la tierra hay muchas más calles que las que tu filosofía sueña —calles transversales en donde bien podría haber esperado el tálburi.

—De acuerdo, el cochero no compuso bien. ¿Pero qué interés tenía en inventarse la anécdota?

Condujo a Rubião hasta una casa en la cual nuestro amigo estuvo cerca de dos horas, sin despedirlo; lo vio salir, subirse al tálburi, bajar y echarse a andar, ordenándole que lo siguiese. Concluyó que era un cliente inmejorable; pero aun así no se permitió imaginar nada. Pasó, sin embargo, una mujer con un niño —la de la Rua de Saúde—, y Rubião se quedó mirándola con ojos amorosos y melancólicos. Fue entonces cuando el cochero lo tuvo por lascivo, además de pródigo, y empezó a confiarle sus prendas. Si habló de la Rua da Harmonia fue por sugerencia del barrio por donde pasaban; y si dijo que había llevado un joven a la Rua dos Inválidos fue porque, sin duda, el día anterior había ido a buscar allí a alguien —acaso al propio Carlos María—, bien porque vivía en esa calle, bien porque en ella tenía la cochera, bien por cualquier otra circunstancia que

contribuyó a la invención, del mismo modo que las reminiscencias del día alimentan los sueños nocturnos. No todos los cocheros son tan imaginativos. Bastante mérito es concertar retazos de realidad.

Sólo resta la coincidencia de que una de las costureras del luto viviera en la Rua da Harmonia. Esto sí que parece un capricho del azar. Pero la culpa es de la costurera; si quisiese abandonar aguja y marido, no le faltarían casas más cerca del centro de la ciudad. La mujer, sin embargo, ama todas las cosas de este mundo. Pero no era razón suficiente para que yo cortara el episodio o interrumpiera el libro.

CVII

Sobre las reflexiones de Sofía no hay nada que explicar. Todas se afianzaban en la verdad. Era cierto y muy cierto que Carlos María no había correspondido a las primeras esperanzas —ni a las segundas, ni a las terceras— porque otras muchas lo requerían, bien por menos que verdes y ávidas. En cuanto a las razones atribuidas por Sofía al cambio de actitud, vimos que, a falta de una, habían sido sucesivamente tres. No se le había ocurrido pensar en algún amor que él descubriese por ventura, y que le hubiese vuelto insípido cualquier otro. Ese habría sido un cuarto motivo, acaso el verdadero.

CVIII

Durante unos meses Rubião dejó de ir a Flamengo. No fue una decisión fácil de cumplir. Le costó muchas vacilaciones, duros arrepentimientos; más de una vez salió de su casa dispuesto a visitar a Sofía y pedirle perdón. Pero ¿por qué? No lo sabía, y sin embargo quería ser perdonado. En todas las tentativas de este género el recuerdo de Carlos María lo hacía retroceder. Llegado cierto punto, fue el propio lapso transcurrido lo que empezó a paralizarlo; habría sido muy extraño presentarse un día allí, como un triste hijo pródigo, sólo para suplicar el calor de los bellos ojos de la dueña de casa. Solía ir al almacén a visitar a Palha; éste, al cabo de cinco semanas, le reprochó la ausencia; y pasados dos meses le preguntó si era un propósito formal.

—He estado muy atareado —contestó Rubião—. Estos asuntos de política le comen a uno todo el tiempo. El domingo iré.

Sofía se preparó a recibirlo. Aguardaría la ocasión de explicarle qué contenía la carta, jurando que todas las cosas santas para demostrar que la verdad estaba con ella. Planes inútiles: Rubião no se presentó. Vino luego otro domingo, después otro más... Un día, no obstante, Sofía le remitió la suscripción para las Algoas. El donó cinco contos de reis.

—Es mucho dinero —le dijo su socio cuando llevó el papel al almacén.

—Pues no pienso dar menos.

—Pero piense que puede dar mucho sin dar tanto. ¿O acaso cree que la colecta se hace entre media docena de personas? La cosa está en manos de muchas señoras y algunos hombres; las hojas de

suscripción están en los mostradores de las tiendas, en la plaza do Comercio. Asigne menos.

—¿Y cómo, si ya está escrito?

—Este 5 bien puede transformarse en un 3. Tres contos es una espléndida asignación. Las hay mayores, pero son de gente obligada por su cargo o sus millones. Bonfim, por ejemplo, ha donado diez contos.

Rubião no pudo contener una risa irónica, meneó la cabeza y no se movió de los cinco contos. Sólo corregiría la cifra poniendo antes un 1: quince contos, más que Bonfim.

—No dudo de que pueda dar cinco, diez o quince contos —insistió Palha—. Pero su capital necesita prudencia, está usted tocándolo mucho... Fíjese que empieza a rendirle menos.

Palha era ahora el depositario de los títulos de Rubião (acciones, pólizas, escrituras), que estaban en la caja de caudales del almacén. Él cobraba los intereses, los dividendos y los alquileres de las tres casas que le había hecho comprar poco tiempo atrás, a bajo precio, y que le rendían muchísimo. Guardaba también una cantidad de monedas de oro, porque Rubião tenía la manía de coleccionarlas por puro deseo de contemplación. Conocía mejor que el propietario la suma total de los bienes, y asistía al trayecto que la carabela, sin temporal, iba cumpliendo por un mar de leche. Tres contos eran suficientes, insistió; y probaba su sinceridad por el hecho de ser justamente el marido de la fundadora del comité. Pero Rubião no quiso desistir; y aprovechó la ocasión para pedirle diez más; necesitaba diez contos. Palha ladeó la cabeza.

—Usted disculpe —le dijo al cabo de unos instantes—, ¿pero para qué los quiere? No me negará que va a perderlos, o arriesgarlos al menos.

Rubião se negó de la objeción.

—Si estuviese seguro de que voy a perderlos, no vendría a buscarlos. Tal vez sea arriesgado, pero no es sin arriesgar que se gana algo. Los necesito para un negocio —mejor dicho: tres negocios. Dos son préstamos seguros, y no pasan de un conto y quinientos reis. Los ocho y medio restantes son para una empresa. ¿Por qué meneas la cabeza, si ignora de qué se trata?

—Por eso mismo. Si me consultara usted, si me dijera qué empresa y qué personas son éstas, en seguida le diría si puede arriesgarse; y en cuanto a los préstamos, ya veo que será dinero perdido. ¿Se acuerda de las acciones de aquella Compañía Unión de Capitales Honestos? Yo le advertí que era un título pomposo, una manera de engatusar a la gente y dar traba a individuos necesitados. Usted no quiso creerme, y cayó. Las acciones están por el suelo y este semestre ya no hay dividendos.

—Pues venda justamente esas acciones, me conformo con el líquido. O si no déme de la caja de nuestra firma... Si quiere, vuelvo a pasar más tarde; o me los manda usted a Botafogo. Caucciones, unas pólizas, si le parece mejor...

—No, no lo haré. No pienso darle los diez contos —se obstinó fogosamente Palha—. Se ha acabado esto de ceder a todo; mi deber es resistirme. ¿Préstamos seguros? ¿Qué clase de préstamos? ¿No ve que le roban el dinero, que no le pagan las deudas? Sujetos que llegan al punto de cenar cada día con el mismísimo acreedor, como cierto Carneiro que he visto en su casa. De los otros no sé si también le deben algo; lo más posible es que sí. Me parece una exageración. Le estoy hablando como amigo; después no me diga que no le avisé a tiempo. ¿De qué vivirá si despilfarra todo lo que tiene? Nuestra firma puede quebrar.

—No quebrará —replicó Rubião.

—Pues puede quebrar, todo puede quebrar. Yo vi quebrar al banquero Soto en 1864.

Rubião meditaba los consejos de su socio, no porque fueran buenos o sagaces, sino porque vislumbraba una intención amable disfrazada de forma cruda. Los agradeció de corazón, pero rechazólos; necesitaba diez contos. Ciertamente que a partir de entonces podía tener más prudencia, y por lo pronto le aseguraba que sería menos blando. Por lo demás, tenía dinero de sobra para dar y para vender...

—Sólo para vender —corrigió Palha. Y un instante después agregó—: Bien, ahora ya es tarde. Mañana le llevaré los diez contos. ¿Pero por qué no pasa a buscarlos por nuestra casa de Flamengo? ¿Qué mal le hicimos? Aunque más bien habría que decir qué le hicieron, pues visto lo que veo aquí, el enfado es con las mujeres. ¿Qué le hicieron, para que las castigue así? —concluyó riendo.

Rubião evitó la mirada del socio, cuyas palabras le parecían filosas de ironía, como la de alguien que supiera todo y estuviese burlando. Cuando volvió a encontrarla, descubrió el mismo gesto inquisitivo y respondió:

—No me han hecho nada, iré mañana por la noche.

—Venga a cenar.

—No puedo, tendré unos amigos en casa. Iré por la noche—. Y procurando reír—: No las castigue, que no me hicieron nada.

«Alguien lo está influyendo», reflexionó Palha una vez Rubião se hubo ido. «Alguien que envidia nuestra relaciones. Aunque también puede ser que Sofía le haya hecho alguna para alejarlo de casa...».

Rubião volvió a asomarse a la puerta; no había tenido tiempo de llegar a la esquina. Quería decir que, como necesitaba pronto el

dinero, iría a buscarlo al almacén. Luego, por la noche, pasaría a visitarlos. Necesitaba el dinero antes de las dos de la tarde.

CIX

Esa noche Rubião soñó con Sofía y María Benedita. Las veía en una enorme plaza, vestidas apenas con faldas, las espaldas completamente desnudas; munido de un látigo de cinco puntas de cuero, rematadas con picos de hierro, Palha las castigaba despiadadamente. Ellas gritaban, suplicaban misericordia, se retorcían bañadas en sangre, las carnes se les caían a pedazos. Ahora bien, en virtud de qué Sofía era la emperatriz Eugenia, y María Benedita una criada suya, era cosa que no se aclaraba mucho. «¡Son sueños, sueños, Afanoso!», exclamaba un personaje de nuestro Alvares Azevedo. Pero yo prefiero la reflexión que hace el viejo Polonio al oír un desquiciado párrafo de Hamlet: «¡Hay método en esa locura!». También aquí hay método, en esta mezcla de Sofía y Eugenia; y más método hay en lo que siguió, por mucho que parezca más extravagante.

Sí: indignado, Rubião ordenó cesar de inmediato el castigo, ahorcar a Palha y recoger a las víctimas. Una de ellas, Sofía, aceptó un sitio en el carruaje abierto que esperaba a Rubião; alejaronse pues al galope, ella galana y saludable, él dominante y glorioso. Los caballos, que eran dos al partir, a poco se habían vuelto ocho: cuatro hermosas parejas. Calles y ventanas repletas de gente, lluvia de flores al paso del carruaje, aclamaciones... Rubião se sentía el emperador Luis Napoleón; el perro iba con ellos, a los pies de Sofía.

Todo concluyó sin final ni fracaso. Rubião abrió los ojos. Tal vez lo hubiera mordido una pulga, algo así: «¡Sueños, sueños, Pensativo!». Pero sigo prefiriendo la observación de Polonio: «¡Hay método en esa locura!».

CX

Rubião hizo los préstamos y el negocio. El negocio era con una Empresa Mejoradora de los Embarcos y Desembarcos del Puerto de Río de Janeiro. Uno de los préstamos tenía por objeto pagar cierta cuenta atrasada de papel para el *Atalaya*, deuda que era urgente. La continuidad de la hoja estaba amenazada.

—Perfectamente —dijo Camacho cuando Rubião fue a llevarle el dinero a su casa—. Muchas gracias. Fíjese usted cómo, por semejante miseria, habría podido enmudecer nuestro órgano. Son las espinas naturales de nuestra carrera. El pueblo no está educado; no reconoce, no apoya a los que trabajan por él, a los que día a día bajan a la arena en defensa de las libertades constitucionales. Imagine que por el momento no hubiéramos dispuesto de este dinero: todo perdido. Cada cual habría vuelto a sus asuntos, y los principios se habrían quedado sin su expositor leal.

—¡Jamás! —protestó Rubião.

—Tiene razón: redoblabamos los esfuerzos. El *Atalaya* será como el Anteo de la fábula, que después de cada caída se alza con más fuerza.

Dicho lo cual, Camacho examinó el fajo de billetes. Un conto y doscientos, ¿verdad?; y se lo guardó en un bolsillo del frac. Prosiguió diciendo que ahora estaban a salvo; la hoja avanzaría viento en popa. Tenía en vista ciertas reformas materiales; incluso fue más lejos:

—Necesitamos desarrollar el programa, espolear a nuestros correligionarios, atacarlos si es preciso...

—¿Cómo?

—¿Cómo? Pues atacando. Atacar es una forma de expresarse; digamos corregir. Es evidente que el órgano del partido está aflojando. Lo llamo órgano del partido, porque nuestro periódico es el órgano de las ideas del partido. ¿Comprende la diferencia?

—La comprendo.

—Pues está aflojando —continuó Camacho apretando con los dedos el cigarro que se disponía a encender—. A nosotros, por lo tanto, nos corresponde hacer hincapié en los principios; pero con nobleza, con sinceridad, con la verdad por delante. Créame usted que los dirigentes necesitan oírse a sus propios amigos y adherentes. Yo nunca he rechazado la conciliación entre partidos; al contrario, he pugnado por lograrla. Pero la conciliación no es un juego de niños. Para darle un ejemplo: en mi provincia, la gente de los Pinheiros tiene el apoyo del gobierno con el sólo propósito de desplazarme; y mis correligionarios de la Corte, en vez de combatirlos, visto que el gobierno les da fuerzas, ¿sabe usted qué hacen? Apoyan también a los Pinheiros.

—¿Pero los Pinheiros tienen al menos alguna influencia?

—Ninguna —respondió Camacho cerrando violentamente la caja de cerillas—. Hay entre ellos un ex delincuente, y otro que incluso fue aprendiz de barbero. Ciertamente se matriculó en la Facultad de Recife, creo que en 1855, gracias a que un padrino muerto le dejó algo; pero, para que se comprenda lo escandalosa que es la carrera de ese hombre, basta decir que, no bien obtuvo el diploma de bachiller, entró en la asamblea provincial. En realidad es una bestia. Tan bachiller es él como yo soy papa.

Se extendieron sobre las modificaciones políticas del periódico. Camacho recordó a Rubião que la candidatura de éste había naufragado precisamente a causa de la oposición de los jefes. De

algunos, se corrigió en seguida. Rubião estuvo de acuerdo; así se lo había dicho tiempo atrás el mismo Camacho, y el recuerdo avivó el resentimiento provocado por el desastre. El podía, debía estar en la cámara. Eran esos sujetos los que no habían querido; pero ya verían, pensaba Rubião; tendrían que tragarse el error. Diputado, senador, ministro: así lo verían, con ojos torcidos y asombrados. Tanto le había acercado el otro la chispa, que la cabeza de nuestro amigo acababa por arder, no de odio o envidia sino de ambición ingenua, de certeza cordial, de anticipada y deslumbrante visión de sus grandezas. Camacho se congratuló de que estuvieran de acuerdo.

—Nuestra gente tiene la misma opinión —dijo—. Creo que una pequeña amenaza de los amigos nunca viene mal.

Esa misma noche le leyó el artículo en que advertía al partido la conveniencia de no ceder a las perfidias del poder, que en algunas provincias lo obligaban a apoyar a gente corrupta y sin valor. He aquí la conclusión:

Los partidos deben mantenerse unidos y disciplinados. Hay quien pretende (*mirabile dictu!*) que la disciplina y la unión no pueden llegar al extremo de recusar los beneficios que caen en manos de los adversarios. *Risum teneatis!* ¿Quién puede proferir semejante blasfemia sin que le tiemblen las carnes? Pero supongamos que es así, que la oposición pueda, una que otra vez, cerrar los ojos a los abusos del gobierno, a la postergación de las leyes, a los excesos de la autoridad, a la perversidad y los sofismas. *Quid inde?* Casos tales —por lo demás raros— sólo podrían ser admitidos cuando favorecieran a los buenos elementos, no a los malos. Cada partido tiene a sus díscolos y sus sicofantes. Lo que a nuestros adversarios les interesa es vernos aflojar a cambio del aliento brindado a la porción corrupta de nuestro partido. Esta es la verdad; negarla sería provocar una guerra intestina, es decir, la disolución del alma nacional... Pero no, las ideas nunca mueren; al contrario: son el estandarte de la justicia. Los vendedores serán

expulsados del templo; sólo quedarán los creyentes y los puros, aquéllos para quienes la indefectible victoria de los principios está por encima de intereses mezquinos, locales y pasajeros. Todo lo que no sea así nos tendrá en contra. *Alea jacta est.*

CXI

Rubião aplaudió el artículo; le parecía excelente. Acaso poco enérgico. *Vendedores*, por ejemplo, estaba bien dicho; pero mucho mejor quedaba *viles vendedores*.

—¿Viles vendedores? Hay un solo inconveniente —reflexionó Camacho—. La repetición de las *v*. Viles ven... Viles vendedores. ¿No le suena desagradable?

—Pero allí arriba dice *ves vis*...

—*Vae victis*. Sí, pero es una frase latina. Podríamos arreglarlo de otra forma: viles mercaderes.

—Viles mercaderes está muy bien.

—Y sin embargo pienso que *mercaderes* no tiene la fuerza de *vendedores*.

—¿Por qué no deja entonces vendedores? Viles vendedores es fuerte; en el sonido no se fija nadie. Yo nunca le doy importancia. Lo que me gusta es la energía. Viles vendedores.

—Viles vendedores, viles vendedores —repitió Camacho a media voz—. Empieza a gustarme más. Viles vendedores. Acepto —concluyó corrigiendo el texto. Y releyó—: «Los viles vendedores serán expulsados del templo; sólo quedarán los creyentes y los puros, aquéllos para quienes la indefectible victoria de los principios está por encima de intereses mezquinos, locales y pasajeros. Todo lo que no sea así nos tendrá en contra. *Alea jacta est*».

—¡Muy bien! —exclamó Rubião, sintiéndose un poco autor

del artículo.

—¿Le parece bien? —preguntó Camacho sonriendo—. Hay personas que aún encuentran en mi estilo la frescura de los tiempos de estudiante. Yo no sé, nada puedo decir; la disposición, cierto, es la misma. He de castigarlos. Hemos de castigarlos.

CXII

Es ahora cuando me gustaría haber usado en este libro el método de tantos otros —viejos todos— en que el asunto de cada capítulo se exponía en el sumario: «De cómo esto aconteció así y asá». Ahí tenéis a Bernardim Ribeiro; ahí tenéis tantos libros gloriosos. De las lenguas extranjeras, sin querer llegar a la altura de Cervantes o Rabelais, me bastarían Fielding y Smollet, muchos capítulos de los cuales quedan leídos con sólo leer el sumario. Tomad por ejemplo el capítulo I del libro IV de *Tom Jones*; allí encontraréis este título: *Que contiene cinco cuartillas*. Es claro, es sencillo, no engaña a nadie; son nada más que cinco cuartillas, quien no quiere no las lee, quien quiere las lee, y para éstos últimos el autor concluye obsequiosamente: «Y ahora, sin más preámbulos, pasemos al capítulo siguiente».

CXIII

Si el método de este libro fuese tal, he aquí un capítulo que lo explicaría todo: «De cómo Rubião, satisfecho de la corrección que hiciera al artículo, compuso y rumió tantas frases que acabó escribiendo todos los libros que había leído».

No faltará el lector a quien esto no le alcance. Naturalmente, exigiría el análisis completo de la operación mental de nuestro hombre, sin advertir que para tanto no bastarían las cinco cuartillas de Fielding. Entre la primera frase de que Rubião era coautor y todas las obras leídas por él hay un abismo; es cierto que lo que más le costó fue poner en palabras el primer libro; de allí en adelante el proceso se hizo rápido. No importa: aún así el análisis sería largo y fastidioso. Lo mejor será dejar apenas esto: durante algunos minutos Rubião se tuvo por autor de numerosas obras ajenas.

CXIV

Por el contrario, no sé si el capítulo que sigue podría estar totalmente contenido en su título.

C XV

Rubião mantuvo el propósito de no volver a ver a Sofía; al menos no iba a Flamengo. Un día la vio pasar en un coche, con una dama del comité de las Alagoas; ella inclinóse risueña, saludándolo con la mano. Él retribuyó el saludo, quitándose el sombrero con cierto alborozo, pero no se quedó parado como le hubiera ocurrido antes; lanzó apenas una mirada al coche que iba pasando. También él siguió caminando, mientras pensaba en el lance de la carta y no entendía aquel saludo libre de odio y vergüenza, como si entre ellos no hubiera habido nada. Tal vez las tareas del comité y la presencia de una compañera explicaran la graciosa benevolencia de Sofía; pero Rubião no consideró está hipótesis.

—¿Podrá ser tan impúdica? —se preguntaba—. ¿No se acuerda ya de la carta que encontré, la carta que ella le envió a ese lechuguino de la Rua dos Inválidos? Es demasiado. Parece un desafío, una forma de decir que no le importa, que escribirá todas las cartas que quiera. Que las escriba, pues, pero que se gaste unos cobres en enviarlas por correo; no es tan caro...

Se rió al descubrir su propia malicia. Ese, y un hombre que pasó dedicándole una reverencia, le borraron la amargura de la nostalgia, y olvidó el asunto para ocuparse de otro que lo llevó al Banco de Brasil.

A la entrada del banco se cruzó con su socio, que estaba saliendo.

—Acabo de ver a doña Sofía —dijo Rubião.

—¿Dónde?

—En la Rua dos Ourives; iba en un coche con una dama que no conozco. ¿Cómo está usted?

—La ha visto y no se ha acordado de nada —observó Palha sin responder a la pregunta—. No se ha acordado de que pasado mañana, el miércoles, es su cumpleaños. No me atreveré a pedirle que venga a cenar, sería invitarlo a que se aburra; pero una taza de té sí que puede beber, aunque sea deprisa. ¿Me hará el favor?

Rubião tardó en responder.

—Iré a cenar —dijo al fin—. ¿El miércoles? Cuente conmigo. Confieso que me había olvidado; pero es que tengo tantas cosas en la mente... Espéreme dentro de media hora en el almacén.

Menos de media hora más tarde estaba allí para pedirle dos contos de reis. Palha ya no se resistía al derrumbe del capital; y, si alguna vez protestaba débilmente, en esa ocasión le entregó el dinero con indiferencia. Rubião no volvió a su casa sin comprar un magnífico brillante, que el miércoles envió a Sofía acompañado de un billete de visita y dos palabras de felicitación.

Sofía estaba sola en el cuarto de vestir, calzándose los zapatos, cuando la criada le entregó el paquete. Era el tercer regalo del día; la criada esperó a que lo abriese para ver qué era. Sofía se quedó deslumbrada al abrir la caja y encontrarse con la rica joya —una hermosa piedra en el centro de un collar. Esperaba algo bonito; pero, después de los últimos sucesos, apenas podía creer que Rubião fuera tan generoso. El corazón le latía con fuerza.

—¿El portador está fuera?

—Ya se ha ido. ¡Qué precioso, señora!

Sofía cerró la caja y acabó de calzarse. Permaneció un rato sentada, sola, recordando cosas pasadas, y se levantó pensando:

—Ese hombre me adora.

Intentó vestirse; pero al pasar frente al espejo se demoró unos instantes. Se complació en la contemplación de sí misma, de las formas ricas, de los brazos desnudos de arriba abajo, de los propios ojos contempladores. Cumplía veintinueve años; tenía la impresión de ser la misma que a los veinticinco, y no se engañaba. Ceñido y apretado el corsé ante el espejo, acomodó amorosamente los senos y estiró el magnífico cuello. Se le ocurrió entonces ver cómo le sentaba el brillante; sacó el collar y se lo puso. Perfecto. Volvióse de izquierda a derecha y viceversa; aproximándose, se arregló un poco más, aumentó la luz del camarín; perfecto. Guardó la joya.

—Ese hombre me adora —repitió.

«Probablemente estará él», pensó Rubião mientras iba a Flamengo. «Dudo que le haya hecho un regalo mejor que el mío.»

Carlos María estaba allí, en efecto, conversando con una dama del comité y María Benedita. Los convidados eran pocos; a propósito se había elegido y limitado. No estaban el mayor Siqueira ni su hija, ni las señoras ni los hombres que Rubião había conocido en la cena de Santa Teresa. Del comité de las Alagoas sólo se veían algunas damas; hallábase además el director del banco —aquél de la visita al ministro— con su mujer y sus hijas, otro personaje bancario, un comerciante inglés, un diputado, un despachante, un consejero, algunos capitalistas y poco más.

Puesto que evidentemente estaba en su gloria, Sofía pudo olvidar por un instante a los demás cuando vio que Rubião entraba en la sala y se dirigía hacia ella. Fuera cambio o falta de costumbre, el caso es que le encontró otro aspecto: paso firme, cabeza erguida, lo contrario, en suma, del antiguo gesto encogido y mínimo. Le estrechó la mano con fuerza y susurróle un agradecimiento. En la mesa lo hizo sentar junto a ella, situando del otro lado al presidente del comité. Rubião miraba todo con un aire de superioridad. La

calidad de los invitados no le produjo impresión alguna, ni la atmósfera ceremoniosa, ni el lujo de la mesa; nada de eso lo deslumbró. La misma atención particular de Sofía, bien que le resultase agradable, no lo mareaba como en otro tiempo. Y de parte de ella, no obstante, los cuidados eran más solícitos, y los ojos más afectuosos y serviciales. Rubião buscó a Carlos María. Allí estaba, entre las mismas mozas que en la sala. Verificó que sólo se ocupaba de ellas; no miraba a Sofía, ni ésta a él.

«Tal vez disimulan», pensó.

Le pareció, al levantarse de la mesa, que cruzaban una mirada; pero el movimiento general de la reunión podía confundirlo y Rubião no sacó mayores conclusiones. Sofía se apresuró a tomarlo del brazo. Mientras caminaban, le dijo:

—Lo he estado esperando desde aquel día, pero usted no vino nunca más. Sin embargo tenía el derecho de exigirselo, para poder explicarme. Luego hablaremos.

Poco después Rubião pasó al gabinete de los fumadores. Oyó en silencio, con los ojos errantes. Cuando los otros salieron, se quedó solo, reclinado a medias en el sofá de cuero, sin pensar en nada. Ahora era la imaginación la que cumplía su oficio, pachorrienta —tal vez porque Rubião había comido mucho. Fuera iban llegando los invitados de la noche; la casa se llenaba, crecía el murmullo de las conversaciones sin que nuestro amigo abandonara sus hermosos sueños. Ni el mismo sonido del piano, que acalló todos los rumores, logró devolverlo a la tierra. Pero un aleteo de sedas, entrando en el gabinete, lo hizo despertar de golpe y ponerse en pie.

—De modo que aquí está —dijo Sofía—. Se esconde para escapar del aburrimiento; ni escuchar buena música quiere. Pensé que ya se había marchado. Vengo a hablar con usted.

Y sin más demora, porque no podía perder un minuto, le refirió cuanto sabemos de la carta hallada en el jardín de Botafogo; recordó que le había pedido que él mismo la abriese para leerla. ¿Qué mejor prueba de inocencia? Las palabras le brotaban veloces, serias, dignas, conmovidas. Momentos hubo en que los ojos se le humedecieron; enjugólos, y le quedaron enrojecidos. Rubião le tomó la mano y vio aún una lagrima, una pequeña lágrima que resbalaba hasta el borde de la boca. Entonces juró que sí, que le creía todo. ¿Qué era eso de llorar? Sofía volvió a secarse los ojos y tendióle una mano agradecida.

—Hasta luego —dijo ella.

El piano continuaba; Rubião le hizo notar esta circunstancia. Mientras durara la música nadie los interrumpiría.

—Pero es que no puedo ausentarme tanto tiempo —protestó Sofía—. Además tengo que dar órdenes. Hasta luego.

—Escúcheme —insistió Rubião.

Sofía se paró.

—Escuche. Déjeme decirle, y quizá por última vez...— ¿Por última vez?

—¿Quién sabe? Puede que sea la última. Me importa muy poco que ese hombre viva o no; pero es posible que alguna vez me lo encuentre aquí, y no estoy dispuesto a pelearme.

—Se lo encontrará todos los días. ¿No le ha contado Cristiano la noticia? Se va a casar con María Benedita.

Rubião dio un paso atrás.

—Sí, se casan —continuó ella—. El hecho es sorprendente, porque surgió cuando menos lo esperábamos; o estaban disimulando

mucho, o les ha dado de repente. Se casan. María Benedita me contó una historia que otra persona me ha confirmado; pero a fin de cuentas la historia es siempre la misma. Se gustan uno al otro, y basta. Se casan dentro de poco. Cuando él habló con Cristiano, Cristiano le contestó que dependía de mí... ¡Como si fuese la madre de la muchacha! Consentí en seguida, y les deseo que sean felices. Él parece un buen joven; ella es una criatura excelente; han de ser felices por fuerza. Como trato es bueno, ¿sabe? Él está en posesión de todos los bienes del padre y la madre. María Benedita no tiene dinero; pero tiene la educación que yo le he dado. Recordará usted que cuando vino a vivir conmigo era un animalito de campo; no sabía casi nada; fui yo quien la educó. Mi tía lo merecía todo, y ella también. Bien, pues, es verdad: se casan dentro de poco. ¿No ha visto hoy que están siempre juntos? Todavía no hay participación oficial; pero los íntimos de la familia pueden saberlo.

Para alguien con tanta prisa, había sido un discurso demasiado largo. Razón por la cual a Sofía se le hizo tarde; repitió su hasta luego y se fue a la sala. El piano ya no sonaba; oíase un discreto rumor de aplausos y conversaciones.

CXVI

¿Iban a casarse? ¿Pero entonces cómo...? María Benedita —era María Benedita quien se casaba con Carlos María; pero entonces Carlos María... Ahora comprendía; había sido todo error, confusión; lo que había parecido ser con una persona era con otra, y es así como se puede llegar a la calumnia y el crimen.

De esta suerte reflexionaba Rubião al volver al comedor, donde los camareros levantaban la mesa de la cena. Y continuó andando a lo largo de la sala: «¡Cómo son las cosas! Pensar que Palha quería casarme con su prima, sin saber que el destino le reservaba otro novio. No es feo el muchacho; en realidad es mucho más guapo que ella. Al lado de Sofía, María Benedita vale poco o nada; pero así es la simpatía... Así que se casan dentro de poco... ¿Será una boda de postín? Seguro que sí. Ahora Palha vive un poco mejor», y Rubião estudiaba los muebles, las porcelanas, los cristales, las bandejas. «Tendrá que ser de postín. Y luego el novio es rico...» Rubião pensó en el carruaje y los caballos que usaría; días antes, en el Ingenio Viejo, había visto una pareja que parecía de pintura. Encargaría una así, por cara que fuese; además tenía que hacerle un regalo a la novia. Estaba pensando en ella cuando la vio entrar.

—¿Dónde está la prima Sofía? —preguntó la joven.

—No lo sé. Ha estado aquí hace un rato.

Y, como la viese dispuesta a marcharse, le solicitó un momento, pidiéndole que no se enfadara. María Benedita aguardó; él, sin vacilar, le dio los parabienes. Sabía que iba a casarse... María Benedita se puso muy roja y murmuró que no lo divulgase. En ese momento no había allí ningún criado; Rubião le tomó una mano y la

apretó entre las suyas.

—Yo soy de la casa —dijo—. Usted merece ser feliz, y espero que lo sea.

Un poco asustada, María Benedita retiró la mano liberándola; pero, para no ofender, al mismo tiempo sonrió. No hacía falta tanto: él estaba encantado. Sabemos que la moza no era bonita. Sin embargo estaba guapa a fuerza de felicidad. La naturaleza parecía haber depositado en ella sus más finas ideas. Sonriendo a su vez, Rubião continuó:

—Fue su prima quien me confió el secreto y me lo encomendó. No diré nada antes de tiempo. ¿Pero qué hay de malo en que se lo diga a usted? Usted es buena y se lo merece todo. No tiene por qué bajar los ojos; casarse no es una vergüenza. Ande, levante la cabeza y ría.

María Benedita puso en él unos ojos radiantes.

—¡Bravo! —aplaudió Rubião—. ¿Qué hay de malo en confesarse a un amigo? Déjeme decirle la verdad; creo que será usted feliz, pero admito que él será más feliz todavía. ¿Que no? Ya verá si no es cierto; él mismo le dirá lo que sienta y, si es sincero, usted se acordará de mi profecía. Sé muy bien que no existe una balanza para pesar los sentimientos... En fin, lo que quiero decirle es que es usted una criatura buena y linda... Ande, váyase ahora; si no seguiré diciendo verdades, y usted ya se ha ruborizado bastante...

En realidad María Benedita, oyendo el lenguaje de Rubião, se había ruborizado de gusto. En su casa no había encontrado nada más que aquiescencia. Ni siquiera Carlos María era tan tierno; la quería con circunspección. Le hablaba de felicidad conyugal como de un tributo que recibiría del destino —un pago obligado, integral y seguro. Tampoco era preciso que la tratase de otro modo para que ella lo adorase más que a cualquier cosa de este mundo. Rubião

repitió la despedida y se quedó mirándola como a una hija. Así la vio atravesar la sala, viva y satisfecha, tan diferente de como había sido en otros tiempos, y desaparecer por una de las puertas. No puedo contener las palabras:

—¡Linda y buena criatura!

CXVII

La historia del casamiento de María Benedita es breve; y aunque para Sofía fuera vulgar, vale la pena contarla. Vaya por delante que, de no ser por la epidemia de las Alagoas, tal vez no habría habido casamiento; de lo cual se deduce que las catástrofes pueden ser útiles, y hasta necesarias. Sobran los ejemplos; pero basta un cuentecito que oí de pequeño y aquí les ofrezco en dos líneas. Erase una vez una choza que ardía en el camino; a pocos pasos la mujer —una triste pelagatos— lloraba su desastre sentada en el suelo. En eso pasó un borracho, vio el incendio, vio la mujer y le preguntó si la casa era suya.

—Sí, señor, es mía. Es todo lo que tenía en el mundo.

—¿Me permite entonces que encienda allí el cigarro?

El cura que me contó esto corrigió sin duda la historia original; no hace falta estar borracho para encender un cigarro en las miserias ajenas. ¡Buen padre Chagas!; pues se llamaba Chagas. Por muchos años ese cura más que bueno me grabó la consoladora idea de que nadie, en su juicio, se hace cargo de los males ajenos; para no hablar del respeto que aquel borracho tenía por la propiedad —al punto de no encender el cigarro sin pedir licencia a la dueña de las ruinas. Ideas todas muy consoladoras. ¡Buen padre Chagas!

CXVIII

¡Adiós, padre Chagas! Vuelvo a la historia del casamiento. Que a María Benedita le gustaba Carlos María es cosa vista o presentida desde aquel baile de la Rua dos Arcos en que él y Sofía habían valseado tanto. La vimos a la mañana siguiente dispuesta a regresar al campo; su prima la apaciguó con la promesa de que le estaba preparando un novio. A María Benedita se le ocurrió que podía ser el valsista de la víspera y decidió esperar. No confesó nada —al principio por vergüenza, después por no querer atenuar el efecto de la novedad cuando Sofía le descubriese el nombre del elegido. Si lo hubiese confesado en seguida, acaso la otra habría aflojado en sus afanes, y la causa se habría perdido. Pero no hagamos mucho caso a todo esto; son pequeños cálculos de muchacha.

Sobrevino la epidemia de las Alagoas. Sofía organizó la comisión, que aportó nuevas relaciones a la familia Palha. Incluida entre las señoras que formaban uno de los subcomités, María Benedita trabajó junto a todas, pero granjeóse en especial la estima de una, doña Fernanda, esposa de un diputado. Doña Fernanda tenía poco más de treinta años; era jovial, expansiva, colorada y robusta; había nacido en Porto Alegre y desposado a un bachiller de las Alagoas, diputado ahora por otra provincia y, según se rumoreaba, futuro ministro de estado. El origen del marido había sido el pretexto para integrarla en el comité; medida harto acertada, pues la dama pedía como quien exige, nunca se arredraba y no admitía negativas. Carlos María, que era primo suyo, fue a visitarla no bien ella llegó a Río de Janeiro. Hallóla más hermosa aún que en 1865, último año en que la había visto, y puede que fuese verdad; declaró que el aire del sur estaba hecho para fortalecer a la gente, para duplicarle las cualidades, y prometió que allí viviría sus últimos días.

—Pues vámonos ahora mismo, que te arreglaré un casamiento — dijo ella—. Conozco una joven de Pelotas que es un auténtico *bijou* y sólo quiere casarse con un hombre de la Corte.

—¿Conmigo, debo inferir?

—De la Corte y con ojos grandes. Mira que no estoy bromeando. Es una belleza. Aquí tengo el retrato.

Doña Fernanda abrió su álbum y le mostró el retrato de la candidata.

—No es fea —concedió él.

—¿Nada más?

—Bueno, es bonita.

—¿Y tú dónde metes la ropa sucia, primo?

Carlos María sonrió sin responder; la expresión no le había gustado. Intentó pasar a otro tema pero doña Fernanda volvió a su amiga casadera. Miraba el retrato coloreándolo con palabras, explicando cómo eran los ojos de la muchacha, el cabello, la tez; y para acabar hizo una breve biografía de Sonora. Tenía ese hermoso nombre. Pese al respeto y la influencia de que gozaba el padre de la niña, el cura encargado de bautizarla había dudado de dárselo; pero al fin había cedido, convencido de que las virtudes de una persona podían elevar su nombre a la altura de los santos.

—¿Y crees que ella llegará a la altura de los santos?
—preguntó Carlos María.

—Seguro que sí, si se casa contigo.

—Con eso no me explicas nada; lo mismo ocurriría si se casara con el diablo, y con mayor seguridad pues sería una mártir. Santa

Sonora: no es feo el nombre, se ajusta al sentido. Santa Sonora... En todo caso, prima...

—Tienes peor entraña que un judío. Calla de una vez —lo interrumpió ella—. ¿De modo que rechazas mi candidata? —prosiguió colocando el álbum en su sitio.

—No la rechazo; pero déjame seguir con mi celibato, que es mi camino al cielo.

Doña Fernanda lanzó una carcajada.

—¡Dios misericordioso! ¿De veras crees que irás al cielo?

—Hace veinte minutos que estoy en él. ¿Qué es si no esta sala tranquila, fresca, tan lejana de la gente que anda por ahí fuera? Aquí estamos los dos conversando, sin oír blasfemias, sin soportar espíritus tullidos, tísicos, escrofulosos, gente insufrible; en suma: el propio infierno. Esto es el cielo —o una parte del cielo; pero si cabemos los dos, se vuelve infinita. Hablamos de Santa Sonora, de São Carlos María, y de Santa Fernanda, que para diferenciarse de São Goçalo se ha hecho casamentera. ¿Dónde hay un cielo mejor que éste?

—En Pelotas.

—¡Pelotas está tan lejos! —suspiró él, estirando las piernas y mirando el brillo del suelo.

—De acuerdo. Ha sido apenas la primera embestida. Daré otras, hasta que acabes aceptando.

Sonriendo, Carlos María miró las borlas del cordón de seda que ella llevaba en la cintura, atado con un lazo flojo; bien para ver las borlas, bien para estudiar la gentileza del cuerpo. Una vez más se convenció de que su prima era una criatura muy bella. La plástica le atrajo la mirada, el respeto la desvió; pero no fue sólo la amistad lo

que lo hizo demorarse un rato más y lo llevó otras veces a esa casa. Carlos María amaba la conversación de las mujeres, tanto como, en general, detestaba la de los hombres. Los hombres le parecían declamatorios, groseros, fatigosos, pesados, frívolos, chulos, triviales. Las mujeres, al contrario, no eran groseras ni declamatorias ni pesadas. En ellas la vanidad era un adorno, y algunos defectos no desentonaban; poseían además la gracia y el embrujo de su sexo. De la más insignificante, pensaba, siempre había algo que extraer. Si alguna le resultaba insulsa o estúpida, se decía que era un hombre mal acabado.

Entretanto, las relaciones entre doña Fernanda y María Benedita se iban estrechando. Por entonces a ésta se la veía triste además de apocada; fue justamente la diferencia de temperamentos y situaciones lo que las unió. Doña Fernanda tenía, en gran escala, la virtud de la comprensión: amaba a los frágiles y los tristes por necesidad de hacerlos alegres y valerosos. Se contaban de ella muchos gestos de piedad y dedicación.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó un día a la joven amiga—. Casi nunca se ríe, anda siempre con los ojos asustados, pensando...

María Benedita respondió que no le pasaba nada, que era su forma de ser; y al decirlo sonreía por mera condescendencia. En parte, atribuyó su melancolía a la pérdida de la madre. Doña Fernanda empezó a llevarla a todas partes, a invitarla a cenar, a darle un lugar en su palco si iba al teatro; gracias a aquello, y a su carácter divertido, alejó del alma de la moza los siniestros cuervos que la sobrevolaban. Pronto la costumbre y el afecto las hicieron amigas. No obstante, María Benedita siguió guardando su secreto.

«Sea cual sea el secreto, creo que lo mejor es casarla con Carlos María. Sonora tendrá que esperar.»

—Lo que usted necesita es casarse, María Benedita —le dijo dos días después, una mañana, en su granja de Mata-Cavalos. La

muchacha había ido al teatro con ella, y se había quedado a pasar la noche allí—. Nada de peros. Usted necesita casarse, y va a casarse... Desde anteayer que quiero decírselo, pero estas cosas pierden fuerza cuando se hablan en la sala o por la calle. Aquí en la granja es distinto. Y si se anima usted a subir un poco al cerro, entonces sí que estaremos bien. ¿Me acompaña?

—Hace mucho calor...

—Pues es más poético, amiguita. ¡Ah, carioca sin sangre! Ustedes sólo llevan agua en las venas. Bien, quedémonos en este banco. Siéntese; yo me pondré a su lado, dispuesta a todo. O se casa usted, o se morirá. No me conteste. Usted no es feliz —prosiguió, cambiando de tono—. Puede disimular todo lo que quiera, pero se ve que le faltan ganas de vivir. Venga, dígamelo con franqueza, ¿siente inclinación por alguien? Si es así, confiéselo, que inmediatamente mando buscar la persona.

—No.

—¿No? Pues tanto mejor. No hace falta que se llene el corazón de libros. Conozco un buen inquilino.

María Benedita se volvió del todo hacia ella, los labios entreabiertos y los ojos dilatados. No se podía decir si desconfiaba de la propuesta o la esperaba con ansia. Como no atinaba a descubrir el verdadero estado de la muchacha, doña Fernanda la tomó primero de la mano y pidióle que le contara todo. Tan evidente era que amaba a alguien, tanto se le notaba en los ojos, que era imperioso que lo confesara; la instó pues, le rogó; si era preciso, estaba dispuesta a intimarla. La mano de María Benedita se había enfriado, los ojos escrutaban el suelo; por algunos instantes ninguna de ellas dijo nada.

—Vamos, hable —repitió doña Fernanda.

—No tengo nada que decir.

Incrédula, doña Fernanda le apretó más la mano, le rodeó la cintura con un brazo, la estrechó; le dijo en voz muy baja, al oído, que hiciese cuenta de que era su propia madre. Y la besaba en la cara, en la oreja, en la nuca, la hacía apoyar la cabeza en su hombro, con la otra mano la acariciaba. Todo, todo, quería saber todo. Si el amado estaba en la luna ella lo mandaría buscar —lo traería de donde fuese, salvo del cementerio; pero, si estaba en el cementerio, le daría uno tanto mejor que en pocos días la haría olvidar al primero. María Benedita oía agitada, palpitante, sin saber cómo huir —presta a confesar pero callando a tiempo, como si estuviese defendiendo su pudor. No negaba ni confesaba; pero, como tampoco sonreía, y temblaba de conmoción, era fácil entrever al menos media verdad.

—¿Pero acaso no soy su amiga, no me tiene confianza? Haga cuenta de que soy su madre.

María Benedita resistió poco más; se le habían agotado las fuerzas y necesitaba revelar algo. Doña Fernanda la escuchó emocionada. El sol ya acariciaba las cercanías del banco, y no tardó en treparles a los zapatos, al ruedo de las faldas, a las rodillas; pero ninguna de las dos le prestó atención. El amor las absorbía: la exposición de una ejercía un raro hechizo en la otra. Era una pasión no expresada, no compartida, no adivinada; pasión que iba cambiando de índole y de especie para transformarse en adoración pura. Al principio, cada vez que veía a la persona amada, había pasado por dos estados muy distintos: uno que no habría sabido definir y era alborozo, tontera, vuelcos del corazón, casi un desmayo; y el segundo, que era de contemplación. Ahora casi no quedaba sino éste. Había llorado mucho a solas, pasado noches y noches melancólicas; estaba pagando cara la magnitud de sus esperanzas. Pero nunca perdería la certeza de que él era superior a todos los otros hombres, un ente divino que, aun no fijándose en

ella, siempre merecería ser adorado.

—Bien —dijo doña Fernanda cuando su amiga acabó de hablar—. Vamos a lo esencial, que es no seguir penando en balde. No, mi querida, esto de adorar a alguien que no nos hace caso es cosa de poetas. Déjese de poesía. Mire que la perjudicada será usted; porque él se casará con otra, pasarán los años, la pasión montará en la grupa de su caballo y un día, cuando menos se lo espere, usted se despertará sin amor ni marido. ¿Y quién es ese bárbaro?

—Eso no se lo diré —respondió María Benedita levantándose del banco.

—Muy bien, no me lo diga —dijo doña Fernanda, tomándola de las muñecas para hacerla sentar en sus rodillas. Lo principal es que se case. Si no puede ser con éste, será con otro.

—No.

—¿Sólo se casaría con él?

—Ni siquiera sé si con él —respondió María Benedita después de unos instantes—. Lo quiero como quiero a Dios, que está en el cielo.

—¡Virgen santísima! ¡Qué blasfemia! Dos blasfemias, muchacha. Pues primero, no se debe amar a nadie como a Dios. Y segundo, que un marido, por malo que sea, siempre es mejor que el mejor de los sueños.

CXIX

«Un marido, por malo que sea, siempre es mejor que el mejor de los sueños.»

La máxima no era idealista; María Benedita protestó. ¿Acaso no era mejor soñar que llorar? Los sueños acaban o se alteran, mientras que los malos maridos pueden vivir mucho tiempo.

—Usted dice eso —concluyó María Benedita— porque Dios le ha destinado un ángel... Mire, allí viene.

—Descuide, que todas hemos de tener nuestro ángel. Para usted conozco uno magnífico. A mí me buscan todos los ángeles.

Habiéndolas visto a lo lejos, Teófilo, marido de doña Fernanda, se acercó al banco. Llevaba en la mano un diario enrollado. No saludó a la huésped; fue directo hacia su mujer.

—¿Quieres saber lo que me han hecho, Nana? —dijo apretando los dientes—. Hoy sale mi discurso del día cinco. Mira esta frase. Yo dije: *En la duda, abstente, dice el sabio consejo*. Y ellos han puesto: *En la deuda, abstente...* ¡Es intolerable! Fíjate que se trataba justamente de un crédito del Ministerio de Marina, y en el debate se alegaba que ya se habían hecho muchos gastos. De modo que parece una grosería de mi parte; es como si aconsejase estafar. En todo caso es un disparate.

—¿Y tú no leiste las pruebas?

—Las leí, pero el autor es el menos indicado para leerlas bien. *En la deuda, abstente* —repitió mirando el periódico. Luego resopló—. Solo con...

Estaba consternado. Era un hombre de talento, grave y trabajador; pero en aquel momento todas las grandes obras, los más delicados problemas, las batallas más decisivas, las revoluciones más profundas, todas las alimañas y las generaciones humanas no valían tanto como lo demás. María Benedita lo miraba sin comprender. Había creído que padecía la mayor tristeza del mundo, pero allí tenía otra tan grande como la suya, y mucho más angustiosa. Así, la melancolía voraz de una pobre criatura era equiparable a un error tipográfico. Teófilo, que sólo entonces reparó en ella, le tendió la mano; estaba fría. Nadie puede fingir que tiene las manos frías; debía sufrir de veras. Instantes después, con un gesto violento, tiró el periódico al suelo y se alejó.

—Pero Teófilo, eso se corrige mañana —dijo doña Fernanda poniéndose en pie.

Sin darse la vuelta, Teófilo encogió los hombros desesperado. Su mujer corrió tras él; asustada, la amiga la siguió. Quedóse solo el banco, libre ahora de ellas, recibiendo de lleno los rayos del sol, que no ama ni hace discursos. Doña Fernanda llevó a su marido a una salita y, a fuerza de besos, lo consoló del golpe. A la hora del almuerzo él ya sonreía de nuevo, si bien con una sonrisa pálida; para distraerlo de su tribulación, la mujer le expuso el proyecto de casar a María Benedita; tenía que ser con un diputado, si es que en la cámara había algún soltero, cualquiera que fuera su tendencia. Podía ser oficialista, opositor, ambas cosas o ninguna —con tal que fuese marido. Sobre este tema hizo algunas reflexiones vivas, agudas, destinadas a llenar el tiempo y matar el recuerdo de la letra sobrante. ¡Pía criatura! Mientras la escuchaba, Teófilo se iba alegrando y concordaba en la conveniencia de casar a María Benedita.

—Lo peor —dijo doña Fernanda mirando de lejos a su amiga— es que ama a alguien y no quiere decirme el nombre.

—Ni falta que hace —replicó el marido limpiándose los labios—. Está claro que le gusta tu primo.

CXX

Al domingo siguiente doña Fernanda fue a la iglesia de Santo Antonio dos Pobres. Acabada la misa, de la muchedumbre de fieles que se saludaban unos a otros o se persignaban frente al altar, vio surgir nada menos que a su primo, erguido, risueño, impecablemente trajeado, tendiéndole la mano.

—¿Has venido a misa? —le preguntó asombrada.

—Así es.

—¿Y vienes siempre?

—No siempre, pero sí a menudo.

—Francamente, no esperaba de ti semejante devoción. En general los hombres son unos impíos. Teófilo no pisa la iglesia como no sea para bautizar a sus hijos. ¿De modo que eres religioso?

—No estoy seguro. Pero me horroriza esa banalidad que es hablar mal de la religión. Y basta: he venido a misa, no a confesarme; ahora te llevaré a tu casa y, si me invitas a almorzar, almorzaré con vosotros. Salvo que quisiérais que os invite yo; ya sabes que vivo en esta calle.

—Si te parece bien iré yo sola. Tengo que contarte una noticia muy larga.

—Entonces vamos despacio —dijo Carlos María en la puerta, y le ofreció el brazo. Dos pasos más adelante preguntó—: ¿Es una noticia importante?

—Importante y deliciosa.

—No quiero suponer que Dios, siempre misericordioso, se haya llevado a nuestro querido Teófilo, dejando en el desamparo a la más amable de las viudas... No hace falta que pongas esa cara, prima. Y suéltame ya el brazo. Vamos a la noticia. Apuesto a que llegó la joven de Pelotas.

—No te diré qué es si no juras que lo tomarás en serio.

—En serio.

Doña Fernanda confesóle que dudaba de casarlo con la patricia de Pelotas; no quería cargar con remordimientos; había descubierto que una persona sentía por el primo un amor inmenso. Carlos María sonrió, esbozó una chanza, pero la noticia le azuzó el espíritu. ¿Amor inmenso? Amor inmenso, pasión violenta, confirmó la prima, añadiendo que quizá la definición no se aviniera con el sentimiento actual de la persona. Ahora, en realidad, era una adoración inmóvil y callada. Se había pasado noches y noches llorando, y no por ello había agotado la esperanza... Y así doña Fernanda fue repitiendo la confidencia de María Benedita. Sólo faltaba el nombre; Carlos María quiso saberlo, pero ella lo negó. No podía revelarlo. ¿Para qué darle el gusto de saber quién era la que lo veneraba, si no lo veía correr al encuentro de su alma? Mejor era dejarla en el misterio. Por lo demás, ella ya no lloraba; modesta y sin ambiciones, al fin iba perdiendo las esperanzas de ser amada para devenir mera devota, pero una devota sin par, ni siquiera expectante de ser oída o agraciada por una mirada benévola de su dios...

—Tú, prima...

—¿Yo, qué?

Carlos María continuó diciendo que era una abogada digna de la causa que estaba defendiendo. Realmente, si esa joven lo adoraba

a tal punto, era justo y natural que la prima se interesase por ella con tanto calor. ¿Pero por qué no le decía el nombre?

—Ahora no te lo diré; tal vez algún día... Pero comprenderás que me costaría mucho casarte con mi patricia sabiendo que otra persona te ama tanto. Y sin embargo bien podría ser que esta de aquí no sufriera mucho si te viera casado. Sí, señor, parece absurdo, pero hay que conocerla; te aseguro que, con tal de verte feliz, sería capaz de bendecir a su rival.

—Más que romanticismo, eso es misticismo —replicó Carlos María unos pasos más adelante, con la mirada en el suelo—. No encaja muy bien con nuestra época. ¿Tienes alguna prueba de semejante estado de espíritu?

—La tengo... Aquélla es tu casa, ¿no? —preguntó doña Fernanda parándose.

—Sí.

—Hermosa construcción. Y sólida.

—Muy sólida.

—Una, dos, tres, cuatro... Siete ventanas. ¿El salón va de punta a punta? Perfecto para un baile—. Y reanudando la marcha—: Yo, si tuviese una casa más grande, daría una fiesta enorme antes de volver a Río Grande. Me encantan las fiestas. Los dos niños no me dan demasiado trabajo. A propósito, tengo ganas de poner a Lopo en un colegio. ¿Dónde hay uno bueno?

Carlos María pensaba en la devota incógnita. Estaba lejos, muy lejos de la educación y sus establecimientos. Qué agradable era sentirse un dios adorado, y adorado a la manera evangélica, la devota encerrada en su aposento, con la puerta cerrada, en secreto, lejos de la sinagoga y los ojos de la gente. «Y tu padre, que ve lo que ocurre en secreto, será quien te pague». ¡Ah, bien le habría pagado

él, si hubiese sabido quién era! ¿Estaría casada? No, no podía ser; en ese caso no se lo habría confesado a nadie; viuda o soltera, más bien soltera. Le despertaba curiosidad, la soltera aquella. ¿En que alcoba se encerraba a rezar, a evocarlo, llorarlo, bendecirlo? Ya no se empecinaba en conocer el nombre; pero al menos sí la alcoba.

—¿Dónde hay un buen colegio? —repitió doña Fernanda.

—¿Un colegio? No sé; estoy pensando en la desconocida. Comprenderás que una persona que me adora en silencio, sin esperanza, merece ser objeto de cierta atención. ¿Es alta o baja?

—María Benedita.

Carlos María se paró en seco.

—¿Esa chica...? No es posible. He hablado con ella muchas veces y nunca noté nada. Siempre me ha parecido fría. Tiene que ser un error. ¿La has oído nombrarme?

—No, y mira que le insistí. Confesó el milagro sin nombrar al santo. ¡Pero qué milagro! Puedes jactarte de ser adorado como nadie. ¿De quién es aquella casa?

—A ti te gusta exagerar, prima; no puede ser para tanto. ¿Adorado como nadie? ¿Y cómo descubriste que era yo?

—Fue Teófilo el que se dio cuenta. Y bastó decírselo para que ella se quedara como una pitanga. Después, conmigo, lo negó; pero desde ese día no ha vuelto por casa.

Así se iniciaron los amores. A Carlos María lo regocijó verse amado en silencio hasta tal punto, y toda su prevención se transformó en simpatía. Empezó a frecuentarla, saboreó la confusión de la joven, los miedos, la alegría, la modestia, la actitud casi implorante, un compuesto de actos y sentimientos que eran la apoteosis del hombre amado. Tal fue el inicio, tal el desenlace. Y así

los hemos visto en la noche del cumpleaños de Sofía, a quien él había dicho cosas tan dulces. Es lo que ocurre con ios hombres: no son muy distintos de las aguas que pasan y los vientos que rugen.

CXXI

—¡Bien, si se va a casar, tanto mejor!

Entre esa noche y el día de la boda Rubião advirtió en el aire algunas miradas de Sofía sospechosas de tentación; pero si Carlos María las correspondía, antes era por educación que por otra cosa. Rubião llegó a la conclusión de que todo era fortuito; aún recordaba las lágrimas de Sofía cuando, la noche del cumpleaños, le había explicado la historia de la carta.

¡Ah, buena lágrima inesperada! Tú, que alcanzaste para persuadir a un hombre, no eres explicable para otros, y así va el mundo. ¿Qué importa que esos ojos no estuviese acostumbrados al llanto, o que la noche pareciese exaltar muy diversos sentimientos de melancolía? Rubião la vio caer; y ahora la sigue guardando en la memoria. Pero la confianza de Rubião no sólo nacía de esa lágrima, sino también de la misma Sofía, que nunca había sido con él tan solícita ni tan confiada. Era como si se hubiese arrepentido del mal que le había hecho y estuviese dispuesta a curarlo, bien por afecto tardío, bien por el fracaso de la primera aventura. Hay delitos virtuales que duermen por un tiempo. Hay obras que se refugian en la cabeza del maestro esperando que suenen los primeros compases de la imaginación.

CXXII

—¡Menos mal que se casa! —repitió Rubião.

La boda no se demoró mucho: tres semanas. La mañana del día señalado, Carlos María abrió los ojos con cierto espanto. ¿Era él mismo quien se iba a casar? No había duda. Miróse al espejo: era él. Repasó los últimos días, la rapidez de los sucesos, la realidad del afecto que le tenía la novia y, en fin, la felicidad pura que le iba a brindar. Esta última idea lo colmaba de una satisfacción grande y rara. Ahora la iba saboreando durante el habitual paseo a caballo de las mañanas; esta vez había elegido el barrio del Ingenio Viejo.

Acostumbrado como estaba a las miradas de admiración, en toda la gente veía un aire de saber que se iba a casar. Las casuarinas de una quinta, quietas hasta que él pasara, le dijeron cosas muy particulares, que los necios atribuyeron a la brisa que también estaba pasando, pero que los sabios reconocieron como el lenguaje nupcial de las casuarinas. Pájaros brincaban de un lado a otro gorjeando un madrigal. Una pareja de mariposas —que los japoneses consideran símbolo de fidelidad, pues si bien vuelan de flor en flor siempre lo hacen de a dos— acompañó mucho tiempo el trote del caballo, revoloteando sobre la cerca de una granja que bordeaba el camino, aleteando aquí y allá, ligeras y amarillas. Mezclado con esto, la atmósfera fresca, el cielo azul, caras alegres de hombres a lomos de burros, cuellos estirados en las ventanillas de los coches para admirar su garbo de novio. Era difícil creer que todos esos gestos y actitudes de la gente, de las aves y de los árboles expresaran otro sentimiento que el homenaje nupcial de la naturaleza.

Las mariposas se perdieron en uno de los arbustos más densos de la cerca. Vino entonces otra granja, desnuda de árboles, con el

portón abierto y al fondo, de frente al portón, una vieja casa que parecía arrugar los ojos bajo la forma de cinco ventanas con pretil, cansadas de perder moradores. También ellas habían visto bodas y festines; el siglo las había conocido verdes de novedad y esperanza.

No penséis que esa imagen ensombreció el alma del jinete. Al contrario: él poseía el don particular de rejuvenecer las ruinas y alimentarse de la vida primitiva de las cosas. Incluso le gustó ver la casa envejecida, destartalada, en contraste con las vivaces mariposas de un momento antes. Frenó el caballo; evocó las mujeres que habían entrado por ese portón, otras galas, otros rostros, otras maneras. Y hasta las mismas sombras de personas felices y extintas llegaban ahora a felicitarlo, diciéndole con labios invisibles todas las cosas sublimes que pensaban de él. Oyéndolas, sonrió. Pero una voz estridente vino a inmiscuirse en el concierto —un papagayo que estaba en una jaula colgada fuera de la casa. «Papagayo real, rey de Portugal. ¿Quién pasa? Currupá, papá. Grrr... Grrr». Las sombras se dispersaron y el caballo siguió trotando. Carlos María odiaba a los papagayos, como odiaba a los monos; eran, decía, dos falsificaciones de la persona humana.

Unas calandrias cruzaron el camino volando y se posaron a cantar en su lengua; fue una aparición. Esa lengua sin palabras era inteligible, decía una cantidad de cosas claras y bellas. Carlos María vio en aquello un símbolo de sí mismo. Cuando su mujer, aturdida por los papagayos del mundo, estuviese por derrumbarse de tedio, él la ayudaría a erguirse a los trinos de la bandada divina que llevaba dentro: ideas de oro dichas por una voz de oro. ¡Ah, qué feliz la haría! Ya la veía arrodillada, con los brazos apoyados en sus rodillas, la cabeza en las manos y la mirada fija en él, agradecida, devota, toda implorante, toda nada.

CXXIII

Ahora bien, aquel cuadro, a la misma hora en que aparecía en la imaginación del novio, reproducíase exactamente igual en el espíritu de la novia. Asomada a la ventana, contemplando las olas que rompían a lo largo de la playa, María Benedita se veía arrodillada a los pies de su marido, quieta y contrita como quien va a recibir la hostia de la felicidad en una misa de comunión. Y decía para sí: «¡Ah, qué feliz me hará!». La idea y la frase eran distintas, pero la actitud y la hora eran las mismas.

CXXIV

Casáronse; tres meses después viajaron a Europa. El día de la despedida doña Fernanda estaba tan alegre como si ya hubieran regresado; no lloraba. El placer de verlos felices era mayor que el disgusto de la separación.

—¿Está contenta? —le preguntó por última vez a María Benedita junto a la amurada del paquebote.

—¡Oh, mucho!

El alma de doña Fernanda asomó a los ojos, fresca, ingenua, cantando un fragmento en italiano —pues la magnífica mujer prefería la música italiana—, tal vez un aria de *Lucia: O, bell'alma innamorata*. O este trozo del *Barbero*:

Ecco ridente in cielo

Spunta la bella aurora

Sofía no fue al puerto; dijo que se encontraba mal y mandó a su marido. No vayáis a creer que era pesar o dolor; en ocasión de la boda se había comportado con suma discreción, ocupándose del ajuar de la novia y despidiéndola con muchos besos llorados. Pero subir a bordo le parecía una vergüenza. Dijo que estaba enferma; y, para no desmentir el pretexto, permaneció en su cuarto. Tomó una novela reciente; se la había dado Rubião. Otras cosas que había allí le recordaban al mismo hombre, adornos de toda suerte, sin contar las joyas guardadas. Y al inventario de los recuerdos se sumaron por fin las singulares palabras que, en voz baja, nuestro amigo le había dicho la noche de la boda de María Benedita:

—Usted ya es la reina de todas. Pero aguarde, que yo aún la haré emperatriz.

Sofía no pudo entender esa frase enigmática que era un soborno para hacerla amante suya; pero excluyó la suposición por excesivamente osada. Aunque Rubião ya no era el hombre tímido y encogido de otros tiempos, tampoco se mostraba tan seguro de sí como para poder atribuirle semejante presunción. ¿Pero qué era entonces la frase? Tal vez un modo figurado de decirle que iba a amarla todavía más. A Sofía todo le parecía posible. No le faltaban cortejantes; había oído aquella declaración de Carlos María, y probablemente otras a las que no había prestado más atención que la de la vanidad. Y todas habían pasado; sólo Rubião persistía. Había pausas, hijas de las sospechas; pero las sospechas tan pronto iban como venían.

«*El merece ser amado*», leyó Sofía en la novela cuando iba a reanudar la lectura; cerró el libro, cerró los ojos y perdióse en sí

misma. La esclava que poco después entró a llevarle a un caldo pensó que la señora dormía y retiróse de puntillas.

CXXVI

Entretanto, Rubião y Palha bajaban del barco y volvían en bote al muelle Faroux. Iban pensativos y callados. Palha fue el primero que abrió la boca.

—Rubião, hace tiempo que estoy por decirle algo importante.

CXXVII

Rubião se despertó. Era la primera vez que subía a un barco. Volvía con el alma llena de los rumores de a bordo, el bullicio de la gente que entraba y salía, extranjeros de diversa casta, franceses, ingleses, alemanes, argentinos, italianos, una confusión de lenguas, una caverna de sombreros, maletas, cordajes, sofás, binoculares, hombres que bajaban o subían por las pasarelas, mujeres sollozantes, otras curiosas, otras sonrientes y muchas que llevaban flores o frutas —todas novedades. A lo lejos, la barra por donde el barco tenía que salir. Más allá salir. Más allá de la barra, el mar inmenso, el cielo cerrado y la soledad. Rubião renovó los sueños del mundo antiguo y creó una Atlántida sin saber nada de la tradición. No teniendo nociones de geografía, se formaba una idea confusa de los otros países y los imaginaba rodeados de un nimbo misterioso. Como no le costaba viajar así, estuvo un tiempo en aquel vapor alto y largo, navegando mentalmente sin mareo, sin olas, sin viento, sin nubes.

CXXVIII

—¿A mí? —preguntó Rubião luego de unos segundos.

—A usted —confirmó Palha—. Debí habérselo dicho hace bastante, pero estos asuntos de la boda y el comité de las Alagoas me tuvieron atrapado y no encontré la ocasión. Ahora, sin embargo, antes del almuerzo... Almorcemos juntos.

—De acuerdo, ¿pero de qué se trata?

—Es una cosa importante.

Diciendo esto sacó un cigarro, abriólo, ablandó el tabaco con los dedos, volvió a enrollar el envoltorio y encendió una cerilla, pero el viento se la apagó. Entonces le pidió a Rubião que por favor le acercase el sombrero para poder encender otra. Rubião obedeció impaciente. Bien podía ser que el socio, alargando la espera, quisiera hacerle creer que se trataba de un terremoto; la realidad sería un beneficio. Dadas dos bocanadas:

—Tengo idea de liquidar el negocio; me han propuesto entrar en una casa bancaria, con puesto de director, y creo que aceptaré.

Rubião respiró.

—Bien. ¿Y quiere liquidar ahora?

—No. Allá para fines del año que viene.

—¿Y es necesario liquidar?

—Para mí sí. Si el asunto del banco no fuese seguro, no me animaría a dejar lo cierto por lo dudoso; pero es segurísimo.

—Pues a fin del año que viene cortamos los lazos que nos atan...

Palha tosió.

—No. Tiene que ser antes, a fin de este año.

Rubião no entendía; pero el socio le explicó que era útil deshacer la sociedad cuanto antes para que liquidara la empresa él solo. El banco podía organizarse antes o después; ¿y para qué sujetarlo a las exigencias del caso? Además, el doctor Camacho afirmaba que dentro de muy poco Rubião estaría en la cámara, y que la caída del gobierno era cierta.

—Sea como fuere —concluyó—, siempre valdrá más deshacer la sociedad a tiempo. Usted no vive del comercio; así como entró en esta firma con el capital necesario, podría dárselo a otra o guardárselo.

—Pues sí, no hay duda —concordó Rubião. Y tras unos instantes—: Pero dígame usted una cosa: esa propuesta, ¿tiene algún motivo oculto? Es una ruptura entre amigos... Sea franco, dígame todo...

—¿Qué pamplinas son ésas? —replicó Palha—. Ruptura entre amigos... No diga tonterías. Debe ser el balanceo del mar. ¿Así que yo, que lo hago amigo de mis amigos, que lo trato como a un familiar, como a un hermano, voy a pelearme con usted porque sí? La misma María Benedita se habría casado con usted, bien lo sabe, si usted no hubiese rechazado la propuesta. Se puede cortar un lazo sin cortar otros. Lo contrario sería un despropósito. ¿O acaso todos los amigos de sociedad o de familia son socios comerciales? ¿Y los que no son hombres de negocios?

A Rubião el argumento le pareció excelente y quiso dar a Palha un abrazo. Este, enormemente satisfecho, le estrechó la mano; iba a

librarse de un socio cuya creciente prodigalidad podía ponerlo en peligro. La firma era sólida; era fácil entregar a Rubião la parte que le pertenecía, sumadas las deudas personales y anteriores. Quedaban aún algunas de las que Palha, una noche, había confesado a su mujer en Santa Teresa (cap. L). En realidad, poco había pagado; por lo general era Rubião quien no quería saber nada del asunto. Un día, empeñado en darle algún dinero por la fuerza, Palha había repetido el viejo proverbio: «Paga lo que debes y verás lo que te queda». Pero Rubião, bromeando, le había contestado:

—Pues no pagues, y fíjate si no te queda todavía más.

—¡No esta mal! —había replicado Palha riendo, y se había guardado el dinero en el bolsillo.

CXXIX

No había ningún banco, ni puesto de director, ni liquidación; ¿pero cómo habría podido Palha justificar la separación diciendo la pura verdad? Por eso la invención, tanto más fácil cuanto que Palha amaba los bancos y se moría por dirigir uno. La carrera de ese hombre era cada vez más próspera y vistosa. Los negocios le marchaban viento en popa; uno de los motivos de la separación, justamente, era no tener que dividir con otro los futuros lucros. Además Palha tenía acciones en todas partes, pólizas de oro del empréstito de Itaboraí, y en sociedad con un poderoso había hecho uno o dos suministros para la guerra que le habían rendido grandes beneficios. Ya tenía apalabrado un arquitecto que le construiría un palacete. Pensaba vagamente en una baronía.

CXXX

—¿Quién habría dicho que los Palha nos iban a tratar así? Ya no valemos nada. No se moleste en defenderlos.

—No los defiendo; estoy explicando. Tiene que haber sido un error.

—Cumple años, casa a la prima y ni una triste invitación al mayor; ¡al gran mayor, el impagable! El mayor, el viejo amigo el mayor. Así me llamaban; yo era el impagable, el viejo amigo, el gran mayor y varias cosas más. Ahora ni una triste invitación, ni mandar un moleque con un recado: «Nana cumple años, o casa a su prima. Dice que la casa está a sus órdenes y que vaya vestido de lujo». No habríamos ido, nosotros no somos gente de lujo. Pero algo tendría que haberle mandado al mayor impagable, un mensaje, un moleque...

—¡Papá!

Aprovechando la intervención de doña Tónica, Rubião se animó a defender largamente a la familia Palha. Estaban en la casa del Mayor, no ya en la Rua Dous de Dezembro sino en la dos Barbonos, un modesto piso alto. Rubião había pasado por allí, el mayor estaba en la ventana y lo había llamado. Doña Tónica no había tenido tiempo para salir de la sala y echarse al menos un vistazo en el espejo; apenas había podido pasarse la mano por el pelo, arreglarse el lazo en el cuello y bajarse el vestido para cubrir los zapatos, que no eran nuevos.

—Le aseguro que habrá habido una confusión —insistió Rubião—. En esa casa está todo alterado con el asunto de las Alagoas.

—Pues hablando de eso —saltó el mayor Siqueira—, ¿por qué no pusieron a mi hija en el comité? ¡Hombre! Ya hace mucho que me he dado cuenta; antes no hacían fiesta sin nosotros. Eramos el alma de todas las reuniones. Hace un tiempo las cosas cambiaron; empezaron a recibirnos con frialdad y el marido, si puede esquivarme, ni siquiera me saluda. Le digo que esto empezó hace un tiempo; pero antes no se hacía nada sin nosotros. ¿Cómo puede hablarme usted de confusión? Pero si la misma víspera del cumpleaños de ella, viendo que no nos invitarían, fui a hablar con el almacén. Pocas palabras; el hombre disimulaba. Al final le dije: «Ayer, en casa, Tonica y yo discutimos sobre la fecha del aniversario de doña Sofía; ella decía que ya había pasado y yo que no, que era hoy o mañana». No me respondió; fingió que estaba enfrascado en una cuenta, llamó al contable y le pidió explicaciones. Yo, desconfiando, le repetí la historia: hizo lo mismo. Me fui. ¡Menudo caradura, ese Palha! Ahora resulta que le doy vergüenza. Antes todo era: «Mayor, un brindis». Yo hacía muchos brindis, tenía cierta soltura. Jugábamos a las cartas. Ahora se anda con grandezas; se junta con gente fina. ¡Ah, qué mundo de vanidades! ¿Quiere creerme que el otro día vi a su mujer en un *coupé*, acompañada de otra? ¡Sofía en un *coupé*! Fingió que no me veía, pero puso los ojos de tal forma que, al advertir que yo la había visto a ella, alcanzó a hacerse la sorprendida. ¡Vida de vanidades! Quien nunca ha comido aceite, cuando come se mancha.

—Perdóneme, pero las tareas del comité exigen cierto aparato.

—Sí —respondió Siqueira—. Por eso no llamaron a mi hija. Y para que no estropease los carruajes...

—Además, el *coupé* podía ser de la señora que iba con ella.

Las manos tomadas en la espalda, el mayor dio dos pasos y se paró frente a Rubião.

—De la otra... o del padre Mendes. ¿Cómo anda el padre? De

lo mejor, naturalmente.

—Pero papá, no puede pasar nada —terció doña Tónica—. Ella me sigue tratando bien, y cuando el mes pasado estuve enferma mandó dos veces al moleque por noticias...

—¡Al moleque! —bramó el padre—. ¡Al moleque! ¡Vaya molestia! «Moleque, ve a la casa de ese jubilado y pregúntale si la hija está mejor; yo no puedo ir porque me estoy lustrando las uñas!». ¡Vaya molestia! ¡Tú no te lustras las uñas! ¡Tú trabajas! ¡Eres una digna hija de tu padre! ¡Pobre pero honrada!

Aquí el mayor se echó a llorar, aunque de repente suspendió las lágrimas. La hija, en su conmoción, sintióse también humillada. Sin duda la casa expresaba la pobreza de la familia: pocas sillas, una vieja mesa redonda, un canapé gastado; en las paredes, dos litografías enmarcadas en pino pintado de negro: un retrato del mayor en 1857 y un *Veronés en Venecia* comprado en la Rua do Senhor dos Passos. Pero en todo se traslucía el trabajo de la hija; los muebles brillaban de tan limpios, la mesa tenía un mantel bordado por ella; el canapé un cojín. Y era falso que doña Tónica no se lustraba las uñas; no tendría polvos ni gamuza, pero todas las mañanas les pasaba un trozo de paño.

CXXXI

Rubião los trató con simpatía. Para no desesperar al mayor, no siguió defendiendo a la familia Palha. Poco después se despidió prometiendo, sin que lo invitaran, que «un día de estos» iría a cenar con ellos.

—Será cena de pobre —contestó el mayor—. Si puede, avise antes.

—No quiero ningún banquete. Vendré cuando se me ocurra.

Despidióse. Doña Tónica, después de acompañarlo sólo hasta el descansillo a causa de los zapatos, fue a la ventana para mirarlo alejarse.

CXXXII

No bien Rubião dobló la esquina de la Rua das Mangueiras, doña Tónica se acercó a su padre, que se había sentado en el canapé a releer la vieja *Saint-Clair de las islas o los desterrados de la isla de la Barra*. Era la primera novela que había leído; el ejemplar, que tenía más de veinte años, formaba toda la biblioteca del mayor y su hija. Siqueira abrió el primer volumen y fijó los ojos en el comienzo del capítulo II, que sabía de memoria. Los recientes disgustos le daban un sabor particular: «Llenad bien vuestras copas —exclamó Saint-Clair— y bebamos de una vez; he aquí el brindis que os propongo. A la salud de los valientes oprimidos, y por el castigo de sus opresores. Todos acompañaron a Saint-Clair y alzaron las copas».

—¿Sabes una cosa, papá? Mañana comprarás latas de conservas: guisantes, pescado, etc. Las guardamos, y el día que él venga las ponemos al fuego y le damos una cena un poco mejor.

—Pero si solo tengo el dinero de tu vestido...— ¿Mi vestido? Lo compraremos el mes que viene, o el otro. Puedo esperar.

—¿No estaba apalabrado?

—Pues se despalabra. Puedo esperar.

—¿Y si no hay otro del mismo precio?

—Tiene que haber. Yo puedo esperar, papá.

CXXXIII

Porque los capítulos se me agolpan bajo la pluma, todavía no he dicho, pero aquí agrego uno para decirlo, que por aquel tiempo las relaciones de Rubião habían crecido en número. Camacho lo había puesto en contacto con muchos políticos, el comité de las Alagoas con varias damas, los bancos y empresas con personas del comercio y la bolsa, los teatros con algunos frequentadores y la Rua do Ouvidor con todo el mundo. Su nombre sonaba a menudo. Era un personaje conocido. No bien aparecían la barba y los largos bigotes, la levita bien cortada, la pechera ancha, el bastón de asta y el paso firme e hidalgo, se decía que era Rubião —un ricachón de Minas.

Le habían creado una leyenda. Decían que era discípulo de un gran filósofo que le había legado inmensos bienes —dos, tres, cinco mil contos. Algunos se extrañaban de que nunca hablase de filosofía, pero la leyenda explicaba ese silencio por el propio método filosófico del maestro, consistente en instruir solamente a los hombres de buena voluntad. ¿Dónde estaban esos discípulos? Iban a su casa todos los días, algunos dos veces: por la mañana y por la tarde; y discípulos se consideraba a los comensales de Rubião. En realidad no lo eran, pero buena voluntad no les faltaba. Masticaban su hambre, durante la espera, y oían silenciosos y risueños los discursos del anfitrión. Entre los antiguos y los nuevos llegó a producirse tal rivalidad que los primeros decidieron afirmar sus derechos mostrando una intimidad mayor, dando órdenes a los criados, pidiendo cigarros, pasando al interior de la casa, silbando. Pero la costumbre los tornó mutuamente soportables, y todos acabaron en la dulce y común confesión de las cualidades del dueño de casa. Al cabo de algún tiempo también los nuevos le debían dinero, bien en especies, bien en créditos del carpintero, bien por letras endosadas que él pagaba a escondidas para no ofender a los

deudores.

Quincas Borba era amigo de todos. Chasqueaban los dedos para verlo saltar; algunos llegaban a besarle la cabeza; uno de ellos, más hábil, encontró la manera de tenerlo en las rodillas, durante la cena o el almuerzo, para darle migas de pan.

—¡Ah, eso sí que no! —había protestado Rubião la primera vez.

—¿Qué tiene de malo? —replicó el comensal—. No hay ningún extraño.

Rubião reflexionó un instante.

—La verdad es que allí dentro hay un gran hombre —dijo.

—El filósofo, el otro Quincas Borba —continuó el invitado, paseando la mirada por los novatos, para demostrar la intimidad de sus relaciones con Rubião. Pero no pudo alzarse solo con la ventaja, porque los demás amigos de la misma época repitieron en coro:

—Es cierto, el filósofo.

Y Rubião explicó la alusión a los novatos, y el motivo de que el perro se llamara así. Quincas Borba (el difunto) fue descrito y referido como uno de los hombres más grandes de su tiempo, un hombre superior a sus patricios. Enorme filósofo, alma inmensa, inolvidable amigo. Y por fin, luego de algún silencio, descargando los dedos en el borde de la mesa, Rubião exclamó:

—¡Yo lo haría primer ministro!

Sin convicción, por simple diplomacia, uno de los invitados exclamó:

—¡Sin duda!

Ninguno de aquellos hombres sabía, entretanto, cómo se sacrificaba Rubião por ellos. Rechazaba cenas y paseos, interrumpía conversaciones apacibles únicamente para correr a su casa y recibirlos en la mesa. Un día encontró la forma de conciliarlo todo. En caso de que él no estuviera en casa a las seis en punto, los criados debían servir la cena a sus amigos. Se oyeron protestas; no, señor, esperarían hasta las siete o las ocho. Cenar sin él no tenía gracia.

—Pero es que quizá a veces no venga —explicó Rubião.

Se hizo su voluntad. Los invitados pusieron sus relojes en hora con los de Botafogo. No bien daban las seis de la tarde, todos a la mesa. Los dos primeros días hubo algún titubeo; pero los criados tenían órdenes severas. A veces Rubião llegaba poco después. Entonces menudeaban las risas, las bromas, las intrigas alegres. Uno había querido esperar; pero los otros... Los otros lo desmentían: al contrario, tal hambre tenía que los había arrastrado a todos; al punto de que, si algo quedaba, eran los platos. Y Rubião reía con ellos.

CXXXIV

Hacer un capítulo para decir tan sólo que al principio, ausente Rubião, los invitados fumaban sus propios cigarros después de cenar, parecerá frívolo incluso a los más frívolos; pero los considerados admitirán que algún interés ha de haber en esta circunstancia mínima en apariencia.

El caso es que, una noche, a uno de los más antiguos se le ocurrió entrar en el gabinete de Rubião; había estado algunas veces, y recordaba que allí se guardaban las cajas de cigarros, no cuatro o cinco sino veinte o treinta, de varias marcas y tamaños, muchas de ellas abiertas. Un criado (el español) encendió la lámpara. Los otros invitados siguieron al primero, escogieron cigarros y, aquéllos que no conocían el gabinete, admiraron los muebles bien hechos y bien dispuestos. El escritorio concentró la admiración general: era de ébano, primorosamente tallado, obra fuerte y severa. Los esperaba una novedad; sobre el mueble había dos bustos de mármol: los dos Napoleones, el primero y el tercero.

—¿Desde cuándo están?

—Llegaron hoy al mediodía —respondió el criado.

Eran dos bustos magníficos. Junto a la aquilina mirada del tío perdíase la vaga mirada cismática del sobrino. Contó el criado que, apenas llegados los bustos, su amo había permanecido largo rato admirado, tan absorto que él mismo había podido demorarse en mirarlos, aunque sin admirarlos. *Y es que a mí estos dos pícaros no me dicen nada*, concluyó el criado, en español, con un ademán ancho y noble.

CXXXV

Rubião daba amplio apoyo a las letras. Los libros que le estaban dedicados entraban en prensa con una garantía de doscientos o trescientos ejemplares. Tenía diplomas y más diplomas de sociedades literarias, coreográficas, pías, y era al mismo tiempo miembro de cierta Congregación Católica y de un Gremio Protestante, pues no se había acordado de una cuando le habían hablado del otro; todo lo que hacía, por lo demás, era pagar regularmente las mensualidades de ambas. Se suscribía a periódicos sin haberlos leído. Un día, al pagar el semestre de uno que le habían enviado, se enteró por el cobrador de que pertenecía al oficialismo; entonces mandó al cobrador al diablo.

CXXXVI

El cobrador no se fue al diablo; recibió el pago del semestre y, como poseía la perspicacia natural de los cobradores, ya en la calle rezongó:

—Resulta que éste odia el periódico y paga. (Cuántos hay que lo adoran y no pagan nunca!

CXXXVII

Pero, si no tenían remedio, los despilfarros de nuestro amigo —¡oh lances de la fortuna! ¡oh equidad de la naturaleza!— tenían compensación. El tiempo ya no pasaba por él como por un vacío sin ideas. A falta de ellas, Rubião había ganado en imaginación. En otros tiempos había vivido más de los otros que de sí mismo, no encontraba equilibrio interior y el ocio le estiraba las horas, que no se le acababan nunca. Eso había ido cambiando; ahora la imaginación tendía a asentarse un poco. Sentado en la tienda de Bernardo, gastaba una mañana entera sin que el tiempo lo fatigara ni la estrechez de la Rua do Ouvidor le tapase el espacio. Visiones deliciosas como la de la boda (cap. LXXXI) se le reiteraban en términos en que la grandeza no eclipsaba la gracia. Algunos, más de una vez, lo habían visto saltar de la silla e ir hasta la puerta para ver de cerca a una persona que pasaba. ¿La conocía? ¿O sería alguien que, casualmente, tenía las facciones de la imaginaria criatura que Rubião había estado contemplando? Son demasiadas preguntas para un solo capítulo; baste decir que en una de esas ocasiones no pasó nadie, él mismo reconoció la ilusión, volvió adentro, compró una figurilla de bronce para regalársela a la hija de Camacho, que cumplía años y se iba a casar en breve, y se marchó.

CXXXVIII

¿Y Sofía?, inquiere la paciente lectora, tal cual Orgón pregunta ¿*Et Tartufe*? Ay, amiga mía, la respuesta es naturalmente la misma: también ella comía bien y dormía como un lirón —cosas que, por lo demás, no impiden a nadie que ame cuando quiere amar. Si ésta última reflexión es el motivo secreto de tu pregunta, deja que te diga que eres muy indiscreta, y que yo sólo me doy con gente cautelosa.

Repito: comía bien y dormía como un lirón. El trabajo en el comité de las Alagoas lo había culminado con elogios en la prensa; el *Atalaya* la había llamado «ángel de la consolación». Y no se piense que la expresión la alegró, por mucho que la halagase, al contrario: dado que resumía en ella toda la caridad, podía mortificar a sus nuevas amigas y hacerle perder en un día el trabajo de largos meses. Así se explica un artículo que el mismo periódico incluyó en el número siguiente, en el cual se nombraba, particularizaba y glorificaba a las otras comisionarías, «estrellas de primera magnitud».

No todas las relaciones habrían de subsistir, pero la mayor parte estaban atadas y nuestra dama no carecía de talento para tornarlas definitivas. Era el marido quien pecaba de turbulento, excesivo, irrefrenable, dando a ver en demasía que lo colmaban de favores, que recibía delicadezas inesperadas y casi inmerecidas. Para enmendarlo, Sofía lo castigaba con censuras y advertencias:

—Hoy has estado insufrible —le decía sonriendo—. Parecías un criado.

—Cristiano, domínate más cuando recibamos gente extraña; para de saltar de un lado a otro con los ojos deslumbrados, como una

criatura con juguete nuevo...

Él negaba, explicaba o se justificaba; al fin concluía que sí, que era preciso no ponerse por debajo de los obsequios. Cortesía y afabilidad, nada más...

—Bien, pero hay que caer en el extremo opuesto —contestó Sofía—. No irás a ponerte altanero...

Por entonces Palha era ambas cosas: altanero al principio, frío, casi desdeñoso, la reflexión o un impulso inconsciente le restituían la animación habitual, y con ella, acto seguido, el exceso y el estrépito. Sofía se encargaba de corregirlo todo. Observaba, imitaba. La necesidad y la vocación la habían hecho rápidamente lo que no poseía por nacimiento o fortuna. Además estaba en esa edad en que las mujeres inspiran tanta confianza a las señoritas de veinte como a las señoras de cuarenta. Algunas se morían por ella; otras la colmaban de alabanzas.

Fue así que, poco a poco, nuestra amiga fue limpiando la atmósfera. Cortó relaciones antiguas y familiares, algunas tan íntimas que difícilmente habrían podido disolverse; pero el arte de recibir sin calor, oír sin interés y despedir sin pesar no era de una de sus menores cualidades; y una por una se fueron yendo las criaturas modestas sin maneras ni vestidos, amistades de pequeña monta, de diversiones caseras, de hábitos simples y poco elevados. Con los hombres, si la veían pasar en el carruaje —que, entre paréntesis, era suyo— hacía exactamente lo que contaba el mayor. Con la diferencia de que ahora ya no los espiaba para saber si la habían visto. Había terminado la luna de miel de la grandeza; ahora desviaba la mirada duramente, conjurando con un gesto terminante cualquier peligro de vacilación. Y de ese modo ponía a los viejos amigos en la obligación de no quitarse el sombrero.

CXXXIX

Rubião intentó aún apoyar al mayor, pero Sofía lo interrumpió con tal aire de fastidio que nuestro Rubião prefirió preguntarle si al día siguiente, siempre y cuando no lloviera, irían de paseo a Tijuca.

—He hablado con Cristiano. Me ha dicho que está ocupado, que lo dejemos para el otro domingo.

Un instante después Rubião dijo:

—Vamos nosotros dos. Salimos temprano, almorzamos allí; a las tres o cuatro horas estamos de vuelta...

Sofía lo miró con tantas ganas de aceptar que Rubião no esperó la respuesta.

—Decidido que vamos —dijo.

—No.

—¿Cómo que no?

Y repitió la pregunta, pues Sofía no quiso explicarle la negativa, por lo demás tan obvia. Obligada a hacerlo, alegó que a su marido le iba a dar envidia, que era capaz de abandonar el compromiso para ir él también; y ella no quería entorpecerle los negocios. Podían esperar ocho días. La mirada de Sofía acompañaba esta explicación como un clarín habría podido acompañar un padrenuestro. Ganas tenía —ah, vaya si no tenía— de ir a la mañana siguiente con Rubião, camino arriba, bien erguida en el caballo, no pensativa ni poética sino valiente, la cara encendida, toda de este mundo, trotando, galopando, parando. Allá en lo alto desmontaría

por un tiempo; la soledad, la ciudad a lo lejos, el cielo encima. Apoyada en el caballo, peinándole las crines con los dedos, oiría a Rubião elogiarle la valentía y el garbo... Sentía incluso un beso en la nuca...

CXL

Ya que hablamos de caballos, no está de más decir que la imaginación de Sofía era ahora un corcel brioso y petulante, capaz de trepar morros y hendir matorrales. Otra sería la comparación si la oportunidad fuese diferente; pero en este caso lo que más conviene es el corcel. Contiene la idea de ímpetu, de sangre, de disparada, al mismo tiempo que la de la serenidad con que vuelve al camino recto, y finalmente a la caballeriza.

CXLI

—Está decidido, vamos mañana —repitió Rubião, que escrutaba el encendido rostro de Sofía.

Pero al corcel lo había extenuado la carrera y, soñoliento, dejóse estar en la caballeriza. Ahora Sofía era otra; atrás quedaba el vértigo de la empresa, el ardor imaginado, el placer de repechar con él el camino de Tijuca. Cuando Rubião le dijo que pediría a Palha que la dejase ir de paseo, replicó sin entusiasmo:

—¡No sea bobo! ¡Dejémoslo para el domingo que viene!

Y clavó los ojos en el bordado que tenía en las manos —*frioleira*, se llamaba—, mientras Rubião volvía los suyos hacia un melancólico trocito de jardín que lindaba con la salita de trabajo en donde estaban. Sentada junto al ángulo de la ventana, Sofía iba moviendo los dedos. En dos rosas vulgares Rubião vio una fiesta imperial y se olvidó de la sala, de la mujer y de sí mismo. Es imposible decir a ciencia cierta cuánto tiempo permanecieron callados, ajenos y remotos uno de otro. Una criada los despertó llevándoles café. Vacías las tazas, Rubião se acarició la barba, consultó el reloj y despidióse. Sofía, que estaba esperando que se fuera, disimuló la satisfacción con un gesto de asombro.

—¡Ya!

—He de verme con un sujeto antes de las cuatro —se excusó Rubião—. Bien, de acuerdo: cancelado el paseo de mañana. Avisaré para que no preparen los caballos. ¿Pero seguro que el domingo que viene?

—Seguro, seguro no se lo puedo decir. Pero si Cristiano se

decide a tiempo, creo que sí. Ya sabe que mi marido es el hombre de los obstáculos.

Sofía lo acompañó hasta la puerta, tendióle una mano indiferente, respondió sonriendo a alguna insipidez, y volvió a la salita —al mismo ángulo de la misma ventana. En vez de reanudar el trabajo, puso una pierna sobre otra, se estiró por hábito la falda del vestido y echó una mirada al jardín, donde estaban las dos rosas que habían ofrecido a nuestro amigo una visión imperial. Sofía no vio más que dos flores mudas. Las contempló, no obstante, durante un rato; luego tomó la *frioleira*, trabajó un poco, detúvose otro poco descansando las manos en el regazo, y volvió a la obra para abandonarla una vez más. De pronto se levantó y tiró los hilos y la *navette* en la cestita de mimbre donde guardaba los implementos de trabajo. También esa cesta era un recuerdo de Rubiã.

—¡Qué hombre aburrido!

Fue a apoyarse en la ventana que daba al melancólico jardín donde se marchitaban dos rosas vulgares. A las rosas, cuando son recientes, poco o nada les importan las cóleras de los demás; pero cuando decaen, cualquier cosa les sirve para lastimar al alma humana. Quiero creer que esta costumbre es producto de la brevedad de la vida. «Para las rosas», escribió alguien, «el jardinero es eterno». ¿Y qué mejor forma de herir al eterno que burlarse de sus iras? Yo paso, tú te quedas; pero yo no hice más que florecer y perfumar, servir a dueñas y doncellas; yo fui prenda de amor, adorné la solapa de los hombres, o viví en mi propio arbusto mientras todas las manos, todos los ojos, me trataban con cariño y admiración. Tú no, eterno; ¡tú te enfadas, padeces, lloras, te afliges! Toda tu eternidad no vale uno solo de mis minutos.

Así, cuando Sofía se acercó a la ventana que daba al jardín, las dos rosas se rieron a pétalo batiente. Una de ellas le dijo que había hecho bien, ¡muy bien, muy bien!

—Tienes razón en irritarte, hermosa criatura —añadió—. Pero ha de ser contigo misma, no con él. ¿Pues cuánto vale? Un triste hombre sin encantos, buen amigo y tal vez generoso, pero repugnante, ¿no? Y tú, querida como eres por otros, ¿qué demonios te lleva a prestar oídos a ese intruso de la vida? Avergüénzate, soberbia criatura, porque tú misma eres la causa de tu mal. Juras olvidarlo y no lo olvidas. Pero ¿es preciso olvidarlo? ¿No te basta mirarlo, escucharlo, para sentir desprecio? Ese hombre no dice nada, singular criatura, y tú...

—No es tan así —intervino la otra rosa con voz irónica y descansada—. Algo sí que dice, y lo viene diciendo desde hace mucho, sin desmentirlo ni cambiarlo; es firme, olvida el dolor, cree en la esperanza. Toda su vida amorosa es como el paseo a Tijuca del cual hablabais hace un rato: «¡Dejémoslo para el domingo que viene!». Ea, piedad al menos; ¡sé piadosa, excelente Sofía! Si has de amar a alguien fuera del matrimonio, ámalo a él, que te ama y es discreto. Anda, arrepíentete del gesto que tuviste. ¿Qué mal te ha hecho, que culpa tiene si eres hermosa? Y si hay alguna culpa, tampoco la tiene la cesta, sólo porque te la regaló él, ni los hilos y la *navette* que mandaste comprar a la criada. Eres mala, Sofía, eres injusta...

CXLII

Sofía se abandonó, oyendo, oyendo... Interrogó otras plantas, que no le dijeron nada diferente. Hay a veces tales aciertos prodigiosos. Los que conocen el suelo y el subsuelo de la vida saben muy bien que un trecho de muro, un banco, una alfombra, un paraguas pueden ser ricos en ideas y sentimientos cuando nosotros también lo somos, y que las reflexiones de camaradería entre los hombres y las cosas constituyen uno de los fenómenos más interesantes de la tierra. La expresión «Hablar con los zapatos», por mera metáfora que parezca, tiene un sentido real y directo. Los zapatos obran sincrónicamente con nosotros; forman una suerte de senado, cómodo y barato, que vota siempre a favor de nuestras mociones.

CXLIII

Se hizo el paseo a Tijuca, sin otro incidente que una caída del caballo al bajar. No fue Rubião quien se cayó, ni Palha, sino la mujer de éste, que venía pensando en no sé qué y fustigó al animal con rabia; el animal se espantó y la tiró al suelo. Sofía cayó con gracia. Estaba singularmente esbelta vestida de amazona, un cuerpecito tentador de justeza. De haberla visto, Otelo habría exclamado: «¡Ah, mi bella guerrera!». Rubião, al comienzo de la excursión, limitóse a lo siguiente: «¡Es usted un ángel!».

CXLIV

—Todavía me duele la rodilla —dijo ella al entrar en la casa cojeando.

—Déjame ver.

En el cuarto de vestirse, Sofía apoyó el pie en un taburete y enseñó al marido la rodilla golpeada; se le había hinchado un poco, muy poco, pero a la menor presión ella gemía. No queriendo hacerle daño, Palha apoyó apenas los labios.

—¿Quedé muy descompuesta al caerme?

—No. Con un vestido tan largo apenas se puede ver la punta del pie. No fue nada, créeme.

—¿Me juras que no?

—Qué desconfiada eres, Sofía. Te lo juro por lo más sagrado, por la luz que me alumbra, por Dios Nuestro Señor. ¿Satisfecha? —Sofía empezó a cubrirse la rodilla—. Déjame ver de nuevo. Creo que no es grave. Le pondremos algún ungüento; manda preguntar en la botica.

—Bien, déjame ir a cambiarme —dijo ella forcejeando para bajarse el vestido.

Pero los ojos de Palha habían descendido desde la rodilla hasta el lugar donde la pierna se encontraba con la caña de la bota. En verdad era un buen trozo de naturaleza. La media de seda resaltaba la perfección del contorno. Palha, por bromear, iba preguntándole a la mujer si se había golpeado aquí, o aquí, o más acá, indicando los

lugares con la mano descendiente. Si hubiese aparecido un trocito de esta obra maestra, el cielo y los árboles se habrían quedado pasmados, dijo mientras la mujer se bajaba por fin el vestido y retiraba el pie del taburete.

—Es posible —dijo ella—. Pero no estaban sólo el cielo y los árboles. También estaban los ojos de Rubião.

—¡Vaya, Rubião! Es cierto. ¿Nunca más volvió a las tonterías aquellas de Santa Teresa?

—Nunca; pero, en fin, no me gustaría... ¿Lo juras de verdad, Cristiano?

—Lo que tú quieres es que vaya subiendo de sagrado en sagrado hasta lo más sagrado de todo. No te ha bastado que jurara por Dios. Bien, lo juro por ti. ¿Satisfecha, ahora?

Piropos de lascivo. Finalmente salió del cuarto de ella y se fue al suyo. Ese pudor medroso e incrédulo de Sofía le hacía bien. Le demostraba que era suya, totalmente suya; pero, justamente porque la poseía, juzgaba que era una grandeza no afligirse por la exhibición casual e instantánea de una porción oculta de su reino. Y le daba lástima que la casualidad se hubiera detenido en la punta de la bota. Esa era apenas la frontera: las primeras aldeas del territorio, antes de la ciudad golpeada por la caída, habrían dado la idea de una civilización sublime y perfecta. Y, enjabonándose y fregándose la cara, cuello y cabeza en la amplia bacía de plata, lavándose, secándose, perfumándose, Palha imaginaba el pasmo y la envidia del único testigo del desastre, de haber sido éste menos incompleto.

CXLV

Fue por entonces que Rubião dejó boquiabiertos a todos sus amigos. El martes que siguió al domingo del paseo (corría enero de 1870), avisó a un barbero y peluquero de la Rua do Ouvidor que al día siguiente, a las nueve de la mañana, fuese a atenderlo a su casa. Acudió pues un oficial francés llamado Lucien, que entró en el gabinete de Rubião según le había indicado un criado.

—¡Grrr! —gruñó Quincas Borba desde las rodillas de su amo.

Lucien saludó al dueño de casa; éste, no obstante, no oyó la cortesía, como no había oído la reacción del perro. Estaba en una silla ancha, abandonado de su espíritu, que había roto el techo para perderse en el aire. ¿A cuántas leguas estaría? Ni cóndor ni águila alguna podían decirlo. Rumbo a a la luna, y aquí abajo no veía más que felicidades perennes, llovidas sobre él desde la cuna, de donde lo habían alzado las hadas, hasta la playa de Botafogo, adonde ellas lo habían llevado por un camino de rosas y bogarís. Ningún revés, ningún fracaso, ninguna pobreza —vida plácida, hilvanada de placer, con rentas de sobra. ¡Rumbo a la luna!

El barbero paseó la mirada por el gabinete, en el cual destacaba el escritorio y, sobre él, los bustos de Napoleón y Luis Napoleón. Relativos a este último había además, colgando de la pared, un grabado o litografía que representaba la batalla de Solferino y un retrato de la emperatriz Eugenia.

Rubião llevaba en los pies chinelas de damasco bordadas con hilo de oro; en la cabeza, un gorro con borla de seda negra. En la boca, una sonrisa azul clara.

CXLVI

—Señor...

—¡Grrr! —repitió Quincas Borba, alzándose en las rodillas del amo.

Rubião volvió en sí y se encontró con el barbero. Lo conocía por haberlo visto en la tienda; enderezóse en la silla. Quincas Borba palpitaba, como para defenderlo del intruso.

—¡Cálmate! ¡Cierra la boca! —le dijo Rubião. Con las orejas caídas, el perro fue a esconderse detrás del canasto de los papeles. Mientras tanto Lucien desplegaba sus implementos.

—El señor va a perder una hermosa barba —dijo en francés—. Conozco gente que hizo lo mismo, pero para complacer a alguna dama. He sido confidente de hombres respetables.

—¡Precisamente! —lo interrumpió Rubião.

No había entendido nada. Aunque sabía algún francés, mal lo comprendía leído —como sabemos— y nada hablado. Pero, fenómeno curioso, no había respondido por impostura; había tomado las palabras como cumplido o aclamación; y, más curioso todavía, aunque respondiera en su idioma creía estar hablando en francés.

—¡Precisamente! —repitió. Quiero volver a tener la cara de antes; aquélla.

Y, viéndolo señalar en dirección al busto de Napoleón III, el barbero le respondió en portugués:

—¡Ah, el emperador! Hermoso busto, en verdad. Excelente obra. ¿El señor la compró aquí o mandó traerla de París? Los dos son magníficos. Ahí está el primero, el grande; ése era un genio. Si no hubiese sido por los traidores. ¡Ah, los traidores! ¿No cree usted? Los traidores son peores que las bombas de Orsini.

—¡Orsini! ¡Un infeliz!

—Lo pagó caro.

—Pagó lo que debía. Pero no hay bombas ni Orsinis que puedan con el destino de un gran hombre —dijo Rubião—. Cuando la fortuna de una nación pone la corona imperial en la cabeza de un hombre verdaderamente grande, no hay maldades que valgan... ¡Orsini! ¡Un estúpido!

En pocos minutos el barbero se aplicó a cortar la barba de Rubião para dejarle sólo la perilla y los bigotes de Napoleón III; encarecíale el trabajo; afirmaba que era muy difícil componer una cosa a imagen de otra; y, a medida que le cortaba la barba, la iba elogiando. ¡Qué lindas hebras! Realmente, era enorme el sacrificio que estaba haciendo...

—No sea pedante, señor barbero —lo atajó Rubião—. Ya le he dicho lo que quiero; déjeme la cara como antes. Allí tiene el busto para guiarse.

—Sí, señor. Cumpliré las órdenes y verá usted qué parecido va a quedar.

Y zas, zas, dio los últimos tijeretazos y empezó a rasurarle mejillas y mandíbulas. La operación llevó mucho tiempo; el barbero iba afeitando tranquilamente, comparando, los ojos divididos entre el busto y el cliente. A veces, para cotejarlos mejor, retrocedía dos pasos, los miraba alternativamente, inclinábase, le pedía al hombre que se volviese de un lado u otro e iba a ver el correspondiente perfil

del busto.

—¿Va bien? —preguntaba Rubião.

Con un gesto Lucien le pedía que se callase y continuaba. Recortó la perilla, dejó los bigotes y eliminó lenta, amistosa, enconadamente, adivinándola con los dedos, algún cabello sobrante en la barbilla o el pómulos. Por momentos, cansado de mirar el techo, Rubião le pedía un intervalo. Mientras descansaba se palpaba la cara y por el tacto iba imaginando el cambio.

—Los bigotes no parecen muy largos —observaba.

—Falta arreglar las guías; aquí tengo los hierros para curvarlos bien sobre el labio, y las guías las haremos luego. ¡Ah, prefiero hacer diez trabajos originales que una sola copia!

Pasaron aún diez minutos antes de que los bigotes y la perilla quedasen perfectamente retocados. Listo al fin, Rubião dio un salto y corrió hacia el espejo, que estaba en el cuarto de al lado. Era el otro, eran ambos; era, en suma, él mismo.

—¡Precisamente! —exclamó volviendo al gabinete, donde el barbero, recogidos ya sus implementos, le hacía fiestas a Quincas Borba.

Fue hasta el escritorio, abrió un cajón, sacó un billete de veinte mil reis y pagó.

—No tengo cambio —dijo el otro.

—No hace falta —contestó Rubião con gesto soberano—. Separe lo que corresponde a la casa, y el resto es suyo.

CXLVII

Una vez solo, Rubiño se arrellanó en un sillón y vio pasar muchas cosas suntuosas. Estaba en Biarritz o Compiègne, no se sabe bien; al parecer, Compiègne. Gobernaba un gran estado, recibía ministros y embajadores, bailaba, comía —y hacía otras actividades que había leído en los periódicos y se le habían grabado en la memoria. Ni los ladridos de Quincas Borba lograron despabilarlo. Estaba lejos y alto. Compiègne se encontraba en el camino a la luna. ¡Rumbo a la luna!

CXLVIII

Al bajar de la luna oyó los ladridos del perro y sintió frío en el mentón. Corrió al espejo para verificar que la diferencia entre la cara barbada y la cara lisa era grande, pero que la cara lisa no le quedaba mal. A la misma conclusión llegaron los comensales.

—¡Está muy bien! Tendría que haberlo hecho hace tiempo. No es que la barba completa le quitara nobleza; pero tal como está ahora tiene un aire moderno...

—Moderno —repitió el anfitrión.

Fuera, igual reacción. Todos opinaban francamente que tenía mejor aspecto que antes. Una sola persona, el doctor Camacho, consideró que, si bien los nuevos bigotes y la perilla le quedaban muy bien, era sensato no alterar el rostro, verdadero espejo del alma, cuya firmeza y constancia debía reproducir.

—No es por hablar de mí —prosiguió—, pero sé que nunca me verán otra cara. Es una necesidad moral de mi persona. Mi vida, sacrificada a los principios —porque lo que siempre he procurado es conciliar no principios sino hombres—, mi vida, digo, es una imagen fiel de mi cara, y viceversa.

Rubião escuchaba seriamente y con la cabeza expresaba que sí, que así debía ser por fuerza. Por un rato sintió que era el emperador de los franceses paseando de incógnito; al desandar la calle volvió a sí mismo. Dante, que tantas cosas extraordinarias vio, afirma haber asistido en el infierno al castigo de un espíritu florentino a quien una serpiente estrujó de tal modo, confundién dose tanto con él, que al fin se hizo imposible distinguir si eran dos entes o uno solo. Rubião todavía era dos. El emperador de los franceses aún no se había

mezclado con su propia persona. Ambos se diferenciaban; llegaban a olvidarse uno de otro. Cuando Rubião era sólo Rubião, no pasaba de ser el hombre de siempre. Cuando se convertía en emperador, era únicamente emperador. Integrales ambos, se equilibraban entre sí.

CXLIX

—¿Pero qué es este cambio? —preguntó Sofía cuando él apareció el fin de semana.

—Vengo a saber cómo anda su rodilla. ¿Está mejor?

—Sí, gracias.

Eran las dos de la tarde. Sofía había acabado de vestirse para salir, cuando la criada había entrado a decirle que estaba Rubião —con la cara tan distinta que parecía otro. Había bajado llena de curiosidad; lo había encontrado en la sala, de pie, leyendo las tarjetas de visita.

—¿Pero qué es este cambio? —repitió.

Sin el menor sentimiento imperial, Rubião contestó que había supuesto que los bigotes y la perilla lo favorecerían.

—¿O estoy más feo? —preguntó.

—Está mejor, mucho mejor.

Y Sofía pensó que acaso fuera ella la causa del cambio. Sentóse en el sofá y empezó a deslizar los dedos en los guantes.

—¿Va a salir?

—Sí, pero el coche aún no ha llegado.

Se le cayó uno de los guantes. Rubião se inclinó a recogerlo, ella hizo lo mismo y, porfiando por levantarlo, ocurrió que las caras se encontraron, las narices chocaron y las bocas quedaron indemnes

para reír, como efectivamente hicieron.

—¿Le he hecho daño?

—¡No! Soy yo quien se lo pregunta...

Y volvieron a reír. Sofía se puso el guante, Rubião se quedó mirándole un pie que asomaba disimuladamente, y apareció un criado diciendo que había llegado el coche. Levantáronse, y rieron una vez más.

CL

Tenso, descubierto, el lacayo abrió la puertecilla del *coupé* no bien Sofía se asomó a la puerta. Rubião le ofreció la mano para ayudarla, ella aceptó el gesto y subió.

—Bien, hasta...

No pudo terminar la frase; Rubião entró detrás de ella y se le sentó al lado; el lacayo cerró la puertecilla, trepó al pescante y el coche se puso en marcha.

CLI

Tan rápido fue todo que Sofía perdió la voz y el movimiento. Al cabo de unos segundos, sin embargo, dijo:

—¿Qué significa esto? Señor Rubião, dígame al cochero que pare.

—¿Que pare? ¿No dijo usted que esperaba el coche para salir?

—Sí, pero no para salir con usted... No ve que... Dígame que pare...

Desconcertada, estuvo a punto de dar la orden; pero el miedo a un posible escándalo la hizo cambiar de idea. El *coupé* había entrado en la Rua Bela da Princesa. Una vez más Sofía le pidió a Rubião que advirtiese la inconveniencia de ir así a la vista de Dios y de todo el mundo. Rubião respetó sus escrúpulos y le propuso que bajaran las cortinas.

—A mí no me parece mal que nos vean —dijo—. Pero, de todos modos, cerrando las cortinas no nos verá nadie. Si usted quiere...

Sin aguardar la respuesta bajó las cortinas de uno y otro lado y quedaron los dos a solas, pues si desde allí podían ver a quien pasase, desde fuera nadie podía verlos a ellos. Solos, completamente solos, como el día aquel que en casa de ella, también a las dos de la tarde, Rubião le había lanzado a la cara su desesperación. Allí, al menos, ella había estado libre; aquí, en el coche cerrado, no podía calcular las consecuencias.

Rubião, entretanto, había acomodado las piernas y no decía

nada.

CLII

Sofía se había encogido en un rincón. Tal vez fuera lo insólito de la situación, tal vez miedo; pero principalmente era repugnancia. Nunca ese hombre le había despertado tanta aversión, asco o algo menos duro, si queréis, pero que en el fondo se reducía a la incompatibilidad —¿cómo decirlo para que no agravie los oídos?— a la incompatibilidad de la epidermis. ¿Adónde habían ido a parar los sueños de unos días antes? La simple invitación de un paseo a Tijuca le había bastado para subir con él la montaña al galope, desmontar, oír palabras de adoración y sentir un beso en la nuca. ¿Adónde habían ido a parar esas fantasías? ¿Adónde los ojos atentos y grandes, las manos anchas y amigas, los pies inquietos, las palabras amables y los oídos misericordiosos? Todo se olvidaba, todo desaparecía ahora que los dos estaban verdaderamente solos, aislados por el coche y el escándalo.

Y los caballos continuaban la marcha, moviendo las patas, arrastrando lentamente el coche por las piedras de la Rua Bela da Princesa. ¿Qué haría ella al llegar a Catete? ¿Iría a la ciudad con él? Pensó en seguir hasta la casa de alguna amiga; lo dejaría allí y le diría al cochero que se lo llevase. Le contaría todo a Cristiano. En medio de la agonía, cruzáronle la mente recuerdos banales, o extraños a la situación, como la noticia de un robo de joyas que había leído en el periódico matutino, la tormenta del día anterior, un sombrero. Al fin se concentró en una sola preocupación. ¿Qué iba a decirle a Rubião? Vio que él seguía mirando al frente, en silencio, con la barbilla apoyada en el pomo del bastón. No le sentaba mal esa actitud tranquila, seria, casi indiferente; ¿pero entonces para qué se había metido en el coche? Sofía quiso romper el silencio; dos veces movió nerviosamente las manos; empezó a sentirse irritada por la estolidez del hombre, cuya acción sólo podía explicarse por la

antigua y violenta pasión. Entonces imaginó que debía de estar arrepentido, y se lo dijo en buenos términos.

—No veo de qué podría arrepentirme —respondió él volviéndose—. Cuando usted dijo que era incorrecto ir así a la vista de todos, me apresuré a bajar las cortinas. No estaba de acuerdo, pero obedecí.

—Hemos llegado a Catete —lo cortó ella—. ¿Quiere que lo lleven a su casa? No podemos ir juntos a la ciudad.

—Podemos pasear sin rumbo.

—¿Cómo?

—Sin rumbo: los caballos andan y nosotros seguimos conversando aquí dentro, sin que nos oigan ni nos adivinen.

—¡Por amor de Dios, cállese! Ande, bájese ahora mismo, o bajo yo y se ocupa usted del coche. ¿Qué es lo que quiere decirme? Faltan pocos minutos... Mire, ya hemos doblado hacia la ciudad; ordene ir a Botafogo, lo dejaré en la puerta de su casa.

—Pero es que salí de casa hace muy poco. Tengo que ir a la ciudad. ¿Qué tiene de malo que la lleve? Si se trata de que no nos vean, me bajaré en cualquier parte. En la playa de Santa Luzia, por ejemplo, del lado del mar.

—Mejor bájese aquí mismo.

—¿Pero por qué no podemos ir hasta la ciudad?

—No, no puede ser. ¡Se lo ruego por lo más sagrado! No haga un escándalo. Vamos, dígame qué hace falta para obtener algo tan simple. ¿Quiere que me arrodille aquí mismo?

Pese a la estrechez del espacio, empezó a doblar las rodillas;

pero Rubião se apresuró a hacer que se sentara de nuevo.

—No es necesario que se arrodille —dijo con suavidad.

—Gracias. Pero se lo ruego por Dios, por su madre que está en el cielo.

—Seguro que está en el cielo —confirmó Rubião—. ¡Era una santa mujer! Todas las madres son buenas; pero de la mía, nadie que la haya conocido podrá negar que era una santa. Y virtuosa como pocas. ¡Qué ama de casa! Tanto le daba tener cinco huéspedes como cincuenta, de cada cosa se ocupaba en su hora y momento, y por eso se hizo famosa. Los esclavos la llamaban *señora mamá*... Y es que realmente era una madre para todos. Seguro que está en el cielo.

—Bien, bien —lo frenó Sofía—. Pues hágalo por el amor de su madre. ¿Sí?

—¿Qué cosa?

—Apearse aquí mismo.

—¿E ir a pie hasta la ciudad? No puedo. Son manías tuyas; no nos ve nadie. Y luego estos caballos tuyos son magníficos. Fíjese con qué lentitud golpean los cascos... Plas... Plas... Plas... Plas...

Cansada de rogar, Sofía guardó silencio, cruzó los brazos y se encogió todavía más, si era posible, en su rincón del coche.

«Ahora me doy cuenta», pensó. «Mando parar en la puerta del almacén de Cristiano; le cuento cómo se introdujo este hombre en el *coupé*, los pedidos que le hice y las respuestas que me dio. Eso será mejor que hacerlo bajar misteriosamente en cualquier calle.»

Rubião, mientras, seguía inmóvil. De vez en cuando hacía girar en el dedo el anillo de brillante, un espléndido solitario. No miraba a Sofía, no decía ni pedía nada. Iban como un matrimonio aburrido.

Sofía empezaba a no comprender qué lo había llevado a subirse al coche. No podía ser simple necesidad de transporte. Tampoco vanidad; a la primera queja de ella había bajado las cortinas. Ni una palabra amorosa, ni una alusión remota, temerosa, devota, suplicante. Ese hombre era inexplicable: un monstruo.

CLIII

—Sofía —dijo Rubião de repente; y pausadamente continuó—: Los días pasan, Sofía, pero ningún hombre olvida a la mujer que lo quiso, o no merece llamarse hombre. Nuestro amor nunca será olvidado; no lo olvidaré yo, y estoy seguro de que tampoco tú. Me lo diste todo, Sofía; pusiste en peligro tu propia vida. Verdad es que yo te habría vengado, cariño mío. Si la venganza pudiese alegrar a los muertos, habrías tenido el mayor placer imaginable. Pero felizmente mi destino nos protegió y pudimos amarnos sin penas ni sangre...

La mujer lo miraba atónita.

—No te asustes —prosiguió él—. No nos separaremos; no, no te estoy hablando de separación. No me digas que te morirías; sé que derramarías muchas lágrimas. Yo no, pues no vine al mundo para llorar, pero no por ello mi pena sería menor; al contrario, las penas que más duelen son las que se guardan en el corazón. Las lágrimas son sanas porque con ellas nos desahogamos. Querida amiga, si te hablo así es porque es preciso que tengamos cautela; nuestra insaciable pasión puede llevarnos a olvidar esta necesidad. Nos hemos arriesgado mucho, Sofía; nacidos como hemos el uno para el otro, nos parece que estamos casados y corremos enormes riesgos. Oye, querida, oye, alma de mi alma... ¡La vida es bella! ¡La vida es grande! ¡La vida es sublime! Contigo al lado, sin embargo, no hay palabra que alcance a describirla. ¿Te acuerdas de nuestra primera cita?

Mientras decía las últimas palabras, Rubião quiso tomarle la mano. Sofía retiróla a tiempo; estaba desorientada, no entendía y tenía miedo. El había ido alzando la voz, el cochero podía oír algo... Y entonces la asaltó una sospecha: tal vez la intención de Rubião

fuese justamente hacerse oír, para obligarla mediante el terror —o bien para que la difamaran. Sintió el impulso de arrimarse a él, pedir auxilio a gritos y salvarse por el escándalo.

Tras una breve pausa, él continuó en voz baja.

—Yo la recuerdo como si hubiese sido ayer. Tu llegaste en un coche. No era éste, sino un coche de alquiler, una calesa. Descendiste medrosa, con el velo en el rostro; temblabas como un junco... Pero mis brazos te ampararon... El sol de aquel día debió detenerse, como cuando obedeció a Josué... Y con todo, flor mía, las horas aquellas, no sé por qué, se hicieron largas como el diablo; en rigor, habrían tenido que ser cortas. Tal vez fuera porque nuestra pasión no iba a acabar, no acabó ni ha de acabar nunca... En compensación, no vimos más el sol; iba cayendo al otro lado de las montañas cuando mi Sofía, temerosa aún, salió a la calle y subió a otra calesa. ¿Otra o la misma? Creo que fue la misma. No imaginas cómo me quedé; parecía un tonto, besé todo lo que habías tocado, hasta el marco de la puerta. Me parece que esto ya te lo he contado. El marco de la puerta. Y a punto estuve de arrastrarme besando los peldaños de la escalera... Mas no lo hice; recogíme, cerré la puerta para que no se disipase tu perfume; violetas, si no recuerdo mal...

No, no era posible que el propósito de Rubiãõ fuera sugerir al cochero una aventura mentirosa. La voz era tan débil que Sofía apenas podía escucharla; y si le costaba oír las palabras, el sentido se le escapa del todo. ¿A cuento de qué venía esa historia inventada? Cualquiera que la hubiese oído la habría dado por cierta, tan sincero era el tono, la dulzura de los términos y la verosimilitud de los pormenores. Y, suspirando, él continuaba con sus bellos recuerdos...

—¿Pero qué disparates son éstos? —lo interrumpió al fin.

Nuestro amigo no le respondió; prendado de la imagen que tenía ante los ojos, hizo caso omiso a la pregunta y prosiguió. Le

citó un concierto de Gottschalk. El divino pianista melodiaba al piano; ellos oían, pero el demonio de la música obró el encuentro de sus ojos, y ambos se olvidaron del mundo. Al cesar la música rompieron los aplausos y ellos despertaron. Pero despertaron, ¡ay!, con la mirada de Palha encima, pupilas de onza brava. Aquella noche él temió que su marido la matara.

—Señor Rubião.

—Napoleón no: llámame Luis. Pues soy tu Luis, ¿no es verdad, grácil criatura? Tuyo, tuyo, dilo así. Tu Luis, tu querido Luis... Ay, si supieses cómo me gusta oír esas palabras: «¡Mi querido Luis!». Y tú eres mi Sofía —la dulce, la mimosa Sofía de mi alma. No dejemos que estos momentos se pierdan; digámonos cosas tiernas; más bajo, susurrando, para que no escuchen los rufianes del pescante. ¿Por qué habrá cocheros en el mundo? Si el coche anduviera por sí mismo, podríamos hablar a gusto e ir hasta el fin del mundo.

Enfilaban ya el Paseo Público. Sofía no se percató. Miraba fijamente a Rubião; no podían ser cálculos de perverso, ni sonaba como una burla... Era delirio, simplemente; Rubião irradiaba la sinceridad del que realmente vive o ve las cosas que está diciendo.

«Tengo que sacarlo de aquí», pensó la mujer. Y armándose de valor le preguntó:

—¿Dónde estaremos? Creo que es hora de separarnos. Fíjese por allí; ¿dónde estamos? Aquello parece el convento. Sí, estamos en el Largo da Ajuda. Dígale al cochero que pare; o, si quiere, puede apearse en el Largo da Carioca. Mi marido...

—Lo nombraré embajador —dijo Rubião—. O senador, si él quiere. Puede que senador sea preferible; os quedaréis los dos aquí. Pues si fuera embajador, yo no podría consentir que tú lo acompañases; y las malas lenguas... Bien sabes los ataques que

sufro, las calumnias... ¡Ah, turba de bellacos! ¿Convento da Ajuda, has dicho? ¿Por qué? ¿Quieres hacerte monja?

—No; digo que ya hemos pasado por el convento. Lo dejaré en el Largo da Carioca. ¿O vamos hasta el almacén de mi marido?

Sofía volvió a aferrarse a la segunda alternativa; de ese modo el cochero no sospecharía nada, y a Palha le probaría mejor su inocencia contándole todo, desde la inesperada irrupción en el coche hasta el delirio. ¿Pero qué delirio era ése? Pensó que acaso el motivo fuera ella misma, y la conjetura la hizo sonreír de piedad.

—¿Para qué? Me bajaré aquí mismo; es más seguro. ¿Por qué darle ocasión de que sospeche y te maltrate? Puedo castigarlo, es verdad, pero siempre me quedará el remordimiento del mal que te cause. No, hermosa flor amiga; puedes creer que si un viento se atreviese a tocarte, yo lo exiliaría del espacio por indigno. Vamos, Sofía, confiesa: tú aún no conoces bien todo mi poder.

Como Sofía no confesara nada, Rubião la lisonjeó y le ofreció el solitario que llevaba en el dedo; sin embargo ella, por mucho que amara las joyas y sintiera debilidad por los solitarios, rechazó medrosamente el regalo.

—Comprendo tus escrúpulo? —dijo él—. Pero nada pierdes por ello, pues has de recibir una piedra aún más bella, y por mano de tu marido. Te haré duquesa. ¿Has oído? El título le será concedido a él, pero la razón eres tú. Duque... ¿Duque de qué? Buscaré un título bonito. O puedes escogerlo tú, ya que es para ti, no para él; es para ti, mimosa mía. No hace falta que lo digas ahora, vete a tu casa y piénsalo. No te inhibas; mándame decir cuál te parece más bonito e inmediatamente haré redactar el decreto. También puedes hacer otra cosa: lo eliges y me lo comunicas en nuestro próximo encuentro, en el lugar de costumbre. Quiero ser el primero en llamarte duquesa. Querida duquesa... Después vendrá el decreto. ¡Duquesa de mi alma!

—Sí, sí —dijo ella desesperada—. Pero avisemos al cochero que nos lleve al almacén.

—No, yo me bajo aquí... ¡Para! ¡Para!

Rubião levantó las cortinas y el lacayo abrió la puertecilla. Para aventar toda sospecha, Sofía volvió a pedirle a Rubião que la acompañase al almacén de su marido; díjole que éste necesitaba hablarle con urgencia. Rubião, un poco asombrado, miró el rostro de ella, el del lacayo y la calle; y contestó que no, que iría más tarde.

CLIV

No bien se separaron, las actitudes de ambas fueron opuestas.

En la calle Rubião volvió la cabeza hacia todos lados mientras la realidad se apoderaba de él y el delirio se extinguía. Caminaba, deteníase ante una tienda, cruzaba la calle, topaba con un conocido, pedíale noticias y opiniones; esfuerzo inconsciente para sacudirse la personalidad prestada.

Sofía, al contrario, pasado el susto y el asombro se dejó caer en devaneos; era como si todas las referencias e historias falsas de Rubião le dieran nostalgia; ¿nostalgia de qué? «Nostalgia del cielo», decía el padre Bernardes del sentimiento de los buenos cristianos. Diversos nombres relampagueaban en el azul de aquella posibilidad. ¡Cuánto detalle interesante! Sofía reconstruyó la vieja calesa a la cual había subido furtiva, de la cual había bajado, trémula, para escabullirse corredor adentro, subir la escalera y encontrar un hombre que le había prodigado los halagos más apetitosos de este mundo, el mismo que acababa de repetirlos ahora, junto a ella, en el coche —pero no era, no podía ser Rubião. ¿Quién sería? Diversos nombres relampagueaban en el azul de esa posibilidad.

CLV

Se difundió la noticia de la manía de Rubião. Algunos, encontrándolo en horas en que el delirio lo dejaba, hacían experimentos para verificar el rumor: dirigían la conversación a los asuntos de Francia y el emperador. Rubião caía en el abismo y los convencía.

CLVI

Pasaron unos meses, vino la guerra franco-prusiana y las crisis de Rubião tornáronse más agudas y menos esporádicas. Cuando las maletas de Europa llegaban temprano, Rubião salía de Botafogo antes del almuerzo y corría a esperar los periódicos; compraba la *Correspondência de Portugal* y se iba a leerlo al Carceler. Cualesquiera fueran las noticias, les daba sentido de victoria. Calculaba los muertos y heridos y siempre hallaba un fuerte saldo a su favor. La caída de Napoleón III fue para él la captura del rey Guillermo; la revolución del 4 de septiembre, un banquete de bonapartistas.

En su casa, los convidados habituales no se atrevían a disuadirlo. Tampoco confirmaban nada, por vergüenza mutua; sólo sonreían y cambiaban de tema. Todos, entretanto, tenían identidad militar, mariscal Torres, mariscal Pío, mariscal Ribeiro, y contestaban por sus títulos. Rubião los veía uniformados; ordenaba reconocimientos y ataques, y no era preciso que ellos cumpliesen las órdenes; el cerebro de su amigo se encargaba de todo. Cuando Rubião abandonaba el campo de batalla para volver a la mesa, ésta era otra. Ya sin platería, casi sin porcelanas ni cristales, a los ojos de él seguía apareciendo espléndida. Pobres gallinas magras se transformaban en faisanes; cocidos triviales o asados de mala muerte tenían el sabor de los manjares más finos de la tierra. Entre sí o ante el cocinero, los comensales ponían algún reparo —pero Lúculo siempre cenaba con Lúculo. Del resto de la casa gastada por el tiempo y la incuria —alfombras desflecadas, muebles carcomidos y descompuestos, cortinas raídas—, nada tenía para él su aspecto verdadero sino otro, brillante y magnífico. Y también era distinto el lenguaje, copioso y rotundo, y con él los pensamientos, extraordinarios algunos como los del difunto amigo Quincas Borba

—teorías que antaño, al oírlas en Barbacena, no había comprendido, pero que ahora repetía con ardor y lucidez, empleando a veces las mismas frases que el filósofo. ¿Cómo explicar esa repetición de lo oscuro, ese conocimiento de lo inextricable, cuando los pensamientos y las palabras parecían haberse ido con los vientos de otros días? ¿Y por qué todas esas reminiscencias desaparecían cuando Rubiño recuperaba la razón?

CLVII

La compasión de Sofía —explicar el mal de Rubião por el amor que sentía por ella— era un sentimiento medio; no simpatía pura ni egoísmo cerril, sino una combinación de ambos. Siempre que pudiese evitar situaciones parecidas a la del *coupé*, todo marchaba bien. Escuchaba a Rubião y le hablaba en las horas en que él estaba lúcido —incluso porque la locura, que le daba audacia en los momentos de crisis, lo volvía doblemente tímido en los normales. No sonreía, como Palha, cuando el amigo subía al trono o comandaba un ejército. Convencida de ser el motivo de la enfermedad, lo perdonaba. La idea de que ese hombre la había amado hasta la locura le confería para ella un aura sagrada.

CLVIII

—¿Por qué no lo hacen ver por un médico? —preguntó una noche doña Fernanda, que había conocido a Rubião el año anterior—. Tal vez se cure.

—Parece que no es nada grave —respondió Palha—. Le dan esos accesos, pero son tranquilos, usted lo ha visto; ideas de grandeza que en seguida se le pasan. Y fíjese que el resto del tiempo conversa perfectamente. Con todo... ¿Su Excelencia qué opina?

Teófilo, el marido de doña Fernanda, respondió que sí, que era posible.

—¿Y qué hacía antes, o qué hace ahora? —preguntó a continuación.

—Nada, ni ahora ni antes. Era rico... pero gastador. Lo conocimos cuando llegó de Minas y, por así decir, le hicimos de guías en Río de Janeiro, pues hacía muchos años que no venía. Un buen hombre. Siempre dándose lujos, ¿te acuerdas? Pero no hay riqueza que no se agote cuando se entra a tocar el capital. Y eso fue lo que hizo él. Creo que hoy tiene muy poco...

—Si se empezara a tratar, usted podría salvarle ese poco haciéndose nombrar curador. Yo no soy médico, pero podría ser que su amigo mejorara...

—No digo que no. Realmente es una pena... Se lleva bien con todos y ofrece sus servicios. ¿Sabe que incluso estuvo a punto de entrar en nuestra familia? Pues sí, se quería casar con María Benedita.

—A propósito de María Benedita —interrumpió doña Fernanda. Y mirando a Sofía—: Me olvidaba de que traigo una carta suya para enseñársela; la recibí ayer. ¿Ya sabía que dentro de poco estarán de vuelta? Aquí la tiene.

Le entregó la carta a Sofía, que la abrió sin entusiasmo y la leyó con tedio. Era más que una vulgar carta transatlántica; era un depósito moral, una confesión íntima y completa de persona feliz y agradecida. Contaba los episodios más recientes del viaje, desordenadamente porque los viajeros destacaban por sobre todo y las mejores obras del hombre o la naturaleza valían menos que los ojos que las miraban. A veces un incidente callejero o de hospedaje ocupaba más papel y tenía más interés que otros, por la necesidad de poner de relieve las cualidades del marido. María Benedita lo amaba tanto o más que el primer día. Al final, tímidamente, en un *post-scriptum*, pidiendo que no fuese dicho a nadie, confesaba que iba a ser madre.

Sofía dobló el papel, no ya con tedio, sino con despecho, por dos motivos que se contradecían; pero la contradicción es una ley de este mundo. Comparada esa carta con las que ella había recibido de la joven, se habría dicho que la consideraba apenas una conocida sin lazo alguno de sangre o de afecto; y sin embargo, por su parte, Sofía no quería ser confidente de aquella felicidad musitada al otro lado del océano, llena de minucias, de adjetivos, de exclamaciones, del nombre de Carlos María, de los ojos de Carlos María, de los dedos de Carlos María, hasta del hijo de Carlos María. Parecía adrede, y casi hacia pensar en la complicidad de doña Fernanda.

Hábil, sabiendo dominarse a tiempo, Sofía disimuló el despecho y, sonriendo, devolvió la carta de su prima. Quería decir que, a juzgar por el texto, la felicidad de María Benedita debía de estar intacta, pero la voz se le apagó en la garganta. Fue doña Fernanda quien aportó el comentario:

—¡Cómo se ve que es feliz!

—Así parece.

CLIX

Si la mañana siguiente no hubiera sido lluviosa, otra habría sido la disposición de Sofía. El sol no siempre es garante de buenos pensamientos, pero al menos permite salir, y el cambio de espectáculo transforma las sensaciones. Cuando Sofía se despertó ya caía una lluvia densa y continua y tan bajas estaban las nubes, tan espesa era la cerrazón, que el cielo y el mar parecían una sola cosa.

Tedio por dentro y por fuera. Nada en que recrear la vista o descansar el alma. Sofía guardó el alma en un ataúd de cedro, enterró el ataúd en la tumba del día y dejóse estar, genuinamente muerta. No sabía que los muertos piensan, que sustituyen las viejas nociones con una serie de nociones nuevas, y que salen del mundo criticándolo, tal como el público sale del teatro criticando la pieza y los actores. La muerta sintió que ciertas nociones y sensaciones continuaban vivas. Eran diversas, pero tenían un punto de partida común: la carta de la víspera y los recuerdos de Carlos María que le había despertado.

Estaba convencida de haber alejado para siempre esa imagen odiada, y he allí que reaparecía, sonreía, la miraba, le susurraba al oído las mismas palabras de frívolo egoísta e infatuado que un día la invitara al vals del adulterio para dejarla sola en medio del salón. Alrededor de esa imagen se presentaban otras; María Benedita, por ejemplo, esa mala persona a quien ella había rescatado del campo para darle el lustre de la ciudad, y que ahora, olvidándose de los favores, sólo atendía a sus ambiciones. Y también doña Fernanda, madrina de aquel amor, que con premeditación le había mostrado la carta con el *post-scriptum* confidencial. Sofía no se daba cuenta de que el placer de su amiga ante la noticia bastaba para explicar el olvido de la reserva; y menos aún quería indagar si la naturaleza

moral de doña Fernanda sustentaba sus propias sospechas. Siguieron en la ronda otros pensamientos e imágenes, volvieron a aparecer los primeros, y todos se iban ligando y desligando. En eso se destacó un recuerdo del día anterior. El marido de doña Fernanda había envuelto a Sofía en una gran mirada de admiración. Ella en verdad, había estado en uno de sus días más brillantes; el vestido le subrayaba maravillosamente la gentileza del busto, la estrechez de la cintura y el delicado contorno de las caderas. Era *foulard*, color paja.

—Color paja^[6] —acentuó Sofía, riendo, cuando doña Fernanda se lo elogió a poco de haber entrado—. En homenaje a este señor.

No es fácil disimular el placer que produce una lisonja; el marido sonrió, vanidoso, procurando leer en los ojos de los otros el efecto de esa minuciosa prueba de amor. Teófilo también elogió el vestido, pero era arduo mirarlo sin mirar también el cuerpo de la mujer; por eso la larga mirada que le había dedicado, bien que sin concupiscencia y casi sin reiteración. Ahora el recuerdo de aquel gesto sin doblez, de aquella admiración sin deseo, venía a plantarse en medio mientras Sofía pensaba en la maldad de la otra.

Carlos María, Teófilo... Como quedó expresado en el capítulo CLIV, otros nombres relampagueaban en el cielo de esa posibilidad. Y ahora todos acudían juntos, porque la lluvia seguía cayendo y el cielo y el mar se confundían en la misma cerrazón. Acudían todos, adosados a los correspondientes sujetos, y acudían incluso sujetos sin nombre —adventicios, ignorados— que alguna vez habían pasado por delante de ella, cantado el himno de la admiración y recibido el óbolo de la buena voluntad. ¿Por qué no había retenido a alguno de tantos para oírlo cantar y enriquecerlo? No es que los óbolos enriquezcan a nadie, pero existen otras monedas de valía no menor. ¿Por qué no había retenido uno solo de tantos nombres elegantes e incluso notables? Sin palabras, la pregunta le corría por las venas, por los nervios, por el cerebro, sin otra respuesta que la agitación y la curiosidad.

CLX

En eso amainó un poco la lluvia y un rayó de sol logró rasgar la capa de nubes —uno de esos rayos húmedos que parecen lágrimas. Sofía pensó que aún tenía tiempo de salir; estaba ansiosa de ver, de caminar, de sacudirse el torpor, y esperó a que el sol barriese la lluvia y se apoderase del cielo y la tierra; pero el gran astro advirtió que la intención de ella era constituirlo en linterna de Diógenes y díjole al rayo húmedo: «Vuelve, vuelve a mi seno, rayo casto y virtuoso; no serás tú quien la conduzca adonde quiere llevarla su deseo. Que ame, si le parece bien; que responda a los billetes de sus pretendiente —si los recibe y no los quema—; pero no le sirvas tú de antorcha, luz de mi seno, hijo de mis entrañas, rayo hermano de mis rayos...».

Y el rayo obedeció, recogíendose en el foco central, un poco asombrado del temor del sol, que tantas cosas ordinarias y extraordinarias ha visto. Entonces el velo de nubes volvió a hacerse espeso, y más oscuro, y la lluvia volvió a caer en grandes chaparrones.

Sofía se resignó a la reclusión. Tenía ya el alma tan confundida y difusa como el espectáculo exterior. Todas las imágenes y los pensamientos se perdían en el mismo deseo de amar. Es justo decir que, cuando emergía de esos vagos y oscuros estados de conciencia, intentaba huirles y dirigía el espíritu hacia otros asuntos; pero sucedíale como a quien tiene sueño y forcejea por velar: cada vez que despierta los ojos se le cierran, y vuelven a abrirse para cerrarse otra vez. Al fin apartó la vista de la lluvia y el cielo encapotado; y, para descansar, se puso a hojear la *Revista dos Dous Mundos*. Un día, en el mejor período de los trabajos del comité de las Alagoas, una mujer elegante casada con un senador le había preguntado:

—¿No lee usted la novela de Feuillet que está publicando la *Revista dos Dous Mundos*?

—Sí, la leo —había contestado Sofía—. Es muy interesante.

No era verdad, ni conocía la revista; pero al día siguiente le había pedido a su marido que la suscribiese; había leído la novela, también otras, y había empezado a hablar de todas las que iban saliendo. Abiertas las hojas de el ejemplar en cuestión, y acabado un relato, Sofía se encerró en su cuarto y recostóse en la cama. Como había pasado mal la noche, no le costó conciliar el sueño —un sueño profundo, ancho y sin imágenes, excepto hacia el final, cuando tuvo una pesadilla. Se hallaba frente al mismo cielo encapotado de ese día, pero en el mar, en la proa de una barca, echada de bruces, escribiendo con el dedo un nombre en el agua: *Carlos María*. Y las letras quedaban grabadas, y para mayor nitidez tenían ribetes de espuma. Hasta allí no había nada que pudiese inquietarla, a no ser el misterio, y sabido es que los misterios parecen naturales. Pero he

aquí que el muro de nubes se rasga, y a los ojos de Sofía aparece nada menos que el dueño del nombre, avanza hacia ella, la toma en brazos y le dice palabras tiernas, análogas a las que meses atrás le dijera Rubião. Y las palabras, al contrario que las de éste, no lo afligían; al contrario, las escuchaba con placer, medio inclinada hacia atrás, como a punto de desmayarse. La barca ya no era tal sino un carruaje, donde ella viajaba con su primo, las manos enlazadas, enamorada de un lenguaje de oro y sándalo. Tampoco en esto había nada de qué aterrarse. El terror vino cuando el carruaje se detuvo y numerosos rostros enmascarados lo rodearon, mataron al cochero, apuñalaron a Carlos María y tiraron el cadáver al camino. Luego el que parecía ser el jefe, ocupando el lugar del muerto, se quitaba la máscara y le rogaba que no temiese, que él la amaba cien mil veces más que el otro. Acto seguido le aferraba las muñecas y le daba un beso, pero un beso húmedo de sangre, que olía a sangre. Lanzando un grito de horror, Sofía se despertó. Al lado de la cama estaba su marido.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¡Ah! —suspiró Sofía—. He gritado, ¿no?

Palha no respondió nada; tenía la mirada perdida, pensaba en sus negocios. Entonces asaltó a la mujer el recelo de haber hablado realmente, murmurado alguna palabra, un nombre cualquiera —quizá el mismo que había escrito en el agua. Y entonces, alzando los brazos al aire, los dejó caer sobre los hombros del marido, cruzó las puntas de los dedos detrás de la nuca y, medio alegre, medio triste, murmuró:

—Soñé que te mataban.

Palha se enterneció. El hecho de que hubiera sufrido por él, aun en sueños, lo llenaba de piedad, pero de una piedad agradable —un sentimiento peculiar, íntimo, profundo, que lo impulsaba a desear nuevas pesadillas, para que lo asesinaran ante los ojos de ella y ella

gritara angustiada, convulsa, dolorida, horrorizada.

CLXII

Al día siguiente el sol apareció claro y tibio, el cielo límpido, el aire fresco. Sofía subió al coche y salió a hacer visitas y pasear para resarcirse de la reclusión. El propio día empezó por hacerle bien. Vistióse canturreando. El trato de las señoras que la recibieron en sus casas y de las que encontró en la Rua do Ouvidor, la agitación externa, las noticias de sociedad, el buen talante de tanta gente fina y amiga bastaron para despejarle el alma de las preocupaciones de la víspera.

CLXIII

Así pues, lo que parecía voluntad imperiosa reducíase a veleidad pura y, con algunas horas de intervalo, todos los malos pensamientos se habían retirado a sus alcobas. Si me preguntáseis si Sofía tenía remordimientos, no sabría qué deciros. Existe una escala del resentimiento y la reprobación. No sólo es que la conciencia pase gradualmente de la novedad a la costumbre y del temor a la indiferencia. Los simples pecados de pensamiento están sujetos a igual alteración, y el hábito de preocuparnos por las cosas nos hace tan afectos a ellas que al final el espíritu ya no se sobresalta ni las repele. Y en estos casos siempre hay un refugio moral en la exención exterior que, empleando términos más claros, es el cuerpo sin mancha.

CLXIV

Un solo incidente perturbó a Sofía en aquel día diáfano y brillante: un encuentro con Rubião. Había entrado en una librería a comprar una novela; mientras esperaba el cambio, vio entrar a su amigo. Apresuróse a volver el rostro y mirar los libros de un anaquel —unos libros de anatomía y de estadística. Recibió el dinero, lo guardó y con la cabeza gacha, rápida como una flecha, salió y enfiló calle arriba. La sangre se le sosegó cuando, en la Rua dos Ourives, miró hacia atrás y no vio a nadie.

Días más tarde iba a entrar en la casa de doña Fernanda cuando se topó con él al pie de la escalinata. Pensando que iba a subir, dispúsose a subir también, bastante recelosa; pero Rubião acaba de bajar, de modo que se estrecharon familiarmente las manos despidiéndose hasta más tarde.

—¿Viene aquí con frecuencia? —le preguntó Sofía a doña Fernanda después de contarle el encuentro.

—Esta es la cuarta o quinta vez; pero sólo la segunda apareció delirando. En general está como hoy, sereno y hasta conversador. Claro que siempre algo dice que no está completamente bien. ¿No reparó usted en los ojos un poco vagos? Es eso, nada más; conversar, conversar bien. Créame, doña Sofía; este hombre podría curarse. ¿Por qué no consigue que su marido se lo tome a pecho?

—Cristiano tiene pensado mandarlo examinar; pero descuide usted, que yo le daré prisa.

—Estaría muy bien. Parece ser muy amigo de ustedes.

«¿Le habrá dicho en medio del delirio alguna inconveniencia

sobre mí?», pensó Sofía. «¿Convendrá revelarle la verdad?»

Resolvió que no; el propio mal de Rubião explicaría cualquier inconveniencia. Prometió que presionaría a su marido, y de hecho esa misma tarde le expuso el asunto. Este contestó que era un *fastidio*. Y preguntó qué interés tenía doña Fernanda en la locura de Rubião. ¡Que lo tratase ella misma! Era un embrollo tener que ocuparse de él y, probablemente, reunir y administrar el poco dinero que le quedaba, como había sugerido el doctor Teófilo. Un embrollo de mil demonios.

—Como si no tuviera suficientes problemas. Y además, ¿qué vamos a hacer? ¿Traerlo a casa? Supongo que no. ¿Entonces dónde meterlo? En una casa de salud... Sí, ¿pero y si no lo aceptan? No querrás que lo mande a Praia Vermelha... ¿Y las responsabilidades? ¿Has prometido que ibas a hablar conmigo?

—Sí, y aseguré que tú te harías cargo —respondió Sofía sonriendo—. Tal vez no cueste tanto como parece.

Siguió insistiendo. La compasión de doña Fernanda la había impresionado; le encontraba algo noble y distinguido y no dejaba de advertir que si tan interesada se mostraba, sin que su amistad con Rubião fuese estrecha ni antigua, era de buen tono no ser menos generosa.

CLXV

Todo se hizo con tranquilidad. Palha alquiló una casita en la Rua do Príncipe, cerca del mar, donde metió a nuestro Rubião, el perro y algunos trastos. Rubião aceptó el cambio sin disgusto y, no bien le volvió el delirio, con entusiasmo. Estaba en su palacio de Saint-Cloud.

No ocurrió lo mismo con los habituales de su casa, que recibieron la noticia de la mudanza como un decreto de exilio. Todo en la antigua mansión era parte de sus vidas, el jardín, la reja, los arriates, los escalones de piedra, la ensenada. Se la conocían de memoria. Para ellos era entrar, colgar el sombrero y pasar a la sala. Habían perdido la noción de que era una casa ajena y estaban siendo obsequiados. Además estaba el vecindario. Cada uno de esos amigos de Rubião se había acostumbrado a ver a las personas del lugar, las caras de la mañana y las de la tarde, algunos incluso las saludaban como si fueran vecinos suyos. ¡Paciencia! Ahora irían a Babilonia, como los desterrados de Sión. Dondequiera que estuviese el Eufrates, encontrarían sauces en donde colgar las nostálgicas arpas —o, más propiamente, perchas de donde colgar los sombreros. Lo que los diferenciaba de los profetas era que, al cabo de una semana, volverían a tomar los instrumentos para tañirlos con la misma gracia y la misma fuerza; cantarían los viejos himnos, tan nuevos como el primer día, y Babel acabaría por ser la misma Sion, perdida y rescatada.

—Nuestro amigo necesita un tiempo de reposo —les dijo Palha en Botafogo, la víspera de la mudanza—. Habrán ustedes notado que no está muy bien. Tiene momentos de alejamiento, trastorno, confusión; y como va a hacer un tratamiento, es preciso que descansa. Le he encontrado una casita, pero aun así es posible que se

traslade a un establecimiento de salud.

Lo escucharon atónitos. Uno de ellos, Pío, volviendo en sí más rápido que los otros, respondió que esa medida debía haberse tomado mucho antes; pero que para hacerlo era preciso tener sobre Rubião una influencia decisiva.

—Yo le dije muchas veces, de buena manera, que era indispensable que consultara un médico, pues en mi parecer no andaba bien del estómago... Era una forma de disfrazar el sentido, ¿comprende usted? Pero él siempre contestaba que no tenía nada, que digería perfectamente... «Y sin embargo está comiendo menos», le decía yo; «hay días que no come casi nada; está delgado, casi amarillo...». Ya entenderá que no podía decirle la verdad. Llegué incluso a hablar con un médico amigo mío; pero nuestro buen Rubião se negó a recibirlo.

Los otros cuatro confirmaban la invención con gestos de cabeza; era lo mínimo que se les podía pedir y lo máximo que les permitía el aturdimiento del golpe. Acabaron preguntando la dirección de la nueva casa para ir a visitarlo. ¡Pobre amigo! Cuando salieron de allí y se despidieron unos de otros, prodújose un fenómeno que no habían previsto; y era que no atinaban a separarse. No es que los uniese amistad o aprecio algunos; el propio interés los hacía mutuamente antipáticos. Pero era como si la costumbre de verse todos los días, en el almuerzo y la cena, los hubiera fundido; la necesidad los había vuelto soportables, y el tiempo mutuamente necesarios. En suma, los ojos de cada uno sufrirían con la ausencia de las caras, los gestos, las patillas, los bigotes, las calvas, los particulares ademanes y las formas de comer, hablar y estar de sus compañeros. Más que una separación, era una desarticulación.

CLXVI

Rubião notó que ellos no lo habían acompañado a la casa nueva, y mandólos llamar; no acudió ninguno, y la ausencia llenó a nuestro amigo de tristeza —durante las primeras semanas. Era su propia familia la que lo abandonaba. Intentó recordar si les había hecho algún mal, de obra o de palabra, pero no descubrió nada.

CLXVII

—He conversado con el hombre; comprobé que tiene ideas delirantes. Si bien no soy alienista, creo que puede curarse... ¿Pero quiere que le cuente un hallazgo interesante?

—¿Cree que se curará? —dijo doña Fernanda sin atender a la pregunta del doctor Falcão.

El doctor Falcão era diputado, médico además y amigo de la casa, varón sabio, escéptico y frío. Doña Fernanda le había pedido el favor de que examinara a Rubião, poco después de que éste se trasladara a la casa de la Rua do Príncipe.

—Sí, creo que si se lo somete a un tratamiento regular se curará. Tal vez no haya antecedentes familiares de demencia. Hágalo ver por un especialista. ¿Pero no quiere saber cuál es mi interesante hallazgo?

—Dígame.

—Tal vez una conocida suya tenga algo que ver con la perturbación.

—¿Quién?

—Doña Sofía.

—¿De verdad?

—Habló de ella con mucho entusiasmo. Me dijo que era la mujer más espléndida del mundo y que, como no podía nombrarla emperatriz, al menos la nombraría duquesa; pero que no jugasen con

él porque era capaz de hacer lo mismo que su tío, divorciarse y casarse con ella. Deduje que habrá sentido por ella una gran pasión; y, a causa de la intimidad, Sofía para aquí, Sofía para allá... Usted me disculpará, pero creo que fueron amantes...

—¡Oh, no!

—Es lo que creo, doña Fernanda. ¿Y por qué se sorprende? Yo casi no lo conozco; usted no hace mucho que la trata, ni ha tenido con ella mucha intimidad. Es posible que se hayan amado y que la violencia de la pasión... Supongamos que ella lo echó de su casa... Es cierto que el hombre tenía devaneos de grandeza; y quizá se haya juntado todo...

Avergonzada de oír aquello, doña Fernanda desvió la mirada; y sus melindres le impedían discutir el asunto. La sospecha le parecía falta de fundamento, absurda, inverosímil; no creería en un amor tan espurio ni aunque se lo confesara el propio Rubião. El médico, en suma, desvariaba. Y aunque no fuese así, ella no estaba dispuesta a darle crédito, no se lo daría. No podía creer que Sofía hubiese amado a aquel hombre, y no por él sino por ella, tan pura y correcta. Era imposible. Quiso defenderla; pero, pese a la intimidad que el doctor Falcão le había brindado, volvió a dejar el tema de lado y repitió la pregunta que había hecho antes.

—¿Entonces usted piensa que puede curarse?

—Puede ser, pero con mi examen no alcanza. Ya sabe que en casos así es mejor consultar a un especialista.

Poco después, ya en la calle, Falcão se reía de la resistencia de doña Fernanda a aceptar su hipótesis. «No hay duda de que algo hubo», decía para sí. «El hombre tiene una cara agradable, y no será un petimetre pero es de buena planta y lleva fuego en los ojos. No hay duda...» Y repetía ciertas frases de Rubião, evocaba el gesto y la tierna modulación de la voz, y la sospecha se le hacía cada vez

más grave. «No hay duda...» Ahora le parecía imposible que no hubiesen sido amantes; encontraba ingenua la oposición de doña Fernanda —si es que no había sido un recurso para desviar la conversación. Tenía que ser eso...

En este punto, sin quererlo, el diputado se detuvo. Lo había asaltado una nueva sospecha. Tras unos instantes meneó la cabeza voluntariamente, como para desmentirla, como si la considerara absurda, y siguió andando. Pero la sospecha era terca y, apoderándose del interior del hombre, hizo caso omiso del hombre y de sus gestos. «¿No será que doña Fernanda también ha suspirado por él? ¿No será su cuidado una prolongación del amor, etc.?» Y así fueron naciendo preguntas que en lo hondo del doctor Falcão encontraban respuesta afirmativa. Resistió todavía, era amigo de la casa, sentía respeto por doña Fernanda, la sabía honrada; pero —iba pensando— bien podía ser que un sentimiento oculto, recatado, quien sabía si no provocado por la misma pasión de la otra... Existían tentaciones semejantes. El contagio de la lepra corrompía la sangre más pura; un triste bacilo era capaz de destruir el organismo más robusto.

Poco a poco las veleidades de la resistencia fueron cediendo a la noción de la posibilidad, la probabilidad y la certeza. Tenía noticia, cierto, de las obras de caridad de doña Fernanda; pero el caso aquel era nuevo. Esa dedicación especial a un hombre que no era habitual de la casa, ni viejo amigo, ni pariente, ni socio ni colega del marido, nada que por las relaciones, la sangre o la costumbre lo hiciese partícipe de la vida doméstica, resultaba inexplicable sin la presencia de un motivo secreto. Era amor, sin duda; curiosidad de mujer honesta, que podía desembocar en el vicio y el remordimiento. Había retrocedido a tiempo; le había quedado una simpatía mórbida... Y sin embargo, ¿quién sabía?

CLXVIII

Y sin embargo, ¿quién sabe?, se repitió el doctor Falcão a la mañana siguiente. La noche no había apagado su desconfianza. Y sin embargo, ¿quién sabía? Sí, no debía ser mera simpatía mórbida. Sin conocer a Shakespeare, el doctor Falcão parafraseó a Hamlet: «Hay entre el cielo y la tierra, Horacio, muchas más cosas que las que sueña tu vana *filantropía*». Allí apuntaba el dedo del amor, aunque sin mofarse ni lastimar. Ya he dicho que el hombre era un escéptico; y, como también era discreto, no transmitió su conclusión a nadie.

CLXIX

El regreso de Carlos María y su mujer interrumpió los desvelos de doña Fernanda en lo relativo a Rubião. Fue buscar la pareja a bordo y condújola a Tijuca, donde un viejo amigo de la familia de Carlos María, por orden de él, había alquilado y amueblado una casa. Sofía no fue hasta el vapor; mandó el *coupé* a esperar a los recién llegados en el muelle de Faroux, pero doña Fernanda ya tenía allí una calesa que los transportó, acompañados de ella y de Palha. Por la tarde, Sofía fue a visitarlos.

Doña Fernanda no cabía en sí de contenta. Las cartas de María Benedita los daban por felices; en los ojos y las maneras de la pareja pudo leer en seguida la confirmación de lo escrito. Con todo, parecían satisfechos. María Benedita no retuvo las lágrimas en el momento de abrazar a su amiga, ni ésta las suyas, y ambas se estrecharon como hermanas de sangre. Al día siguiente doña Fernanda preguntó a María Benedita si eran felices y, oyendo que sí, la tomó de las manos y contemplóla largamente sin hallar palabras. Apenas logró repetir la misma pregunta:

—¿Son felices?

—Sí —dijo María Benedita.

—No sabes cuánto bien me hace tu respuesta. No se trata sólo de los remordimientos que sentiría si ustedes no tuvieran la felicidad que imaginé darles, sino también de que es maravilloso ver felices a otros. ¿La quiere él como el primer día?

—Creo que más, porque yo lo adoro.

Doña Fernanda no entendió la frase. *¡Creo que más, porque yo*

lo adoro! La conclusión, ciertamente, no parecía responder a la premisa; pero era el caso de corregir nuevamente a Hamlet: «Hay entre el cielo y la tierra, Horacio, muchas más cosas que las que sueña tu *dialéctica*». María Benedita se puso a contarle el viaje, a devanar sus impresiones y reminiscencias; y, como poco después su marido se reuniese con ellas, recurría a la memoria de él para llenar sus propias lagunas.

—¿Como fue, Carlos María?

Carlos María recordaba, explicaba o rectificaba, pero sin interés, casi impaciente. Había adivinado que María Benedita acababa de confiar a la otra sus aventuras, y apenas podía encubrir el desagradable efecto que eso le producía. ¿Para qué decir que era feliz con él, si no podía ser de otro modo? ¿Y a qué divulgar sus cariños y palabras, sus misericordias de dios grande y amistoso?

Había condescendido en regresar a Río de Janeiro. María Benedita quería que la criatura naciera allí; el marido había cedido —de mala gana, pero cedido al fin. ¿Por qué de mala gana? Si difícil es explicarlo, no será menos entenderlo. En lo relativo a la maternidad, Carlos María tenía ideas personales y únicas, recónditas, que no le había confiado a nadie. Parecíale que por parte de la naturaleza era una impudicia hacer de la gestación humana un fenómeno público, expuesto a las miradas, inflado hasta la deformidad, sugestivo hasta la intrusión. De allí provenían sus deseos de soledad, de misterio, de ausencia. De buena gana se habría refugiado en el interior de una casa única, situada en lo alto de un cerro, vedada al mundo, sobre la cual un día descendiera su mujer con el hijo en brazos y la divinidad en los ojos.

No le hizo a su mujer ninguna propuesta al respecto. Habría tenido que discutir, y las discusiones no le gustaban; prefería ceder. Naturalmente, el sentimiento de María Benedita era el opuesto: se consideraba a sí mismo un templo divino y recatado en donde vivía un dios, hijo de otro dios. Acompañaba a la gestación un sinnúmero

de tedios, dolores, incomodidades que ella ocultaba todo lo posible al marido; pero todo eso daba más valor a la criaturita. Puesto era condición de la llegada del fruto, aceptaba el mal con resignación —cuando no lo agasajaba con alegría. Cumplía cordialmente la función de la especie. Y repetía en silencio la respuesta de María de Nazaret: «Soy la sierva del Señor; hágase en mi Su voluntad».

CLXX

—¿Qué te ocurre? —preguntó María Benedita a su marido después de que se quedaran solos.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

—Parecías molesto.

—No, no estaba molesto.

—Sí que estabas —insistió ella.

Carlos María sonrió sin responder. María Benedita le conocía bien esa sonrisa especial, inexpresiva, carente de ternura o censura, superficial y pálida. No se obstinó en averiguar; se mordió los labios y retiróse.

En la alcoba, durante un rato, no pensó en otra cosa que esa sonrisa muda y descolorida, señal de algún enfado cuya culpa no podía tener nadie más que ella. Y repasaba la conversación entera, todos los gestos que había hecho, sin descubrir nada que explicase la frialdad, o lo que fuese, de Carlos María. Quizás se había excedido con las palabras; era una costumbre suya: si estaba contenta ponía el corazón en las manos para repartirlo entre amigos y extraños. Carlos María reprobaba esa generosidad, porque le daba a su estado moral y doméstico un aire de gran fortuna y porque le parecía banal e inferior. María Benedita recordaba que en París, en medio de la colonia brasileña, había sentido más de una vez que sus expansiones producían ese efecto y las había reprimido. ¿Pero valdría lo mismo para doña Fernanda? ¿Acaso no era la artífice de la felicidad de los dos? Rechazó pues la hipótesis e intentó examinar otra. No encontrando ninguna volvió a la primera y, como siempre, le dio la

razón a su marido. Realmente, por íntima y grata que fuese su buena amiga, no debía contarle las minucias de la vida; era una ligereza...

Las náuseas vinieron a interrumpir sus reflexiones. La naturaleza le imponía una razón de estado —la razón de la especie—, más imperiosa y alta que los tedios del marido. María Benedita cedió a la necesidad; pero pocos minutos después estaba junto a Carlos María, rodeándole el cuello con el brazo derecho. Él, sentado, leía una revista inglesa; tomóle la mano, que le colgaba sobre el pecho, y acabó la página.

—¿Me perdonas? —preguntó ella al verlo cerrar la revista—. De ahora en adelante seré menos parlanchína.

Sonriendo, Carlos María le tomó las dos manos y con la cabeza respondió que sí. Fue como si sobre ella cayese la luz; la alegría le penetró el alma. Se habría dicho que el mismo feto acusaba la sensación y bendecía a su padre.

CLXXI

—¡Magnífico! ¡Así es como los quiero ver siempre! —exclamó una voz desde la terraza.

María Benedita se apartó rápidamente del marido. Una de las tres puertas que comunicaban la terraza con la sala estaba abierta. Por ella había llegado la voz; por ella espiaba y reía la cabeza de Rubiao. Hasta ese momento no lo habían visto. Carlos María, sin levantarse, lo miraba serio, en actitud de espera. Y la cabeza reía, con sus espesos bigotes puntiagudos, mirando a la pareja y repitiendo:

—¡Magnífico! ¡Así es como los quiero ver siempre!

Entró, tendiéndoles una mano que ellos recibieron sin afecto, prodigó frases de admiración y elogio para María Benedita, ella tan guapa, él tan gallardo; observó que ambos llevaban el nombre de María, suerte de predestinación, y acabó informándolos de que había caído el gobierno.

—¿Ha caído el gobierno? —preguntó involuntariamente Carlos María.

—En la ciudad no se habla de otra cosa. Me sentaré sin pedir licencia, ya que no me han ofrecido una silla —continuó Rubião, afirmando los brazos en el bastón—. Pues en efecto, el gobierno ha presentado su dimisión. Tendré que organizar otro. Ha de entrar Palha, nuestro querido Palha, primo de usted, y también usted mismo: si le complace la idea, será ministro. Necesito un buen gabinete, gente amiga y sólida, capaz de dar la vida por mí. Convocaré a Morny, a Pío, a Camacho, a Rouher, al mayor Siqueira. ¿Se acuerda usted del mayor, señora? Creo que le daré el Ministerio

de Guerra; no conozco hombre más idóneo para los asuntos militares.

Aburrida e impaciente, María Benedita se paseaba por la sala a la espera de que su marido ordenase algo; éste, con los ojos, le dijo que se fuese; sin aguardar otro gesto, ella pidió licencia al huésped y retiróse. Una vez hubo salido, Rubião volvió a elogiarla —es una flor, dijo; y riendo se corrigió: dos flores, creo que hay aquí dos flores. ¡Nuestro Señor las bendiga! Carlos María le tendió la mano a modo de despedida.

—Mi querido señor...

—¿Puedo incluirlo en el gabinete? —preguntó Rubião.

No oyendo respuesta alguna, entendió que sí y prometióle un buen puesto. El mayor se ocuparía de la Guerra, Camacho de Justicia. ¿Acaso no los conocía? «Dos grandes hombres, Camacho aún mayor que el otro». Y obedeciendo a Carlos María, que echó a andar en dirección a la puerta, Rubião empezó a retirarse sin sentir que lo hacía; pero no lo hizo tan pronto. En la terraza, antes de bajar la escalinata, refirió varios hechos de guerra. Por ejemplo, había devuelto Alemania a los alemanes; era bello y político. Ya antes había dado Venecia a los italianos. No necesitaba más territorios; las provincias del Reno, sí, pero sobraba tiempo para ir a buscarlas.

—Mi querido señor... —insistió Carlos María tendiéndole la mano.

Lo despidió y cerró la puerta; Rubião profirió aún unas palabras y bajó los escalones. María Benedita, que los había estado espionando desde el fondo, se acercó a su marido, lo tomó de la mano y se quedó mirando cómo Rubião atravesaba el jardín. No caminaba en línea recta, ni deprisa, ni callado; deteníase, gesticulaba, agarraba una rama seca, viendo en el aire mil cosas más guapas que la dueña de casa, más gallardas que el dueño. Ellos lo miraban desde la

ventana y, ante cierto lance grotesco, María Benedita no pudo contener la risa; Carlos María, sin embargo, observaba plácidamente.

CLXXII

—Pero si es verdad que ha caído el gobierno —dijo ella—, ¿sabes quién será ministro?

—¿Quién? —preguntó Carlos María con los ojos.

—Tu primo Teófilo. Nana me contó que tenía esperanzas y por eso se quedó este año en la Corte. O desconfió, o ya había oído hablar de la dimisión del gobierno; puede que desconfiase. No recuerdo bien qué me dijo ella; pero parece ser que entrará en el gabinete.

—Es posible.

—Mira, allá va Rubio. Se ha parado, está mirando la calle, a lo mejor espera la diligencia o el coche. Antes tenía un coche. Ahora sigue andando...

CLXXIII

—¡Así que Teófilo va a ser ministro! —exclamó Carlos María. Y un instante después—: Creo que será un buen ministro. ¿Te gustaría que yo también lo fuese?

—¿Qué remedio, si tú quieres?

—O sea que preferirías que no —dijo Carlos María.

«¿Qué debo responder?», pensó ella escrutando el rostro del marido.

Y él, riendo:

—Confiesa que me adorarías aunque fuese un simple bedel.

—¡Tú lo has dicho! —exclamó la joven echándole los brazos al cuello.

Carlos María le acarició el pelo y, serio, murmuró:

—Bernadotte fue rey y Bonaparte emperador. ¿Te gustaría ser reina de Suecia?

Ni María Benedita entendió la pregunta ni él se la explicó. Para explicarla habría hecho falta decir que acaso ella llevara un Bernadotte en su vientre; pero esa suposición implicaba un deseo, y el deseo una confesión de inferioridad. Carlos María volvió a abrir las manos sobre la cabeza de su mujer, en un ademán que parecía significar: «María, has escogido la mejor parte...». Y fue como si ella lo entendiese perfectamente.

—¡Sí! ¡Sí!

El marido sonrió y volvió a abrir la revista inglesa. Ella, pegada al sofá, le pasaba los dedos por el pelo, leve y en silencio para no molestarlo. Él leía, leía, leía. María Benedita fue atenuando la caricia y retirando los dedos poco a poco, hasta que salió de la sala, donde Carlos María seguía leyendo un estudio de Sir Charles Little, M.P., sobre la famosa estatuilla de Narciso que hay en el Museo de Nápoles.

CLXXIV

Cuando al atardecer Rubião llegó a la casa de doña Fernanda, un criado le dijo que no podía subir. La señora se hallaba indispuesta; el señor le estaba haciendo compañía; al parecer esperaban al médico. Nuestro amigo se retiró sin insistir.

Era al revés; quien estaba enfermo era el señor, y la señora lo estaba acompañando; pero el criado no podía corregir el mensaje que le habían dado. Otro criado había sospechado, cierto, que el enfermo era él, y no ella, porque lo había visto entrar abatido. Arriba, en la habitación de ambos, había un rumor de voces, ora altas, ora bajas, con intervalos de silencio. Una criadita que subió de puntillas bajó diciendo que había oído al amo lamentarse; probablemente la señora había hecho algo malo. Abajo, una charla sorda, oídos atentos, conjeturas; les llamaba la atención que de arriba no hubieran pedido agua, cualquier medicina, al menos un caldo. La mesa puesta, el criado encorbatado, el cocinero orgulloso e inquieto... Justo una de sus mejores cenas!

¿Qué pasaba? Teófilo aún conservaba la expresión de abatimiento con la que había entrado. Estaba sentado en un canapé, sin chaleco, los ojos perdidos. A su lado, sentada también, tomándole una mano, doña Fernanda decía que se calmase, que no valía la pena. Y se inclinaba para verle el rostro, lo atraía hacia ella, procuraba que recostase la cabeza en su hombro...

—Déjame, déjame —murmuraba él.

—¡No vale la pena, Teófilo! ¿Qué importancia tiene un ministerio? ¿Tanto vale un cargo fugaz, lleno de disgustos, de insultos, de esfuerzos para nada? ¿No es mejor la vida tranquila?

Acepto que es una injusticia, tú has prestado muchos servicios; ¿pero tan enorme es la pérdida? Vamos, amor mío, cálmate; vamos a cenar.

Tirándose de una de las patillas, Teófilo se mordía los labios. No hacía el menor caso a lo que la mujer decía, ni exhortaciones ni consuelos. Había oído las conversaciones de la noche anterior y de esa mañana, las combinaciones políticas, los nombres mencionados, los rechazados y los incluidos. En ninguna combinación entraba él, y el caso era que había hablado con mucha gente sobre el verdadero cariz de la situación. Unos lo escuchaba con atención, otros con impaciencia. En cierto momento los ojos del organizador habían parecido interrogarlo; pero el gesto había sido fugaz e ilusorio. Ahora Teófilo recomponía la agitación de tantas horas y lugares —se acordaba de los que lo habían mirado de reojo, los que habían sonreído, los que tenían la misma cara que él. Al final había dejado de hablar; las últimas esperanzas se le extinguían en los ojos como bujías de madrugada. Había oído los nombres de los ministros, se había visto obligado a darlos por buenos; ¡pero qué fuerza habría necesitado para articular una sola palabra! Temía que le descubriesen el abatimiento o el despecho, y todos sus esfuerzos acababan por acentuarlos todavía más. Palidecía, le temblaban las manos.

CLXXV

—Ven, vamos a cenar.

De un golpe de rodillas, con las manos abiertas, Teófilo se puso en pie lanzando palabras sueltas, furiosas, y empezó a andar de un lado a otro descargando los pies, amenazando. Como no podía vencer la violencia del nuevo acceso, doña Fernanda sólo esperó que fuese corto; y fue corto. Teófilo se acercó a un sofá, sacudió la cabeza y una vez más se derrumbó. Tomando una silla, doña Fernanda se sentó junto a él.

—Tienes razón, Teófilo, pero hay que ser hombre. Eres joven y fuerte, tienes un futuro por delante, quizá un gran futuro. ¿Quién sabe si entrando ahora en el gobierno no echarías tu carrera a perder? Ya entrarás en otro. A veces, lo que parece una desgracia es una suerte.

Agradecido, Teófilo le apretó la mano.

—Es perfidia e intriga —murmuró mirándola—. Conozco bien a esa canalla. Si te contara todo, todo... Pero ¿para qué? Prefiero olvidar... No es por un cargo miserable que estoy irritado —continuó después de una pausa—. Los cargos no valen nada. El que sabe trabajar y tiene talento puede prescindir de los cargos, mostrarse superior. La mayor parte de esos individuos, Nana, no me llega a los tobillos. Si de algo estoy seguro, y ellos también, es de esto. ¡Cáfila de intrigantes! ¿Dónde van a encontrar más sinceridad, más lealtad, más ardor en la lucha? ¿Quién, en los tiempos de ostracismo, trabajó más en la prensa? Se excusan, arguyen que los gabinetes vienen organizados desde São Cristovão... ¡Ah, me gustaría hablar con el emperador!

—¡Teófilo!

—Le diría, al emperador: «Señor, Vuestra Majestad no tiene idea de lo que es esta política de tramposos, estos trapicheos de camarilla. Vuestra Majestad quiere que en sus consejos trabajen los mejores, pero son los mediocres quienes más rápido se arriman... Los valiosos quedan aun lado». Esto es lo que le diré algún día; puede que mañana mismo...

Guardó silencio. Tras una larga pausa se levantó y fue a su estudio, que estaba al lado de la habitación; la mujer lo acompañó. Ya había oscurecido; encendió la lámpara de gas y circuló por el estudio con los ojos velados de melancolía. Había allí cuatro amplios estantes repletos de libros, informes, presupuestos, balances del Tesoro. El escritorio estaba en orden. Tres armarios altos, sin puertas, guardaban manuscritos, notas, memorándums, cálculos, fichas, todo apilado y metódicamente rotulado: *créditos extraordinarios — créditos suplementarios — créditos de guerra — créditos de la Marina — empréstito de 1868 — ferrocarriles — deuda interna — ejercicio de 61-62 — ejercicio de 62-63 — ejercicio de 63-64*, etc. Era allí donde trabajaba mañana y noche, calculando, recogiendo elementos para sus discursos e intervenciones, porque era miembro de tres comisiones parlamentarias y normalmente hacía el trabajo suyo y de sus seis colegas; éstos se limitaban a escuchar y asentir. Uno de ellos, cuando los informes eran extensos, los firmaba sin oírlos.

—Hombre, usted es el que sabe —decíale pluma en mano.

Todo allí respiraba aplicación, cuidado, trabajo asiduo, meticuloso y útil. De la pared, mediante ganchos, colgaban los periódicos de la semana, que luego eran retirados, conservados y por fin encuadernados semestralmente a fines de consulta. Los discursos de los diputados, impresos y cosidos en cuarto, se apilaban en un estante. Ni un solo cuadro ni un busto, ni el menor aderezo, nada en que recrearse, nada que admirar; todo seco, exacto, administrativo.

—¿De qué vale todo esto? —le preguntó Teófilo a su mujer tras unos momentos de contemplación triste—. Horas fatigosas, largas horas de esfuerzo nocturno, a veces hasta la madrugada... Nadie podrá decir que es éste el gabinete de un holgazán; aquí se trabaja. Tú eres testigo. ¿Y para qué?

—Consuélate en tu tarea —murmuró ella.

Y él, acerbo:

—¡Vil consuelo! No, no, acabaré con esto. Lo haré todo a un lado. En la Cámara, ¿sabes?, todos me consultan, hasta los ministros, porque saben que yo me aplico de veras a los asuntos de la administración. ¿Y cuál es el premio? ¿Ir en mayo a aplaudir a los nuevos señores?

—Pues no los aplaudas —dije mansamente la mujer—. ¿Quieres hacerme un regalo? Vayamos a Europa en marzo o abril y volvamos dentro de un año. Desde dondequiera que estemos pides una licencia a la Cámara —desde Varsovia, por ejemplo; tengo unas ganas tremendas de conocer Varsovia prosiguió, sonriendo y rodeándole graciosamente la cara con las manos—. Anda, di que sí; contéstame que escriba hoy mismo a Río Grande, ya que el vapor zarpa mañana. Hecho, pues: nos vamos a Varsovia.

—No bromees, Nana, que esto no es cosa de broma.

—Hablo en serio. Ya hace mucho que estoy por proponerte un viaje, a ver si descansas de este papelerío infernal. ¡Es una exageración, Teófilo! Apenas si tienes tiempo para alguna visita. Pasear contigo es imposible. Casi no conversas. Nuestros hijos casi no ven a su padre, porque cuando estás trabajando aquí no puede entrar nadie... De vez en cuando hay que descansar; te estoy pidiendo un año de reposo. Mira que hablo en serio. En marzo nos vamos a Europa.

—No es posible —balbució él.

—¿Por qué?

No era posible. Era como invitarlo a que abandonara su propia piel. La política lo era todo. Ciertamente, sí, que también allá fuera había política, ¿pero qué tenía que ver con él? Teófilo no conocía nada de lo que pasaba fuera, salvo nuestra deuda en Londres y media docena de economistas. Con todo, agradeció a su mujer la intención.

—Eres muy buena.

Y un vago sentimiento de esperanza restituyó al diputado la voz y la suavidad que había perdido en esa terrible crisis moral. Los papeles le daban aliento. La masa de estudios se le aparecía como tierra roturada y sembrada a los ojos de un labrador. La semilla no tardaría en germinar; un día, tarde o temprano, brotaría el grano y el árbol daría frutos. Justamente eso era lo que la mujer le había dicho con palabras directas y propias; pero sólo ahora él veía la posibilidad de la cosecha. Recordó las explosiones de cólera, de indignación, de desesperanza, las quejas de hacía un momento; se sintió avergonzado. Intentó reír y lo hizo mal. Durante la cena y el café se entretuvo con sus hijos, que esa noche se acostaron más tarde. Nuno, que ya iba a la escuela —donde había oído hablar de la caída del gobierno— le dijo que quería ser ministro. Teófilo se puso serio.

—Hijo mío —le contestó—. Elige cualquier cosa menos ser ministro.

—Dicen que es bonito, papá. Se va en coche, con un soldado detrás.

—Pues yo te regalaré un coche.

—¿Tú ya has sido ministro?

Procurando sonreír, Teófilo miró a su mujer, que aprovechó la

ocasión para enviar los niños a la cama.

—Sí, sí, ya he sido ministro —respondió el padre besando a Nuno en la frente—. Pero ya no quiero; es feo y da mucho trabajo. Tú serás capellán.

—¿Qué es un capellán?

—La cama —respondió doña Fernanda—. Anda, Nuno, vete a dormir.

CLXXVI

El día siguiente, a la hora del almuerzo, un bedel llevó a Teófilo una carta.

—¿Un bedel?

—Sí, señor. Dice que viene de parte del señor presidente del Consejo.

Teófilo abrió el sobre con mano temblorosa. ¿Qué sería? Había leído en los periódicos la relación de nuevos ministros; el gabinete estaba completo. No había divergencia en cuanto a los nombres. ¿Qué sería? Sentada frente a su marido, Doña Fernanda procuraba leerle en el rostro el texto de la carta. Atisbo una claridad; vio que en la boca asomaba una sonrisa de satisfacción —de esperanza, al menos.

—Dígale que espere —ordenó Teófilo al criado.

Fue al estudio y minutos después volvió con la respuesta. Sentóse a la mesa en silencio, dando tiempo a que el criado entregase el sobre al bedel. Esta vez, como estaba prevenido, oyó los pasos del caballo, luego el galope calle abajo, y se sintió bien.

—Lee —dijo.

Doña Fernanda leyó la carta del presidente del Consejo; pedía a Teófilo que fuese a hablar con él dos horas más tarde.

—¿Entonces el gabinete...?

—Está completo —se apresuró a afirmar el diputado—. Ya han

nombrado todos los ministros.

No creía del todo en lo que estaba diciendo. Imaginaba alguna vacante de última hora y la necesidad de llenarla.

—Será alguna consulta política. Tal vez quiere conversar sobre el presupuesto, o encargarme un estudio.

Habiendo dicho eso para decepcionar a la mujer, sintió que las hipótesis eran sensatas y volvió a derrumbarse; pero tres minutos después las burbujas de la esperanza volvían a bailotear ante sus ojos, no dos ni cuatro sino un torbellino que nublaba el aire.

CLXXVII

Doña Fernanda esperó, tan ansiosa como si el ministerio fuese para ella y pudiese darle algún placer ni amargo ni complicado. Pero una vez que su marido estuviese satisfecho, pensaba, todo mejoraría. Teófilo volvió a las cinco y media. Por el aspecto vio que venía contento. Corrió a tomarle las manos.

—¿Y bien?

—¡Pobre Nana! Aquí estamos, con un paquete en los hombros. El marqués me pidió insistentemente que aceptase una presidencia de primer orden en la Cámara. Como no pudo incluirme en el gabinete, donde sin embargo tenía un lugar reservado, quiso y pidió que yo participase en la responsabilidad política y administrativa del gobierno asumiendo una presidencia. En ningún caso puede prescindir de mi prestigio (son palabras de él) y espera que asuma en la Cámara el puesto de jefe de la mayoría. ¿Qué opinas?

—Que aceptemos el paquete —respondió doña Fernanda.

—¿Crees que podía negarme?

—No.

—No podía. Ya sabes que a un gobierno amigo no se le pueden negar este tipo de favores; de lo contrario hay que dejar la política. El marqués me trató muy bien. Yo ya sabía que era un hombre superior, ¡pero hubieras visto que risueño y afable! También quiere que vaya a una reunión con los ministros y algunos amigos, pocos, media docena. Y ya me ha confiado, reservadamente, el programa de gobierno...

—¿Cuándo partimos?

—No lo sé. Tengo que verlo mañana por la noche. La reunión es a la ocho... ¿Pero no crees que hice bien en aceptar?

—Claro que sí.

—Si hubiese dicho que no me habrían criticado, y con razón. En política, lo primero que se pierde es la libertad. Claro que tú, si quieres, puedes quedarte aquí. Las cámaras empezarán a sesionar dentro de cuatro o cinco meses; apenas tendré tiempo de echar un vistazo.

CLXXVIII

Doña Fernanda aceptó la propuesta; no interrumpía la educación del hijo y sólo eran cuatro meses de alejamiento. Teófilo partió a los pocos días. La mañana del embarque, muy temprano, entró a despedirse de su gabinete de trabajo. Echó las últimas miradas a los libros, informes, presupuestos, manuscritos, a toda esa parte de la familia que sólo tenía expresión e interés para él. Había atado los papeles y los folletos para que no se mezclasen, e hizo grandes recomendaciones a su mujer. De pie en medio de la habitación, paseó los ojos por los estantes y entre todos ellos dispersó el alma. Despedíase así, con nostalgia genuina, de sus santos amigos. Para Doña Fernanda, que estaba a su lado, no pasaron más que los diez minutos de la ceremonia. Para Teófilo eran muchos años.

—Puedes estar tranquilo, yo los cuidaré. Todos los días quitaré el polvo.

Teófilo le dio un beso... Otra mujer lo habría recibido con tristeza, al ver que parecía amar más a los libros que a ella. Pero doña Fernanda se sintió afortunada.

CLXXIX

Desde el día de la crisis de gobierno Rubião no volvió a la casa de doña Fernanda; nada supo de la presidencia ni de la partida de Teófilo. Vivía entre su perro y un criado, sin grandes crisis ni largos reposos. El criado hacía regularmente el servicio, obtenía gratificaciones y a menudo recibía el título de marqués. Además se divertía. Cuando al amo le daba por hablar con las paredes, corría a espiarlo; asistía al diálogo, porque Rubião atendía a las palabras de ellas y respondía como si le hiciesen preguntas. De noche salía a charlas con amigos del vecindario.

—¿Cómo está el loco?

—Está bien. Hoy le pidió al perro que cantara algo; el perro se puso a ladrar y él se moría de gusto, pero un gusto de gran personaje. Es que cuando le da el ataque parece que gobernara el mundo. Ayer mismo, mientras almorzaba, me dijo: «Marqués Raimundo, quiero que te...». Y el resto le salió tan embrollado que yo no entendí nada. Al final me dio diez tostones.

—Te los habrás guardado de prisa...

—¡Tú qué crees!

Cuando Rubião salía del delirio, aquél palabrerío fantasmagórico se le transformaba, por momentos, en tristeza callada. La conciencia luchaba por sacudirse los restos del estado anterior que se le habían quedado adheridos. Era como un hombre volviendo dolorosamente desde un abismo, trepando por las paredes, arrancándose la piel, perdiendo las uñas para llegar arriba, deseoso de no caer otra vez. Entonces iba a visitar a sus amigos, nuevos algunos, otros viejos como el mayor o el doctor Camacho.

Éste, desde hacía un tiempo, se había vuelto menos locuaz. Ni siquiera la política le alimentaba los discursos de antaño. Cuando veía asomarse a Rubião a la puerta del despacho hacía un gesto de impaciencia que en seguida disimulaba; el otro notaba el cambio y se perdía en conjeturas; pensaba si por descuido le había hecho alguna ofensa, o si Camacho empezaba a odiarlo. Y para mitigar el tedio o el resentimiento hablaba con prudencia, risueño, intercalando largas pausas respetuosas, a la espera de que el otro dijese algo. En vano apelaba al marqués de Paraná, cuyo retrato seguía colgando de la pared; repetía las expresiones que le había oído a Camacho —¡Gran marqués! ¡Estadista consumado! Asintiendo con la cabeza, Camacho escribía sin cesar, consultando autos y teorías judiciales, de Lobão, de Coelho, de Rocha, citando, tachando, pidiéndole disculpas. Tenía que entregar un artículo ese mismo día. De pronto paraba para ir hasta un estante.

—Con licencia...

Rubião encogía las piernas para dejarlo pasar; él sacaba un volumen de las *Ordenanzas del Reino* y lo hojeaba, lo hojeaba, avanzando, volviendo atrás, al azar, sin buscar nada, con el único fin de echar al inoportuno; pero justamente por eso el inoportuno, se quedaba, y ambos se miraban disimuladamente. Camacho regresaba a su artículo. Para leer, ya sentado, inclinábase mucho a la izquierda, de donde le venía la luz, y a Rubião le daba la espalda.

—Aquí está muy oscuro —comentó éste un día.

Y no oyó respuesta alguna, tan absorto parecía el abogado en la lectura de los autos. Realmente lo debo estar estorbando, pensó nuestro amigo. Le observó el rostro serio e inmóvil, el gesto con que apretaba la pluma para continuar ese artículo interminable. Veinte minutos más de silencio absoluto. Al fin Rubião lo vio dejar la pluma, enderezar el torso, estirar los brazos y restregarse los ojos.

—Cansado, ¿verdad? —le dijo con interés.

Camacho hizo un gesto afirmativo y preparóse para seguir; nuestro hombre aprovechó el intervalo para ponerse en pie y despedirse.

—Volveré cuando esté usted menos atareado.

Le tendió la mano; Camacho se la estrechó sin fuerza y volvió a su papel. Rubião bajó la escalera herido por la frialdad de su ilustre amigo. ¿Qué le habría hecho?

CLXXX

Esa vez tuvo la suerte de encontrarse con el mayor Siqueira.

—Precisamente iba a su casa. ¿Va para allí?

—Sí; pero ya no vivimos en la misma casa; nos hemos mudado a Cajueiros, a la Rua da Princesa...

—Vamos adonde sea.

Rubião necesitaba un trozo de cuerda que lo atara a la realidad, porque volvía a sentirse presa del vértigo. Mientras tanto habló con tal acierto y propiedad que el mayor, creyéndolo en pleno juicio, le dijo:

—¿Sabe que tengo que darle una gran noticia?

—A delante, pues.

—Será cuando lleguemos.

Llegaron. Era una casa soleada; Doña Tónica fue a abrirles el cancel. Llevaba pendientes y un vestido nuevo.

—Mírela bien —dijo el mayor tomándola por la barbilla.

Doña Tónica retrocedió avergonzada.

—La estoy mirando —respondió Rubião.

—¿No ve a una persona que se va a casar?

—¡Ah, la felicito!

—Pues así es, se va a casar. Ha costado mucho, pero al fin se hace. Ha encontrado por ahí un novio que la adora, como todos. Yo, cuando era novio, adoraba tanto a mi finada que era para no creérselo... Pues se va a casar. Ha conseguido un novio. Ha costado, pero lo ha conseguido. Una persona seria, de mediana edad; suele venir por aquí a pasar las noches. Por la mañana, cuando va para la repartición, creo que golpea la ventana, o ella ya lo está esperando. Yo hago ver que no lo veo.

Doña Tonica negaba con la cabeza, pero sonriendo de modo que parecía asentir. ¡Estaba tan radiante! Ni se acordaba de que había intentado conquistar a Rubião, de que él había sido una de sus ultimas esperanzas, si no la ultima. Entraron en la sala. Doña Tonica fue hasta la ventana, se volvió, empezó a pasearse, reconciliada con la vida.

—Buena persona —repitió el mayor—. De buena pasta. Anda, Tonica, ve a buscar el retrato. Ve a buscar a tu novio...

Doña Tonica fue a buscar el retrato. Era una fotografía; representaba a un hombre de mediana edad, pelo corto, ralo, expresión de asombro, cara chupada, cuello fino y chaqueta abotonada.

—¿Qué le parece?

—Muy bien.

Doña Tonica recibió el retrato y estuvo un momento mirándolo; pero en seguida apartó los ojos y permaneció sentada, mientras su imaginación salía a esperar a Rodrigues. Llamábase Rodrigues. Era más bajo que ella —cosa que no se advertía en el retrato— y empleado en una repartición del Ministerio de Guerra. Viudo, con dos hijos, uno que estaba en el batallón de menores y otro —doce años— condenado a muerte por la tuberculosis. ¿Qué importaba? Era su novio; todas las noches, antes de acostarse, doña

Tonica se arrodillaba ante la imagen de Nuestra Señora, su madrina, agradecía el favor y pedía que la hiciera feliz. Soñaba ya con un hijo; se llamaría Alvaro.

CLXXXI

Rubião escuchó en silencio el discurso del mayor. El casamiento sería dentro de un mes y medio; el novio tenía que acabar los arreglos de la casa; no era ningún capitalista, vivía al día y había tenido que recurrir a préstamos. La casa era la misma en donde había vivido siempre y, aunque no exigía trastos nuevos ni lujosos, siempre había alguna necesidad... En suma, al cabo de un mes y medio, o cinco semanas cuando menos, estarían unidos por los santos lazos del matrimonio.

—Y yo me quito el fardo de encima —concluyó el mayor.

—¡Vamos! —protestó Rubião.

La hija se reía; estaba acostumbrada a las gracias de su padre, y tan dispuesta a ser feliz que nada la avergonzaba; ni siquiera le habría molestado que el padre se refiriese a los cuarenta años pasados. Todas las novias tienen quince años.

—Ya verá cómo después la echa en falta —le dijo Rubião a doña Tónica.

—¡Qué va! ¡A lo mejor yo también me caso!

De pronto Rubião se levantó y dio unos pasos. El mayor, que no le había visto la cara, no podía advertir que el espíritu del hombre estaba a punto de descarrilar, y que él mismo lo presentía. Le dijo que se sentara y empezó a hablarle de sus tiempos de hombre casado y de las campañas. Cuando llegó al relato de la batalla de Monte-Caseros, con las marchas y contramarchas propias de su forma de hablar, tenía ante sí a Napoleón III. Silencioso al principio, Rubião profirió algunas palabras de elogio, aludió a Solferino y

Magenta, prometió al mayor una condecoración. Padre e hija se miraron mutuamente; el mayor dijo que se avecinaba un chubasco. En efecto, el cielo estaba levemente encapotado. Era mejor que Rubião se marchase antes de que empezara a llover; no había traído paraguas y él tenía uno solo, y viejo...

—En seguida llegará mi coche —replicó Rubião serenamente.

—No creo, ha ido a esperarlo al parque. ¿No ves el coche desde allí, Tónica?

La mujer hizo un gesto vago y apático. No quería mentir, pero tenía miedo y deseaba que Rubião se fuese. Desde la casa era imposible ver el parque da Aclamação. Pero el mayor ya había tomado a Rubião del brazo y lo empujaba hacia la puerta.

—Vuelva mañana, más tarde, cuando quiera.

—¿Pero por qué no he de esperar a que venga el coche? —preguntó Rubião—. La emperatriz no debe mojarse...

—La emperatriz ya se ha ido.

—Mal hecho. Muy mal hecho de parte de Eugenia. General... ¿Por qué ha de quedarse usted siempre en mayor? General, he visto el retrato de su yerno; me gustaría regalarle el mío. Mande buscarlo a las Tullerías. ¿Dónde está el coche?

—Lo está esperando en el parque.

—Mande llamarlo.

Doña Tónica, que estaba en la ventana, dijo entre dientes: Ahí viene Rodrigues.

Y volvió a mirar la calle, inclinándose y sonriendo, mientras en la sala su padre seguía guiando a Rubião hacia la puerta, sin

violencia pero tenazmente. Rubião se paraba, lo reprendía:

—¡General, que soy su emperador!

—Sin duda. Pero acompáñeme, Majestad.

Habían llegado a la puerta; el mayor abrió el cancel justo cuando Rodrigues ponía el pie en el umbral. Doña Tonica se precipitó a recibir a su novio, pero el vano estaba obstaculizado por su padre y Rubião. Rodrigues se quitó el sombrero, mostrando el cabello áspero y grisáceo; tenía las mejillas enjutas llenas de pecas, pero la sonrisa era benévola y humilde —más humilde que benévola— y, pese a la trivialidad del gesto y la persona toda, era un hombre agradable. Los ojos nos reflejaban el mismo asombro que en la fotografía; ese efecto había sido producto del énfasis puesto por él en la pose para que el retrato *quedara bonito*.

—Este caballero es mi futuro yerno —le dijo el mayor a Rubião. Y guiñando un ojo le preguntó a Rodrigues—: ¿Verdad que en el parque ha visto un coche y un escuadrón de caballería?

—Creo que sí.

—¿No se lo he dicho? —exclamó Siqueira volviéndose hacia Rubião—. Ande, doble por la Rua de São Lourenço y vaya derecho hasta el parque. Adiós, hasta mañana.

Rubião bajó tres escalones —había cinco— y se detuvo ante el recién llegado; mirólo unos instantes, declaró que celebraba conocerlo y le recomendó que fuese buen esposo y buen yerno. ¿Cómo se llamaba?

—João José Rodrigues.

—Rodrigues. He de enviarle una cintita para la solapa. Será mi regalo de boda. Hágame acordar, Siqueira.

Siqueira lo tomó del brazo para hacerlo bajar los dos últimos escalones y ponerlo en la calle.

—¿En el parque, ha dicho?

—En el parque.

—Adiós.

Desde la calle, Rubião aún miró las ventanas y se llevó la mano al sombrero para saludar a doña Tónica; pero doña Tónica estaba en la sala, donde Rodrigues acababa de entrar fresco y delicioso como la primera rosa del verano.

CLXXXII

Rubião ya no se preocupó por el coche ni por el escuadrón de caballería. Echó a andar hacia abajo, recorrió varias calles y finalmente subió por la de São José. Desde el Palacio Imperial no había dejado de hablar y gesticularle a alguien que imaginaba llevar del brazo y que era la emperatriz. ¿Eugenia o Sofía? Ambas eran una sola criatura —o más bien la segunda con el nombre de la primera. Viandantes se paraban a mirarlo; la gente corría a las puertas de las tiendas. Unos se reían, otros se mostraban indiferentes; algunos, después de verlo, desviaban los ojos para ahorrarles el triste espectáculo del delirio. Una turba de mulatos acompañaba a Rubião, algunos tan de cerca que le oían las palabras. Niños de toda suerte fueron uniéndose al grupo. Advirtiendo la curiosidad general, asumieron la voz de la multitud y empezó el griterío:

—¡Ahí va el loco! ¡Ahí va el loco!

Esos gritos llamaron la atención de otra gente, se abrieron las ventanas de muchos pisos, aparecieron curiosos de ambos sexos y todas las edades, un fotógrafo, un tapicero, tres o cuatro figuras juntas, muchas cabezas apiñadas, inclinadas, espiando, acompañando al hombre que le hablaba a la pared con ademanes grandiosos y corteses.

—¡El loco! ¡El loco! —berreaban los golfos.

Uno de ellos, mucho menor que los demás, se agarraba a los pantalones de un larguirucho. Estaban ya en la Rua da Ajuda. Rubião seguía sin oír nada; pero en el momento en que oyó algo, supuso que eran aclamaciones e hizo una reverencia agradecida. El

griterío aumentaba. En eso se distinguió la voz de una mujer que estaba en la puerta de una colchonería.

—¡Deolindo! ¡Deolindo, ven a casa!

Deolindo, el niño agarrado a los pantalones de otro mayor, no obedeció; es posible que no hubiese oído, tal era el barullo y tanta la alegría del pequeño, que con voz aguda gritaba:

—¡El loco! ¡El loco!

—¡Deolindo!

Deolindo intentó huir de la mirada de su madre escondiéndose entre los otros; la madre, sin embargo, corrió hacia el grupo y se lo llevó a rastras. Realmente era muy pequeño para mezclarse en tumultos.

—Déjame ver, mamá...

—¡Te voy a dar!

Lo metió en la casa y se quedó en la puerta, mirando. Rubiã se había parado; la mujer pudo verlo claramente, observarle los gestos, el pecho alto y el saludo que hizo con el sombrero.

—A veces los chiflados son graciosos —le dijo sonriendo a una vecina.

Los chicos no dejaban de gritar y reírse, y Rubiã reanudó la marcha seguido por el mismo coro. A la puerta de la tienda, viendo alejarse el grupo, Deolindo, llorando, le pedía a su madre que lo dejase ir o lo llevase ella misma. Cuando perdió la esperanza, reunió todas sus energías en un solo grito estridente:

—¡Ahí va el loco!

CLXXXIII

La vecina se rió. También se rió la madre. Confesó que el niño era una peste, la piel de Judas, que no paraba un momento. No podía perderlo de vista; a la menor distracción se iba a la calle. Y eso desde pequeño; a los dos años, allí mismo, se había salvado por un pelo de morir pisado por un coche. De no haber sido por un hombre que pasaba, un señor muy bien vestido que se había arriesgado a quitarlo de en medio, ahora habría estado bien muerto. En eso el marido, que llegaba por la acera opuesta, cruzó la calle e interrumpió la charla. Llevaba el ceño fruncido; entró en la tienda casi sin saludar a la vecina; la mujer fue a ver qué le pasaba. Él le contó lo de las burlas.

—Pasaron por aquí —dijo ella.

—¿Y no reconociste al hombre?

—No.

El marido cruzó los brazos y se quedó mirándola fija, silenciosamente. La mujer le preguntó quién era.

—Es el que nos salvó a Deolindo.

La mujer se estremeció.

—¿Lo viste bien?

—Perfectamente. Ya me lo había cruzado otras veces, pero no estaba así. ¡Pobre hombre! Y la mulatada gritando detrás. ¡Habrás visto! ¿No hay policía en este mundo?

Lo que a la mujer le dolía no era tanto la enfermedad del hombre, ni siquiera las burlas, sino la parte que en ellas había tenido su hijo —el mismo niño que ese hombre había salvado de la muerte. ¿Pero cómo iba a poder reconocerlo, saber que le debía la vida? Lo que le dolía era el encuentro, la coincidencia. Al final se contentó cargando ella con toda la culpa. Si hubiese sido más cuidadosa el niño no habría salido a mezclarse con la gente. Llena de inquietud, de vez en cuando temblaba. El marido le dio al niño dos besos en la frente.

—¿Tú viste toda la escena? —preguntó.

—Toda.

—Me hubiera gustado tomarlo del brazo y traerlo aquí; pero me dio vergüenza; los mulatos eran capaces de burlarse de mí. Miré para otro lado por si él me reconocía. ¡Pobre hombre! Pero fíjate que el no parecía oír nada; iba de lo más satisfecho, creo que hasta se reía... ¡Qué triste es volverse loco!

La mujer pensaba en la travesura del niño; decidió no contarle nada a su marido, le pidió a la vecina que no la mencionase y esa noche no se durmió hasta muy tarde. Se le había metido en la cabeza que años más tarde el hijo enloquecía, era castigado por la misma turba, y que ella, indignada, blasfemando, escupía hacia el cielo.

CLXXXIV

Dos horas después de la escena en la Rua de Ajuda llegó Rubião a la casa de doña Fernanda. Poco a poco los golfos se habían ido dispersando sin que los claros volvieran a llenarse; los tres últimos habían reunido sus adioses en un grito único y formidable. Rubião continuó solo, inadvertido ya por los moradores de las casas porque sus gestos empezaban a disminuir o cambiaban de carácter. Ahora no se dirigía a la pared, a la supuesta emperatriz; sin embargo seguía siendo emperador. Caminaba, se detenía, murmuraba, sin grandes gestos, soñando siempre, siempre, siempre, envuelto en aquel velor a través del cual todas las cosas eran otras, opuestas y mejores; cada farola tenía aspecto de ujier, cada esquina rasgos de lacayo. Rubião se dirigía a la sala del trono a recibir un embajador cualquiera, pero el trayecto era interminable, hacía falta atravesar muchas salas y galerías, cierto que sobre alfombras y por entre alabarderos altos y robustos.

De los que lo veían y se paraban en la calle, de los que se asomaban a las ventanas, muchos suspendían por un instante sus pensamientos tristes o hastiados, las preocupaciones del día, los tedios, los resentimientos, éste una duda, aquél un pesar, un desprecio de amor, la villanía de un amigo. Se olvidaban las miserias, lo cual era mejor que consolarse; pero el olvido duraba lo que un relámpago. Una vez el loco se alejaba, la realidad volvía a apoderarse de ellos y las calles eran calles de nuevo, porque los corredores suntuosos se habían ido con Rubião. Y más de uno sentía pena por el pobre diablo; comparando las dos suertes, más de uno agradecía al cielo la parte que le había tocado —amarga pero consciente. Preferían su tugurio real que el alcázar fantasmagórico.

CLXXXV

Confinaron a Rubião en una casa de salud. Palha había olvidado la obligación que Sofía le había impuesto, y Sofía no volvió a acordarse de la promesa hecha a la río-grandense. Ambos tenían la cabeza en otra cosa, un palacete de Botafogo cuya reconstrucción estaban a punto de concluir y que querían inaugurar en invierno, cuando las cámaras estuviesen sesionando y todos hubiesen vuelto de Petrópolis. Pero finalmente cumplieron la promesa; a instancias de Palha y del doctor Falcão, Rubião ingresó en el establecimiento, donde le destinaron una sala y un cuarto especial. No opuso la menor resistencia; acompañólos con satisfacción y entró en sus aposentos como si los conociese desde hacía tiempo. Cuando los otros se despidieron diciendo que ya volverían, Rubião los invitó a una revista militar para el sábado siguiente.

—De acuerdo; el sábado —asintió Falcão.

—El sábado es un buen día. No falte usted, duque de Palha.

—No faltaré —dijo Palha saliendo.

—Bien, le enviaré uno de mis dos coches flamantes; es preciso que su mujer ponga su hermoso cuerpo donde aún no ha osado sentarse nadie. Cojines de damasco y terciopelo, arreos de plata y ruedas de oro; los caballos descienden del que mi tío montó en Marengo. Adiós, duque de Palha.

CLXXXVI

—Para mí —salió pensando el doctor Facão— está claro que ese hombre fue amante de la mujer de este sujeto.

CLXXXVII

Allí quedó el hombre. Quincas Borba había intentado meterse en el coche que se llevaba a su amigo y, corriendo detrás, se había obstinado en acompañarlo; para agarrarlo, contenerlo y encerrarlo en la casa fue necesaria toda la fuerza del criado. La situación era igual que la de Barbacena; pero la vida, mi buen señor, se compone rigurosamente de cuatro o cinco situaciones que las circunstancias varían y multiplican a los ojos. Rubião pidió insistentemente que le mandaran el perro. Obtenido el consentimiento del director, doña Fernanda se ocupó de satisfacer el deseo. Primero pensó en escribirle a Sofía, pero al fin fue ella misma a Flamengo.

CLXXXVIII

—Enviaré a alguien —propuso Sofía—. Es aquí cerca.

—Vayamos nosotras mismas. ¿Qué hay de malo? Es que se me ha ocurrido una cosa. ¿Valdrá la pena mantener la casa lista y alquilada cuando la cura puede prolongarse tanto? Pienso que mejor es dejarla, vender los muebles y liquidar lo que hubiera.

Fueron hasta la Rua do Príncipe: tres o cuatro minutos. Raimundo estaba en la calle, pero vio gente en la puerta y fue a abrirla. El interior de la casa tenía un aire de abandono, aunque sin fijeza ni regularidad en las cosas, que parecían conservar un vestigio de la vida interrumpida; era el abandono de la negligencia. Por otro lado, sin embargo, el trastorno de los muebles de la sala expresaba muy bien el delirio del morador, sus ideas torcidas y confusas.

—¿Era muy rico? —le preguntó doña Fernanda a Sofía.

—Tenía algo cuando llegó de Minas —respondió ésta—. Pero parece ser que lo derrochó todo. Cuidado, levántese la falda que aquí hace un siglo que no barren.

No era sólo el suelo; los muebles tenían la costra de la incuria. No por ello el criado estaba dispuesto a dar explicaciones; observaba, escuchaba y, muy bajito, tarareaba una polca de moda. Sofía no le preguntó por la limpieza; se moría por escapar «de esa inmundicia» —según decía a sí misma— y quería preguntar por el perro, que era el motivo principal de la visita; pero no pensaba mostrar demasiado interés por él ni por lo demás. La trivialidad de todo aquello no decía nada a su corazón ni a su espíritu, y el recuerdo del alienado no la ayudaba a soportar el momento. En el fondo, su compañera se le antojaba singularmente romántica o

afectada. «¡Vaya bobada!» pensaba, sin deponer la sonrisa aprobatoria con que respondía a las observaciones de doña Fernanda.

—Abra esa ventana —le dijo ésta al criado—. Aquí huele a moho.

—¡Ah, es insoportable! —dijo Sofía, asqueada.

Pero a pesar de la exclamación doña Fernanda no se resolvió a marcharse. Sin que la miserable estancia le produjese algún recuerdo personal, sentíase presa de una conmoción particular y profunda, y no la que proviene de las cosas en ruinas. El espectáculo no le suscitaba reflexiones generales, no le ponía de relieve la fragilidad del tiempo ni la tristeza del mundo; hablábale, simplemente, de la enfermedad de un hombre, de un hombre que ella apenas conocía y con quien sólo había conversado algunas veces. Y se quedaba mirando sin pensar, sin deducir, metida en sí misma, dolorida y muda. Temerosa de resultarle desagradable a una dama tan conspicua, Sofía no osaba articular palabra. Ambas se habían alzado un poco las faldas para evitar que el polvo se las manchara; pero a esa precaución Sofía añadió la agitación viva, continua e impaciente del abanico, como si la atmósfera la sofocara. Incluso tosió unas cuantas veces.

—¿Y el perro? —le preguntó doña Fernanda al criado.

—Está encerrado en el cuarto.

—Vaya a buscarlo.

Quincas Borba apareció. Flaco, abatido, se detuvo en la puerta de la sala, viendo a las dos señoras pero sin alegrarse; apenas alzaba los ojos apagados. Iba a dar media vuelta hacia el fondo de la casa cuando doña Fernanda hizo chasquear los dedos; el perro se paró agitando la cola.

—¿Cómo se llama? —preguntó doña Fernanda.

—Quincas Borba —respondió el criado, riendo y con voz arrastrada—. Tiene nombre de persona. ¡Eh, Quincas Borba! Ve, que te llama la señora.

—¡Quincas Borba! ¡Ven, Quincas Borba! —repitió doña Fernanda.

El perro acudió al llamado sin ladridos ni alegría. Doña Fernanda inclinóse y le preguntó por su amigo, si estaba muy lejos, si quería ir a verlo. Así, inclinada, le preguntó al criado cómo estaba el animal.

—Ahora sí que come, señora; pero los primeros días, después de que el amo se fue, no probaba bocado ni bebía nada. Hasta pensé que estaba enfermo.

—¿Come bien?

—Poco.

—¿Busca al señor?

—Me parece que sí —contestó Raimundo cubriéndose la risa con la mano—. Pero yo lo encerré en el cuarto para que no se escapara. Ahora ya no llora; al principio lloraba tanto que me despertaba. Tenía que golpear la puerta con un palo para que se callara.

Doña Fernanda acariciaba la cabeza del animal. Era la primera muestra de cariño después de largos días de soledad y desprecio. Cuando doña Fernanda dejó de acariciarlo y enderezó el cuerpo, ambos permanecieron mirándose con ojos tan fijos y profundos que cada uno parecía penetrar en lo más íntimo del otro. La comprensión universal, que era el alma misma de aquella mujer, deponía toda consideración humana delante de una miseria oscura y prosaica, y

extendía al animal una parte de sí misma que lo envolvía, lo fascinaba, lo ataba a ella. Así, la pena que le había dado el delirio del amo se la daba ahora el perro, como si ambos representasen a la misma especie. Y, sintiendo que su presencia transmitía al animal una sensación buena, no quería privarlo del beneficio.

—Está usted llenándose de pulgas —observó Sofía.

Doña Fernanda no la oyó. Siguió mirando los ojos tímidos y tristes del animal, hasta que éste irguió la cabeza y empezó a olisquear el aire. Había sentido el olor de su amo. La puerta de la calle estaba abierta; habría escapado si Raimundo no se lo hubiese impedido. Doña Fernanda le dio al criado algún dinero para que lo lavase y lo llevase a la casa de salud, recomendándole que lo hiciese con cuidado, con collar al cuello y correa. En aquel punto Sofía intervino para decir que pasase a buscar el collar por la casa de ella.

CLXXXIX

Salieron. Antes de poner el pie en la acera, Sofía miró a uno y otro lado por si pasaba algún conocido; afortunadamente la calle estaba desierta. Al verse fuera de la pocilga recuperó el uso de las buenas palabras, el arte delicado y maravilloso de ganarse a los otros, y amorosamente tomó a doña Fernanda del brazo. Hablóle de Rubião y de la gran desgracia de su locura; y también del palacete de Botafogo. ¿Por qué no iba con ella a ver las obras? Sólo era cuestión de comer algo y partir en seguida.

CXC

Un suceso que sobrevino entonces hizo que doña Fernanda se distrajera de Rubião: el nacimiento de una hija de María Benedita. Doña Fernanda fue corriendo a Tijuca, llenó de besos a madre e hija y dio la mano a besar a Carlos María.

—¡Siempre exuberante! —exclamó el joven padre obedeciendo.

—¡Siempre antipático! —replicó ella.

Pese a la resistencia de su primo, doña Fernanda acompañó a María Benedita en la convalecencia, tan cordial, tan bondadosa, tan alegre que era un encanto tenerla en casa. La felicidad de allí le hizo olvidar la desgracia de acullá; pero, respuesta la reciente madre, doña Fernanda retornó al enfermo.

CXCI

«Cuento con devolverlo a la razón en un plazo de seis u ocho meses. Todo va muy bien.»

Doña Fernanda envió a Sofía esta respuesta del director de la casa de salud, invitándola a ir a ver el enfermo si no le parecía mal. «¿Cómo ha de parecerme mal?», respondió Sofía en un billete. «Pero es que no me atrevo; el pobre hombre ha sido tan amigo nuestro que no sé si podría soportar verlo y conversar con él. Le he mostrado su carta a Cristiano, quien me dijo que ha liquidado los bienes del señor Rubião: ha reunido tres contos y doscientos reis.»

CXCII

«Seis u ocho meses pasan deprisa», reflexionó doña Fernanda.

Y todos los fueron viviendo con los sucesos a hombros: la caída del gobierno, la subida de otro en marzo, el regreso de Teófilo, el debate sobre la ley de los ingenios, la muerte del novio de doña Tónica tres días antes de la boda. Doña Tónica derramó las últimas lágrimas, unas de amistad, otras de desesperanza, y los ojos le quedaron tan rojos que parecían enfermos.

Teófilo, en quien el nuevo gabinete había depositado la misma confianza que el antiguo, tuvo abundante participación en los debates de la sesión parlamentaria. Camacho escribió en su periódico que la nueva ley de los ingenios absolvía la esterilidad y los delitos provocados por la situación. En octubre Sofía inauguró sus salones de Botafogo con la fiesta más célebre de la época. Estaba deslumbrante. Ostentaba sin orgullo los brazos y la espalda. Ricas joyas; el collar era uno de los primeros regalos de Rubião, como prueba de que, en este género de atavíos, las modas duran más tiempo. Todos admiraban el donaire de aquella treintañera fresca y robusta; algunos hombres hablaban (con pena) de sus virtudes conyugales, de la profunda adoración que tenía por el marido.

CXCIII

El día siguiente de la fiesta doña Fernanda se levantó tarde. Fue al estudio de su marido, que ya había devorado cinco o seis periódicos, había escrito diez cartas y estaba rectificando la posición de ciertos libros en los estantes.

—Acabo de recibir esta carta —dijo él.

Doña Fernanda la leyó; era del director de la casa de salud; informaba de que Rubião había desaparecido hacía tres días, y de que a pesar de todos sus esfuerzos ni la policía ni él habían podido encontrarlo. «La fuga me asombra tanto más», finalizaba la carta, «cuanto que la mejoría era notable y se podía contar con que en dos meses más se habría recuperado del todo».

Doña Fernanda se quedó consternada; obtuvo de su marido que escribiera al jefe de Policía y al ministro de Justicia pidiéndoles que ordenasen las pesquisas más severas. Teófilo no tenía el menor interés en Rubião ni en su cura; pero quiso servir a su mujer, cuya bondad conocía de sobra, y además le gustaba cartearse con hombres de la alta administración.

CXCIV

¿Cómo iban a encontrar, sin embargo, a nuestro Rubião ni al perro si ambos habían partido para Barbacena? Ocho días antes Rubião le había escrito a Palha que lo fuese a ver; cuando Palha acudió a la casa de salud, comprobó que el enfermo razonaba claramente, sin la menor sombra de delirio.

—He tenido una crisis mental —dijo Rubião—. Ahora estoy bien, perfectamente bien. Le ruego que me haga salir de aquí. No creo que el director se oponga. Mientras, como quiero dejarle algunos recuerdos a la gente que me ha atendido, y que también ha atendido a Quincas Borba, ¿podría usted adelantarme cien mil reis?

Sin vacilar, Palha abrió la cartera y le dio el dinero.

—Intentaré hacerlo salir —dijo—. Probablemente haya que esperar unos días. (Estaba en vísperas de la fiesta). Pero no se preocupe. Dentro de una semana está en la calle.

Antes de irse conversó con el director, que le dio buenas noticias del enfermo. Una semana es poco, le dijo éste; para curarlo del todo aún necesito unos dos meses. Palha señaló que lo había visto muy sano; pero en todo caso mandaba el que sabía, y no había que precipitar el alta por más que hiciesen falta seis o siete meses.

CXCV

En cuanto llegó a Barbacena y empezó a subir por la calle que ahora se llama de Tiradentes, Rubião hizo un alto y exclamó:

—¡Al vencedor los boniatos!

Se había olvidado por completo tanto la fórmula como la parábola. De repente, como si las sílabas hubieran estado en el aire, intactas, aguardando que alguien las comprendiera, Rubião las reunió, recompuso la fórmula y la profirió con el mismo énfasis de aquel día en la había tomado por ley de vida y de verdad. De la alegoría no se acordaba del todo; pero las palabras le transmitieron un vago sentido de lucha y de victoria.

Siguió andando, acompañado por el perro, y fue a parar frente a la iglesia. Nadie le abrió la puerta; no se veía ni la sombra de un sacristán. Quincas Borba, que no comía desde hacía muchas horas, se le apretaba contra las piernas, cabizbajo, esperando. Rubião se volvió y desde lo alto de la calle dirigió la mirada abajo y a lo lejos. Era ella, Barbacena; la vieja ciudad natal se le iba desentrañando de las capas profundas de la memoria. Era ella; aquí estaba la iglesia, allí la cárcel, más allá la farmacia donde había comprado las medicinas para el otro Quincas Borba. Ya al llegar había sabido que era ella; pero a medida que los ojos se brindaban las reminiscencias iban acudiendo numerosas, en bandada. No veía a nadie; a la izquierda, en una ventana, alguien parecía espiar. El resto estaba desierto.

—Quizá no sepan que he llegado —pensó Rubião.

CXCVI

De súbito relampagueó; las nubes se amontonaban velozmente. Volvió a relampaguear con más fuerza y estalló un trueno. Empezó a caer una llovizna gruesa, cada vez más gruesa, hasta que se desató la tempestad. Rubião, que con las primeras gotas había dejado la iglesia, se alejó calle abajo, seguido siempre por el perro hambriento y fiel, ambos atónitos bajo el aguacero, sin esperanza de cobijo ni comida... La lluvia los mojaba sin piedad. No podían correr, porque Rubião temía resbalarse y caer y el perro no quería perderlo de vista. A media calle Rubião se acordó de la farmacia y volvió hacia atrás, subiendo contra el viento que le daba en la cara; pero al cabo de veinte pasos se quitó la idea de la cabeza. ¡Adiós, farmacia! ¡Adiós, cobijo! Ya no recordaba qué lo había hecho cambiar de rumbo y empezó a bajar otra vez, con el perro detrás, sin comprender ni huir, ambos empapados, confundidos, al son de la tormenta dura y continua.

CXCVII

Vagaron sin destino. El estómago de Rubião interrogaba, exclamaba, intimaba; por suerte, el delirio acudía a engañar a la necesidad con sus banquetes de las Tullerías. El que no tenía el mismo recurso era Quincas Borba. Venga caminar de un lado a otro. De cuando en cuando Rubião sentábase en el pavimento y el perro le trepaba a las piernas para dormir el hambre; encontraba los pantalones mojados y se bajaba; pero en seguida volvía a subirse, tan frío era el aire de la noche, noche profunda ya, noche muerta. Rubião le pasaba las manos por el lomo, murmurando algunas palabras flacas.

Si a pesar de todo Quincas Borba conseguía dormirse, no tardaba en despertar porque Rubião se levantaba y de nuevo se ponía a subir y bajar cuestas. Soplaban un viento triste, filoso como un cuchillo, que daba escalofríos a los dos vagabundos. Rubião caminaba despacio; el cansancio le impedía dar los rápidos pasos del principio, cuando la lluvia caía a cántaros. Ahora las paradas eran más frecuentes. El perro, muerto de hambre y de fatiga, no entendía aquella odisea, ignoraba el motivo, había olvidado dónde estaba, sólo oía la voz sorda de su amo. No podía ver las estrellas, que ahora ya brillaban libres de nubes. Rubião las descubrió; había llegado a la puerta de la iglesia, como poco después de entrar en la ciudad; acababa de sentarse y se fijó en una de ellas. Estaban hermosas; pensó que eran las luces del salón y ordenó que las apagaran. No pudo ver cómo ejecutaban la orden; allí mismo se durmió, con el perro a su lado. Cuando por la mañana despertaron, estaban tan juntos que parecían pegados.

CXCVIII

—¡Al vencedor los boniatos! —exclamó Rubião cuando sus ojos se abrieron a la calle sin noche, sin agua, besada por el sol.

CXCIX

Fue la comadre de Rubião quien, al verlos pasar frente a su puerta, los agasajó, sobre todo al perro. Rubião reconocióla, y aceptó el abrigo y el almuerzo.

—¿Pero qué es esto, compadre? ¿Cómo se ha puesto así? Tiene la ropa toda mojada. Le daré unos pantalones de mi sobrino.

Rubião tenía fiebre. Comió poco y sin ganas. La comadre le pidió cuentas de la vida que había hecho en la Corte, a lo cual él respondió que le llevaría demasiado tiempo y sólo la posteridad podría acabar el relato. Serán los sobrinos de su sobrino, concluyó magníficamente, serán quienes me vean en la plenitud de mi gloria. No obstante comenzó un resumen. Al cabo de diez minutos la comadre ya no entendía nada, tan desconcertantes eran los hechos y los conceptos; cinco minutos más y empezó a sentir miedo. Cuando los minutos llegaron a veinte, pidió licencia y fue a casa de una vecina a decirle que Rubião parecía haber perdido el juicio. Volvió con la vecina y un hermano de ésta, que no tardó mucho en salir a propagar la nueva. Fueron acudiendo otras personas, de a dos y de a cuatro, y menos de una hora después había una muchedumbre espionando desde la calle.

—¡Al vencedor los boniatos! —les gritaba Rubião a los curiosos—. ¡Heme aquí emperador! ¡Al vencedor los boniatos!

Esta frase oscura e incompleta era repetida en la calle y examinada sin que nadie descifrara su sentido. Antiguos enemigos de Rubião empezaron a entrar sin protocolo para disfrutar mejor del espectáculo; y le decían a la comadre que no era prudente tener un loco en casa, que era muy peligroso; lo mejor era mandarlo a la

cárcel hasta que la autoridad lo remitiese a otra parte. Alguno, más compasivo, sugirió la conveniencia de llamar al médico.

—¿Para qué? —replicó uno de los primeros—. Este hombre está como una cabra.

—Tal vez delire por la fiebre. ¿No ha visto que caliente está?

Animada por tantas personas, Angélica le tomó el pulso y lo encontró muy afiebrado. Mandó llamar al médico —el mismo que había tratado al difunto Quincas Borba. Rubião lo reconoció; y díjole que no era nada. Había hecho prisionero al rey de Prusia y aún ignoraba si lo haría fusilar o no; no cabía duda, sin embargo, de que exigiría una fuerte indemnización pecuniaria: cinco billones de francos.

—¡Al vencedor los boniatos! —finalizó riendo.

CC

Pocos días después murió... Y no murió sumiso ni vencido. Antes de entrar en la agonía, que fue breve, se puso la corona en la cabeza; una corona que ni siquiera era un sombrero viejo o una bacía en que los espectadores pudieran palpar la ilusión. No, señor: tomó la nada, levantó la nada y se ciñó la nada; sólo él veía la insignia imperial pesada de oro, refulgente de diamantes y otras piedras preciosas. El esfuerzo que había hecho para erguir medio cuerpo no duró mucho; el cuerpo volvió a derrumbarse; sin embargo, el rostro conservaba una expresión gloriosa.

—Guardad mi corona —murmuró—. Al vencedor...

La cara se puso seria, porque seria es la muerte; dos minutos de agonía, una mueca horrible y la abdicación quedó firmada.

CCI

Quisiera contar ahora el final de Quincas Borba, que también enloqueció, gimió infinitamente, huyó desquiciado en busca de su amo y tres días después amaneció muerto en la calle. Pero es probable que, viendo la muerte del perro narrada en un capítulo especial, me preguntéis si es él o su difunto homónimo quien da título a este libro, y por qué más bien uno que otro —cuestión ésta preñada de cuestiones que nos llevarían muy lejos... ¡Hala! Llorad a los dos muertos recientes, si tenéis lágrimas. Si sólo tenéis risa, ¡reíd! Es lo mismo. La Cruz del Sur, que la bella Sofía no quiso mirar como una vez le pidió Rubião, está demasiado alta para discernir las risas y las lágrimas de los hombres.

Notas

[1] La primera edición no tenía prólogo sino prefacio. <<

[2] En castellano en el original. <<

[3] Un conto equivalía a mil escudos. <<

[4] «Playa Hermosa». (*N. del t.*) <<

[5] Adaptación de dos versos de *La cigarra y la hormiga*, de La Fontaine: «*Vous chantiez? J'em suis fort aise! Eh bien! Dansez maintenant*». (*N. del t.*) <<

[6] La palabra para 'paja' es *palha*. (*N. del t.*) <<